

Los caballos no compran periódicos

*111 periodistas de Aragón
cuentan sus mejores anécdotas.*

SUPERVIVIENTES

La Asociación de la Prensa de Aragón ha querido cerrar los actos de su Centenario con la elaboración del libro que tiene en sus manos y que ha sido posible gracias a la colaboración desinteresada de más de cien periodistas aragoneses que han contado sus anécdotas, sus curiosidades y sus pequeñas intrahistorias en el apasionante mundo de la comunicación. En muchos casos ha sido necesario que Mariano Gistaín persiguiera a los periodistas por medio mundo hasta que por fin, y gracias a las nuevas tecnologías, las reseñas llegaron a buen puerto.

El resultado final es un magnífico compendio de historias que pretenden reflejar una cara diferente de los medios de comunicación y de los periodistas, quizá más humana y a buen seguro mucho más divertida. El titular del libro es sólo una muestra del sentido del humor que destilan sus historias, en las que siempre se ha pretendido dejar a un lado las anécdotas hirientes o chabacanas.

El hilo argumental del libro, que ha contado con el patrocinio de Ibercaja, bien podría ser aquella frase del filósofo que aconsejaba lo siguiente: "No os toméis la vida demasiado en serio, de todas maneras no saldréis con vida de ésta".

Ramón Buetas Coronas

Presidente de Asociación de la Prensa de Aragón

Introducción

La Asociación de la Prensa de Aragón ha solicitado en varios comunicados a sus miembros que enviaran anécdotas, erratas, gazapos y experiencias para elaborar este libro. Yo he espoleado bastante a las compañeras y compañeros de profesión (más a las primeras). De hecho, algunas/os salían de estampida al verme. Cuando estaban acorraladas/os, exclamaban: "Ah, las anécdotas... sí, sí... ya estoy haciendo memoria...". Lo peor era cuando me decían: "Ah, sí, que tengo una muy buena... verás, iba yo un día por..." Y me la contaban. Yo sufría porque así a lo vivo no podía registrarla, ni grabarla, los nervios no me dejaban ni atender... Quién hubiera tenido una cámara oculta, ahora que está tan de moda. También a los profesionales nos coge el miedo escénico cuando nos plantan una grabadora. Quizá más que al resto de la población, aunque sólo sea porque sabemos que las grabadoras -tal como acreditan algunas de las historias que siguen- siempre acaban por fallar.

Tras unos meses de zozobras, a punto de desistir -o de que me desistieran- pensé que sería mejor pedir que enviaran las historias por correo electrónico, aunque también he hecho algunas entrevistas con grabadora, pilas, café...

¿Cómo me voy a poner a reelaborar cosas que me cuentan los periodistas mientras esperan un taxi, hablan por los móviles o se van corriendo a cubrir algún incendio, asesinato, etc? ¿No saldría una chapuza, fuente de inexactitudes, tirantezas y correcciones interminables? Nada, lo mejor es el e-mail. Siendo profesión de contadores de historias, que cada cual firme lo suyo. Esto me convertía en un negro de los que se limitan a copiar y pegar, disciplina cada día más cotizada. Pero he tenido que dar tanto la brasa, que más bien me he convertido en un negrero. Como en esta profesión sólo la prisa -el cierre- nos arrastra al teclado, al micro o a lo que sea, mil veces he urgido a ex-amistades con la amenaza del cierre y aun con el despido fulminante. (la palabra "despido", aunque sea gratuita, es un mantra eficaz). Después de tanto espolear comprendo mejor el síndrome de los redactores y redactoras jefes: tal como atestiguaba Lou Grant, también son humanos.

Con tanta monserga, es difícil que alguien de la profesión no se haya enterado de que se gestaba este librito pero, por si acaso, no sería mala idea -y así lo propongo- incorporar en la web de la APA las historias que vayan llegando a su buzón, incluyendo rectificaciones, insultos y otras retroalimentaciones sobre este libro.

En un recuento de pifias y gazapos sería muy raro que no hubiera varios: he pensado que lo mejor sería confundir las historias con las firmas, para darle más intriga y que el libro tuviera una utilidad añadida como pasatiempo playero, pero seguro que hay muchas erratas sin necesidad de forzar la máquina. Un día antes de entregarles

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

el mamotreto a Lola Campos y a Ramón Buetas me dice Lola por teléfono "¿es que haciendo el libro no te ha salido alguna anécdota?".

El método del e-mail parece fácil, pero también tiene sus pegas: hay que hacer carpetas aparte, no mezclar las anécdotas con los chistes profanos y, lo peor de todo, acaballar los textos en el archivo "libro" sin que se descogorcien en el tránsito. "Acaballar un texto", como es obvio, es frase acuñada por José Luis Andrés que, por cierto, no ha enviado nada. Eso sí, donó al Fondo de Gazapos una carpeta con faxes delirantes y artículos estrafalarios que ha ido coleccionando con mimo. Total, que los textos llovidos por correo electrónico exigen más desvelos tabuladores que miniar un códice. Y eso sin entrar en el inagotable mundo de los virus (toca madera, si es que queda).

Salen ciento y pico firmas -aunque siempre llega una más en el último minuto, que es éste: clink!. Hay historias de tres líneas y hay quien ha enviado quince folios. Como el género es difuso y está poco legislado, todo vale: no hay historieta o tragedia que no arroje alguna luz o penumbra sobre este insensato oficio de contar rápidamente lo que pasa, siempre con el ojo del poder -cualquiera de ellos- en la nuca y el del público enfrente. Valen las zozobras del becario y valen las reflexiones del veterano.

Por orden más o menos cronológico

Las anécdotas de cada persona van todas juntas detrás de su firma. Por ejemplo, Fulanito escribe del año 74, pues todas sus anécdotas se ubican en esa época, aunque su segunda historia date del 92 o del siglo XXI. Esto crea un barullo formidable, pero ponerlas cronológicamente repitiendo las firmas hubiera creado más confusión, ya que hay muchas sin fechar.

Por desgracia, algunas historias orales no han cuajado en modo texto: por ejemplo, la del editor de Radio Zaragoza que cada viernes se disfrazaba de algo distinto y desarrollaba de esa guisa su protéica labor. Un día, en pleno clímax hidrológico -o sea, lo habitual- el editor no tuvo tiempo de preparar el disfraz con antelación y se encasquetó lo que tenía más a mano, es decir: el gorro de natación, las gafas de agua y el albornoz de una compañera... justo cuando visitaban la redacción los alcaldes de Zaragoza y Toulouse.

Agradecimientos

A Lola Campos y a Ramón Buetas, que me encargaron este trabajo y han sufrido las pruebas. A Óscar Tomás, Amada Platas y Maribel Martín, de la APA. A Julio Alvira, que lo ha corregido. A Eloy Fernández Clemente, que me dejó un lote de libros y tuvo la paciencia de leer y pulimentar algunas pifias del original. A Antón Castro, que ha intentado sin éxito que este libro fuera mejor. A Teo Lozano, que viéndome desesperado llegó a telefonar desde Madrid al Diario de Teruel para que sus excompañeros no demoraran más los envíos. A José Luis Melero Rivas, que me contó el duelo de periodistas que se describe más abajo. Javier Barreiro, Carlos Forcadell y Alberto Sabio Alcutén, que han aportado alguna anécdota histórica. Y especialmente a los que habéis escrito o contado las historias que forman este libro que es vuestro.

Algunas anécdotas históricas y referencias bibliográficas

El 1 de febrero de 1758, comenzó a editarse en Madrid el Diario Noticioso, Curioso Erudito, y Comercial Público, y Económico. Fue el primer diario de España y estaba elaborado por Francisco Mariano Nipho, natural de Alcañiz (Teruel). Darío Vidal va a mandar una anécdota de este eximio pionero, pero como se la encargué a última hora, la meteremos en la siguiente edición, que está al caer.

Ahora, una cuarteta del esforzado galeote caspolino Miguel Agustín Príncipe (1811-1863):

Por no saber Juan que hacer

A periodista se echó

Y el público le leyó

Por no saber qué leer

Epigrama recogido en su libro "Poesías Ligeras, Festivas y Satíricas". Madrid, 1840, citado en Miguel Agustín Príncipe, de Santiago Aldea Gimeno y Alberto Serrano Dolader, IFC.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Otra cita del mismo libro sobre este profesional irreductible:

"Cada madrileño, entre 1846 y 1866 tuvo la impresión de que, constantemente, como su sombra, llevaba detrás de sí, a su lado, delante, a don Miguel Agustín Príncipe, dispuesto a enterarse de cuanto aconteciera a cada madrileño" (P. 77).

Los compañeros que se quejan del multiempleo y la volatilidad, tan habituales en esta profesión, recuerden que don Miguel Agustín Príncipe, además de ejercer de abogado y desempeñar múltiples profesiones y cargos, desparramó sus artículos por más de cuarenta periódicos.

Como su nombre indica, Príncipe desdeñaba la comida: si había que elegir -y había- el muy pincho prefería gastar en ropa. Igual que César Gonzalez Ruano, dandy impecable mucho antes de que Tom Wolfe descubriera que yendo siempre con traje blanco mejoraban los reportajes. Miguel Pardeza ha entregado una antología de artículos de César González Ruano en dos tomos que edita Mapfre, con una introducción sobre el periodista y su época de 70 folios.

Sobre el periodismo dice Ruano: *"Esta profesión lleva en el tuétano la maldición del olvido"*.

(En la introducción de "Madrid, entrevistado", Ed. De Carlos G. Santa Cecilia. Editorial América Ibérica, 1992).

Un estímulo: Braulio Foz (Fórnoles, 1791- Borja, 1865), que ha vencido a esa maldición del olvido gracias a su magnífica novela "Vida de Pedro Saputo" también fundó y dirigió el periódico liberal "El Eco de Aragón", (1837-42) en el que él fue prácticamente iel único redactor!.

Mariano de Cavia (1855-1919) publicó en El Liberal un artículo titulado "Incendio en el Museo de Pinturas" que provocó un escándalo porque hasta las últimas líneas no aclaraba que era una denuncia contra las malas condiciones de seguridad.

Para disuadir a los frecuentes agresores y sostenerle los cigarros en momentos de confusión ética, don Mariano de Cavia se hacía acompañar por su fiel criado. ¡Eso sí que es triunfar! Sobre esto escribió Cansinos Asséns: *"A su lado, de pie, tiénese como un escudero un hombrecillo gris de facha apicarada. Es Rodríguez, el criado del escritor, el hombre que lo acompaña a todas partes, lo sostiene cuando sale tambaleándose de las tabernas, le va a por cigarrillos y se los pone encendidos ya en la boca, y que, en fin, lo defiende cuando algún bebedor de mal genio, ignorante de haberse-las con un gran hombre, alza la mano en réplica a algún insulto del agresivo cronista"*.

(La referencia la ha facilitado Javier Barreiro y pertenece a "La novela de un literato" Tomo I, de Rafael Cansinos Asséns, pp. 183-185.)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El 8 de octubre de 1906 dos periodistas hasta entonces amigos se batieron a tiros en el zaragozano Soto de la Almozara. Benigno Varela mató de un disparo a Juan Pedro Barcelona, que aún tardó trece días en morir y exculpó a su rival. El entierro -al que acudieron quince mil personas- fue una manifestación republicana y el suceso desató iniciativas para prohibir la arraigada costumbre de los duelos. Como los padrinos dijeron que Varela había disparado antes de la señal, fue juzgado y el tema del duelo le persiguió de por vida.

Benigno Varela -cuya vida apasionante ha contado Javier Barreiro en "Galería del olvido. Escritores aragoneses" (Cremallo de Ediciones, 2001)-, ya se había batido, entre otros, con el también periodista/duelista Gómez Carrillo, que luego se casaría, ay, con la inigualable Raquel Meller. (Por cierto, Mariano García, compeñero del Heraldo, que no ha enviado ninguna anécdota, acaba de adquirir por internet un abanico de Raquel Meller).

Varela, republicano furibundo, se convirtió con tanta pasión a la monarquía, que hasta el propio Alfonso XIII se agobiaba de verlo. Publicó más de treinta libros y escribió en cientos de periódicos, suyos o de otros.

La apasionante historia del periodista que murió en el duelo, Juan Pedro Barcelona, la han recogido los bibliófilos Vicente Martínez Tejero y José Luis Melero Rivas en la Introducción al "Cancionero Republicano por Juan Pedro Barcelona, Zaragoza 1894" (Edición facsímil, Edizións de l'Astral, Zaragoza 1990).

Dos referencias rápidas de Carlos Forcadell:

1 - M. Ciges Aparicio cuenta en su libro "Del periodico y de la politica", (Alicante, 1983, Ed. Juan Gil-Albert, págs.227-228) cómo llega en 1907 a dirigir en Zaragoza el diario El Progreso -órgano del Partido Radical de Lerroux- y cómo le dicen los redactores que es el partido conservador el que financia el periódico para quitar votos a los liberales. Forcadell recomienda este libro en el que se cuentan muchas cosas sobre las redacciones de los periodicos en la Zaragoza de la primera década de siglo.

Recuerda Forcadell que Sender es encarcelado por un artículo en El Sol (1929) y la Asociación de la Prensa le lleva la comida a la Modelo, así que sale mucho más gordo de lo que entró. (Sender escribe después O.P. -Órden Público- sobre esta experiencia).

Sobre el Sender reportero, Historia de un día en la vida española (octubre de 1935, revista Tensor), ver lo que escribe José-Carlos Mainer en el librito que le dedica en la colección CAI 100, así como el dedicado a Benjamín Jarnés y, por supuesto, para todo, el ya clásico manual de Mainer "La Edad de Plata (1902-1939), Ensayo de interpretación de un proceso cultural". (Cátedra).

Sender cumplió el sueño de todo periodista (de entonces): derribar al gobierno (y en su caso a la República) a fuerza de artículos. Hoy se devoran sus reportajes de la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

matanza de Casas Viejas (Viaje a la aldea del crimen) sin respirar. Salvo que se considere Las Hurdes, de Buñuel, como periodismo, no hay nada más fuerte.

Recordatorio a Víctor Pruneda, también republicano y periodista empedernido, y alcalde, al que están recuperando sus paisanos de Teruel, encabezados por José Ramón Villanueva.

José Aced, en su libro *Memorias de un aragonésista* (Rolde, 1997), cuenta cómo le ordenaron que hiciera un periódico en guerra -la civil, claro- y cómo iba saltando por las trincheras para conseguir las fotos y los testimonios bajo las bombas. Y de cómo el general Lister, en vez de concederle una entrevista, le dijo que más le valdría estar pegando tiros y lo mandó a escapar.

El historiador Alberto Sabio Alcutén ha sido tan amable de enviar esta perla: *"Se me ocurre la de un Gobernador Civil de Teruel que instaba a los periodistas radiofónicos a subir la temperatura invernal unos grados "para no dar la nota en toda España"*.

Otra referencia recogida por Alberto Sabio: *"ahí va esta noticia de 1970. Me hizo cierta gracia porque era una aplicación a la publicidad del vocabulario político de moda en el tardofranquismo. La Jefatura Superior de Policía recopiló la noticia buscando indicios de delito. Esta es la transcripción literal que realizan en el Gobierno Civil: "En Heraldo de Aragón apareció publicado el día 15 de noviembre de 1970) un anuncio con el texto "AMNISTIA PARA SU CUTIS CON TULIEST", cuya inserción fue solicitada telefónicamente por unos laboratorios de Pamplona dedicados a la fabricación de productos de belleza, que en sus anuncios de prensa viene utilizando las más diversas palabras como reclamo"*.

El libro de Miguel Monserrat "Recuerdos que un periodista zaragozano cuenta a sus nietos" (APA, 1996), entre otros muchos materiales del máximo interés para la profesión recoge bastantes anécdotas, pifias y erratas. Valga esta muestra, cuya referencia proviene del también periodista Luis Monreal, que se la facilitó a Monserrat: *"En cierta ocasión, cuando se lanzó a la calle un número del semanario "El Pilar", hubo que recoger inmediatamente toda la edición. No había para menos. El artículo de primera página, ocupando todo su ancho, se titulaba con grandes caracteres de los llamados "de caja", "El dedo de Dios". Al cajista le cayó de cabeza en el componedor la primera "d" de "dedo" que de esa manera se convirtió en una "p". El escándalo fue mayúsculo y hubo que volver a tirar y encuadernar el pliego. (P. 97).*

A veces parece que la historia se repite. Miguel Monserrat cuenta que realizó en El Noticiero una campaña (1946-48) para que se abriera al tráfico civil el aeropuerto de Zaragoza, que a pesar de estar a punto permanecía cerrado sin que se supiera la razón. También escribió reportajes, muy mal vistos por las autoridades, sobre las chabolas de Las Delicias y Quinta Julieta.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Cuarenta años después, Maruja Torres estuvo un mes viviendo en la Quinta Julieta disfrazada de gitana para publicar un trabajo de antología en Diario 16 (1986). *"El reportaje tuvo mucho éxito, fue la primera vez que salí en televisión para hablar de algo mío, con Mercedes Milá (...). La anécdota es que "tuve que retrasar un par de días el inicio del reportaje porque en el último momento me di cuenta de que ninguna gitana lleva gafas"*.

Todo esto lo ha escrito la reportera en "Mujer en guerra, más masters te da la vida", (El País-Aguilar, 1999), en el que hay algunas sentencias como esta: *"siempre que me preguntan si el periodismo me ha impedido formar un hogar, respondo que fue al revés. Era el hogar lo que me impedía levantar el vuelo en el periodismo"*. (P. 66).

En su serie de entrevistas de cuatro páginas "Memorias de otoño", Antón Castro recogió en El Periódico de Aragón (1994) los testimonios de -entre otros- algunos periodistas aragoneses. Así, el alcañizano Mariano Romance, que fundó tres periódicos; el fotógrafo turolense Gerardo Sancho, que guardó celosamente el secreto que no le impidió realizar instantáneas definitivas: sólo veía por un ojo; el cronista deportivo Antonio Molinos; Luis Horno Liria, que durante muchos años fue el oráculo oficial; José María Zaldívar, que cada día daba por Radio Zaragoza la exclusiva del color del manto de la virgen del Pilar; Cochita Carrillo, Paco Ortiz y tantos otros comunicadores que relataron aquellos años con la pluma o el micrófono.

Paco Ortiz ha contado su vida profesional en un libro editado por Ibercaja en el año 89: "Un saludo amigos, les habla Paco Ortiz". Su hijo, Paco Ortiz Remacha, que sin duda ha heredado la voz prodigiosa, ha escrito "40 años de andanzas, SER y fútbol" (2000, Mira Editores) en el que cuenta cientos de anécdotas (hay un amplio extracto en la web del periodista: aragonsport.es/ortizremacha).

Santiago Lorén ha escrito en "Cierzo de papel" (1993, Mira Editores) los cinco años en que fue delegado de las páginas aragonesas del diario Pueblo, entonces dirigido por el intocable Emilio Romero. Aunque ha cambiado los nombres de los periodistas - que no de los gobernadores y otras figuras públicas-, se reconocen fácilmente. El prólogo es de Luis del Val, quien también ha dejado testimonio de los primeros 70 en "Cajón de desastres" (Radio Zaragoza, 1976) y en "Vivir en Zaragoza".

José Juan Chicón ha publicado "Sesenta años... y un día. Historias de una radio llamada Zaragoza" (1998, Mira Editores) en el que aparecen muchos documentos gráficos, anécdotas y chascarrillos de esta institución.

Sobre Conchita Carrillo y Antonio Calvo Pedrós hay buenos perfiles/entrevistas en "Zaragoza desde la nostalgia", de Carlos Cebrián González (ASOCE Editores, 2000).

Además de los citados se han manejado, como estímulo y obras de consulta: "Historia

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

de la prensa aragonesa”, de Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell (Guara Editorial, 1979); “Historia del periodismo en Aragón”, dirigida por Juan Antonio Dueñas Labarías y Alberto Serrano Dolader (Diputaciones Provinciales y APA, 1990); “La prensa de masas en Zaragoza, (1910-1936)”, de Luis Alvar Sancho (IFC, 1996); “Catálogo de periodistas españoles del siglo XX, de Antonio López de Zuazo Algar (Universidad Complutense, Madrid, edición de 1981); “Andalán, 1972-1987, Los espejos de la memoria”, coordinado por Carlos Forcadell Álvarez (Ibercaja, 1997).

“Mamá, quiero ser periodista: Toda la verdad -o casi- sobre el oficio más loco del mundo”, de Arturo San Agustín (Ediciones B, 1991); “Costismo y anarquismo en las letras aragonesas. El grupo de Talión (Samblancat, Alaiz, Bel, Maurín)”, de José Domingo Dueñas Lorente (Edicions de l’Astral, Rolde de Estudios Aragoneses, 2000). “Un viaje de Ramón J. Sender a los Riegos del Alto Aragón” Introducción de Jesús Vived Mairal y Julio Alvira Banzo (APA, 2001). “Periodistas digitales”, de Bruno García Gallo (APA, 2002).

Fernando García Mongay, antes de hacerse periodista digital, escribió “Manuel Camo Nogués, el cacique de Huesca” (Cuadernos del Alto Aragón, prólogo de José Manuel Porquet Gombau). Algunos libros no se citan aquí porque ya aparecen junto a las firmas de sus respectivos autores. Por ejemplo, “Costa y la prensa, una turbulenta y apasionada relación” Ibercaja, 1996, consignado tras la firma de Rafael Bardají o el más reciente “Cien años de periodismo en Aragón. Recorrido por los medios y los profesionales del periodismo aragonés” (LCD Prames/APA, 2002), de Concha Monserrat.

No puedo dejar de nombrar “El nuevo periodismo” de Tom Wolfe, Anagrama, 1976 y del mismo autor “El periodismo canalla y otros artículos” (Ediciones B, 2001), especialmente el reportaje “El caso del New Yorker”. La antología “Lo mejor de Rolling Stone”, Ediciones B, 1995. “Periodismo informativo de creación”, de Sebastián Bernal y Luis Albert Chillón (Editorial Mitre, 1985) que incluye nueve entrevistas con destacados representantes de ese género híbrido.

El último de Ryszard Kapuscinski: “los cínicos no sirven para este oficio. Sobre el buen periodismo”, edición de María Nadotti, Anagrama, 2002. Dice el prestigioso periodista polaco sobre el ejercicio del periodismo: “El primer elemento es una cierta disposición a aceptar el sacrificio de una parte de nosotros mismos”. (...) “El segundo elemento de nuestra profesión es la constante profundización en nuestros conocimientos”.

El periodista italiano afincado en Madrid Josto Maffeo mantiene una página web (<http://www.josto.net>) en la que va recogiendo toda clase de erratas y gazapos, así como comparaciones de los diferentes tratamientos que dan los medios a algunos temas calientes. Vale la pena visitarla.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Índice de autores con temas y algunas fechas

Joaquín Mateo Blanco

La tartera del decano - 1947

El banquete de la prensa

El espejo de la muerte

Maria Rosario de Parada

Historietas de censuras

Censura en la Profesión de Periodista

Censura en los Partidos

Darío Vidal

Programa con suicida

Orígenes de TVE - c. 1957

El echarpe de TVE

Concierto algo tenso

El trofeo

Entrevista al Almirante

Exclusivas a la fuerza

En la agonía de Tele/eXpres

Vanidades

Cuadros falsos

El día más triste de mi vida

Alfonso Zapater

Cemento para las torres del Pilar

El tren de Grisén

"La ciudad cada día" (1966)

La ocasión de tener un Mercedes

Inundación de Fayón (1967)

El yerno de Franco

Censurada una entrevista a Gila

Incendio de Tapicerías Bonafonte (1973)

El incendio del Corona

El túnel secreto de la base americana

"La bestia parda", poeta

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Miguel París

Bendiciendo un pantano
Grabar un partido con 9 minutos de cinta

José Juan Chicón

Primeros '60 en Radio Popular
Impertinencia
¿Firmar penas de muerte impide dormir?
Confesiones de un payaso
Mosen Francisco Izquierdo Molins
Sin tiempo para rezar el Rosario
Oriéntese
La guerra de los lunes
Buscando a Buñuel
Primera visita oficial de los Reyes en los '70
Mocedades en Eurovisión (1973)
Crónicas desde Nueva York en 1972

Javier Ferrer

Fotografiando a los Príncipes en Candanchú

Ángel Pérez

Los caballos no compran periódicos
¿Es usted el asesino? (Crimen de Velate)
Tarjetas de visita, de luto (1972 o 73)
"¡Que compren más cíceros!"
El párroco de Puertomingalvo

Jaume Guillamet

Soldado periodista (1972-73)

Eloy Fernández Clemente

Curso de periodismo (1956-57)
El Angelus... aunque sea tarde
Mil entrevistas de diez minutos
Redactor jefe de la revista El Pilar
La Escuela de Periodismo de Madrid
Exclusiva y expulsión (1965)
Comentando encíclicas en Teruel
La noche que mataron a Carrero Blanco (1973)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Comida de directores con Sebastián Auger (c. 1976)

Guillermo Fatás

La salida de Andarán (1972)

Primer artículo en el Heraldo (1975)

¡Director! (2000)

Lisardo de Felipe

La boda de Luis del Val (1973)

Los parlamentarios aragoneses y el 23-F

"La colecta" de la Misa Baturra (C. 92)

Joaquim Ibarz

"¿Cómo puede ser aragonés si habla catalán?"

Apuros en Panamá (1988)

Ricardo Vázquez-Prada

Las ocurrencias de "Kautela"

La diva

La necrológica

El vértigo de "el vigía"

El gobernador más joven

El gafe

El gafe taurino

Antoni Coll y Gilabert

Ocho años en zaragoza (1969 -77)

Al juzgado...

El taxi de Blasco Ijazo

La línea recta de Manuel Abad

La pistola de Pepín

Luis Granell

La huelga estudiantil del 72

Zaragoza Urbe o el peso del ladrillo

Pequeñas venganzas ante los secuestros de Andarán

Supermán mete la pata: información laboral en los '70

Roban cientos de toneladas de carne en Teruel... (c. 1976)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Rafael Fernández Ordóñez

La rueda de prensa más corta de toda la historia del periodismo zaragozano (1976)
Sonrisas y lágrimas (Incendio de Tapicerías Bonafonte, 1973)

Pilar Contel

Se nace y se hace
Matrícula en vez de abrigo
Prácticas con Gabilondo
¿Me se ve, me se ve?
Iniciales peligrosas

Pedro Fondevila

Lo bueno si breve... cuatro perlas

Max Alonso

Cosas de periodistas (1974 -1978)

María José Cabrera

Gazapos:
Encierro por entierro.
Más sobre encierros
Ansias de juventud.
Vivencias:
Fraga y los atunes
Atentado de Eta en la Casa Cuartel de la Guardia Civil en la Avenida de Cataluña.
Amenaza de suicidio

Juan Domínguez Lasierra

El día que Buñuel no quiso ver a Goya

Joaquín Coll

No quiero ser concejal (c. 1974)
In memoriam (primeros '80)

José Ramón Marcuello

El Correo Gallego
El escote de Sara Montiel (1976)
Las misas de El Noticiero (1977)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Pepe Royo

La compra de cíceros (1976)
Yo no estuve en el Bolshoi, ni falta que me hace
Una meada con el vicepresidente (1979)
El 23-F y el alcalde callado (1981)
La radio de aquellos años
La cinta virgen (El grapo asesina a un coronel de Aviación)
Quini y la UVE
Conspiraciones varias (1979)
El primer día de "EL DÍA" (1982)
La bomba de La Almolda (1983)
A escondidas he de verte (fichaje de Pepe Quílez)
La langosta de Guerra
La frasecita de Luis Acín
Quítate la americana, Pepe

Jesús Bueno

Isabel de Madariaga me baja los humos (1975)
El jefe de prensa de la Casa Real reparte corbatas (1977)
Me contratan el lunes y me despiden el martes (1976)
Los aragoneses hicieron posible 'Egin' (1977)
Las cartas del alcalde en Heraldo de Aragón (1986-1991)

José Luis Trasobares

Primera mitad de los setenta en el Heraldo
La navaja de Antonio Bruned
Caso práctico: cómo "lidiar" a un jefe superior de policía (1975)

José Luis Brualla

Una lata agujereada y un palo: un micro a los ocho años
Andar seis kilómetros para llevar la crónica al autobús
Una virgen a 100 por hora!
Desde Radio Benabarre... ¡hasta el infinito y más allá!

Lola Ester

Primera guardia, se cae un avión y hay un conflicto diplomático
Vermú en el Aragón Exprés (diciembre del 1972)
Carrascal, Carrascal... ¡¡¡Como en el 36!!! (23-F-1981)
Redactor jefe por un día
El acosador

Exclusiva con cazalla

Javier Ortega

Anécdotas vistas, oídas y sufridas

Enrique Serbeto

La primera oportunidad (1978)

José Pardina

Espontáneos lunáticos

Convención con cerveza

El primer día (1978)

Enrique Guillén

De juzgados (1980)

Caciques de bata blanca (1980)

Jánovas (1980)

El ritmo de trabajo de El Día (1983)

El riesgo de las fuentes informativas

Sobre los calores de El día.

Entrevista con Victor García de la Concha en el Hotel Palafox.

Y con Ricardo Gullón en el Hotel Goya.

La filtración de Toño de las Casas en el caso Seral (1983-87)

Sobre el aceite de colza en Tarazona (1982)

La familia de Buñuel (1985)

Plácido Díez

El cheque de Eléctricas (c. 1982)

La sucesión de Ramón Sáinz de Varanda (1986)

Manuel Garrido

¡Qué bien se conduce confesao!

Y otras anécdotas de un periodista en Torreciudad (d. 1982).

Concha Monserrat

Piloto rojo

Rafael Bardají

Aragón/Expres hacia 1980: Manuel Rotellar y Miguel Ángel Bruned

El Ribagorzano (1981-86)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Genoveva Crespo

Clase de arte
Quedar bien
Beata por un día
Tarifas intimidatorias
Los pulpos
Ojo con los subasteros
Vivero de rojos
Órganos de decisión

José Carlos Arnal

La sabiduría popular de Vicente Calvo (1979-80)
Ruido de sables... en las alturas (1981)
El año que volamos peligrosamente (c. 1986)
Los periódicos tienden a salir (1982)
Malditas grabadoras o el día que Rato enmudeció (2000)

Juan Carlos Soriano

Nunca beses a tu entrevistado (1980)
Los duendes lascivos
Soy de pueblo (1981)
Cela versus García Márquez
A flor de piel
El palacio de las matildes
Publicidad, divino tesoro

Antonio Pardo

Periodismo de fiestas a bordo de una Vespino (1983)

José Joaquín Berdún Chéliz

Un tipo fogoso salva el pellejo
El teletipo de la caída del muro de Berlín (1989)

Alberto Serrano Dolader

Gazapos, erratas y alguna broma en el periodismo caspense
Alevín de periodista (1975)
Necrológicas con sustancia
La televisión
Fotos y pies de fotos
Los locutores de Radio Caspe

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Las inocentadas de la radio local

Antonio Angulo

Los solteros de Plan (1985)

Miguel Bayón

El club de los poetas muertos
Caravana de mujeres (1985)

Mario Sasot

Plan (1985)
Biescas
Reapertura del Madrazo (c. 1984)
Temps de Franja: todo por e-mail

Pilar Barranco

Entrevista con lengua a Joaquín Sabina
Entrevistar a un cajero automático

José Luis Valero

Cese de un general (1984)
Muerte política y física (1990)
Fotógrafos y caballos (1981)
Una de gambas (2002)

José Antonio Ciria

Las "bolas de Policarpo"
Un incendio en picardías

Juan Bolea

Milagro en el Mercado Central (1984)
Michael Jackson (1996)

Ana Rioja

La furiosa mirada de Terry Gilliam (1988)

Juliana Muro

Varias de Radio Zaragoza
Buscando el móvil desesperadamente (1992)

Conrad Blasquiz

Novato con la poli
Despiértame cuando acabe la guerra (1991)
Periodista francesa
Persecución en Salou
José Marco
Siguiendo a Gomáriz

Joaquín Carbonell

Pagar por la entrevista
El lado bueno de Sara Montiel (1980...)
Periodismo de alto riesgo
Más boxeo
Comer aparte (Cenas en familia)
Vichisoisse
Los celos de miguel Ríos

José Ángel García Longás

Las fuentes de la noticia
El pique de una pareja de periodistas

Sagrario Saiz

Atraco con rehenes y zapatos de tacón (1985)
Destrozando zapatos

Lola Campos

Periodismo de anticipación (1987)
En la cama con Lindsay Kemp
Rueda de prensa con extras
La tertulia de la COPE

Juancho Dumall

El hipo de Fraga (1987)
Rato en el cajero (1996)

José Luis Paricio

"No hablamos con emisoras pequeñas" (1982)
"Johan, eres mi ídolo" (1996)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Maria Pilar Lacambra

Animales sueltos

Encarna Samitier

Intoxicación en la Academia (c. 1985)

Contando manifestantes

El fotógrafo impasible

Ignacio Iraburu

Fuegos de artificio

Ramón Buetas

Una curiosidad en el Altoaragón (1989)

Otras curiosidades del Diario 16 Aragón (1996)

"Confunden a un periodista de la DGA con un etarra" (1994)

Antón Castro

Resucitar a el Esquinazau (c. 1988)

Con Cela

Con Torrente Ballester

Ídolo azteca (2002)

Raquel Lozano

¿Mujeres periodistas? (1990)

Óscar Tomás

Manta zamorana (Cierre textil en Tarazona)

Entrevista a un jamón

¿Ávila, dice usted? (c.1991)

Ruido de sables

Camina o revienta

El abuelo Cebolleta y la Operación Galaxia

Antonio Postigo

A vueltas con el chino

Roberto Miranda

Jesús Fraile (1985)

La autopista eléctrica (1985)

Varios titulares (1986)

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Gabriel Riera (1987)
El badajo de Escatrón (1990)
La mula más vieja del mundo
Haciendo caminos (1990)
La rabia de Marco (1990)
Detenidos en Francia (1992)
Aparición en Roma (1992)
La conciencia de Gomáriz (1993)
Problemas con la libreta (1994)
El archiduque (1995)
La asamblea (1999)
Biscarrués (2001)

Rosa María Artal

La caída del Muro (1989)
Tres días en Carabanchel

Víctor Pardo Lancina

Gobernador... y torero (1990)

Sergio Sánchez

Otra versión

Juanjo Francisco

"¿Por hacer esto le pagan?"
Postal navideña
En busca de la cosechadora perdida (1990)

Javier Romero

Discos dedicados y sacos de fertilizantes
El peor trago (Camping de Biescas 1997)
Se las lleva todas (agresiones a Oliver Duch)
Malas pulgas en la cárcel de Daroca (c. 1991)
Psicosis terrorista

Miguel Asensio Guajardo

El que rompió el tejado
Controlado en la marcocárcel

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Pepa Bueno

Rojos en Teruel (1989)

Un obispo de armas tomar y otros

Manuel Lorenzo

Florencio Nogués

Periodista, persona, periodista, persona...

Competencias

Luis del Val

"Sé que estás ahí" (1990)

Retratos a la basura

Bromas en Localía

Vanidades

"Te conozco y no sé de qué"

Rosa Pellicero

El rap del jefe de la Policía

Elecciones a la APA

Nicolás Espada

Visita del Príncipe

La subasta de "la salchicha" del Actur

Una de Radio Nacional

Concha Roldán

Manuela Carmena

Arzobispo de Zaragoza, Elías Yanes

Antonio Gala

Teo Lozano

El Milagro de Andorra la de Teruel: "creo en Dios a to meter" (1990)

Barrio del Arrabal. Teruel. Lunes, 9 de la mañana.

La Audiencia de Zaragoza

El caso del Möet Chandon

La familia (1993)

Onda Cero Radio

Surtido colectivo de anécdotas y gazapos

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Rosa Ballarín

Entrevista a los Grapos en huelga de hambre

Luis Alegre

Mercedes Gracia suplanta a Ariadna Gil en Café con Pólvora

Chorizos de Lechago en Hollywood

Ramón J. Campo

“Vacaciones” en Belgrado (1992)

Sobre el oro de Canfranc (2001)

Miguel Ángel Liso

Camilo José Cela al teléfono (1994)

Marga Valiente

Desembarco de becarios (1995)

Cadáver cambiado

Procesión en Bijuesca

Crimen sin resolver (1996)

Primeros muertos

“Sólo pienso en jugar con el power ranger” (1995)

Pelea de película en el restaurante japonés (1995)

“Guardia Civil por narices” (1995)

El hombre que vivía en un coche aparcado (1995)

“Sobran padrinos y faltan regalos” (1995)

Dalia Moliné

Me confunden con la alcaldesa

Otra de Fuerzas y Cuerpos

Elena Bandrés

Un pastor en Trasmoz

Carmina Puyod

Soldados con sarampión (1995)

Una mañana muy torpe (1997)

Juan Carlos Garza

Una foto profética

Katia Aznar

Rosas amarillas (1997)

Gema Giménez Ascaso

'Quinto levanta, tira de la manta'

Un comercial en apuros

Si Cervantes levantara la cabeza

Camino Ibarz

El tiempo, por los suelos

Esther Esteban Sauras

Una presentación algo improvisada

Juanjo Barrencheguren

Antena 3

Comida para perros o coche bomba en Delicias

Espeleólogos perdidos en Escuaín

El hombre que sobrevivió a mi exclusiva

Inmaculada Otal

Ofertas de trabajo desde Radio Cinco Villas

Saludos en Antena Aragón

Luis Negro Marco

Borde, que no «borde» (1999)

Ambidiestro, que no anticristo

¿Tienen papeles? (1999)

De muertos, moros y oro

Un centón para terminar

Ana Aínsa

Historias de mancos

Fiestas de Teruel

José Antonio Lavado Bueno

Becario en San Lorenzo

Fernando García Mongay

Un matiz

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

¡Congreso bomba!

Alberto Cortés

Ciclo, una revista apátrida

Roberto García y Santiago Martín

Problemas digitales: periodistas y electricistas

Goya Ruiz

Sor Isabel Guerra: Dios entre los pinceles

Miguel Ángel Fernández

En una noche electoral
Dar paso al que no está

Antonio Ibáñez Izquierdo

La nevera
La llegada de Esquerdinha

Raquel Machín

Traduciendo a Drulic
El menú secreto

José Luis Cano

“El de la tira”

Carmen Martínez Alfonso

Buscando arqueólogos (2002)
El acelerador de electrones

Miguel Mena

Anécdotas de Estudio de Guardia

Antonio Broto

Con Pelé en la Muralla China (2002)

*Joaquín Mateo Blanco
cenec@aulavirtual.es*

La tartera del decano

Ignacio Buera, cuando yo lo conocí en 1947, era un simpático nonagenario, clarividente y mordaz todavía. Era el decano de los periodistas aragoneses.

La Asociación de la Prensa tenía su sede en la calle San Miguel, esquina Blancas, en unos bajos no muy amplios, pero que daban de sí para varios despachos, una recepción con mostrador y una salita que se empleaba para las tertulias que siempre se organizaban al caer la tarde.

Buera no tenía parientes, vivía solo y prácticamente residía en los locales, sin dejarlos más que para dormir en una pensión.

Todas las tardes llegaba con un paquetito en el que escondía una tartera en la que llevaba la cena que le preparaban en la pensión y que consistía invariablemente en una ración de albóndigas con tomate, pues su dentadura no le permitía hincarle el diente a nada más sólido.

Un día nos llevó a mi padre y a mi aparte para confesarnos que llevaba un tiempo observando que le desaparecía media ración.

Montamos una discreta vigilancia sobre la tartera hasta que pillamos a un meritorio que en cuanto encontraba una ocasión atacaba la tartera y se tragaba cuatro o cinco albóndigas.

Era un pobre muchacho que había venido de un periódico de otra provincia y que apenas tenía dinero para comer.

Ignacio se compadeció del chico y a partir de aquel día venía a la asociación con dos tarteras.

El banquete de la prensa

La Hoja del lunes, que dirigía Emilio Alfaro padre, era el negocio más saneado de la Asociación de la que vivía su presupuesto y de donde salían pensiones a viudas, ayudas y préstamos y el banquete que con ocasión de la fiesta del Patrono se ofrecía a las autoridades y a los médicos del cuadro, que eran destacadas figuras de la Medicina zaragozana y que no cobraban, siendo el único sistema de seguridad social de los periodistas.

La Hoja la hacíamos en los talleres de El Noticiero en la noche del domingo. Mi padre,

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

con el seudónimo de "Pepe Tribuna", se encargaba de la sección deportiva, en cuya tarea le ayudábamos mi hermano Alfonso y yo, encargándonos de los partidos de tercera. Yo era del Arenas, con Violeta, Palo y demás figuras.

Una noche, cerca de la fiesta, Emilio Alfaro llamó al Gobernador, que era a la sazón Juan Junquera, para consultarle el restaurante en donde celebrar la comida.

Todas las llamadas pasaban por la centralita donde estaba Veiga, un gallego de acento cerrado y que equivocaba siempre los números que marcaba para desesperación de todos, que sospechábamos que oía las conversaciones.

En efecto, cuando Alfaro le decía a Junquera que podían comer en el restaurante Flor, surgió de las ondas el vozarrón galaico de Veiga diciendo:

-Oigan, porqué no van a la Tasca de Manolo que se come muy bien.

El espejo de la muerte

Un periodista anciano, sintiéndose morir, llamó a mi padre al lecho de muerte. Yo le acompañé y mandó salirse de su dormitorio a todos sus parientes.

-Joaquín -le dijo- acércame un espejo y pónmelo delante de la cara.

Mi padre así lo hizo.

-Sabes, es que quiero ver la cara que tengo de muerto.

Y así murió aquel senequista con su rostro de cadáver impreso en sus ojos azules.

M^a Rosario de Parada

Periodista y Escritora

Historietas de censuras

Creo que estas historias pueden servir para rellenar el Archivo de los periodistas más jóvenes en el Centenario de la APA. Verán que cualquier tiempo no fue mejor, que hay motivos para la nostalgia por quienes dentro del Centenario pudimos perder la libertad

Desde la atalaya de 80 años veo estallar una guerra incivil sin concluir mis 14 años. Huimos la familia del frente de Huesca al refugio de Zaragoza, Con la implantación de la Censura perdimos la Libertad. Los padres temerosos, los hijos holgando, truncados los estudios, casi todos sin entender proclamas de guerra, esperamos que pasen los tres largos años. Así nos tuvimos, me tuve, que buscar la mejor vida sin salir del hispano Infierno guerrero. Mi culturilla de cuatro años de Bachiller me permitió entrar voluntaria en la oficina que el Gobierno Civil abrió, para aprender a fichar bajas, consolar a las familias de los primeros muertos, archivar partes de heridos en las escuelas transformadas en hospitales. En la Plaza de Aragón las familias se hacinaban buscando noticias. A diario, una corneta vibrante interrumpía nuestro paseo por Independencia para darnos el PARTE DE GUERRA, así resistíamos, brazos en alto hasta escuchar tres himnos: los de Falange, de Requetés y la Marcha Real. Tras el toque de queda, volvíamos los jóvenes al ocio de pasear, en unión de tantos amigos sanos o ya tullidos. Esto fue lo malo, el bien me vino al crecer mis propios signos de ideología. Aprendí para siempre que la paz no llega nunca a través de la guerra, que el espíritu militar no sirve para dirigir la libertad del pueblo civil. Y, mientras, soportaría la Censura.

Censura cotidiana, en la playas: con trajes hasta la rodilla, mangas al codo, albornoces puestos, al dejar el agua y pisar la arena. Las medias caladas en el estío, los brazos cubiertos en las Iglesias. Se librarían bien los novios de enlazarse y menos de rozar sus mejillas con un casto beso. La Censura nos perseguía, obligado era que el hermano, estilo chííta, nos acompañara al baile. La solución estaría en casarse recién estrenada la juventud, intentando buscar la libertad.

¿Qué Libertad? Censura a la hora de ser padres, con el número de hijos que Dios nos diera. Claro que cada pareja se las arreglaba por medios naturales. Los premios de natalidad imponentes podían llegar a los 20 hijos. He de señalar que para consuelo llegó el Método Ogino. La Iglesia lo tragó igual que la píldora, algunas pías seleccionaban los confesores más comprensivos para recibir la absolución. Está claro que la mitad de los españoles nacieron según el Método Ogino.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Saltando en el tiempo, terminada la guerra, y cursados 5º, 6º, 7º y Examen de Estado, mi novio no esperó más mis estudios, y me casé...

Censura en la Profesión de Periodista

Mi marido dirigió fábricas en diversos lugares mientras yo criaba cinco hijos. Fiel a mi empeño, me pude leer por entonces una biblioteca de obras clásicas. Otra fábrica, teniendo 30 años, me dió a conocer la política de Perón y Evita (sobre ellos escribí reportajes al ejercer). La Censura que imperaba se ha santificado ante la política que siguió en este rico País. Creo que mi viaje de tres años sirvió para abrirme los ojos y las ideas con nuevas rutas en mi personalidad,

Instalada en Zaragoza, insistí en mi empeño de vida propia. Seguí aquí un Cursillo de Periodismo, me matriculé en la Escuela de Barcelona, que se cerró. Al poco en la Autónoma de Barcelona cursé la Licenciatura de Periodismo. Al recibir un Cuento, don Ramón Celma me ocupó en alguna sección del Noticiero. Por tener familia numerosa no pude entrar en plantilla, pero seguí a diario con páginas sociales, artículos, reportajes, entrevistas y enviada especial. Y me topé con la Censura que estaba presente en la Prensa y el Diario. Asistía yo a los desfiles de modas, para mis crónicas elegía fotografías que no desvelaran carnes femeninas, pero aún así un día me llamó el director. Reclamando mi calma, me informó de que el Consejo del día había comentado : "La pornografía entra en el Noticiero por mano de M^a Rosario". Afirmó que algunas fotos no eran aceptadas. Yo me sulfuré. Dije: "Si se publican más fotos de bragas y sostenes, trajes modernos de baño, ¿no lo estiman igual?... Algunos anuncios presentaban imágenes que yo había rechazado. Hubo otros ejemplos de absurda Censura interna, como un artículo, que señalaba un sacerdote ejemplar en la playa y antes de publicarlo, pasaría por la Censura eclesiástica.

Censura en los Partidos.

Un día cerró el Noticiero, publicó su SOS. Murió casi al tiempo que fallecía Francisco Franco. Conocí el paro. El abogado Manuel Vitoria, presidente del Ateneo de Zaragoza, me pidió ayuda para organizar las sesiones y oficina de la Entidad. Fui Secretaria General de su Junta por 12 años. Hacía al tiempo labor periodística. El Director de la Hoja del Lunes (q.e.p.d.) José L. Aranguren, me admitió en colaboración fija y me encargó cubrir las sesiones de las nuevas elecciones en los Partidos Políticos. Tuve

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

ocasión de conocer a sus altos dirigentes en ruedas de prensa y entrevistas. También a don Manuel Fraga en varias ocasiones. Para una sesión del Ateneo solicitamos al Profesor Fraga que, en calidad de tal, no como dirigente de AP, pronunciara una Conferencia sobre las Autonomías que se iban a implantar en España. El salón se llenó a rebotar de adictos. Cuál sería la sorpresa de la mayor parte cuando el Profesor Fraga dictó una lección magistral sobre la conveniencia de tales Autonomías que desde añejos tiempos necesitaban las provincias para desarrollarse. Hay que decir que los oyentes aplaudieron, a rabiar, pese a todo. La sorpresa mía había sido, antes de comenzar, cuando el Secretario que le acompañaba me solicitó un cheque con los emolumentos del conferenciante. Y cercano estaba don Manuel firmando en el Libro de Oro de la Entidad.

Recuerdo la Rueda de Prensa en la cual AP y el PAR se iban a unir para la elección. Sentados en la mesa, don Manuel Fraga y don Hipólito Gómez de las Rocas dieron sus razones, hasta admitir preguntas de los medios. Señalaré las mías. Recordé que en el Congreso se había suscitado días antes una discusión sobre cuestión de riegos y aguas de Aragón, que defendió don Hipólito, siendo don Manuel su contrario en el tema. Yo quise conocer el plan político futuro de Gómez de las Rocas. Intentó responder Fraga, le hice ver que me dirigía don Hipólito, y me quedé con las dudas ante las ambiguas respuestas que se suscitaron. La Censura de los Partidos seguramente no les permitió la sinceridad. "No habrá problemas llegado el caso", afirmaron. El tiempo nos ha dado la respuesta.

También cubrí el paso del Papa en Zaragoza, hasta Toledo. Presencé el acto folclórico aragonés de la Plaza del Pilar y lo escribí con la crónica de sus homilías. La anécdota singular, que puede delatar el contraste entre la seriedad del protocolo eclesial y el desfogue humano, me la describió la monja que preparaba su dormitorio en el Arzobispado, mientras me mostraba sábanas de fino hilo de Holanda que ellas mismas hablan bordado para su lecho. Fue que al regreso de dicho acto, Juan Pablo II, aquella noche, mientras se dirigía en solitario por el pasillo hacia su aposento, iba ensayando los pasos jotosos que enlazan cojicos los bailarines. ¿Nostalgias de sus jóvenes salidas a la escena teatral tan ajenas a la férrea norma vaticana?

Programa con suicida

Estábamos en plena emisión. Era un programa dinámico, muy participativo y absolutamente abierto, en el que glosábamos la actualidad en su más amplio espectro y sin circunscribir los asuntos a ningún ámbito, de modo que podíamos hablar del gato que los bomberos habían rescatado de la copa de un árbol, de lo que habíamos visto al ir a la emisora, del postrer hallazgo de la Ciencia, o del último episodio de la guerra que los Estados Unidos estaban librando contra el Mal para defender la Cultura de Occidente. Poníamos música entretanto para separar los bloques y naturalmente ajustábamos el tono de nuestra tertulia a la naturaleza de los hechos que comentábamos, mientras desfilaban los invitados por el estudio y atendíamos a las llamadas de los oyentes que deseaban intervenir.

Un día, cuando el ritmo era más frenético, me hicieron una señal desde la pecera de control y me pasaron una llamada. No oía nada y apremié varias veces "Dígame, dígame2. Miraba yo perplejo al control encogiéndome de hombros y ellos me hacían señales de que tenía a alguien en la línea. De pronto me pareció oír una respiración entrecortada y un sollozo. Jamás había experimentado tanta turbación. "Oiga, oígame ¿qué sucede? ¿Le ocurre algo?".

Tardó unos instantes como para serenarse y luego, con la voz quebrada pero con una determinación y una frialdad que me erizó el vello, musitó: "Estoy suicidándome".

Muchos años de vida en la radio no me habían preparado para aquel momento. Supe enseguida que no se trataba de la ocurrencia de un bromista. Un impostor no puede nunca producirnos un escalofrío como aquel. De modo que allí, al otro lado, en algún lugar impracticable, había un hombre quitándose la vida que había solicitado hablar conmigo. No sabía cómo ni si su estado tenía vuelta atrás. Y miré desolado a mis compañeros alzando las cejas como pidiendo socorro y anegado por un abismal sentimiento de soledad.

"Usted miente", dijo. Me sentí paralizado. "Cuando ha dicho que cada día es el primero del resto de nuestra vida, miente ...". Aquellas palabras me dieron una idea y quise comenzar a hablarle, pero me cortó: "Y voy a hacerlo. Ahora mismo. Pero antes quiero decirle que usted miente".

Era un solitario que buscaba un asidero para vivir. No era un impostor aunque en el fondo no quisiera morir, pero en aquel instante podía matarse. Luego los fuí conociendo.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Hice señal para que subiesen la música, me pasaron la comunicación por línea interior y mis compañeros se hicieron cargo del programa mientras yo proseguía un angustioso diálogo a ciegas apelando a la intuición. Le pregunté si tenía amigos, si se sentía enfermo y si le visitaba algún médico. Me respondió airadamente que él no estaba loco y que iba a colgarme el teléfono. Conseguí evitarlo mientras buscaba desesperadamente en la agenda. Médicos. Un psiquiatra. Apareció un psiquiatra joven con el que había hablado recientemente y como afectando urgencia le dije a mi interlocutor si podía esperarme un momento, que volvía enseguida pero estaban llamándome por teléfono. Tomó mi puesto un compañero que dijo sentir todo lo que él sentía y eso le tranquilizó.

No se cuanto tardé a establecer comunicación con el psiquiatra

Iba y venía de un teléfono al otro y le mostraba que a pesar de mis ocupaciones, lo más importante era él. Cuando hablé con el médico se hizo cargo enseguida de la situación y quedamos que lo iría a ver haciéndose pasar por mí.

Volví de nuevo a mi hombre. Mi compañero me miró desolado al entregarme el teléfono. Estaba sollozando de nuevo. "Ya estoy aquí otra vez", le murmuré. Fué tranquilizándose. "Me gustaría mucho conocerte", le tuteé. Pero no contestó. "Yo creo que podríamos ser buenos amigos. A mi también me ha ocurrido alguna vez lo que a ti". Silencio. ?"Quieres que nos veamos"? Pasaron unos momentos y al cabo me dijo con voz apagada: "Bueno".

Pero estaba equivocado al suponer que el asunto estaba resuelto. No quería facilitarme su dirección. Estuve porfiando no sé si media hora para que me la diera. Cuando lo logré llamé al psiquiatra e hice que un compañero le entretuviese por teléfono mientras yo permanecía pegado al auricular conteniendo la respiración. Había largos silencios en los que ya no se nos ocurría qué decir. Al cabo de un tiempo que nos pareció infinito, oímos el timbre de su puerta. No quería abrir. Decía que la voz que le hablaba desde el otro lado de la puerta no era la mía... Pero yo no podía hacer ya nada, ni podía argumentarle, porque yo estaba allí, al otro lado de la puerta cerrada.

Se vino para el teléfono y preguntó a mi compañero que por qué le habíamos engañado y que quién era el que llamaba a su puerta porque desde luego no era yo. ?"Pero tú no sabes que en el teléfono y por la radio la voz es muy distinta"? Sí, si que lo sabía, pero la entonación, el acento, el timbre, no eran los míos.

Por fin, le oímos abrir la puerta y hablar destempladamente con mi sosias. Pero había abierto, que era de lo que se trataba en primera instancia.

Cuando el médico terminó con su "misión" me llamó y hablamos largamente. Me contó cómo había ido todo, cuales habían sido las primeras medidas terapéuticas, me

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

anticipó su pronóstico y me anunció que iba a verlo al día siguiente. Yo no podría hacerlo para no desbaratar todo el montaje.

Aquella noche no pude dormir. Y muchas otras me desvelaba pensando en cual habrá sido su suerte.

Orígenes de TVE - c. 1957

Estábamos estrenando televisión. Debía ser la primavera del 57. Pero los estudios de la Avenida de la Habana de Madrid no eran mas que una emisora de barrio de las que hoy proliferan en cualquier ciudad. El pequeño chalet que los acogía contaba unicamente con dos cámaras, no había una "dolly" ni modo de hacer un "travelling".

Andaban por allí Jesús Álvarez, David Cubedo, Clemente Pamplona, José María Codina y otra media docena de pioneros. Todavía no se había incorporado Blanca Álvarez y la presentadora estrella era Laura, "Laurita" Valenzuela.

Emitíamos apenas un ratito por la tarde y las cabeceras, los créditos y los espacios no se sucedían mediante fundidos, "truca" o los miles de recursos que hoy nos regala la tecnología. Eran sencillamente una serie de cartulinas apoyadas en un atril, que habían sido previamente delineadas e ilustradas con monigotes alusivos por los dibujantes, que el regidor o el que podía en aquel momento, hacía caer hacia adelante una a una.

Mi delicado cometido consistía en escribir el avance de programas del día siguiente, que leía Laurita Valenzuela ante la mirada arrobada de los concurrentes que andaban secretamente enamorados de ella. Pero las tareas eran muy aleatorias. Un día me requirió un regidor con urgencia. "Ven, corre, que tienes que hacer de reloj". No imaginaba en qué podía consistir tal cometido pero no experimenté ninguna inquietud. Todos los días estábamos experimentando algo.

Me largó un plato de aluminio de los que había en el Ejército y un palillo de tambor. "Cuando te haga una señal, vas dando palillazos así, como uno por segundo, hasta que te haga otra vez la señal".

Se trataba de un concurso y yo tenía que marcar los tiempos.

"Quince segundos", decía el presentador. "A ver, piense. Si es muy sencillo". "Veinticinco segundos". "¡Un minuto! Lo sentimos mucho. Ha expirado su tiempo!".

Y así intervenían por teléfono una serie de entusiastas televisivos con el señuelo de ganar un disco, dando por buenos los tiempos que yo marcaba en "off2 con mi plato de rancho. A veces, el regidor me hacía señales que no entendía, con gesto de contrariedad.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Cuando terminamos, se me acercó. "Joder, chaval, que idea tienes del tiempo. No creo que se le haya ocurrido a nadie llamar a un notario para que cuente tus segundos, porque sino lo íbamos a tener magro. ¿Es que eres amigo del segundo concursante? No has dado un solo palillazo al mismo compas". "Es que tengo arritmia", le dije. "¡Lo que tienes tú son unos cojones que te los pisas!"

Y ahí se frustró mi carrera como reloj.

El echarpe de TVE

En aquellos primeros tiempos de la televisión era imposible grabar nada porque no existían los magnetoscopios. Se hacía todo en directo y San Pedro se la bendecía en general a quien Dios se la daba, pero si no era así se producía un desastre. O simplemente una situación risible.

El ministro de Información y Turismo, Gabriel Arias Salgado, que había realizado un estudio estadístico profusamente distribuido en el que se demostraba científicamente que después de la Guerra Civil subían al cielo muchos más españoles que antes de la victoria de Franco, no quería ser causa de pecado ni condenación de los teleespectadores. Y como quiera que todas las semanas había un desfile de modelos, y muchos de ellos llevaban escote o iban sin mangas, y los vestidos sin mangas o con escote eran pecado, había hecho disponer un echarpe en el plató para que cuando apareciese un modelo inconveniente, se lo arrojasen a la maniquí por encima como quien pone una albarda.

Es muy posible que los españoles siguiesen subiendo plácidamente al cielo gracias a aquella medida pero las españolas no sabían nunca qué es lo que se llevaba por ahí, ni donde acababa el vestido y comenzaba la censura.

Concierto algo tenso

Un día teníamos concierto. Siento no recordar los nombres de la orquesta ni el director. Ha pasado mucho tiempo y es más fácil recordar el hecho que los actores, que en aquel tiempo pudieron haber sido todos.

Mediado el programa, comenzamos a notar una extraña inquietud en el director que se volvía con frecuencia hacia un lado y hacía vagos gestos de interrogación al regidor, que apelaba a todos los recursos del mimo para hacerse entender por los gestos.

De pronto apareció en el plató uno de Producción con un cartel. Estiré el cuello hasta el vidrio de la pecera pero no pude ver nada. El maestro, confuso, se dió la vuelta

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

hacia la cámara y continuó dirigiendo completamente desconcentrado, con la barbilla sobre el hombro, sin dejar de mirar de reojo a los ejecutantes que seguían atónitos el desarrollo de aquel singular enredo.

Cuando el tipo del cartel abandonaba el estudio, pudimos leer el mensaje. Decía: "No dé la espalda a la cámara: está viendo el concierto el Generalísimo".

El trofeo

Cubrí la información de todos los viajes que realizó el general Franco a Barcelona desde que salí de la Escuela de Periodismo. Todos sin excepción. Y todos, sin excepción, la Casa Civil enviaba a los periodistas días después una carta de gratitud con la copia de la propuesta de petición de la Cruz del Mérito Civil que había elevada, para cada uno de ellos, al Ministerio de la Gobernación. Y tiempo después se celebraba una solemne recepción en el salón del trono del Gobierno Civil en que se imponían las condecoraciones.

Los que recibían la distinción en ocasiones sucesivas ascendían de rango progresivamente. En cierta ocasión que acudí a la ceremonia para acompañar a un amigo fotógrafo, dijo un compañero señalándome: "Bah, éste tipo debe tener ya la colección completa. Por eso no se la han dado esta vez".

En realidad no me la dieron nunca. Había procurado informar con sobriedad y verdad, y no omitía detalles en la relación de cuanto veía pero nunca tuve ocasión de referirme a "la multitud enfervorizada", a "la emoción que experimentó el pueblo al verle aparecer en el balcón principal del Palacio", a "las muestras de entusiasmo y adhesión inquebrantable hacia el salvador de la Patria", y otras cosas que los demás sabían ver. La parquedad de mi adjetivación, juzgada como desafección, me privó de un trofeo importante en mi exigua colección.

Entrevista al Almirante

Llegaba con el tiempo justo a mi cita con el Ministro de Marina, el almirante Pedro Nieto Antúñez, y comencé a subir las escaleras de Comandancia de dos en dos, como solía cuando iba a pedirle noticias al capitán de Puerto, el teniente de navío Antonio Lledó, o a obtener precisiones técnicas del erudito capitán de corbeta Martínez Hidalgo. "¡Guardia, a formar sin armas!", oí. Y me paré en seco mirando alrededor. No había nadie. Miré receloso al oficial y me hizo un gesto de que subiera. Lo hice con paso cauto, largo y sigiloso como la Pantera Rosa, con el rostro sofocado por el rubor y sin saber a qué atenerme.

Me aguardaba el ministro charlando con el almirante del Sector Naval que nos presentó y nos dejó a solas. Hablamos largamente del plan de modernización de la Armada y de otros proyectos muy distendidamente. Y cuando nos despedíamos, ya los dos de pié, me dijo: "Bueno, y ahora dígame qué quiere". Me quedé más desconcertado que cuando formó la guardia en la escalinata entre las banderas y los gallardetes. Le agradecí las facilidades que me había dado, el tiempo que me había dedicado y la entrevista que me había concedido. Y le dije que me llevaba sus opiniones que era justamente lo que quería. "¿De veras?", rió divertido. "Pues no lo olvidaré, porque es la primera vez que alguien se toma tantas molestias para no pedirme nada".

Entrevista al Almirante

Una de las personas a las que más gratitud debo es a un redactor de mis primeros tiempos que me distinguía con la enemistad más sincera. No sé la causa, pero le resultaba insufrible y me ponía toda suerte de trampas.

Naturalmente eso me estimulaba sobremanera. Pero cuando conseguía sobrenadar, me asignaba tareas estrañas e incluso terminó inventándose secciones imposibles que confiaba a otros en cuanto había logrado que despegaran.

Un día se inventó que aquella subsección rutinaria que en otro tiempo se llamaba "Marítimas" en las ciudades portuarias, ocupara una página. "Para mañana quiero la primera", me dijo. Y me dejó allí como un náufrago. Aquel primer día no recuerdo cómo salí adelante. Pero enseguida me suscribí a todas las revistas extranjeras de prestigio y me hice amigo de armadores, astilleros, pescadores y todo el mundo que olía a sal. De manera que al cabo de unos meses comencé a dar exclusivas que entusiasaban y le contrariaban a un tiempo.

Al poco tiempo dimos la primicia de las primeras prospecciones petrolíferas en el litoral español, concretamente a cuatro millas de Tarragona. Fué un árduo trabajo pero se lo pisamos a todo el mundo. Poco despues publicamos en rigurosa exclusiva que el primer portaaviones nuclear de la historia, botado en Newport hacía un par de meses y contestado por medio mundo, iba a penetrar en el Mediterráneo y a atracar en Barcelona. Se trataba del USS "Enterprise" y anticipamos incluso la fecha.

Antes había querido verificar la noticia en el consulado norteamericano, en el Ministerio de Marina y en la embajada de los EEUU. Pero nadie sabía nada. O por lo menos, eso decían. Pero mi fuente -un aragonés magnífico de Pina de Ebro- era absolutamente fiable y me arriesgué a dar la noticia. Gracias al inexplicable rencor de mi jefe pude dar la noticia. "¿Estas seguro? Te prevengo de que como no sea cierto te vas a la calle", me advirtió alentadoramente. Él lo deseaba. Y aunque yo estaba con-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

vencido, de vez en cuando llamaba a Don Eduardo el de Fuentes. "Tú tranquilo y espera". Pero la competencia no se atrevía a secundarme y los días pasaban.

Una mañana la prensa estadounidense se despertó con la noticia de que el portaaviones nuclear USS "Enterprise" iba a entrar en el Mediterráneo y al día siguiente ABC le dedicaba la portada. Habíamos hecho diana y teníamos una exclusiva mundial. Entonces me ocupé de recordar nuestra anticipación y publiqué toda la información técnica de la nave y su programa de visitas. En varias ciudades portuarias de Francia e Italia se registraron enfrentamientos, manifestaciones y protestas.

La venta de nuestro periódico que había comenzado a experimentar un aumento sensible últimamente en ciertos distritos como los barrios portuarios, las Ramblas y el Distrito V, esto es el popular "Barrio Chino", se disparó. Era algo realmente halagador.

Naturalmente, mi redactor jefe me destituyó, me arrinconó, me quitó la sección de manera fulminante para darsela a un colaborador de espectáculos llamado Rodríguez Paredes. Pero no podía arrebatarme "la gloria". Todos conocían mi esfuerzo y sabían que aquella subida de las ventas era obra mía. Y yo me sentía pagado porque veía recompensado mi trabajo. En unos meses había logrado que se interesasen por las actividades portuarias todos los sectores económicos implicados, antes dispersos.

Nada más falso. Quienes habían disparado las ventas del periódico eran las prostitutas. Cada una llevaba en el bolso un ejemplar, para saber cuando iba a tocar puerto cada barco importante y por dónde andaba la VI Flota de los Estados Unidos.

En la agonía de Tele/eXpres

Asistir a la decadencia de algo o a la muerte de alguien es una experiencia más que dramática sobre todo cuando es algo nuestro. Y el diario Tele/eXpres era algo profundamente mío. Comencé a trabajar en él varios meses antes de que saliese a la calle y fui el tercer contratado después del director, Andrés Avelino Artís Tomás "Sempronio" y de Josep Pernau Riu que era el redactor jefe.

Ellos habían dejado hacía tiempo el periódico y después de muchos avatares y cambios de propiedad estaba hundiéndose sin remedio. No nos dejaban los lectores, que seguían fieles al proyecto, ni decaía nuestro entusiasmo que se sobreponía al hecho de que nuestro producto no llegase a la mayor parte de los quioscos, no sabíamos por qué. Y a la circunstancia de que no percibiésemos ya los salarios de Sebastián Auger.

Continuábamos con una fidelidad numantina aferrados a un proyecto en el que no creíamos ya mas que nosotros. Era una situación dramática como de sitio, de prensa de la resistencia, de publicación clandestina. No teníamos más que dos líneas telefónicas, nos

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

habían cortado el servicio de fax por impago, los teletipos, ese tecleo implacable de fondo en todas las redacciones, habían enmudecido porque las agencias informativas no nos daban ya servicio. En cada sección teníamos uno o dos transistores que nos llevábamos de casa para ir enterándonos de lo que sucedía y escribir como si se tratara de un periódico de trinchera.

Una madrugada, cuando me iba para casa después de cerrar mis secciones y haber ido despidiendo a mi gente con esa sensación de ser el último superviviente del mundo, el último hombre del planeta, me preguntaron los de Internacional. "¿Ya has terminado?" "Sí, por hoy estoy ya listo".

"¿Tienes también el choque del talgo de Madrid?" "Claro que sí. No sólo tengo el choque del talgo, sino que damos también la muerte de Manolete, el ataque a Perl Harbour y la bomba de Hiroshima?. Pero vi en el rostro de mis compañeros que no era una broma. En lo que me había costado apagar la radio, lavarme las manos y disponerme a salir, las emisoras habían dado el flash de un choque del talgo Barcelona- Madrid a su paso por un pueblecito de Soria llamado Torralba del Moral, un suceso que se preveía ya como una catástrofe dadas las circunstancias.

Me mojé bien la cabeza y me arremangué porque hacía un calor del infierno, y el aire acondicionado y la ventilación tampoco funcionaban. Había que comenzar de nuevo. Atrapé las dos únicas líneas y con los dos teléfonos me puse a llamar a todos los teléfonos de Soria -Guardia Civil, Gobierno, Renfe, hospitales, clínicas, bomberos, Cruz Roja-, mientras buscaba ansiosamente en las guías de teléfonos porque, naturalmente tampoco teníamos telefonista ¿para qué si no teníamos nada?

Comence a escribir frenéticamente mientras aguantaba un teléfono con cada hombro e iba mandando originales al taller. Pero era muy difícil comunicar porque las líneas estaban saturadas. Supe que muchos vecinos de Guadalajara, Medinaceli y Calatayud estaban prestando ayuda y comencé a llamar a todo el mundo, incluso a casas particulares y a garabatear en decenas de cuartillas. Mis compañeros de las restantes secciones se fueron despidiendo. Nos quedamos solos un maquinista, el regente del taller y yo, que seguí mandando cuartillas y enmendando noticias ya envejecidas hasta que no pudieron esperar más en el taller y cerramos.

Salimos abriendo con el choque en primera. Como todos. Pero para mi sorpresa, la información más completa, fidedigna y contrastada fué la nuestra. La competencia no daba más que un par de alcances que les habían servido las agencias, en tanto que nosotros dábamos incluso la primera lista de víctimas, porque nos dejamos la piel toda la noche para evitar que nos pisasen ninguna información, conscientes de nuestro desasistimiento, creyendo que íbamos a quedarnos atrás y luchando por que nuestra información tuviera un mínimo de dignidad ante los colegas de la competencia.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Lo que más me sorprendió al ver los periódicos a la mañana siguiente fué que no había una sola fotografía, en tanto que nosotros públicábamos una espeluznante, naturalmente de archivo, en cuyo pie se decía ambigualmente: "Centenares de muertos y heridos en los vagones siniestrados". O algo parecido. No decíamos que se tratara de "aquel accidente" pero jugábamos al equívoco suponiendo que la prensa de la mañana iba a dar un apabullante despliegue gráfico. Pero no lo dió porque hubo una avería en el sistema de transmisión de fax de la Agencia Efe. Aquella mañana me llamaron muchos compañeros para interesarse por cómo habíamos obtenido la foto, suponiéndonos ya capaces de cualquier milagro. Les dije la verdad. La mayor parte tomó a risa y deportivamente el explicable prurito de no quedarnos atrás vencidos por nuestra falta de medios; otros sin embargo juzgaron con rigor lo que calificaron como una falta de ética por mi parte. Pero yo sé que secretamente nos admiraron.

Vanidades

A veces, ya se sabe, hay que interrumpir un trabajo apasionante para asistir a una conferencia que no interesa más que al que la pronuncia, a un cóctel que no tiene otro objeto que ver y dejarse ver, o a un homenaje organizado por un grupo de personas contra un competidor del homenajeado. Y aquella mañana me hallaba en ese trance. Había anotado en la agenda que a las doce del mediodía tenía que hacer acto de presencia en el acto de imposición de una medalla a un personaje ilustre. Vanidad de vanidades.

Así es que después de una mañana movida en que mis pesquisas me hicieron ir a un barrio marginal y peligroso, al cubil de un comerciante ful y a algún otro lugar que no recuerdo, a las once y cuarto enfilé desganadamente la autopista que iba a permitirme complimentar al personaje que me había invitado a su canonización solemne. Pero de pronto comenzaron a frenar los automóviles que me precedían y nos quedamos parados, mientras oía por la radio que en algún lugar se había producido un accidente. Lo tenía por lo visto a cien metros y comencé a ver pasar ambulancias y oír sirenas. Me di a todos los demonios y evalué las posibilidades de un escape. Pero me hallaba ya en medio del tapón. No había ni la posibilidad de dejar el coche en el arce y irme andando. Miraba el reloj con desesperación y al final renuncié a preocuparme: no iría. Vería cómo disculparme pero era imposible llegar.

Los coches comenzaron a moverse lentamente y poco a poco fué destejiéndose la maraña, así es que dí una rápida ojeada al reloj y me puse a hacer "slalom" para intentar llegar aunque era seguro que el acto habría comenzado. Me emboscaría entre los invitados cercanos a la puerta como el que llega tarde a un funeral y cubriría el expediente.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Dejé el coche de cualquier modo y entré en el salón de actos cuando comenzaban a salir ya los asistentes. Pero me dió la impresión de que todos se quedaban mirándome. Debía ser una aprensión mía inspirada por el sentimiento de culpa. Hasta que me descubrieron dos amigos, Carlos Pérez de Rozas y Manuel Ramirez Gabarrús, y me señalaron como los niños acusados en la escuela: "¡Ya ha llegado, ya ha llegado!" "Esperen que está aquí". "¡Callad, cretinos!", les dije irritado por lo indelicado de su broma, mientras me desasía de ellos a codazos. Pero se abrió un pasillo hasta la mesa presidencial y cuatro personas sonrientes abrían los brazos como para abrazarme. Comencé a balbucir disculpas, a contar esas cosas que nadie cree sobre la circulación, los atascos y todo lo demás. "No se preocupe. Lo que importa es que ya está aquí". Y me ví alzado hasta el estrado en medio del más abismal desconcierto. ¿Pero qué quería aquella gente? ¿Se habían vuelto todos locos? Y entonces sucedió algo sorprendente, algo de lo que aún no me he recuperado. El caballero al que pensaba acompañar con mi asistencia, el "vanidoso" que me había invitado a presenciar su homenaje, se adelantó hacia mi y diciendo algo de no sé qué hipotéticos méritos y de mis excelencias profesionales me prendió una medalla en la solapa entre los aplausos de la concurrencia y mi estupor.

Podría decir en mi disculpa que no recibí previamente un documento con el acuerdo de concesión, ni escrito alguno que me alertara; solo un "saluda" confuso un par de días antes.

El suceso fué muy celebrado en las redacciones, aunque algo menos por mi padre que se hallaba entre el público y estuvo un mes sin hablarme. Y cuando llegué al coche sin explicarme aún nada, reparé en lo contradictoria que es la vida: llevaba una medalla en la solapa que me distinguía no se por qué, un pergamino en la mano que enumeraba mis méritos y un un ejemplar del BOE certificando que el Gobierno de España estaba enterado de todo. Y en el parabrisas una papeleta que me motejaba de infractor, de modo que tuve que salir volando para escapar de la grúa.

Cuadros falsos

Había estado visitando diversos museos con el propósito de robar un cuadro para demostrar que las pinacotecas no reunían las mínimas condiciones de seguridad. Lo tenía todo dispuesto. No diré la institución ni el título del cuadro ni el procedimiento porque no es cosa de dar ideas. Pero el caso es que cuando tenía medio convencido al director, llamó al asesor jurídico, el zaragozano Joaquín López Español y me arruinó meses de preparativos. Era imposible. Aunque el cuadro no sufriese ningún desperfecto -lo que sería difícil de demostrar- y probase que no existía afán de lucro, lo que yo me proponía era un delito. Tampoco podía implicar en el asunto a un notario

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

y dejarlo bajo su custodia porque no podía hacerse cómplice de un acto criminal. Y lo mismo sucedía con mi director y con la publicación, así es que la cosa no siguió adelante. Pero me enteré de algunas cosas interesantes como que tras los tapices que ocultaban las paredes en que colgaban los cuadros había humedad en algunas salas, que la aireación era deficiente o inexistente como probaba el intenso olor a moho, y que algunas piezas me parecían muy dudosas, entre ellas varias de Isidro Nonell.

Un día, hablando con el pintor Julián Grau Santos me dijo que también a él le parecían sospechosas. De modo que fuimos al Museo de Arte Moderno de Montjuïc y estuvimos analizando los que nos hacían concebir sospechas, uno por uno.

Una vez razonadas nuestras dudas en función del color, la pincelada, la composición, el motivo y la factura general, guardé todo aquel material y me puse a averiguar las fichas y los expedientes. De algunos de ellos no se podían saber datos tan decisivos como el nombre de sus sucesivos adquirentes, ni aparecían sus títulos en ningún catálogo, ni se sabía donde habían estado hasta que afloraron o habían sido adquiridos por el Museo.

Ninguna de estas objeciones es tal vez decisiva por sí sola, pero varias juntas no pueden sino suscitar demasiadas interrogaciones. Más que respuestas.

Hablé con el conservador José María Ainaud de Lasarte y le expuse mis aprensiones pero argumentó que los expertos de la institución sabían más que yo y no compartían mis dudas. Pero a partir de ese día no se me permitió acceder a la documentación de los cuadros ni a los ficheros. Así es que me puse a escribir. Y a publicar. No emitía juicios categóricos sino que me limitaba a exponer mis dudas y argumentarlas.

Sufrí toda suerte de presiones y comencé a recibir cartas de apoyo y de censura. Los responsables del Museo aseguraron ante algunos colegas "off de record" que "iban a hundirme"; que pondrían al descubierto quién me pagaba por aquella campaña de desprestigio y que tendría que salir de la ciudad por la noche. Naturalmente esa amenaza me inquietaba muy poco pero me preocupó más que mi empresa recibiese por varios conductos sugerencias de que se deshiciese de mí.

Entretanto, los lectores iban enterándose con regocijo de que casi todos los cuadros de Nonell reproducidos en las postales del Museo eran precisamente los dudosos.

Supe que iban a querellarse y que pretendían promover una campaña de prensa contra mí. Para lo primero no había materia y lo segundo se me antojaba descabellado pero comenzaba a experimentar una inquietante sensación de angustia.

Un día, mientras abría la correspondencia, me llamó la atención un sobre manuscrito franqueado en Méjico. Lo remitía Francisco Camps Ribera, un nombre que entonces no me decía nada.

Abrí la carta. Era un pintor que se había exilado después de la Guerra Civil y osten-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

taba el cargo de Conservador de la Red de Museos del Distrito Federal, si no me equivoco. Me comunicaba que unos familiares le habían hecho llegar los periódicos desde España y me felicitaba porque era el único que había advertido "el contrabando que se ha tragado todo el mundo". Cuando salió para América precipitadamente, no tuvo tiempo ni humor de cargar con los cuadros y alguien debió venderlos por nonells, ya que había sido alumno suyo y estaba todavía muy influido por él.

Se enteró de la atribución de sus obras al otro autor cuando llevaba tiempo allí. Y me daba detalles de algunos de los que reconoció como suyos, realmente divertidos. "Por ejemplo, la figura femenina yacente con un camión blanco que lleva el título de 'Asumpta' y está entre las tarjetas más vendidas, no es la gitana que contagió la sífilis a Isidro Nonell, como dicen. ¿Quién ha visto a una gitana con esa languidez, la piel sonrosada y el cabello tan rubio? Es mi hermana que estaba con gripe. Resulta menos apasionante pero esa es la prosaica verdad".

Cuando la campaña volvió a arreciar, escribí el último reportaje, publiqué la amable carta manuscrita por Camps Ribera y transcribí el texto. Ya nadie pensó en "hundirme" ni en hacerme huir por la noche.

Pero los cuadros siguen allí.

El día más triste de mi vida

Llevaba más de un año intentando desentrañar el misterio. Había desaparecido del Museo Diocesano de Solsona una tabla con la Adoración de los Reyes del llamado Maestro de Pentecostés de Cardona. Fuí varias veces a verla pero el director me decía que estaba en el restaurador. Pero los restauradores oficiales no había visto la pieza y los demás aseguraban no saber nada. Así es que al cabo de un tiempo regresé a la población episcopal para preguntarle al responsable del tesoro quién era el restaurador, puesto que en la sala continuaba el hueco con las escarpas vacías. Pero Mosén Llorens me dijo que no lo sabía. Toda una prueba de fe.

Comencé entonces una investigación minuciosa sin desdeñar contactos y entrevistas, y empecé a publicar todas las noticias que iba cosechando, y algunos vecinos me confiaron muy reservadamente que habían desaparecido otras obras de arte.

Comencé a visitar Solsona como si estuviera empadronado y empecé a recibir cartas anónimas con pistas que me fueron muy útiles. Un día recibí la llamada de un tal Francisco Curt, presidente de una prestigiosa Fundación, citándome para una entrevista. Nos vimos y derrochando cortesía me dijo que la Institución había adquirido aquella pieza pero que desconocía su procedencia. Que deploraba el incidente y que

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

estaba dispuesto a reintegrarla inmediatamente si le reembolsaban el dinero. Mas en el Museo me dijeron que allí no habían vendido nada, a no ser que lo hubiesen hecho unos anticuarios que a veces habían hecho de restauradores para ellos. ¿Entonces eran estos anticuarios los restauradores ignorados tiempo atrás? No, el Museo tampoco quería decir eso.

Me convertí entonces en "coleccionista" y huroneé por anticuarios, quincalleros y charnileros, hasta que un día me encontré con uno que me dijo haber adquirido a la Diócesis de Solsona alguna obra, pero que hacía tiempo y no sabía de lo que le hablaba ahora. Supe también de otro pero me dijo que el solo se había quedado con piezas de carácter profano y que había rechazado las de motivo religioso. ¿Ah, pero había también piezas de esa naturaleza? Sí, algún busto, algún desnudo procedente de ciertas herencias seguramente.

Comencé a recibir presiones cada vez más insistentes de mi propia empresa para que interrumpiera mi averiguación y yo negociaba con cierta fortuna pero con el creciente temor de que un día arrojasen mis reportajes, mis informes y mis artículos a la papelera, hasta que un día le di a un colega una primicia que publicó con un gran despliegue y, desde entonces, como si se hubiera abierto la veda, empezaron a ocuparse todos los medios del "Affaire de las tablas de Solsona". Desde ese momento se acabaron las coacciones: aquello era ya patrimonio de la comunidad y yo no había perdido nada porque tenía todas las fuentes, algunas de las cuales habían comenzado a dejar de suministrarme noticias porque en la pequeña ciudad levítica se había declarado una cruzada entre las esposas piadosas orientadas por los directores espirituales y los esposos irreverentes y librepensadores de modo que las batallas se libraron incluso en las alcobas. Pero mientras decrecía el flujo de noticias, yo comenzaba a ver claros algunos aspectos que me habían venido desazonando durante meses. ¿Por qué razón -me había estado preguntando- unos aseguraban haber pagado cantidades concretas por aquellas tablas y otros negaban haberlas vendido, si esas posiciones no podían sostenerse por mucho tiempo? Pero yo estaba en posesión de nuevas pistas. Una, por ejemplo, era que existía un copista que había hecho réplicas de ciertas obras del Museo. Pero ¿para qué quería hacer copias de sus fondos el Museo? Una sombra de sospecha fué afianzándose en mí y por primera vez comencé a pensar que en aquel asunto nadie era inocente. Una aprensión que tomó cuerpo cuando un profesor de Arte me confió un día que dudaba mucho de la autenticidad de algunas pinturas góticas de ciertos museos catalanes.

Tenía que averiguar quién era el copista y conocerlo. Pero eso era lo mismo que buscar una aguja en un pajar. Después de muchas pesquisas, supe por alguien, y bien que siento no recordar quién, que un francés o un italiano hacía copias de originales y que se llamaba Roger o acaso Ruggiero, o algo así. Pero resultaba evidente que se

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

trataba de un nombre y no de un apellido, de modo que era imposible buscar en la guía de teléfonos alguien que se llamase así. Por lo tanto, me armé de paciencia, abrí el listín telefónico y busqué todos los abonados de apellidos franceses o italianos cuyo nombre de pila empezase por erre y en que hubiera alguna indicación que permitiera relacionarlo con arte, restauración, pintura, decoración, escultura, esmaltes, artesanía, y otros oficios más o menos afines.

Estuve varios días empeñado en esa búsqueda y los resultados eran muy poco alentadores. Entretanto me ocupaba de estructurar el ataque final. Había espigado el Código de Derecho Canónico con ayuda de un abogado y descubierto que quienes comercian, enajenan o pignoran bienes eclesiásticos por encima de ciertas cantidades sin la intervención directa de Roma, quedan excomulgados *latae sententiae*, esto es automáticamente, tanto si son seglares como si son clérigos. Tenía las preguntas y las contrapreguntas. Tenía los argumentos y la carta que iba a enviar al obispo de la diócesis, Monseñor Martí Alanís, que había sucedido al cesado Monseñor Bascuñana, y al director del museo, Mosén Llorens, en cuanto tuviese el testimonio del autor de una reproducción, una copia o una falsificación. Y tenía ya el titular: "La Curia de Solsona, excomulgada *latae sententiae*". Un escándalo.

No había entonces esos llamados "maletines de espía" que pueden hallarse hoy en los comercios, con radioemisores, antenas direccionales antiparasitarias y todas esas cosas, así es que me puse en contacto con un radioaficionado para que me construyera un emisor con micro incorporado en un paquete de "Ducados". Hicimos pruebas, efectuó correcciones y cuando "estaba ya operativo" como dicen los expertos, recuperé mi lista de direcciones y llamé al primero. Le dije que si sería capaz de hacerme una copia de un retrato antiguo. Dijo que sí pero quería saber si era un particular o una institución y de quien se trataba. Le dije que era para un particular y se trataba de mi abuelo. Aún se interesó por qué deseaba tener una copia si poseía el original, y le respondí que el auténtico era propiedad de otra rama de la familia. No se si precisamos algo más y quedamos para vernos dentro de dos días en su estudio. Su estudio -yo le llamaba al domicilio- estaba ¡Dios me valga! en la puerta frontera a la de los talleres del periódico.

Aquel día hice mis últimas pruebas con la pequeña emisora, le puse baterías nuevas, verifiqué que podía grabar desde cien metros a través del radiocassette, y me llevé prácticamente aprendido mi diálogo con él, porque era tan consciente de que me jugaba aquella tarde la culminación de la campaña, que no deseaba dejar nada al azar. Luego, como pasa siempre, sucedió todo al revés.

Salió a abrirme un hombrecillo menudo y vivaz disfrazado de artista, medio calvo, pelo blanco largo, corbata de chalina y guardapolvo como el que usaban hace un siglo los pintores. Comenzamos a charlar y fuimos a parar, como es natural, al motivo de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mi visita: el supuesto retrato de mi abuelo.

Me habló de su portentosa capacidad para imitar la pintura ajena y luego comenzó a mostrarme "corots", "matisses", "monets", "gauguins" "cezannes", "vangoghs" y "picassos". Le dije que la obra que yo tenía era un retrato académico del XIX y me aseguró que estaba en condiciones de complacerme porque él pintaba hasta ajustándose a cánones medievales si convenía. Y comenzó a mostrarme fotos de predelas, retablos, iconos y un vasto repertorio de trabajos. "Lo que pasa es que esto se está poniendo muy mal -me dijo- aunque yo no tengo miedo: yo hago obras originales inspirándome en los autores. Yo no pinto nada que ya esté pintado porque no soy un plagiaro ni un falsificador. Yo pinto cuadros diferentes aunque con el estilo del que me apetece. Yo hago únicamente originales, o "copias", pero no "falsificaciones", que quede eso claro. Y siempre a petición de alguien solvente".

El sesgo que tomaba la conversación había comenzado a interesar me vivamente. "¿Y por qué dice que se está poniendo mal?", le pregunté ingenuamente. "Hombre ¿no ha leído nada del lío ese de las tablas de Solsona?", me respondió con vivacidad, casi agresivo. "Pues mire usted, no". "¿Pero es que usted no lee los periódicos, no oye la radio, no ve la tele?" "¡Hombre, claro, veo los deportes!" "¡Dónde va a parar! Los deportes, no. ¿Usted solo ve los deportes? Entonces ¿para que quiere que le haga una copia del retrato de su abuelo?". "Pues porque es de mi familia ¿qué tiene que ver eso con los deportes?", le respondí divertido aunque afectando sentirme molesto por su supuesta incongruencia. Dió un profundo suspiro y se quedó callado. "¿Entonces usted no se ha enterado de nada? ¿No ha oído hablar de las Tablas góticas del Maestro de Pentecostés de Cardona que se conservan en Solsona? ¿Entonces tampoco sabe nada de una campaña pagada que está haciéndonos ese hijo de puta? ¿No ha oído hablar nunca de un tal Darío Vidal?", me increpó, irritado. "Nunca, respondí con el mayor candor. ¡¡Joder!!"

Se dirigió a una gaveta, sacó una foto y me la puso ante los ojos. Hube de hacer un esfuerzo para afectar indiferencia. Era la copia de la Tabla "La Adoración de los Reyes" del Maestro de Pentecostés. "¿No lo conoce?". Fingía contemplar la imagen, porque no hubiese sido capaz de sostener su mirada sin delatarme. "No. ¿Es obra suya?".

Me alargó otra foto y me quedé paralizado. Era el original que me había mostrado hacía unas semanas el comprador. Ponderé sin reservas su arte y cogí la foto en mis manos. Espléndida. Me contó que le habían encargado en el Museo hacer una copia aunque él no sabía para qué, pero al destaparse aquel turbio asunto no había querido entregarlo. Faltaba so-lo envejecerla.

Estaba casi convencido de dejarme las fotos para que las viese "mi familia" y juzgase la perfección con que podía copiarnos al abuelo, cuando irrumpió su mujer. "¿Qué

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sucede?”. Ruggiero Salvatore -“Servaggio” en el mundo de su arte- se puso a explicarle nuestra conversación. “¿Pero tú eres idiota? ¿Tú sabes quién es éste??. Me puse pálido. “Mujer, no”. Estaba disponiéndome a saltar hacia la puerta y precipitarme escaleras abajo. “¡Pues yo tampoco!”. Dí un suspiro. “Pero ¿tú te crees que se puede ir así por la vida dando fotos y explicando intimidades a desconocidos?”.

“Servaggio” me miró con rencor, y aunque me esforcé en recuperar su confianza y cautivar a su esposa, me fué imposible romper el muro de hielo y de silencios. “Mire -concluyó ella resuelta- si a usted le interesa una copia, trae el original, se ajusta el precio y no hay más que hablar. Es así de sencillo”.

Nos despedimos friamente y salí pensando que a pesar de todo había sido un éxito. No tenía las imágenes, pero tampoco había imaginado algo así como posible. Había obtenido más de cuanto podía esperar: la confesión de su autoría, la confirmación de quien le había encargado el trabajo. Todo. Bajé volando las empinadas escaleras de la buhardilla ahogando la risa. Me precipité al coche. La cinta se había gastado por completo. Mejor. Así no se oirían la intervención de la mujer, que tampoco aportaba ninguna noticia. Salí deprisa para alejarme del lugar lo antes posible y me fuí a un área de descanso de la autopista. Rebobiné con fruición y me puse a escuchar. Nada. Pulsé el avance. Ahora, ruidos, alguna voz lejana, palabras sueltas que reconocía pero que apenas podía entender. Estuve un rato manipulando aquello y verificando si la radioemisora del paquete de Ducados funcionaba. Sí, allí funcionaba. ¿Qué había sucedido? No lo sé. Tal vez la estructura de hierro colado de las casas antiguas de la ciudad impedían la propagación; acaso un campo magnético. No sé. Pero se me había arruinado el colofón de un trabajo de casi un año en solitario contra todo y contra todos, haciendo periodismo de investigación cuando aún no le habían dado nombre, con todos mis contactos quemados, la gente alertada y sin posibilidad de ensayar otra vía. Me quedé mucho rato apoyado sobre el volante. Fué el día más amargo de mi vida.

*Alfonso Zapater
Heraldo de Aragón*

Cemento para las torres del Pilar

Llevo 43 años de periodista en Zaragoza, me vine en el año 59 de Madrid, donde estaba de colaborador en Pueblo y en Radio Juventud, que se llamaba Radio SEU. Los primeros cinco años estuve en Amanecer, en Radio Juventud de colaborador y en Pueblo Aragón. Y no es que mi vocación fuera la de reportero, pero me dijeron que era lo que más falta hacía.

En Amanecer empecé con un reportaje que nadie se atrevía a hacerlo, porque había que subir a la cúpula de la última torre del Pilar, que estaba sin acabar. Todavía vivía doña Leonor Sala de Urzaiz, ella me contó la historia de las dos torres que había sufragado la familia, con sus anécdotas correspondientes. El cemento estaba rationado y como ella conocía a Franco de su época de director de la Academia General Militar, aprovechó uno de los viajes de él, que estaba en Cogullada, se le presentó con su carro de caballos y le dijo:

-Paco, aquí me tienes porque necesito cemento para la torre, que si no no la termino.

-¿Cuántos vagones?

Y así se terminó la cuarta torre del Pilar.

El tren de Grisén

En el diario Pueblo, que hacía edición de la tarde y tenía un espacio para Aragón, me tocó lo del tren de Grisén, que hubo un montón de muertos, tuve que dar la crónica por teléfono y Pueblo fue el único periódico de España que sacó aquella catástrofe. Había entrega de despachos en la Academia y no pudimos ni siquiera localizar al fotógrafo, que era Miguel París, con lo cual recurrimos a Guillermo Fatás padre, que tenía un estudio de fotografía, llegamos allí con todos los vagones quemados y salieron fotos de todos los muertos, más de setenta.

“La ciudad cada día” (1966)

El Amanecer era un periódico del Movimiento donde todo el mundo se tuteaba y se compadrebbea. A mi aquello me chocaba muchísimo, pero lo tuve que aceptar. Un año estuve como colaborador, y luego, como les salía más caro, me hicieron de plantilla. Hice una sección con Pepe Omenat, “Paseo de la Independencia”, de cosas que pasa-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

ban en la ciudad. A raíz de eso y de lo de Pueblo, me habían llamado varias veces del Heraldo. Y una vez que me enfadé mucho con el entonces director del Amanecer, Francisco Villalgorido, le dije, "bueno, hasta siempre, que me voy". Se lo tomó a broma y esa misma noche me fui a ver a Antonio Bruned al Heraldo y le expliqué lo que pasaba. Me dijo que cuánto me pagaban en Amanecer y en Pueblo y que eso junto me lo pagaban allí con creces. O sea, que había hecho muy bien en despedirme. Eso fue en el año 66. Empecé a hacer "La ciudad cada día", que era una página entera de aquellas tipo sábana, que me la llenaba todos los días con reportajes y entrevistas de la ciudad y sus alrededores. Nos citábamos a las diez de la mañana el fotógrafo Luis Mompel y yo, y en dos o tres horas como máximo, ya estaba la página llena de cosas que nos salían por ahí. Si nos faltaba algo, íbamos a la plaza del Pilar y siempre llenábamos. Un hombre que daba la vuelta a España en bisclúter, lo que fuera...

La ocasión de tener un Mercedes

Al poco tiempo de estar allí, dábamos una comida al por entonces director de Información y Turismo -que eran los que mandaban y había que estar a bien con ellos- García Tizón, y recibo una llamada: "No digas nada, pero se acaba de romper la presa de Mequinenza". Y salimos, como siempre, Luis Mompel y yo.

Se había abierto un boquete tremendo. Yo llevaba un coche de segunda mano, un Renault Dauphine, y la gente aquella, que estaban todos los altos cargos de la compañía hidroeléctrica -el pueblo alborotado- me dijeron que cómo iba en aquel coche.

-Pues porque no tengo para comprarme otro.

-Será porque usted no quiere...

Y me hacen entrar en la caseta que había encima de la presa, -Mompel detrás de mí y me dicen que me quede a comer con ellos en el castillo. Digo, "no, que tenemos que salir enseguida". Me dicen: "Es que así arreglamos los papeles para un Mercedes, que usted se merece un Mercedes... Luis Mompel me miraba y no se lo creía. Yo tampoco me lo creía... Querían arreglarlo todo a cambio de que me callara. Y salimos de estampida a comer al Casanova de Fraga, y eso nos libró porque los del pueblo estaban todos pendientes de qué pasaba... Ahí desperdiicé yo la ocasión de tener un Mercedes.

Inundación de Fayón (1967)

Naturalmente que se publicó lo del boquete de Mequinenza. El pueblo estaba muy asustado. Tanto es así, que las manifestaciones estaban prohibidas y las mujeres

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

hicieron una ellas solas y me llamaron para decirme "mañana a tal hora salimos en manifestación, le avisamos porque usted ha sido una persona como es debido y el otro día no se subió a comer al castillo". Fuimos los únicos que cubrimos la manifestación. Estaba de gobernador González Sama -Pepe Ginebras que le llamábamos-, y entonces envió una carta al periódico tremenda, diciendo que me iban a empapelar y culpándome de que yo había organizado esa manifestación. Se publicó la carta y a continuación llegó la inundación de Fayón.

Les inundaron el pueblo sin avisar. Y cuando nos llaman, que si el agua por la calle, que la gente con barca, sacando los muebles por los graneros al monte... entonces dice el director "en vista de esto -de la carta de González Sama- ahora nos vamos todos allí". Nos fuimos él, Doñate, yo y Mompel. Con fotografías y testimonios de todo lo que pasaba, y con nombres y apellidos y documentos de identidad, para que luego no dijeran que nos habíamos inventado nada. Claro, ahí ya se organizó un lío muy grande.

En un acto de la lucha contra el cáncer del que era la presidenta -como entonces en todo- la mujer del gobernador, y yo fui a hacer la información al hotel Goya, viene la mujer nada más verme: "No te lo perdono -me dijo-, no te lo perdono, por tu culpa a Pepe le ha costado estar enfermo".

El yerno de Franco

Cuando estuve en Pueblo en Madrid era amigo de Tico Medina y de Antonio Olano, que hacía un programa -El consejo del doctor- con Cristóbal Martínez Bordiu, el yerno de Franco. Y siempre que venía a Zaragoza me contaba todos los chistes sobre su suegro. En un congreso de cardiología en el paraninfo, el doctor Martínez Bordiu trajo diapositivas, y no podía enchufar la máquina en ningún sitio, no funcionaba ningún enchufe. Y decía "¡Vamos, a quién le digan que está aquí el yerno de Franco y que no tiene ningún enchufe!".

Otra vez tenía una cena con todas las autoridades en el Gran Hotel y fui allí a saludarlo. A él le gustaba mucho comer madejas y siempre venía al Restaurante Bienvenido. A la media hora ya se había zafado de la cena oficial y estaba con nosotros comiendo madejas.

Censurada una entrevista a Gila

A veces tenías problemas con lo que publicabas. Había mucho miedo. Cuando regresó de Mexico Miguel Gila, al que yo conocía de Madrid, estuvimos en el Corona de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Aragón hablando de todo lo que se podía hablar. Yo le hice una entrevista reportaje que quedé rebosante de gozo. Satisfechísimo. Y cuál sería mi asombro cuando al día siguiente no salió. Les dio miedo a los repsonsables del periódico, porque entonces ya no había que llevar las pruebas a censura previa. Había una autocensura que era casi peor que la otra.

En el otro extremo, ya de cachondeo, le hice otra entrevista a Rafael Conde, El Titi, que venía mucho por Zaragoza, y tampoco me la publicaron. Me dijeron: "No vas a poner entrevistas a maricones".

Incendio de Tapicerías Bonafonte (1973)

Con el barrio de Las Fuentes en pleno desarrollo, que sólo había un sitio para entrar y salir, un día de tantos que íbamos a pulsar el ambiente, vimos que la gente echaba a correr, que salía mucho humo de un edificio, y era el incendio de tapicerías Bonafonte. Vimos cómo sacaban a los muertos carbonizados. Tuvimos la suerte - periodísticamente hablando, no de la otra- de ver cómo sacaban a los cuerpos carbonizados.

El incendio del Corona

Y lo mismo ocurrió con el incendio del Corona de Aragón, que yo estaba en casa a las ocho de la mañana, me llamaron y llegué de los primeros. Todavía presencié a siete u ocho personas que se tiraron, que se mataron. Se tiró un niño a la lona de los bomberos y cayó fuera y se mató. Vi bajar por una escalera de bomberos a doña Carmen Polo de Franco, que enseñó las bragas, se le vieron las bragas, qué le vas a hacer. Estaba el marqués de Villaverde, que salió en calzoncillos, le prestaron unos pantalones y se fue para el Hospital Provincial. Todos creíamos que se iba a quedar allí, como médico, pero se fue enseñuida.

Estando allí con todo el follón y tantos muertos -me parece que fueron setenta-, nos viene el gobernador y nos llevan a la caseta de la entrada del Hospital Provincial para darnos la consigna de lo que había pasado: que se había pegado fuego la freidora de la cafetería y que se había extendido por los tubos a todas las habitaciones.

Nadie nos lo creímos, pero lo publicamos.

El hotel pertenecía a la empresa Parra. A los dos días, Santiago Parra me llamó para que -sin decir nada- viera el hotel cómo había quedado. Quería que viera que el fuego tenía varios orígenes. Y se veía claramente: en un piso había un foco, en otro había otro...

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

No había escaleras tan altas para llegar a los pisos superiores. Pidieron ayuda a la Base, viene un helicóptero, se pone a sobrevolar por encima y a avivar las llamas. Seguro que fue provocado, era un día de entrega de despachos en la Academia, entre ellos un hijo de los marqueses de Villaverde -que luego no siguió la carrera militar- y estaban allí varios generales del ejército. Y también había gente que estaba pasando una noche de incógnito con una pareja de incógnito y que se quedaron allí.

El túnel secreto de la base americana

También me tocó cubrir la información de la base americana. Primero se instalaban en pisos, lo que hizo subir los alquileres. Llenaban las salas de fiestas. Todas iban detrás de los americanos, esa era la verdad. Luego, cuando ya estaban los chalets, el club de golf, casas de máquinas tragaperras... había un ambiente tremendo, organizaban fiestas todos los fines de semana. A mi solían invitarme, hasta me hicieron un carné oficial y me hacían el saludo.

Un arquitecto que vivía en Barcelona y que intervino en la construcción de la base, me afirmó en cierta ocasión -y yo escribí un reportaje sobre eso, que tampoco me lo publicaron-, que había un túnel en la base que llegaba prácticamente hasta La Muela, donde guardaban todo el armamento. No me lo publicaron.

“La bestia parda”, poeta

En aquellos tiempos había que seguir al gobernador a cualquier acto por los pueblos. En algunos le habían puesto hasta un arco triunfal. Llega Pardo de Santayana a un pueblo y el alcalde no le está esperando porque se le pasaba el turno de regar: lo destituyó fulminantemente.

Te llamaban semanalmente al Gobierno Civil para decirte lo que tenías que escribir. Al final de una de aquellas reuniones, me dice Pardo de Santayana, “tú quédate aquí”. Me eché a temblar. ¿Y ahora qué pasará? “A ver, siéntate”. Me siento esperando la filípica, se va a la mesa de su despacho, viene con unos papeles y me dice: “a ti te gusta la poesía, ¿verdad?”.

-Hombre, me gusta, y escribo mal que bien lo que me sale...

Me dice: “es que yo también escribo poesía”, y me entrega los poemas. Lo que menos me podía esperar...

Miguel París

Empecé en televisión el 25 de marzo del 58.

Lo que sí me ha pasado una vez es ir a Candanchú a hacer un reportaje y al llegar a Almodévar ver que me había olvidado la cámara. Ya me ayudaban mis hijos, primero Miguel Ángel, sobre el año 68. Y Nacho empezaría sobre el 70. Y eso de olvidarme la cámara... al menos me ha pasado tres veces.

Bendiciendo un pantano

Yo estaba en la televisión, en Pueblo, en Amanecer y era el fotógrafo de la Diputación Provincial de Zaragoza por oposición, y fotógrafo del Gobierno Civil, era el delegado territorial de la Agencia EFE, mejor dicho, de Cifra Gráfica. Casi todas las fotos que se hacían en esos viajes las hacía yo solo y luego tenía que dar las fotos al Heraldo, a todos.

La única anécdota así que me acuerde fue en la inauguración de un pantanillo, un azud, no me acuerdo en qué pueblo. Íbamos el Gobernador, que entonces era Pardo de Santayana, el Presidente de la Diputación, que era Antonio Zubiri, el Secretario de Falange, que era Juan José Sarto... todas las autoridades primeras que había en Zaragoza... Y en el momento de la bendición está, como es natural, el Arzobispo, que era Casimiro Morcillo, pues empezó a decir allí unas palabras de bendición, agarró el hisopo y al elevar para hacer la cruz sobre el agua, paf, se le cayó el cacharro.

Eso está recogido en fotografía y en televisión.

Se echaron a buscarlo al agua, pero de momento no lo encontraron.

Grabar un partido con 9 minutos de cinta

Lo que sí ha pasado en los partidos de fútbol... teníamos tres rollos de película para todo el partido. Y los rollos eran de 30 metros cada uno, tres minutos. Con eso teníamos que hacer todo el partido. ¡Y coger todos los goles!

Dabas cuerda a la cámara y la cuerda te duraba minuto y medio: ran ran ran... cuando chutaban ya se había acabado la cuerda.

José Juan Chicón
Radio Zaragoza
jjchicon@inicia.es

Primeros '60 en Radio Popular

Muy al comienzo de la década de los 60, poco más que adolescente yo y recién abierta Radio Popular.

Se trataba de hacer una entrevista a Fernando Fernán Gómez, todo un personaje interesante, inteligente, ocupado en quehaceres varios. Había recalado en Zaragoza, había conseguido que me dijera que sí, pero no iba a venir a la radio; tendría que acudir yo al Gran Hotel, dónde se alojaba. Quedamos a media mañana, y allá me fuí, con lo que teníamos: a falta de la pequeña cassette, que todavía no se había inventado, me llevé el único Grundig no encastrado, que por los estudios podía enchufarse en uno u otro sitio. Un magnetofón maletón, cerrado como las maletas rígidas, pesado, y portátil dentro de un orden.

Los dos muy puntuales, nos saludamos y nos pusimos en marcha. Casi una vuelta al ruedo, bajo la cúpula del Gran Hotel, buscando tras sofás, sillones y en los rincones, un enchufe. Jamás a ningún cliente se le había ocurrido buscar un enchufe, como si tuviese una alocada urgencia de afeitado eléctrico, agachándose, por los bajos fondos. Enseguida nos secundaron perplejos los del personal del Hotel. Porque para más INRI había algo en la marca alemana y en sus salidos pirulos que no se avenía con los agujeritos que finalmente encontramos.

Se solucionó, enchufamos, pero entonces resultó que aquellos tres palmos de cordón que colgaban por detrás, los del enchufe, suficientes en el estudio, casi anclaban el aparato a la pared y al suelo, por lo que hubo que arrastrar un sofá y colocar el dichoso Grundig, como mal menor, acaballado en el brazo de donde íbamos a sentarnos. Pero al

encajar, también por detrás, el cable del micrófono nos dimos cuenta de que tampoco iba a quedar presentable nuestro bracear arrinconado en el sofá con las preguntas y respuestas. Así que tuvimos que ponernos de pie, ligeramente encorvados y, a estas alturas de la película, por pudor, casi de cara a la pared. Fernán Gómez iba encorbado y trajeado. Yo estaba más que cableado por culpa de los solo 3 palmos del cable para el micrófono, ya que en el estudio el sonido llegaba al Grundig, también a ese menos voluminoso y transportable, a través de las instalaciones y las mesas de sonido y para nada necesitaba micrófonos con cablecito.

Habíamos perdido mucho tiempo, todo era como de risa aunque él permaneciese muy

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

serio, pero la culpa de todo la tenía Fernando Fernán Gómez por no querer acudir personalmente a una radio novata, para que le hiciera una entrevista un novato.

Aunque, al fin, todo preparado. Yo ya estaba dispuesto para el juego de preguntas y respuestas. Sin más preocupación. Sólo era cuestión de levantar la rígida y opaca tapa y empezar a grabar. En aquel Grundig puñetero.

Pero no. Porque levanté la tapa... Y debajo de la rígida y opaca tapa, con pavor, descubrí que no existía esa cosa redonda con cinta magnetofónica dentro, enrolladita, eso que era imprescindible entonces, en cualquier magnetofón, fuese o no fuese Grundig, para poder grabar. ¡No había metido una cinta magnetofónica en el aparato!. Ese sí que era un ridículo metafísico, de trágame tierra, de ir a la guerra sin fusil, peor que salir de casa sin bolígrafo y papel (recomendación periodística que precozmente anoté como a los 14 años y que siempre he procurado cumplir)

Fernán Gómez no me mandó a la mierda, cosa que hubiese temido, con menos motivos, años después. Resignado a echar la mañana, pero no a venirse a Radio Popular, me animó a ir yo, coger una cinta, y volver.

Disparado fuí, volví y amortizamos la divertida historia de la efímera instalación del Grundig, grabando por fin. Pero no tengo ni idea de lo que le pregunté ni de lo que me dijo. No debía ser muy importante.

Impertinencia

Aquella Radio Popular encaramada en un altillo de un tercer piso, en la Plaza de la Seo dispuso, en cuanto pudo, de un magnetofón portátil, gordo como un tomo de la enciclopedia Espasa y grande como dos tomos enfrentados. Embutido, eso sí, en un estuche-cartuchera, obra artesanal hecha a medida por un guarnicionero en un muy recio cuero marrón. Aquello (con dos rollitos de plástico blanco, como los de las máquinas de escribir de antes, en la vertical) se sacaba poco, como todas las novedades en todos los medios de comunicación audiovisuales: lo más nuevo ha servido una vez tras otra para ir modernizándose pero sin pasarse ya que siempre hay algún jefe que decide meterlo bajo siete llaves para que no se estropee, para que no cunda la tentación de incorporarlo a lo cotidiano, para que no se use, vaya. Es decir que lo moderno se amojama. (Y el jefe, convencido, siempre, de que lo está haciendo fetén).

Tuve oportunidad de usar aquel portátil, modelo guarnicionero alta costura, antes de que se convirtiese en prêt a porter. Una vez fué en Calibo, Blancas 2, club de mujeres al que había acudido el Capitán General en vísperas del Referendum en el que Franco proponía dejar atado eso de la sucesión a favor, como Rey, de Juan Carlos de Borbón. Y se me ocurrió recordar que los Falagistas nunca habían sido monárquicos.

Y pregunté por el Régimen, y por eso. El Capitán General respondió que cuando el

barco se hunde las ratas se ponen a salvo. O sea que se fué por la tangente referencial.

No entendí nada.

Menos mal que fué breve, amén de ser yo atrevido, como correspondía a mi edad y ganas de incordiar. Aunque no pudiera radiarse lo grabado. Con la losa de la dictadura encima para los medios audiovisuales (hasta que se murió Franco y un puñado de meses más) la impertinencia era una forma de reclamar espacio para la libertad que ya había empezado a vivirse en la prensa.

¿Firmar penas de muerte impide dormir?

A falta de Servicios Informativos que no fuesen los de Radio Nacional de España, la entrevista era el género radiofónico por antonomasia. Y ahí la intencionalidad, o brillantez en la formulación de la pregunta era fundamental.

Luego resulta que el entrevistado se va por los cerros de Úbeda y no entra al trapo. O contesta escuetamente y no admite repreguntas, etc. Con lo cual una entrevista sólo sirve para que el entrevistado diga lo que quiere decir -y no más-. Y una rueda de prensa, igual: con su tiempo tasado y su "no tengo ningún comentario que hacer" ó "eso ya se lo he contestado antes señorita", Fraga Iribarne, en brusco, y José María de Areilza, en diplomático fueron los primeros en ejemplificar por nuestros pagos que la fuerza del periodista se le iba por la boca al preguntar.

Yo a Fraga Iribarne -que había dejado de ser ministro e iba camino de ser candidato en su primera pasada por las urnas, dentro de aquella primera transición, parsimoniosa- le quería preguntar una cosa. Me parecía interesante darle pie a que se explicara. Nos habían dejado solos, mano a mano, en aquella habitación en un piso de la zona León XIII donde estaba grabándole la entrevista. Como había formado parte de los Consejos de ministros en los que se había dado luz verde a las últimas penas de muerte del régimen anterior le pregunté si pudo dormir por la noche. Sencillamente me dijo que sí: sin más, sin la menor oportunidad de nada, tan solo seguir con mi "brillante" cuestionario, devaluado por la tozuda realidad de un Fraga Iribarne que ni se había irritado, ni inmutado, ni mucho menos confiado, a un extraño periodista que no trabajaba para un periódico, solo para una radio: suelta.

Confesiones de un payaso

En la calle San Miguel, en diagonal con el cine Goya, en ese bloque estuvo el Teatro Circo, simple local cinematográfico al final de sus días. Después frente a la Joyería

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

de Pérez de Mezquía quedó el hueco del derruido Teatro Circo durante algún tiempo. Y allí ancló sus lonas, sus mástiles, su carpa, el circo de los Hnos. Tonetti.

Quise hacer una entrevista, magnetofón estuchado en ristre, al Tonetti que hacía reír, brillante e inteligente en oleajes del circo lleno hasta arriba. De los dos hermanos, no al cara pintada de blanco, sino al otro, el coloradote, de ojillos menudos y sonrisa de lado a lado. Discurrí una buena pregunta para empezar. Y creí encontrarla.

“En su carnet de identidad qué pone de profesión ¿payaso?”.

El “no, hombre, artista, pone artista” fué brevísimo. Porque Tonetti se zambulló en una concienzuda exposición sobre el trabajo del payaso y el poco saber que se necesita para trabajar en el circo y el que todo ahí es cultura física, cultura física, repetía contundente. Por eso él quería para su hijo otra cosa, no la cultura física; quería cultura, cultura de verdad, que estudiase y tuviera educación y conocimientos y fuese a la Universidad.

La obsesión por el cultivo de la inteligencia, más allá de las habilidades, y de la cultura física, salpicó aquella larga grabación con un payaso, habilidoso, con tirón popular, al que le tocaba, santanderino él, repetir el número de la Sardinera, por las Fiestas del Pilar, siempre; y al que le tocaba también hacer frente a duros problemas económicos por haberse metido a empresario de su propio circo.

Pasó un puñado largo de meses. Un buen día llegó la noticia de que no había podido resistir más la trituradora de las deudas y se había quitado de enmedio.

¿Cómo pude decirle “payaso” ni aunque fuese a cuenta de su identidad, de su carnet, de su carnet de identidad al Tonetti que me iba a explicar el circo para siempre?

Mosen Francisco Izquierdo Molins

Hubo un tiempo en que no había televisión. Palabra.

Y los acontecimientos tenían lugar en la radio. A través de la radio, incluso, cuando sucedían fuera del universo de concursos, discos, seriales, programas.

Mosen Francisco Izquierdo Molins, que -por ejemplo- fué nombrado Prelado Doméstico de su Santidad (lo que le daba derecho a una historiada vestimenta y un no menos pomposo tratamiento) nunca quiso otro tratamiento que ese de Mosen de los curas de pueblo, ni debió ponerse la pomposa vestimenta más allá del día del estreno. Promovió Radio Popular, el Stadium Casablanca, el cine Forum Lux, el cine Pax y otras muchas realizaciones, incluido el Colegio Mayor Hispanoamericano, que es el único lugar dónde hay un recuerdo a su memoria: un gran busto en el vestíbulo.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El Director de la primera Radio Popular de Zaragoza, Mosen Francisco -a todos los efectos así, sin apellidos- fumaba lo suyo y tosía en consonancia. Eso se notaba en un breve espacio de reflexión nocturna "Palabras para el silencio", (palabras con toses) que junto con otra breve reflexión a la hora del Angelus era lo único que él se reservaba.

A Mosen Francisco le importaba mucho la juventud, y los horizontes de futuro del deporte, la cultura, la comunicación.

Pero prefería delegar en otros. La Dirección real de Radio Popular fué cosa de Valentín Sebastián (que de aquí saltó a Director General de la COPE) y luego del malogrado Gonzalo Legaz, y con una apuesta por contenidos dispares.

Porque lo de Mosen Francisco Izquierdo respecto a la radio retransmitiendo determinados acontecimientos, era tremendo en aquellos tiempos anteriores al Concilio Vaticano II en los que, por ejemplo, las bendiciones litúrgicas se recibían rodilla en tierra. Así que al principio de los 60, para Mosen Francisco oír al Papa por un receptor, era como si estuviera presente uno en la Pza. de San Pedro. Y cada Angelus papal y cada bendición Urbi el Orbi, catacroc, allá iba Mosen Francisco, clavando su rodilla en tierra.

Lo peor era cómo escaquearse si te pillaba por ahí; cómo no quitarle tanta ilusión ante el poder de la radio ni ante tanta liturgia reverencial fuera de tiesto.

Sin tiempo para rezar el Rosario

No todo iba parejo en Radio Popular. En antena, durante muchos años -también lo hacían otras emisoras como Radio Juventud- se puso diariamente el Rosario. Y digo bien, se puso. Porque se trataba de tres grabaciones en las que los errores, vacilaciones, y otros fallos se producían siempre en el mismo fragmento, en el mismo momento, igualito. Nunca había tiempo para volver a grabar, meses y hasta años con lo mismo. O sea que nunca había tiempo en Radio Popular para rezar el Rosario aunque solo fuese una vez! y grabarlo. Porque la única manera de grabarlo de nuevo era rezándolo. Y allí no se rezaba. Pese a lo que pudiera parecer fuera dónde la llamaban "Radio Bonete". En cambio en Radio Juventud todos los días, y en Radio Zaragoza los domingos, el Rosario era en vivo y en directo y con un padre dominico al frente: así, rezadito, como debía ser y no encintadito, como los progres de Radio Popular, que lo mismo iban de catacroc rodilla en tierra y de magnetofón piadoso que de lectura de los editoriales cañeros de "Ecclesia", única publicación que no pasaba por la censura por ser la de los Obispos españoles. Lo dábamos antes de las noticias de las 14.30 de RNE. Sobre justicia social, derechos y libertades se leían cosas fuertes para aquellos tiempos.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Sin embargo a la misma hora, en Radio Zaragoza, José María Zaldívar, el Vigía de la Torre Nueva, hablando del manto de la Virgen, las mujeres del Mercado y el chismorreo y famoseo de entonces, nos dejaba sin oyentes. Ni progres, ni de los otros.

Oriéntese

Un buen día, alboreando los '60, cuando yo iba por mis primeros coqueteos periodísticos, se me presentó un Sr. insólito con una propuesta insólita. En Cuenca (nada menos) distribuyéndola a través de los establecimientos SPAR de alimentación (ni más ni menos) había conseguido hacer funcionar con éxito una publicación semanal, de pequeño formato, dedicada a las películas, sus lugares de proyección y otros locales y diversiones entre los que elegir. Una "Cartelera", vaya, ni parisina, ni neoyorkina, ni londinense: conquense. Pelín sarcasmo, puesto que no habría mucho dónde elegir en la pequeña ciudad, ni posibilidades de despistarse, el título de aquello era "Oriéntese... esta semana en Cuenca".

El Sr. (no mucho mayor que yo, pero de chaval se ven mayores a los demás a poco que se descuiden) se llamaba Paco Mendoza. Y quería que yo me ocupara del "Oriéntese... esta semana en Zaragoza" cuya salida estaba preparando.

Editar, distribuir, y hasta conseguir vender, acaso subsistir, muy difícilmente perdurar. Ahí es nada. En un siglo, en Aragón, además de la prensa diaria hay un carrusel mayúsculo de aventuras de todas las dimensiones en esto de la impresión periódica.

En Zaragoza era La Editorial, en el Coso, con Adolfo, su impagable regente de Talleres, la más utilizada para esos menesteres. Pero la pequeña historia del "Oriéntese..." se vinculó a la entonces emergente Gráficas San Francisco, de la calle Cervantes y de la mano de mi hermano Carlos, más paciente y constante que yo que solo me ocuparía del escribir.

"Oriéntese..." consiguió ser un pequeño folleto con la lista de los cines, sus películas y sus horarios. Y una pequeña crítica de cada; o una reseña al menos, que cuando las exhibidoras no habían mandado los lanzamientos publicitarios del estreno, había que ir a buscarla en el único sitio que las tenía y sistematizadas: en los ficheros que custodiaba D. Juan Fabrat en las oficinas de los Hombres de Acción Católica. Todo ese esfuerzo, más la búsqueda febril de publicidad (los únicos que deseaban anunciarse eran los de las Salas de Fiestas: Pigalle, Coto, Capri) quedaba truncado porque las dos grandes cadenas de cine, Empresa Parra y Zaragoza Urbana, después de darnos unas fechas para las películas, las cambiaban según les parecía. Con lo cual la Cartelera ésta, que se intentaba abrir paso en Zaragoza, no servía para nada: acudían al cine que ponía en "Oriéntese..." y echaban otra película, y le reclamaban al

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

quiosquero y éstos acababan recomendando comprar cualquier periódico del día y se acabó.

El caso es que si en Madrid podía funcionar una Cartelera fiable en los anuncios de sus cines, aquí no. En sí Cuenca. Pero aquí, años 60, no. Y se acabó. (Aunque no del todo).

La guerra de los lunes

Zaragoza Deportiva era el periódico semanal dedicado al fútbol que más interés despertaba. Salía el lunes pero hasta las 2 de la tarde no podía estar presente en los kioskos y comenzar su venta, ya que era privilegio de la Hoja del Lunes, editada por la Asociación de la Prensa de cada lugar, ser el único diario de los lunes. Hasta las 2.

Y ahí comenzaba la batalla, a veces con agitación enérgica de D. José Blasco Hijazo y su bastón, durante muchos años Presidente de la Asociación de la Prensa zaragozana, contra Eduardo Fuembuena, propietario y director de Zaragoza Deportiva, que cada vez enviaba sus periódicos a la venta más pronto para poder enganchar a los compradores antes de que se metieran en casa, antes de las fatídicas 2 de la tarde. Y como en papelerías y kioskos lo que estaban deseando era vender algo que tenía muy buena aceptación, Eduardo Fuembuena encontraba en la tozuda realidad un buen aliado.

Y como de los beneficios de la Hoja del Lunes se nutría la Asociación y sus asociados, por norma, la defensa de esos intereses producía un irritación de Blasco Hijazo nada virtual sino normativa. Y como la Hoja estaba hecha fundamentalmente del fútbol del domingo, de lo que se trataba era de alargarle la vida a cada ejemplar hasta el límite final de las 2 de la tarde.

Pero mira por dónde una cabecera es una cabecera aunque no haya podido ser una cartelera. Paco Mendoza, viviendo de y entre almacenistas de licores y otros productos hosteleros, tenía -era suya- una cabecera que al final daba igual lo que dijera o pudiese significar. Y un buen día, años después de la anterior aventura, salió, toda deportiva y futbolera, una revista que se llamaba "Oriéntese... esta semana en Zaragoza". Lo de "...esta semana en Zaragoza" pequeñito, pequeñín, de manera que todo el mundo solo veía "Oriéntese". Y así es como se pidió ("deme el Oriéntese") esta publicación, de éxito mientras duró, editada también en Gráficas San Francisco, que igualmente salía de cara al fin de semana como la cartelera, colocándose fuera del terreno de juego de los lunes dónde hubiera sido imposible competir con Zaragoza Deportiva.

Solo alguna cosilla no era ni fútbol ni deporte. Luis del Val empezó a publicar sus pri-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

meras cosas irónico-lírico-costumbristas ahí precisamente. (Por cierto que Luis, hasta las narices con la disputa y el regateo por la palabra periodista, durante muchos, muchos años posteriores, cuándo le preguntaban qué era decía "publicista", de publicar)

A Enrique Calvo, que ya era amigo de Luis del Val, le tentó la aventura de los pequeños negocios hosteleros a través de Paco Mendoza con quien hizo buena amistad (y de cuyo hijo, a la desaparición del padre, fué un auténtico tutor). Pero en aquellos alegres, vivaces tiempos lo que pasó es que Enrique, Luis y Paco Mendoza saltaron a la edición de Pueblo de la mano de su director el doctor Santiago Lorén, quien confió a Enrique Calvo la Administración de esa aventura periodística en la que unos cuantos más estuvieron implicados. Pero eso ya lo ha contado, publicista él, Santiago Lorén en un libro.

Buscando a Buñuel

A)

Luis Buñuel, recuperado en Cannes por la todavía mejicana "Los Olvidados", hizo -en España ya- la muy carpetovetónica y esperpéntica "Viridiana" que volvió a ser premiada y a pesar de ello forzada al silencio, en cuanto al premio y en cuanto a todo por aquel Ministerio de Información y Turismo del aperturismo contradictorio. Aunque Buñuel, erre que erre, todavía siguió rodando por tierras españolas -de las que se había visto alejado desde los tiempos de la República-. Antes de reubicar en París el mundo de su trabajo hizo en España "Tristana", cuyo rodaje por las calles de Toledo alguna vocacional del periodismo zaragozano recuerda.

Más novedoso fué el primero de los rodajes, en Francia ya, en los que Buñuel utilizó, en plan pionero, un técnica diferente a la de confiar en lo que estuviera viendo el cámara -él solito- a través del visor y mientras se estaba tomando, por fin, un plano ensayado docenas de veces. Joaquín Aranda, viajó a París donde se filmaba "Ese oscuro objeto del deseo" y publicó después en "Heraldo de Aragón" un muy amplio reportaje sobre el trabajo de Luis Buñuel en aquellos estudios de cine, en los que unos monitores le ofrecían la imagen y el sonido de lo mismo que estaba captando la cámara de cine, pero lo mostraban inmediatamente delante de su silla de director, donde podía traspasar también la difícil barrera de su pésimo oído. El reportaje contaba algo novedoso, aproximando a las posibilidades del realizador de televisión -que tiene ante sí varios monitores con varias cámaras- las de un realizador de cine, mediante ese procedimiento que ha acabado siendo, pero que no era, normal.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

b)

Para Joaquín Aranda, romper la barrera que Buñuel colocaba en torno suyo, a sus películas en gestación, a sus rodajes, a su propia vida cotidiana, no resultaba difícil.

Para los demás, sí. Y es que había una aureola de director universal, de director maldito, de personaje esquivo, de persona huidiza, de alguien inaccesible, que frustraba lo suyo a alguien que como yo, hasta que no fué a París -en autostop y en Albergues de Juventud- no pudo conocer, en la Filmoteca Nacional Francesa, "Tierra Sin Pan", "Un Perro Andaluz", "Los Olvidados" ó "Viridiana".

Hubo algunos años en los que Luis Buñuel estuvo viniendo por España más. En Madrid se alojaba en el "rascacielos" de la Torre de Madrid, de la Plaza España. Su hermana Conchita viajaba allí. (Estudí un año con de Perico García Buñuel, hijo de Conchita). Cuando Luis Buñuel venía por aquí se hospedaba en el Gran Hotel. Tuvo familia -su hermano Leornado- viviendo en el edificio del Herald, con lo que el trayecto entre los porches y la calle Costa se le hacía, por escasos momentos y por poquísimos tiempos, de lo más habitual. En este contexto -y habiendo emparentado, además, familiarmente Joaquín Aranda con Buñuel- y dadas las ganas del director de cine de pasar desapercibido, sus visitas a Zaragoza eran cautelosamente silenciadas por el Herald.

Pero llegó un día en el que, recién puesto en marcha "Aragón exprés" -con el que Eduardo Fuenbuena quería ampliar el éxito de "Zaragoza Deportiva", probando, con un vespertino diario- me llega la información de que Luis Buñuel está en Zaragoza. No pude conseguir muchos más datos, pese a lo cual la escueta cuartilla que escribí mereció el honor de la primera página. Destacar de un modo semejante lo que simplemente me había contado -ahora sí puedo decirlo- Manolo Estevan, poeta, amigo, familia de Buñuel por parte su madre, pensé que podía significar una declaración de hostilidades en la que no quería verme atrapado.

Al día siguiente al "Herald" no le quedó más remedio que hacerse eco -en esta ocasión, sí- de la presencia del discreto D.Luis Buñuel que, indiscretamente, yo ya había destapado.

c).

Pasó el tiempo, dejé de colaborar en "Aragón exprés", seguí cogiendo capazos por las esquinas con Joaquín Aranda -crítico de cine, y de las cosas coyunturales hipertrofiadas a diario en los medios, buen devorador de libros- y un buen día me dijo: te voy a presentar a Buñuel; pero si te pregunta cual es tu profesión dile cualquier cosa, cualquier cosa, menos periodista: te dejará con la palabra en la boca y se irá.

Y así lo hicimos. Caminamos juntos el trozo de la calle Costa que nos separaba del Gran Hotel, entramos juntos, llegamos a la butaca -en hablando de cine, mejor buta-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

ca que decir sillón- me presentó. Ni de lejos dije la palabra periodista, ni pregunté casi, no fuera a pasar por lo que no era. Tenía mi papel, indefinido, difuso, de amigo de Joaquín Aranda. Sin conexión alguna con la prensa. Estaba representando. Fué como una pillería, la mía, esa minirepresentación, un viaje a ninguna parte: sólo el afirmarse socarronamente y con mal oído D. Luis, como un somarda en plan de británica conversación que girase en torno al tiempo y no mucho más (por no dejar al cómplice de la pillería, Joaquín Aranda, al descubierto recorté con radical cautela todas mis señas de identidad periodísticas).

Y así marchó el invento: entre el desmesurada discrección y el respeto a las reglas del juego del mini-happening que estábamos montando. Sobre todo él que no debió tragarse del todo lo que sobre mi le decía su sobrino, aunque aparentase lo contrario, y acabó dando a su propia representación la duración de un entremés. Concluído lo cual levantamos la sesión, o sea nuestros puntos de apoyo en los que estábamos anclados sobre el terciopelo granate de las butacas. ¿O eran sillones?

d)

Hubo un tiempo en el que en Zaragoza solamente la Cofradía de las Siete Palabras llevaba tambores y bombos -de los normales, no de los que son grandes como ruedas de carros-. Fueron los primeros que trajeron a la capital el sonido de la Semana Santa del Bajo Aragón. Y así, en solitario siguieron a lo largo de los años 40 y los 50 hasta que con el finalizar de los 60 y el desparramarse de los 70 las cosas empezaron a cambiar, y comenzaron a proliferar tambores y bombos en la capital y se copió el concurso que, en el Domingo de Ramos, se celebraba en Hija, en el arranque de la Semana Santa.

Obsérvese que la diferencia estriba en que ese concurso es allí para las distintas cuadrillas de los distintos pueblos -que son como las peñas, en otros lugares, en relación con la fiesta-. De hecho las cuadrillas tocan a partir del momento en que el alcalde - y no una autoridad eclesial- lo señala y levanta la vara; compiten las cuadrillas enfrentándose, alejándose, reponiendo fuerzas en los bares; y sólo se van aglutinando para integrarse en algo organizado eclesialmente, cuando llega el momento de cada procesión.

Ante ese concepto de cuadrillas que compiten no era de extrañar que los premios que brillaban en el estrado en el Concurso del Domingo de Ramos, fuesen una enorme copa, como si se tratase de una carrera ciclista por ejemplo, y botellas de coñac y otros artículos semejantes.

Todo muy surrealista. Porque era nada menos que el así llamado

“Cuadro Artístico Semanasantista de Hija” el que con los beneficios que daban sus

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

representaciones teatrales, servía para organizar actividades como las del concurso - que trataba de superar la idea de cada pueblo aislado y sus cuadrillas. También el poliédrico animador de todas estas cosas, el hijarano Laborda, invitaba a periodistas -lo hicieron en el Maestrazgo después- para dar a conocer en España lo que entonces era desconocido. Y todo ello al tiempo que se trataba de restaurar y reponer las imágenes a las que se les había pegado fuego en la guerra.

Pues un año de aquellos, de copa de campeonato, coñac y puros para premiar a las cuadrillas de tambores y bombos de Bajo Aragón, cuando apenas bajaba nadie por allí, me topé con Buñuel, que en el más riguroso de los incógnitos estaba curioseando.

Lo saludé, le hablé del Gran Hotel y de que nos había presentado Joaquín Aranda. No me recordaba (mi actuación teatral de entonces debió muy mala, de las que no dejan huellas; o muy buena, por eso mismo). A borbotones, volvió a ser el quien tomaba la iniciativa; así al preguntar, no pasaba nada si no entendía, si no oía bien la contestación, mientras que si le preguntabas era incómodo no enterarse, irritante pedir que le repitieras. Por eso prefería la tranquilidad, alejado de los periodistas, por eso el escabullirse.

Me preguntó si era del Bajo Aragón y le dije que tenía familia y que mi hermano Mario, estaba de médico en Calanda. Pero no quiso hablar mucho de Calanda. Me vió una camiseta en la que ponía "New York City University" y se interesó por mi estancia en esa Universidad, pero tuve que decirle que no, que esa camiseta la había comprado.

En realidad no quiso hablar mucho de casi nada. Porque pensando en que se acercaba la hora me confió que se marchaba a "Las Ventas de Valdealgofra" a comer y aprovechó educadamente para desaparecer.

Igual lo de "Las Ventas de Valdealgofra" formaba parte de la representación y no lo hubiera encontrado ahí. Por si acaso, no probé.

(La iglesia de Calanda conservó encima de la puerta de entrada restos de pintura dónde podía leerse "Almacén", que es lo que fué durante la época de las colectivizaciones de la guerra civil. Calanda, varias décadas después de la guerra, siguió viviendo el bandazo de aquel enfrentamiento siendo sus fuerzas vivas de lo más reaccionario. Ni para el centenario del nacimiento de Buñuel toda la marejada ideológica que existió había sido superada completamente en el pueblo.

Hoy, pelín surrealista el planteamiento, la Semana Santa de Calanda, con el conservador pero democrático Antón Borraz, médico, como alcalde, incluye un homenaje al universal agnóstico Buñuel junto al Mosen que restauró imágenes y reconstruyó procesiones quemadas e hizo posible que salieran de nuevo bombos y tambores después de la guerra civil).

Primera visita oficial de los Reyes en los '70

1.

Periodísticamente, más importante que tener algo es poder transmitirlo. Transmitir lo que sea. Pero a tiempo. Para la Radio, antes de los móviles, eran los teléfonos ajenos, fijos, fundamentales, en cuanto te alejabas unos cuantos kilómetros. Y la búsqueda y destripado del oportuno cajetín, fundamental, a la hora de colocar las pinzas con las que meter el sonido de las grabaciones.

La primera visita oficial de los Reyes por tierras de Aragón, en la década de los 70, los periodistas ibámos en unos helicópteros Cheenook, de los usados en la guerra de Vietnam para el transporte de tropas. Con sus dos ejes de enormes aspas y su compuerta de cierre, levantaban una enorme polvareada al posarse en tierra, con lo que todos los que esperábamos para poder montar acabábamos hechos un asco. Incómodos de polvo hasta los huesos y con los pelos más estropajosos que otra cosa, en lugar de ir a la ducha, como hubiese sido lo más oportuno, subíamos a bordo hasta el punto de destino de la siguiente etapa del viaje regio; y suerte teníamos si al bajar conseguíamos alejarnos lo suficiente de manera que no nos volviese a rebozar al remontar el vuelo.

Las mujeres tenían que luchar además con sus zapatos, de tacón, tratando de correr lo que podían, al acercarse y al alejarse de aquellas batidoras de viento volantes. Entre las compañeras que vinieron a cubrir esos días de la visita por las tres provincias recuerdo, por ejemplo, la imagen de Pilar Cernuda, en Calatayud, batallando contra la tierra y el viento, y alejándose ligera del vendaval, hundirse entre los terrones del campo donde nos habían dejado.

Así las cosas comparecíamos con el aspecto que podíamos, tras la experiencia del amontonante, novedoso e inusual helicóptero, llegando un poco por delante de los Reyes. En Caspe, como en otros sitios, fuí con el tropel de los periodistas al Ayuntamiento, desde donde se tenía una visión global del ambiente, allá abajo, además de poder seguir lo que sucedía entrebastidores hasta el momento de los discursos, que había que grabarlos para luego poder transmitir alguna frase.

Pero allí se planteó un doble problema.

Primero: se acercaba el momento en que había que dar una información; ese momento, que se aproxima inexorablemente una vez, y después otra, y luego otra; ese momento en el que, desde la comodidad bien organizada de los estudios, han de darte paso a una de las conexiones diseñadas previamente con todo lujo de teóricos detalles en reuniones inagotables. Y sin que haya la menor excusa -retrasos, colapsos, imposibilidades- la realidad tiene que adaptarse a la teoría. "Porque si no"... dicen los

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

jefes, dicen los compañeros, siempre evidiosos, si son buenos periodistas, al tener que quedarse en vez de ir ...”¿Para qué tenemos a nadie por ahí?!!”... Más algún exabrupto Más algún sentido del fracaso, que nos parecería haber cosechado tanto en la comodidad de los estudios, como en la incomodidad, tan disfrutada por ser tan periódica, del reto de llegar a tiempo).

Segundo: en el Ayuntamiento no me dejaban ningún teléfono, porque el Rey estaba a punto de llegar, y no les parecía bien a los responsables municipales que yo me quedase en alguno de aquellos despachos que podía recorrer, y menos que me pusiera a dar la crónica justo a la hora en punto (¿las 11 de la mañana?) en que estaba previsto que llegase, saludase a la Corporación y saliese al balcón a hablar.

Así que lo tenía crudo. No hubo oportunidad de plantear eso de que me dejaran desenroscar la base, o al menos el microteléfono, para transmitir sonido grabado. Porque no me dejaban ni siquiera un simple teléfono. Estaban nerviosos y a lo suyo, como es natural. De manera que me empleé a fondo, pero no insistí más. Miré a la plaza, me fijé en un edificio próximo, a la izquierda, al que pensé que podía llegar rápidamente cruzando entre la menor parte de gente congregada. Allí habría alguien al que poder explicar lo que pasaba y, si nada se torcía, me dejaría llamar.

Y salí disparado porque para las 11 de la mañana sólo faltaban 5 minutos. Comencé a bajar las escaleras a toda velocidad, y cuando seguía bajando con enormes prisas, corriendo, yo por la derecha bajando, ellos por su derecha subiendo, me encontré con que los Reyes estaban, con toda tranquilidad, subiendo las escaleras. Un poco extrañados de ver a alguien tan despendolado, tan desubicado, tan con esas prisas. Desaceleré. Bajé lo poco que quedaba hasta llegar a ellos a un ritmo más acompasado. Nos cruzamos. Más en solitario que otra cosa, puesto que no era un momento de séquitos, ni de presencia coral en torno a los Reyes.

Cuando se alejaron bajé deprisa, y al salir del Ayuntamiento comenzaba a cruzar el ángulo de la plaza así, deprisa, deprisa, hasta que alguien de Seguridad me hizo con una mano la señal que se marca a los coches para que vayan bajando la velocidad, y sin decirme ni media palabra. Desaceleré, crucé, conseguí un teléfono, llamé, y a las 11, cuando me dieron paso, dí mi crónica, la de las 11!, en directo. Y hasta se oyeron de fondo, en algún momento, los aplausos y vítores que se producían en la plaza.

2.

Naturalmente que la Seguridad ha dado un vuelco de la década de los 70 hasta ahora. Alguien corriendo en medio de una masiva concentración y con el Rey a punto de asomarse al balcón de ese Ayuntamiento, está claro que puede crear una extrañeza y hasta desasosiego y alarma tanto en los de abajo como en los de arriba, porque, por más acreditado que esté, eso de lejos ni se ve.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Lo de cruzarse a solas -casi- en unas escaleras, pasó a la historia. Por aquello del Protocolo, sí. Pero sobre todo porque Protocolo y Seguridad se han superpuesto. Ahora "el corralillo", que es como se llama a ese espacio delimitado por un cordón, confina a los periodistas. Cámaras de vídeo, máquinas de fotos, y grabadoras han de quedar en el suelo para que las inspeccione un perro policía, junto con toda clase de bolsas y bolsos. Etc.

Queda el regusto de los tiempos pasados, esa imagen y esa idea de "cruzarse en la escalera" como algo que podía suceder: y sucedía. Pero ante el riesgo de que, yendo a nuestro aire, alguien con intenciones criminales lo tuviera más fácil si se hiciese pasar por periodista, habrá que asumir las rigideces que ahora marca la Seguridad como una servidumbre en el contexto de todas las que, a lo largo del último tramo del siglo han ido aflorando en España. Y en el Mundo.

3.

Viajar sin problemas ni compromisos de transmisión es estupendo. Lo malo es que además de tus obligaciones te crees compromisos añadidos.

Mocedades en Eurovisión (1973)

En "Heraldo de Aragón" antes de convertirse José Luis Trasobares en la mano derecha de Antonio Bruned, ocupaba José María Doñate, Redactor Jefe, ese puesto de número dos. Siempre me acogieron bien las gentes del Heraldo. La elegante y educada cordialidad de Doñate respaldó el extraño viaje que me monté un año a Luxemburgo.

Debería mandar crónicas al Heraldo, según me comprometí, además de cumplir mis obligaciones con Radio Zaragoza.

Un avión Focker, pequeñito y de dos hélices, en el vuelo de línea regular París-Luxemburgo. En Luxemburgo reencuentro con Eduardo Sotillos, al que aún le faltaban 10 años para ser portavoz del primer gobierno de Felipe González: gran alegría y abrazos porque habíamos coincidido en una Residencia modosita del Club Puente Cultural, en Estepona, en viaje de separadas lunas de mieles. Con Sotillos, no con Felipe.

Fosos, defensas, murallas. ¡Qué aburrido Luxemburgo! (Solo que las eurofuncionarias y lomismoarios eran una atractiva beautiful people llenando los cafés y tomando copas y ligando entre sí, pero a las horas en que todo eso puede hacerse en Europa, que ya se sabe que no es como en España, sino after hours: buenísimas, elegantísimas, estupendísimas -las euras y las horas). Lo malo es que hemos venido a traba-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

jar. (Lo malo es que hoy serán euromaduras y euromaduros, aquellas jóvenes colecciones de gente tan joven y tan guapa).

Bueno pues yo ví que, con enorme descaro, Eduardo Sotillos le dejaba a la telefonista del hotel una pequeña grabadora y le explicaba que si llamaban de España, de Radio Nacional, que pusiera el magnetofón en marcha encima del auricular. Y ya está.

O no iban a llamar. O no les importaba en Madrid mucho todo aquello... hasta el momento en que se produjera.

Y ¿qué es lo que se iba a producir? Pues un Festival de Eurovisión. Aquel en el que cantó Mocedades. "Eres tú". Aquel en el que por vez primera participaba Israel. Y como era tras haberse vivido ya los atentados de los Juegos Olímpicos de Munich, la planta del hotel situada por debajo de la Delegación israelita estaba tomada, era inaccesible, lo mismo que la planta de encima, la azotea.

Era también un año en el que Cliff Richard volvía a dar señales de vida, después de haber desaparecido de la escena (las fotos que le hice me las pidió el colega de ABC que, como todos los "plumillas", había ido solo a escribir).

Todo iba bien, dentro de ese forcejeo con el horario que se lleva cuando se está por ahí, con otros periodistas, ocupándose de algo. Hasta que tocó transmitir la primera crónica a la que me había comprometido con el "Heraldo".

Y es que, si en el principio hubo la paloma mensajera, después -y antes que el fax, internet y el correo electrónico- existió el telex: golpeaba como la máquina de escribir que era, mecánicamente, cuando machabas las teclas a distancia, allá lejos.

Cuando le dí el texto para el "Heraldo" a mi luxemburguesa, impecable en sus dominios del hotel, comenzó a teclear. Aunque no entendiera ni papa, iba letra tras letra, a buen ritmo, perforando la tira de papel, que una vez terminada, permitía una transmisión todo seguido, en el menor tiempo posible. Aquello era bastante largo, de vez en cuando me preguntaba, para que le aclarara de qué letra se trataba. Hasta que dijo adiós. Y así me dejó. Sin retorno. Sin rematar la faena. Prefiriendo, sin más dilación, dejarme el teclado para mí solito. Eligiendo una copa por ahí, en vez de ser currante durante un poquito más, y dada la hora -que era peligrosamente la del cierre en el "Heraldo"-.

Nunca había manejado un telex. Pero me puse a ello, apresurado, tratando de suplir mi torpeza con lo que fuera. El desastre fué cuando empecé a machacar mal las primeras letras, traducidas en perforaciones equivocadas. ¿Cómo dar marcha atrás? ¿Cómo quitar agujeritos? Cortaba trozos de aquella cinta de papel, y volvía a escribir y perforar las palabras. Al final sólo cortaba trozos más largos, si la frase había quedado fatal: y vuelta a empezar. Pero, definitivamente, con el reloj pisándome los talo-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

nes, acabé dejando ese batiburrillo de letras, palabras o frases, tal y como salían, amontonadas, equivocadas, bailongueadas.

Mientras en el Luxemburgo de las gentes jóvenes y guapas seguían tomando sus copas, en la Zaragoza del "Heraldo" alguien debió hacer trabajo de espías descifrando un texto y pensando en la cogorza que llevaba el chico ese de Radio Zaragoza a horas tan tempranas de la noche. ("Y es que las luxemburguesas deben estar de miedo, eh; mejor que las hamburguesas, incluso: ¿no, Sr. Chicón?")

Crónicas desde Nueva York en 1972

En la primera mitad de los 70 pasé un verano en Nueva York. Con un macuto en bandolera dentro del cual llevaba una cámara de fotos, una pequeña grabadora, una cámara de cine super 8 y un diccionario. Mandé por correo a Radio Zaragoza algunas cassettes. Hice peliculillas para personal disfrute. Usé el diccionario (poco, por los muchos hispano hablantes). Y tiré algún carrete de fotos. Algunas de las cuales se utilizaron en "Aragón exprés" y luego en "El Día". También aproveché para escribir en "Andalán" una crónica en su número 2, ya que el número 1 y su rompedora presentación en septiembre en L'Ainsa (incluído el republicano Himno de Riego que sonó como folklore del Viello Sobrarbe) me pilló celebrando el Día del Trabajo, que en todas partes es el Primero de Mayo, menos en EE.UU. donde la fiesta del Día del Trabajo, el Labour Day, se celebra en septiembre: el primer lunes de septiembre. Igual que en Canadá.

No hubo problemas por nada que transmitir desde allá. Fué a la vuelta cuando publiqué una serie con más de media docena de reportajes a toda página o a doble página en "Aragón exprés" gracias a la hospitalidad de José Luis Araguren Egozkue. Por algunas de las fotos que hice casi me zurren (las feministas más radicales, que no admitían que un hombre -yo- estuviera delante de la cabecera haciendo fotos). En una manifestación de mujeres, hacen fotos las mujeres. Punto. Era su planteamiento radical feminista. Y me zarandearon y empujaron. Y, tratando de impedir las fotos, por sacudir a la cámara casi me sacuden a mí. Desaparecí de la cabecera ante el peligro de que me rompiesen -ser del género femenino no le libraba- la cámara, y fui comprobando que aquello era muy plural: había hombres, y feministas menos radicales, y lesbys y gays. Desfilamos por la Quinta Avenida (yo más cerca de los tíos y las tías que gritaban "men and women, black and white: one class, one fight", o sea, en castellano y sin rima, hombres y mujeres, negros y blancos: una clase, una lucha. Acabamos sentados en un parque. Habló mucha gente, incluída Jane Fonda, unas sindicalistas, varias feministas de distinta adscripción y también una puertorriqueña. Como no pude irme a cenar con Jane Fonda, me fuí con la puertorriqueña y una prima

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

suya. Habían trabajado en la campaña electoral del candidato demócrata a la Presidencia y participado en los "caucus" -o "caucuses", como decían-. Y tenían la cabeza bien amueblada en relación con los problemas primordiales de las mujeres puertorriqueñas, empezando por la propia subsistencia personal y familiar: frente a la identidad sexual de la mujer norteamericana que teorizaba y rizaba el rizo y se abocaba a la radicalidad del feminismo (de entonces) la mujer puertorriqueña, concienciada, pisaba más en la tierra según la cena fué dando de sí.

5.

Estuve con los Black Panthers, en su cuartel general de Brooklyn, con gran susto de amigos míos de color. Y en el Bronx terrible del atildado Tom Wolfe y su "Hoguera de las vanidades", muy tranquilamente con amigos arroba irlandeses as, bailando música latina. (Lo cierto es que los barrios y la preponderancia de determinados colectivos y la degradación de calles y sectores es algo extraordinariamente fluido. Ya entonces el West Side no tenía nada de barrio de puertorriqueños, aunque la película con aquella Story venía de tan solo una decena de años atrás. Harlem, el entorno de Washignton Square -con un lado bueno, estudiantil, y otro malo, degradado- etc., todo en proceso de rápido cambio de una notoriedad por otra).

Por cierto que en ese termitero de Manhattan, en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, en el MOMA, daba gusto ver el Guernica de Picasso, tal cual, como se ve un cuadro, al aire: acercándose a seis palmos, o cuatro o dos, y retrocediendo lo que hiciese falta, como sucede con todos los cuadros. Y tener una fotografía, tú delante, con el Guernica, a pelo, medio metro detrás de tí. Así de sencillo. Sin ese ataud con cristal en que han metido a la Gioconda en el Louvre, sin lo que hubo que montar para el Guernica cuando ya lo tuvimos en España, acorazándolo transparentemente.

Y en un costado de la isla, pero en medio de todo ello, junto al East River, el engranaje universal a escala, sólido, simbólico, sosegado, cobijado por el edificio de Naciones Unidas.

6.

Estuve unas cuantas veces allí. Sin ningún problema de acceso. Ni ningún tipo de acreditación. Ni siquiera estaba acreditado ante la Alcaldía o la Policía de Nueva York que era lo único homologablemente válido en NYC ya que carnets profesionales o de medios españoles servían lo mismo que una tarjeta de visita grandota. ¿Pero no sirven las tarjetas de visita, grandotas o no, para ir de visita? Pues claro.

La embajada de EE.UU. en España para dar el visado hacía rellenar un formulario en el que te preguntaba si no habías pertenecido al Partido Comunista y otras cosas; tu decías que no -en mi caso la verdad- firmabas y ya está. Es de suponer que no era

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

entonces cuando te ponían un agente de la CIA detrás, para verificar la exactitud de las respuesta de cada persona a su cuestionario. Así que parecía un poco tonto lo del cuestionario autoinculpatorio; y nada liberal discriminar por ideas políticas.

Mi visado era muy bueno, al decir de los amigos emigrantes latinoamericanos que hice: por su duración y la cantidad de veces que podía entrar y salir. Ya se sabe: los periodistas, privilegiados. Aunque en el momento de llegar al aeropuerto Kennedy, como todos los chorizos: fuera; (y los embutidos, también); nada de eso podría pasar, para seguir preservando biológicamente la agricultura y ganadería norteamericana de cualquier no deseada invasión.

Llevar no llevaba, pero chorizo ¿era chorizo?. O indeseable del tipo que fuese, para las poderosas autoridades fronterizas, de inmigración. Dependía del veredicto de un funcionario el que no pasase del mostrador -e incluso que tuviera que dar marcha atrás y regresar en otro vuelo a Madrid-. Y empezó a hojear las listas alfabéticas encuadradas en un grueso tomo, luego en otro tomo anexo y hasta en un tercero. Las ví de refilón. Demográficamente era la pujanza china la que me retenía. El funcionario entre los Chi Kang, y los Chi Kuong trataba de que no se le escapase, de unas interminables y prolifas relaciones, ningún Chi Kong, Chi Kon, o Chi cón, por si acaso. Pero como difícilmente puedo pasar por chino, después de un rato de suspense, en el que -como recomendaba Gracián para estos casos- estuve de lo más modosito, el todopoderoso funcionario me dejó, por fin, atravesar aquella puerta de entrada al resto de los EE.UU. y salir de una vez del aeropuerto Kennedy!

Para acceder a otro mundo -por su extraterritorialidad solo geográficamente ubicado en Mannhatan-, para poder entrar en Naciones Unidas no tuve mayores problemas. Funcionarios de la ONU a las puertas, para las visitas guiadas. Quizás pedían dejar -cada cual en el armarito de una consigna- paraguas o bolsas de viaje.

Pero como periodista lo que hacía yo era algo tan sencillo como esto: en el hall, en un mostrador circular dónde atendían las recepcionistas y telefonistas, le decía a una de ellas el nombre de la persona a la que venía a ver; le llamaban a su extensión, confirmaban la visita y me daban un simple papelito con el nombre y número del despacho de destino. Era algo así como un papelito de tomar recados que me serviría para pasar y seguir pasando y llegar dentro de las entrañas del edificio casi a cualquier parte.

Aunque inicialmente entré allí de la mano de periodistas norteamericanos que preguntaban por otros colegas suyos, después preferí entrar preguntando por Manolo Velasco, de la Agencia EFE (quien cuando volvió a España dirigió la revista Cambio 16 en su época de mayores tiradas); o por Guy Bueno, de la Agencia PYRESA, que era Prensa y Radio del Movimiento, aunque él simplificaba poniéndolo en sus tarjetas, sin

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

siglas, como Prensa y Radio Española (porque ¿cómo explicar, y para qué, a los colegas norteamericanos qué era eso del Movimiento y qué lo de su Prensa y su Radio?). Por no hablar del colega pakistaní, que tenía enfrente, mesa pegada con la suya compartiendo despacho, aunque casi siempre estaban solos por aquello de los horarios, que nunca eran los de Nueva York sino los del país respectivo).

Y una vez dentro, metido en la estructura arquitectónica y saludados los colegas (que te acababan de conocer) podías ponerte en movimiento sin prácticamente ninguna limitación.

Subir allá arriba al comedor, donde era posible conseguir un recuerdo más auténticamente de esas Naciones Unidas de cada día (en forma de cubierto de acero japonés con las iniciales N.U.) que los productos artesanales de todo el mundo existentes en la tienda para las visitas organizadas.

Acceder a las declaraciones que hacían políticos de distintos países, si querías añadir tu grabadora a las que otros colegas les tenían colocadas delante. Moverte, ya digo, por aquí y por allá. Con enorme libertad. Siendo un recién llegado. Que además solo estaba de visita. Y no quiero dar la sensación de que aquello era irresponsable, la representación alegre y confiada del mundo: a lo mejor era una ciudad internacional, metida en una gran caja de cerillas transparente, que aspiraba a ser universal y normal y no desconfiada.

Por esos días habían vuelto a plantear la batalla del futuro de Puerto Rico. Frente al Puerto Rico estado libre asociado y al gobernador Muñoz Marín, estaban peleando duramente a favor de las tesis independentistas los líderes socialista y socialdemócrata Ruben Berríos y Juan Mary Bras. Los entrevisté por aquellos pasillos, a la salida de la sala en la que habían intervenido.

Tan sólo hubo un momento en el que un funcionario de Naciones Unidas, vestido con un traje, alargó la mano no dejándome pasar. Al principio no entendí lo que me decía. Enseguida estuvo claro: no me dejaba pasar porque yo no llevaba chaqueta. Iba con la camisa de manga corta de todos los días, pero en aquel entorno inmediato, como mínimo protocolo, hoy se me pedía una chaqueta, una simple chaqueta, puesto que iban a llegar determinados representantes diplomáticos.

Mi recuerdo final de Naciones Unidas, es también reflejo de un mundo que ya se ha escapado de las manos y por entre los dedos, como el agua.

Aunque era cuestión de horas, no podía quedarme ni un día más y estar presente en la Asamblea de Naciones Unidas, sesiones que cada año arrancan a mitad de septiembre. Pero antes de marcharme le dediqué un adiós, sentimental y por dentro, a aquel edificio. Me despedí de los amigos y me perdí un poco por allá dentro: era un domingo relajado. Nunca vació del todo, pero más vacío que otros días de la semana,

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

aún le importaba menos a nadie a dónde ibas o de dónde venías. Y de repente me ví entrando en el tantas veces reproducido enorme salón donde se celebran las sesiones de la Asamblea General. Estaba solo y solo recorrí aquellos pasillos, junto a las butacas, como en un amplio cine en horario fuera de sesión, como en una suerte de templo con las puertas abiertas en el que entras y te encuentras solo, solemnemente solo.

Yo estuve allí y así. Eso fué lo que paso. Año 1972.

La revisión y la limpieza la harían, después, el lunes. Porque la Asamblea comenzaba el martes. Y porque la neurosis de la desconfianza universal aún ni siquiera había comenzado a despegar.

Javier Ferrer

*Director Regional de la Cadena COPE
976 25 83 00*

Fotografiando a los Príncipes en Candanchú

Repasando el anecdotario de un periodista de provincias, saltan en mi memoria numerosos recuerdos que sorprenderían a los castos y bien preparados compañeros que vienen asomándose a la profesión en la actualidad.

Muchas son las anécdotas que podría compartir con el sufrido lector de esta recopilación de "egos" de tantos y tantos "veteranos" que en Aragón convivimos, pero voy a reflejar una que todavía hoy me ruboriza.

Corría el comienzo de la década de los setenta, cuando quien esto escribe, se dedicaba entre otros menesteres a colaborar con numerosos medios de comunicación, prensa, radio y revistas de las denominadas del corazón desde mi tierra jacetana, cuando recibí el encargo de una de las citadas revistas -que todavía hoy tienen el favor de sus habituales lectores-, de seguir la visita de los por entonces Príncipes de España, Don Juan Carlos y Doña Sofía, a Jaca y Candanchú.

Pues bien; mi juventud e inexperiencia me llevaron hasta las inmediaciones del Hotel Edelweis de Candanchú y allí esperar con impaciencia una instantánea que adornara la crónica que debía dibujar al día siguiente. Sentado en una piedra andaba yo insuflando de aliento los guantes y ajustándome las orejeras para preservarme del frío mañanero, cuando observé como se abría una de las puertas que daban acceso a un balcón de la primera planta, y para mi sorpresa, observé que Don Juan Carlos, enfundado en un pijama "creo que de fina seda", realizaba unos ejercicios muy apropiados para desentumecer las masas muscular y ósea (sorprendente su flexibilidad).

Rápidamente desenfundé mi cámara y enfoqué para realizar una serie de fotos que posteriormente pudiesen ser utilizadas según el criterio del redactor jefe de la revista. No había "disparado" mi cámara todavía cuando una mano fuerte, viril, "una auténtica maza", se "posó" en mi hombro, haciéndome perder el equilibrio y dando con mi cuerpo en el suelo y propiciando mi inmediata reacción de sorpresa y de auto-defensa.

Miré a mi alrededor y me encontré con dos figuras, vestidas de verde, enfundadas en sendas capas y con tricornos en la cabeza que no dejaban lugar a dudas. La entonces "respetada" pareja de la Guardia Civil, uno de ellos con galones -después supe que de brigada- con bigote y con cara de pocos amigos, me increpó con una sarta de improperios que no entendí y me obligó a levantar las manos.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Tras decirme por activa y por pasiva que me había jugado la vida y que lo que estaba haciendo era muy grave, me detuvieron y me llevaron al edificio todavía existente, donde estaba ubicada la frontera franco-española.

Una vez allí me identifiqué y reflejé con claridad que estaba haciendo unas fotos para publicarlas en "la revista". Llamaron a la dichosa revista y casualidades de la vida, el personal de guardia no mostró firmeza alguna al identificar al "free lance" de Jaca, que no figuraba en los datos del encargado de fin de semana. ¡Eres un insensato!, ¡vas a parar con tus huesos en la cárcel!, ¡a quién se le ocurre!, ¡pero qué hacía este cretino!...

Por fin, tras seis interminables horas en lo que se dio en llamar "el cuartelillo", alguien, nunca he sabido quién, abogó en mi favor y me soltaron sin más explicaciones. Ese día prometí que no me saldría de los cánones establecidos, lo que no he cumplido para mi suerte o desgracia, pero eso ya forma parte de otras historias.

Ángel Pérez

director de la revista Formas

formas@grupocontrabajo.com

Los caballos no compran periódicos

ARAGÓN EXPRES. Principio de los 70.

El redactor gráfico del periódico, Fernando García Luna, termina de revelar el reportaje fotográfico que ha realizado en una competición hípica de importancia celebrada esa mañana en Zaragoza. Al terminar, y satisfecho por cómo han quedado las instantáneas de los saltos más espectaculares del concurso, presenta las fotos a Eduardo Fuembuena, director y propietario del diario. Fuembuena las mira una a una...y luego las rompe por la mitad y las tira a la papelera mientras al fotógrafo se le ponen los ojos como ensaladeras.

-Vamos a ver, Luna. ¿Los caballos compran periódicos?. ¿Ha visto usted alguna vez a un caballo comprando un periódico en un quiosco?.

-Pues...no, don Eduardo.

-Gente, Luna. Sáqueme usted a la gente y déjese de caballos...

-Es que era un concurso hípico...

-El público, Luna. El que compra periódicos es el público. Todavía, que yo sepa, no tenemos ni un solo caballo como suscriptor...

Véanse las hemerotecas. Tanto en el semanario Zaragoza Deportiva, como en el diario Aragón Expres, ambos propiedad de Eduardo Fuembuena, aparecían más fotografías de los espectadores en los acontecimientos de la ciudad, que de los propios acontecimientos. García Luna se hizo un experto en estar al tanto de los terrenos de juego... mientras fotografiaba mayormente a la gente de las gradas.

¿Es usted el asesino?

EL NOTICIERO. Crimen de Velate

Se acaba de conocer en la redacción lo que desde entonces se tituló como "el crimen de Velate". La esposa de un conocido empresario zaragozano ha sido asesinada durante la noche cuando, junto con su marido, habían detenido el automóvil para descansar unos minutos en el puerto de Velate. Al parecer, unos delincuentes les han atacado, golpeando al esposo y matando a la mujer. Las noticias llegan confusas a

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Zaragoza y en determinados círculos se comenta "lo raro" que es todo y la posibilidad de que el marido, miembro de una familia de mucha presencia en Zaragoza, esté involucrado en los hechos. En la redacción el director, Antonio Coll Gilabert, encarga al redactor de información local, Ángel Pérez, que trate de ponerse en contacto con el esposo para hacerle una entrevista. Lo encuentra, por teléfono, alojado en un hotel de Pamplona, ciudad donde se instruyen las primeras diligencias del caso. Con el entrevistado al otro lado del hilo telefónico y el director, nervioso por la exclusiva, expectante detrás del redactor, Ángel Pérez tapa el auricular y avisa:

-Le voy a preguntar si ha sido él...

-¿Tú estás majara? ¡Ni se te ocurra, que nos hunde!

Pero el entrevistador deja que el interlocutor termine de contar lo que, según su versión, ha sucedido en el puerto, traga saliva y pregunta como el que no quiere la cosa:

-Perdone si le incomodo pero...¿es usted el asesino?

Al otro lado del teléfono, un silencio sepulcral. Detrás, el director, pálido cual la misma nieve que corona el puerto de Velate en invierno, se echa las manos a la cabeza. Ángel Pérez traga y traga saliva. Al final, se escucha una voz no tan indignada como podría esperarse:

-Pero hombre...¡cómo puede pensar eso, con lo que yo quería a Pilar!

Menos de una hora más tarde, el redactor transcribe la entrevista. Ha pactado con el director que se publique con la pregunta de marras, y que sea lo que Dios quiera. En el télex aparece, como una bomba, una noticia de agencia que dice que el empresario zaragozano acaba de ser detenido en el hotel "Tres Reyes" de Pamplona.

Tarjetas de visita, de luto

EL NOTICIERO. 1972 ó 73.

El diario zaragozano de la calle del Coso contrata a Gabriel Crespo Serrano como redactor de sucesos. Gabriel Crespo es alto, delgado, con pelo largo y lacio que le hace ganarse el apodo de "el pelos" por parte de los compañeros. Si se pone serio, tiene pinta de enterrador. Como primera providencia, se encarga unas tarjetas de visita. Las tarjetas son escuetas en cuanto al texto: "Gabriel Crespo Serrano. Redactor de Sucesos. El Noticiero". Pero no son normales. Una gruesa orla negra recorre los márgenes, cual si se tratara de una esquela.

Armado con sus tarjetas, Gabriel Crespo se presenta a partir de entonces en el domicilio de cualquier víctima de un suceso. Los llorosos familiares, impactados por la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

fúnebre tarjeta de presentación, acogen al redactor con un respeto poco habitual y no dudan en proporcionarle datos, fotos y cuanto solicita un periodista tan solidario con la tragedia y el dolor de los allegados. Las crónicas de sucesos de “el pelos” fueron, con mucho, las mejor documentadas del tiempo en que estuvo en El Noticiero.

¡Que compren más cíceros!

AMANECER

Cíceros: unidad de medida usada en tipografía para la justificación de líneas o páginas. Equivale a poco más de cuatro milímetros y medio.

Última época de Amanecer, diario de la cadena de medios de comunicación del Movimiento. Acaba de asumir la dirección Ángel Bayod Monterde, sin experiencia en periodismo, ni en imprenta. Sus meteduras de pata empiezan a ser proverbiales. Una noche, el jefe de talleres le presenta una página y Ángel Bayod ordena cambios imposibles. El jefe de talleres intenta explicar con sencillez las dificultades técnicas:

-Don Ángel, que no hay cíceros para eso...

-¿Qué no hay cíceros? ¡Pues mañana mismo se compran los que hagan falta!

N. del Autor: “Todas las que te envió son de primera mano, a excepción de la de los cíceros, que la he escuchado pero no vivido”.

N. del Ed.: Esta anécdota la cuentan todos los periodistas de la época. Merece ser cierta.

El párroco de Puertomingalvo

En sus últimos cinco años de vida, el diario zaragozano “El Noticiero” hizo un importante esfuerzo de modernización, no sólo en sus talleres y sistemas de confección e impresión del periódico sino, fundamentalmente, en la manera de enfocar los contenidos. Setenta años de catolicismo trentino, en los que había salido a la calle como órgano oficial de información de la Iglesia, lo habían convertido en un diario evidentemente conservador y, por descontado, adicto al régimen derivado de aquello que se dio en llamar el “glorioso alzamiento nacional”. Un director joven y demócrata como Antonio Coll Gilabert intentó conducir al periódico por los caminos de la libertad informativa, conformando una redacción también joven, plural e ingeniosa.

Para dirigir la sección de información regional –la que proviene de los pueblos– contrató a Vicente Calvo Báguena, un turolense de Villaroya de los Pinares al que nadie

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

vio jamás con abrigo en invierno ni con corbata en cualesquiera temporada. Un tipo que se conocía Aragón al dedillo y que tenía a gala ser de pueblo, y ejercer tal condición, las veinticuatro horas del día. Vicente Calvo intentó transmitir a la red de corresponsales la necesidad de elaborar informaciones vivas, pegadas al terreno y que respondieran a los problemas de los aragoneses del mundo rural. Pero se encontró con el corresponsal de Puertomingalvo.

El corresponsal de Puertomingalvo era el cura. Mandaba su crónica al periódico todos los lunes. E, indefectiblemente, la crónica siempre comenzaba más o menos así: "En el día de ayer y con la concurrencia de numerosísimos fieles, se celebró Solemne Misa Dominical, durante la cual el cura párroco pronunció una sentida y expresiva homilía que decía:" (y aquí el corresponsal, que era el mismo párroco, reproducía su fantástica homilía de cada domingo, de pe a pa). La crónica acababa glosando la elocuencia oratoria del oficiante, que ya digo que no era otro que el propio cura.

Llevar al cura de Puertomingalvo al entendimiento de que la información regional no era eso, le costó muchas diatribas al jefe de la sección. El pobre Vicente Calvo falleció prematuramente de un infarto, un día que se encontraba de caza por su pueblo. Habían pasado algunos años de aquello. Pero es que topar con la Iglesia deja a cualquiera muy tocado.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Jaume Guillamet

*Catedrático de Historia del Periodismo y decano de los Estudios de Periodismo de la Universitat Pompeu Fabra
jaume.guillamet@peca.upf.es*

Soldado periodista

Hice la mili en Zaragoza de julio de 1972 a octubre de 1973. Después del período de campamento en San Gregorio, tras ser destinado a Capitanía General, fuí durante un año soldado periodista por la mañana en la revista militar Moncayo y periodista a media jornada por la tarde en Aragón Exprés.

Moncayo era una revista bimestral, distribuida gratuitamente en todas las unidades y acuartelamientos de la entonces V Región Militar. El director era el coronel Mañeru - propietario de una conocida academia de preparación para el ingreso de la Academia General Militar- y los redactores un grupo de cinco soldados, seleccionados por su procedencia profesional o aptitudes como periodistas, fotógrafos o dibujantes. Numerosos periodistas catalanes de mi generación - Josep Ametller, Lluís Bonada, Antoni Reig, Rafa Manzano....-, pasaron por esta revista, como otros lo hicieron sin salir de Barcelona por la que editaba la IV Región, con el nombre de Ciudadela.

Los soldados periodistas teníamos algunos privilegios: dependíamos sólo del coronel, vestíamos siempre de paisano y éramos muy bien recibidos por jefes y oficiales de todas las unidades, aunque algunos suboficiales nos vigilaran especialmente en las guardias y servicios de limpieza. Como todos los soldados de Capitanía, disfrutábamos de buenos permisos y yo, al estar casado, tenía el llamado pase pernocta y vivía en mi casa como un zaragozano más.

Conocí una Zaragoza con cuatro diarios -Heraldo de Aragón, El Noticiero y el falangista Amanecer, matutinos, y Aragón Exprés, de tarde-, un semanario muy popular de esta misma casa como Zaragoza Deportiva y el recién nacido quincenal Andalán, al que estuve suscrito muchos años. Aquel año sacó una edición aragonesa el vespertino madrileño Pueblo de los sindicatos oficiales...

Los recuerdos más entrañables son de las tardes en la minúscula redacción de Aragón Exprés y su taller de ofset, pionero en la prensa zaragozana; los aires patriarcales del propietario don Eduardo Fuembuena; el afán democrático del subdirector José Luis Aranguren Egozkue -a quien me había recomendado Pedro Oriol Costa, subdirector mío en Tele/eXprés de Barcelona-; el empuje profesional de Pablo Larrañeta -sobre todo en temas fuertes de aquel año como el asesinato del consul Beihl y el llamado crimen de Velate-, la jovialidad de Angel Pérez y la humanidad de Miguel Angel Bruned - que siempre me pareció un escritor malogrado -, de Antonio Molinos -padre

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

del entonces jugador del Real Zaragoza- y del fotógrafo García Luna. No había mucha gente más en la redacción, a la que venía cada tarde el padre Jesús Vived, director de la hoja diocesana y estudioso de la obra de Ramon J. Sender.

Moncayo se componía e imprimía en los vetustos talleres del diario El Noticiero, en la calle del Coso. Era entonces subdirector de dicho diario Antonio Coll Gilabert, procedente del Diario de Lérida y más tarde director de Diari de Tarragona.

Conocí un momento muy interesante de la prensa y de la cultura aragonesa, cuando el franquismo tenía los años contados pero el porvenir era aún muy incierto. Conservo la amistad de Eloy Fernández Clemente y gratos recuerdos del director teatral Mariano Cariñena y del polifacético José Antonio Labordeta, entre otros. Repasando recortes de cosas que escribí aquel año en Aragón Exprés, encuentro una entrevista a doble página con Labordeta, de 21 de febrero de 1973, acompañada del texto de su canción "Esta tierra es Aragón". Diría que fue una de las primeras que se le hizo en la prensa diaria aragonesa, si no la primera, y la firmé con seudónimo -Gállego, por el río-, porque aquellos eran tiempos que requerían discreción.

Eloy Fernández Clemente

Catedrático

Fundador y director de Andalán

efernan@posta.unizar.es

Curso de periodismo (1956-57)

En las navidades del 60 empieza a prepararse Radio Popular. Me apunté a un cursillo de prensa que daban don Miguel Monserrat y don Ramón Salanova. En aquella organización -todo gente católica- estaba también Valentín Sebastián Pardos -que va a ser el que va a dirigir Radio Popular durante muchísimos años- y el hombre, pues supongo que a mi me detectó porque me dijo "tú tienes vocación periodística". Don Miguel Monserrat era un abogado muy conocido en Zaragoza y le gustaba hacer una cosa distinta, escribir de internacional, que era de lo único que se podía escribir, siempre tenía periódicos extranjeros. Ramón Salanova -padre de Ramón y de Concha Salanova-, que estaba de redactor jefe del Noticiero y de Radio Zaragoza, era un personaje muy culto, muy original, hablaba muy deprisa, farfullando, escribía novelas, había estudiado para cura y tenía una formación clásica muy buena, sabía muchas anécdotas, mucho latín... Ya estaba por allí la venerable y entrañable Maria Rosario Parada de Palacio. Me acuerdo que en el año 56 o 57, una de mis primeras experiencias periodísticas fue estar en el gabinete de prensa de la organización de un congreso mariano, aún tengo las fotos, yo era un muchachete de 15 años que estaba estudiando magisterio.

Con 17 años y haciendo primero de letras me presenté a la selección para trabajar en Radio Popular, en el cursillo nos daban una serie de charlas, leer nombres extranjeros... Al final quedamos seleccionados José Juan Chicón, José Antonio Armillas, Gonzalo Legaz, Maria Teresa Giménez Navarro, que luego se fue a Radio Nacional a Madrid y Manuel Sánchez Iglesias, seguimos haciendo otro cursillo, emitíamos en pruebas... Pronto viene por allí Eduardo González -al que llamábamos el Chicha- para hablar de deportes. Poco después vino Maria José Cabrera (de la que nos enamoramos todos, como es natural).

En el grupico inicial estaba Raúl Soria -que trabajaba en seguros pero que era muy interesante y a mi me introdujo a leer a Ortega y Gasset y a discutir cosas- y Manolo Pérez Lafarga, con el que íbamos al cine a hacer la crítica: "las del 4R, gravemente peligrosas, ni se ven ni se comentan, las de 3R se pueden comentar, pero hay que ponerlas mal... y a partir de ahí ya veréis lo que hacéis".

El Angelus... aunque sea tarde

Todo esto, como el Stadium Casablanca y tantas otras cosas, lo había montado un cura que había sido diputado de la CEDA en la República, mosén Francisco Izquierdo Molins. Y este hombre, que daba su reflexión por la noche, también le gustaba darla en el ángelus. Enseguida vino Plácido Serrano por allí, que era el que pinchaba discos, el que estaba en la mesa de mezclas y nos daba la voz, y el cura subía cansino por las escaleras y le decía:

-¡Plácido, el Ángelus!

-¡Pero mosén Francisco, que son las doce y diez!

-¡Hijo mío, el Ángelus!

Y había que ponerlo aunque fuera tarde. Y luego él hacía una reflexión.

Mil entrevistas de diez minutos

Y allí estuvimos jugando a la radio dos años, yo hacía letras y un año estuve de maestro en el Picarral. Me despedí dos o tres veces, pero la única despedida eficaz fue irme a Madrid a seguir estudiando, a hacer periodismo y terminar la carrera, la única manera de escapar porque la radio te absorbía muchísimo y casi no pagaban. Hice unas mil entrevistas de diez minutos, "Nuestros invitados especiales", había días gloriosos y días de la castañera de la esquina. Entrevisté desde a Blas Piñar, que era director del Instituto de Cultura Hispánica, hasta al cardenal Bueno Monreal, pasando por actrices de cabaret, a Carmen Morell, que estaba con Pepe Blanco, actrices, actores, toreros...

Una vez la Vuelta Ciclista llegó con una hora de adelanto y no había ni dios y nos inventamos que sí habíamos estado, pusimos efectos especiales, coches, motos, sirenas... todo en el estudio. Nos inventamos todo tipo de picardías, y mi madre decía: "qué bien se ha oído la radio". Otro día, vamos a transmitir la llegada al Pilar de un cardenal o un nuncio y no se grabó nada. Hicimos lo mismo, música de órgano, voces "en estos momentos su eminencia reverendísima sube al camarín de la virgen para besar el manto..." Las compañeras rezando por detrás. Otra voz decía "ha venido la radio". Nos moríamos de risa. Yo no sabía dónde esconderme.

Me fui tres veces y siempre venía con un taxi mosén Francisco Izquierdo a buscarme a mi casa. Llamaba con voz gangosa: "hijo mío, tengo abajo el taxi, vuelve a trabajar". Incluso cuando estaba en Madrid y venía, no sé cómo se enteraba y me llamaba: "hijo mío, ven a contarme cosas de la Corte, ¿has visto a Gil Robles?".

Redactor jefe de la revista El Pilar

Antes de ir a Madrid fui redactor jefe de la revista El Pilar. Don Leandro Aína un canónigo de los de antes, me dijo que la quería cambiar y que le echara una mano. Me ayudaba Carlos Chicón, hermano de José Juan, con el que somos muy amigos, y entre los dos nos sacábamos una revista mensual, el canónigo la supervisaba, metía cosas de culto, pero nosotros hacíamos la parte cultural y literaria durante un año y medio. Y para entonces, hacíamos maquetaciones audaces, metíamos fotos.

Allí escribí Pepo Monserrat, José Juan Chicón, José Carlos Mainer, que aún estaba en bachiller: cuando le dieron el nobel a Steinbeck, hay una crónica preciosa de Mainer. Fue una experiencia muy curiosa, junto a la radio, aprendíamos la prensa escrita, allí publiqué mi primer y único texto literario: "Los triunfos pequeños". Hasta que dedicamos una páginas a Baroja y nos echaron a todos.

La Escuela de Periodismo de Madrid

En Madrid se me abrieron muchos mundos, estaba empezando Cuadernos para el diálogo, con el que luego colaboraría desde Teruel y publicaría mi libro primero sobre Joaquín Costa con esa editorial porque me dieron un premio de ensayo. En Madrid conecté con mucha gente: Peces Barba, Pedro Altares, iba a escuchar a don Joaquín Ruiz Giménez y, sobre todo, en la Escuela de Periodismo tuve una promoción excepcional. Estaban Pedro Calvo Hernando, Nativel Preciado, Antonio Casado, José María García, Pepe Oneto... Por la mañana iba a la facultad y por la tarde a periodismo, aunque lo acabé después por libre ya que a Pepe Oneto y a mi nos echaron.

Exclusiva y expulsión

Cuando se produjo en el 65 la manifestación de los cinco mil estudiantes tras la que expulsaron de la universidad a Aranguren, Tierno y García Calvo, yo iba detrás, como a cien metros, y los vi detener. Iba con Marisa, que éramos medio novios, pero ese fue el primer día que se dejó coger la mano, porque corrimos mucho delante de los grises. La pobre llevaba una falda de tubo y le cogí la mano por primera vez en la vida, al año siguiente nos casamos. Saltamos una valla de tres metros de la escuela de Arquitectura, mi pañuelo se lo quedó un chaval con la mano ensangrentada, estaban zurrando fuerte, salimos a la carretera de La Coruña, hicimos autostop y volvimos a Madrid pasando los controles de policías con un abogado de Ávila que nos recogió. Pero fue un día terrible.

La prensa al día siguiente no dio absolutamente nada. Pepe Oneto y yo cogimos y

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mandamos un comunicado -él estaba empezando a trabajar en la France Press, no sé si estaba ya o fue poco después-, lo mandamos a todos los periódicos y las agencias. Claro, no lo publicó nadie. Pero lo mandamos también a Le Monde, y Le Monde lo publicó. Entonces, claro, Fraga Iribarne, que era ministro de Información y Turismo, montó en cólera, nos abrió un expediente, nombró presidente del tribunal a Sánchez Agesta, que era muy buena persona, pero como no negamos nada, pues nos echaron. Tal como estaban las cosas, fue una medida muy bondadosa.

Luego acabé por libre estando en Teruel. A José María García, cuando fue a buscar la titulación, le dijeron que depositara el título de Preu, y él dijo que no había hecho Preu. No le dieron el título, se querelló, estuvo dos o tres años y les ganó. No venía casi nunca a clase, y cuando venía llevaba unos magnetofones tremendos, allí casi todo el mundo procuraba colocarse en algún sitio.

Yo era delegado de actos culturales en el colegio mayor, esa noche de la manifestación teníamos una conferencia de Laín Entralgo, así que fui a su despacho y se lo dije, no están las cosas para que venga usted a dar una charla". Se quedó paralizado, repetía "qué puedo hacer yo, y ahora qué hago yo, ¿irlos a ver a la cárcel?". Hasta diez años antes había sido rector de la universidad de Madrid, todo antes que solidarizarse con los catedráticos expulsados. Se pasó toda la vida diciendo, como esa noche, "¿Y qué puedo hacer yo?".

Comentando encíclicas en Teruel

Nos vamos a vivir en Teruel, un sitio absolutamente terrible. Le dije a Marisa nada más llegar: aquí aún van ganando los alemanes la Segunda Guerra Mundial. Hacíamos un periódico en el Colegio Menor San Pablo. Alumnos míos: Joaquín Carbonell, llevaba la bufanda del colegio -medía dos metros- a medias con la que luego sería su mujer y compositora de canciones inolvidables, Pilar Navarrete. Ya llevaban la guitarra. Alfonso Azuara Burguete, gran locutor deportivo, antes de que empezara De la Morena, él era el gran rival de García. Federico Jiménez Losantos, con el que nos metíamos mucho: al ver la foto de su padre -alcalde de Orihuela del Tremedal- con Franco, que ponía su mano sobre la cabeza de Federico, yo le decía "Federico, por eso no has crecido, Franco era como Atila, donde ponía la mano ya no crecía nada".

Empecé a escribir en Lucha, que era del Movimiento. Uno de los trucos que había era hablar de religión y libertad, era la época de Juan XXIII y sus encíclicas Mater et Magistra, Populorum progresio y Pacem in terris: me largué como treinta artículos glorificando estas tres encíclicas y aplicándolas a la España actual. Como eran encíclicas, colaban. Un día publiqué un poema a la muerte de Martin Luther King, me lo ha recordado Félix Romeo, que lo vio en la hemeroteca.

La noche que mataron a Carrero Blanco (1973)

La noche que mataron a Carrero -año 73- no se les ocurre otra cosa que llamarnos a todos los periodistas rojeras, que éramos media docena, y salir a ver cómo se vivía la noche: Luis Granell, José Luis Aranguren Egozcue, Rafa Fernández Ordóñez.. Nos fuimos a los periódicos. No nos recibieron demasiado bien y luego nos fuimos a los bajos del Palafox, a una cafetería muy famosa junto a los estudios de Radio Zaragoza. Nos dedicamos a pedir tarta, champán y claro, de repente, apareció un señor con gabardina, ya te puedes imaginar lo que significaba, y empezamos todos a felicitar a Aranguren: feliz cumpleaños!.

Comida de directores con Sebastián Auger

El Aragón Expres estaba dirigido por su fundador y propietario, Eduardo Fuembuena, que había sido cronista del Heraldo en la guerra civil en las batallas de Belchite y de Teruel. Tenía espíritu periodístico y mucho olfato -antes había lanzado el Zaragoza Deportiva, y daba un premio de quinientas pesetas al que acertaba el titular del lunes. Hacía un periódico muy sensacionalista, el Aragón Expres era conservador pero revolucionario formalmente, en la manera de hacer entrevistas, en la forma de titular. El caso es que Fuembuena nos convocó una vez a una comida. Yo tenía una relación escasa y tensa con él, Andalán no le gustó porque de alguna manera quedaba en evidencia que él hacía un aragonésismo light y conservador... aunque hacía cosas buenas, recuperó crónicas de Sender, de José García Mercadal... El caso es que un día me llama a comer porque venía Sebastián Auger -que ha muerto hace poco- el gran magnate de la prensa de Barcelona: Tele Expres, Diario femenino, El Mundo... Fuembuena quería que comiéramos con él los directores de ese momento. Creo que fue una entrevista que refleja la prensa de la época. Estaba el director de El Noticiero, Antonio Coll Gilabert, actual director del Diario de Tarragona que, por cierto, una vez había retenido Andalán sin dejar salir las furgonetas, ya que se tiraba en los talleres de El Noticiero. Me llamó Luis Granell, cuando era redactor jefe: "que no nos dejan sacar Andalán". Cojo un taxi. Lo encontré desencajado, a Coll Gilabert, que decía: "Hay un artículo contra el Opus Dei, la Obra es como mi madre, y yo no dejo que se metan con mi madre". Entonces llamé al presidente de El Noticiero, que era don Miguel Monserrat, y le dije, don Miguel, voy a llamar a un notario a que levante acta de este atropello: estaban las furgonetas preparadas y no las dejaba salir. Ya no nos deja de vez en cuando la policía, pero tú déjanos, si quieres contestar, en el número siguiente tendrás una página de réplica... Es una buena persona por lo demás, excepto ese día, que estaba desencajado por completo.

Bueno, volvemos a la comida. Estaba el subdirector del Heraldo, Andrés Ruiz Castillo,

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Calpe. Nos convocó Fuenbuena porque venía Auger y se ve que quería comer con la prensa, no sé si había un deseo de Fuenbuena de venderle Aragón Expres o si sólo hacía de puente. Estaba también Francisco Villalgordo, dos veces director de Amanecer. El de Esfuerzo Común, Tomás Muro, que había sido capuchino y después fue director de Egín. Comimos en un restaurante muy bueno que había en el hotel Gran Vía, donde por cierto teníamos una tertulia de periodistas Jesús Vived, Aranguren, Rafa fernández Ordóñez, Ana María Navales, su marido actual, Juan Domínguez Lasierra -que entonces no eran ni novios- y algunos más.

Llega Sebastián Auger y nos dice, esta mañana he estado en Madrid con Silva Muñoz, que le ha llamado Arias Navarro para formar gobierno (estaba recién muerto Franco, el primer gobierno). Este hombre, Auger, nos trató a todos como si él fuera el papa y nosotros unos monaguillos, con una prepotencia y un desprecio absolutos, nos hacía unas preguntas tan absurdas que nos quedamos asombrados. Un personaje que venía aquí a enseñorearse con la pequeña prensa local. No hablaba nadie, y Fuenbuena estaba nervioso porque aquello no cuajaba. Nunca he sabido para qué era aquella comida. En el reservado de al lado estaban comiendo Sancho Dronda y Moisés Calvo.

La única vez que habló en toda la comida Calpe fue ante una pregunta de Auger. Usted no dice nada. "No, no", decía Calpe. Auger le preguntó: "explíqueme esto del caso Fabara, qué ha pasado con los curas del caso Fabara". Y Calpe le contestó: "A mi me cae muy bien el cura de Fabara porque me han contado que ganó un concurso de pedos en el casino de su pueblo". Fue lo único que dijo Calpe en toda la comida.

Guillermo Fatás

Catedrático

Director de Heraldo de Aragón

gfc@heraldo.es

La salida de Andalucía

En 1972 llegó el permiso gubernativo para editar "Andalán". Había sido empeño de muchos y, sobre todo, de Eloy Fernández, capaz de fabricar aquel barullo y de pilotarlo. Sin dinero y con no poco miedo al porvenir, una minúscula comisión hubo de negociarlo finalmente con Rafael Orbe, primer gobernador civil que hubo en España que no había vivido la guerra. Tenía poco más de treinta años y deseaba abrir algo a la mano: los sectores "laureanistas" del régimen querían darse aire liberal y abrir paso a la "monarquía de don Juan Carlos", frente a opciones más duras y regencialistas. Orbe era mucho más civilizado que los dinosaurios. Habíamos de pactar los términos con él –y él, con "Madrid"-, sobreentendiéndose que los "malos" de veras para El Pardo eran los comunistas. El día de la visita, ante el repelente edificio del Gobierno Civil, Labordeta no quería entrar: pasar ante la guardia armada y visitar a un "poncio" era mucho para su estómago de buena gente. Así es que lo forzamos un poco. Subió, y la cosa salió medianamente bien. El quincenal apareció poco antes del comienzo de curso.

Eso aumentó mucho nuestro trabajo y nuestro miedo que, en ciertos días, fue pavor, porque algunos afiliados al "pecé" estaban entre nosotros a ojos vistas y empezamos a pasar por los juzgados (como acusados) e, incluso, ante el Capitán General, en cuyo caletre al del rojerío se añadía el inexistente fantasma del separatismo, que aún era peor. Hoy da ya más risa que rabia, pero algunos comparecimos ante el Tribunal de Orden Público y Eloy fue a parar a la cárcel de Torrero, bajo una acusación infame.

"Andalán" no salía nunca de apuros, nos empleaba a todos como reporteros, editoriales, empaquetadores, crucigramistas, dibujantes, repartidores y comerciales en una pieza (incluso como anunciantes: "Casa Emilio. Se come bien"), tenía los lectores precisos (muchos y fieles) y, en apariencia, docenas de escritores (eran menos, pero alguno llegó a usar siete seudónimos).

Primer artículo en el Heraldo (1975)

Yo quería escribir también en un periódico "normal", para conseguir una presencia natural y paulatina de la discrepancia. Así, empecé a rondar a "Heraldo de Aragón", donde salió alguna cosa suelta (y eso que en "Andalán" le tirábamos puntazos). Un

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

día envié un largo artículo, bastante faltón, muy enfadado porque el Ayuntamiento se iba a cargar el "casco romano" (ni siquiera tenía plan de ordenación), Tubo incluido. Pasaron unos días y el 12 de Octubre de 1975, en su extraordinario, me vi a toda página... junto a Francisco Umbral y Antonio Bruned. Me alegré mucho y quedé fielmente "enganchado" a Heraldo desde aquel gesto de acogida.

¡Director! (2000)

Exactamente veinticinco años después, con asombrosa coincidencia, -en la semana del Pilar de 2000- Pilar y Fernando de Yarza me propusieron dirigir el diario. Y acepté la oferta. Quién iba a imaginarlo. Yo, desde luego que no.

Lisardo de Felipe

Jefe del Gabinete de Prensa de Presidencia de las Cortes de Aragón

La boda de Luis del Val

Durante muchos años he sido compañero de Luis del Val, tanto en la redacción del diario "PUEBLO", en su edición de Aragón, como en la de Radio Zaragoza. En 1973 Luis se casó, en Zaragoza, con su novia de siempre, Mary. La boda resultó singular por muchos motivos y yo tuve la oportunidad de contarla a toda España, a través de una pequeña crónica, aparecida en el número uno de una revista que, por entonces, Manolo Martín Ferrand, había lanzado, como semanario de información, a escala nacional, bajo el título de "Los españoles".

Lo más curioso del enlace matrimonial fue el "viaje de bodas en tranvía" que organizaron los novios.

Los parlamentarios aragoneses y el 23-F

El "golpe" de Tejero al Congreso de los Diputados ha dado para muchos libros y artículos y, afortunadamente, para muchas anécdotas que, pasados los años, podemos comentar sin sobresaltos.

Me referiré a unos hechos que viví personalmente.

En aquellos tiempos, yo trabajaba en Radio Zaragoza y, al tiempo, ayudaba en las tareas informativas a la Asamblea de Parlamentarios, que tenía el encargo de redactar el Estatuto de Autonomía de Aragón.

La tarde del 23-F, los diputados se encontraban reunidos en una de las dependencias de la Diputación Provincial de Zaragoza, en la Plaza de España, tratando de desbloquear el proceso autonómico. La sesión se estaba prolongando en exceso, y nadie tenía noticia de la que estaban armando los chicos de Tejero en las Cortes Generales, en Madrid. Por eso, ante la gravedad de los acontecimientos, me vi obligado a interrumpir la reunión, y dar cuenta a los diputados de lo que estaba sucediendo en el Congreso, ayudado por mi pequeño magnetofón en el que había grabado el desarrollo de los sucesos de los que estaba informando en directo la Cadena Ser que, por fortuna, no desconectó los micrófonos instalados en la Cámara.

Todos los diputados reunidos escucharon atónitos la grabación, suspendieron la reunión, la mayoría marchó a sus respectivos partidos o a sus casas y, posteriormente, redactaron un comunicado de respaldo a la Democracia y a la Constitución.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

En aquella reunión se encontraban, quiero recordar, entre otros, José Ángel Biel, Elías Cebrián, Ángel Cristóbal Montes, José Luis Casado, Antonio de las Casas... (De estos hechos se hace eco el compañero periodista, Javier Ortega, en su libro "Los años de la ilusión. Protagonistas de la transición. Mira Ediciones Zaragoza 1973-1983". Página, 275).

"La colecta" de la Misa Baturra

Durante la cuarta legislatura autonómica tuve que acompañar, muchas veces, como jefe de prensa de las Cortes de Aragón, al Presidente, Emilio Eiroa que, incansable, recorrió pueblos y ciudades de toda la Comunidad autónoma.

En una ocasión, le acompañaba a un pueblo de la provincia de Teruel, al que le habían invitado con motivo de las Fiestas patronales. Naturalmente, en el programa preparado, se incluía la visita al Ayuntamiento, la firma en el libro de oro y la asistencia posterior a la misa baturra que tenía lugar en la iglesia del pueblo, a donde llegó la comitiva desde la propia casa consistorial.

El Presidente Eiroa iba hablando amigablemente con el alcalde y los miembros de la corporación y a mi no me resultaba fácil acercarme hasta él con objeto de hacerle una indicación que me parecía necesaria para evitar que en el interior del templo se produjera una situación "embarazosa" que, afortunadamente, pude resolver.

Cuando el Presidente franqueaba la puerta de la iglesia, le tomé disimuladamente su brazo derecho y le puse en la mano, oportunamente doblado, un billete de mil pesetas.

- Toma, Presidente -le dije-, lo puedes necesitar.

Creo que, en ese momento, Eiroa no cayó en la cuenta de lo que le decía pero, discretamente, se metió el billete en el bolsillo, al tiempo que avanzaba por la vía sacra hasta ocupar el sitio que el párroco le había colocado a un lado del presbiterio.

La misa se desarrollaba con toda normalidad y brillantez. El cura pronunció su sermón y aprovechó el momento para hacer alguna referencia a las obras que se estaban realizando en la iglesia y solicitar, de la generosidad de los feligreses y asistentes allí congregados, la oportuna colaboración.

Concluyó el sermón e, inmediatamente, salieron, raudos, de la sacristía cuatro monaguillos, portando unas bandejas con las que iniciaron la colecta comenzando, como yo me temía, por el propio Presidente de las Cortes de Aragón, ubicado cerca del altar mayor, a la vista de las numerosísimas personas que abarrotaban la iglesia.

Emilio Eiroa, sin inmutarse, metió la mano en su bolsillo derecho, tomó "su" billete de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mil pesetas y lo depositó discretamente sobre la bandeja petitoria que el avisgado chaval le ofrecía a la altura de sus pizpiretos ojos.

Al término de la misa baturra, ya en la calle, me dice el Presidente, a media voz:

-¿Y cómo se te ha ocurrido la idea? ¡Menuda situación!. La verdad es que no llevaba ni un duro encima.

-Me lo temía. Repliqué, al tiempo que los dos reímos aliviados.

Joaquim Ibarz

*Corresponsal en México de La Vanguardia
jibarz@attglobal.net*

¿Cómo puede ser aragonés si habla catalán?

Trabajando para el diario barcelonés "Tele/eXpres", en los primeros años de la transición posfranquista, se produjo la polémica con Federico Jiménez Losantos, entonces un oscuro profesor de Literatura en un instituto de Santa Coloma de Gramenet (Barcelona). Una editorial catalana rechazó el libro "Lo que queda de España", de Jiménez Losantos, por poca calidad literaria. Entonces, el autor organizó un gran escándalo, denunciando que se le vetaba por una decisión política. Llevado por un furibundo anticatalanismo, en su libro, Jiménez Losantos criticaba y desautorizaba el incipiente estado de las autonomías. Como el tema se puso de actualidad, realicé una entrevista para el semanario aragonés "Andalán", del que era miembro fundador y habitual colaborador, a la conocida escritora catalana Maria Aurèlia Capmany, en la que en duros términos refutaba el contenido del libro "Lo que queda de España". Jiménez Losantos envió un largo escrito a "Andalán" para descalificarme. Entre otras cosas escribió: "¿Cómo puede ser aragonés alguien que habla catalán?" (nacé en Zaidín de Cinca, pueblo de habla catalana con el que siempre me he sentido muy identificado, y mi lengua materna es el catalán).

Apuros en Panamá

Estando en Panamá después de la destitución del presidente de paja Antonio del Valle por el general Manuel Antonio Noriega (mayo de 1988) escribí en "La Vanguardia" una crónica en la que recogía unas palabras que me dijo el nuncio del Vaticano, el vasco Joxetxo Noboa (muy buen amigo mío). Atribuyendo la cita a un embajador europeo, escribí que "la guardia panameña de Noriega es muy valiente con un pueblo indefenso y sin espíritu de lucha, pero si vienen los norteamericanos, sólo con oír el ruido del motor de los aviones echarán a correr" (es lo que pasó cuando se produjo la invasión de 1989). El día en que salió publicada la crónica, fui a un acto convocado por la comunidad china para rendir homenaje a Noriega, en agradecimiento a que vendía pasaportes panameños a los chinos que llegaban de Asia. Estando en el festejo, se me acerca una señora bastante hombruna que me pregunta: "¿Eres Ibarz, de 'La Vanguardia'?" Al decirle que sí, me contestó: "Pues eres un hijo de puta, y ándate con cuidado". Creyendo que hablaba en broma, le pregunté por qué me decía eso. Dijo: "Nos denigras, a las Fuerzas de Defensa de Panamá". Luego me enteré que la tal señora era la capitana Marcela Tazón, secretaria privada de Noriega. Al cabo de pocos

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

días, estaba desayunando en la nunciatura apostólica con monseñor Noboa y otros amigos panameños, cuando supimos que había un levantamiento militar contra Noriega. El nuncio llamó a oficiales de los servicios de inteligencia, con los que tenía contactos para pedir la liberación de opositores presos, quienes le confirmaron que había un golpe contra el hombre fuerte de Panamá, que encabezaba el jefe de policía, coronel Macías.

Salí a toda prisa de la nunciatura y tomé un taxi para dirigirme a la comandancia general, donde estaba el despacho del Noriega. Al llegar al centro de Panamá, delante de la Asamblea Nacional, la gente bailaba y cantaba celebrando la caída del "Carapiña", tal como llamaban al general por su rostro picado de viruela. Creyendo que Noriega ya estaba preso, le dije al taxi que me acercara hasta la comandancia. Pero cuál no sería mi sorpresa al ver en el tercer piso del complejo militar al propio general arengando a un grupo de matones. Cuando Noriega se retiró, quedaron en el balcón la capitana Tazón y el comandante López Grimaldo, jefe de prensa de Noriega. Al reconocerme en medio del grupo de periodistas que nos habíamos acercado hasta allí, los dos empezaron a insultarme y a incitar a los paramilitares a que me golpearan. "Darle a ese hijo de puta, pegarle fuerte a ese cabrón", y cosas por el estilo. Pero los matones no acababan de identificar a quién se referían, ya que estábamos juntos unos 12 reporteros. Manolo Alcalá, enviado de TVE, que tenía una vista muy deficiente, creyó que la capitana y el comandante le llamaban para ofrecerle una entrevista con Noriega. Manolo se salió del grupo y avanzando hacia el edificio, decía golpeando su pecho con la mano derecha: "A mí, a mí, ya voy". Yo le quise hacer ver al gran amigo Alcalá que estaba equivocado. Pero ya entonces los paramilitares me habían ubicado y empezaban a agredirme. Los compañeros me protegieron, haciendo un rudimentario círculo de seguridad y poniéndome en el centro. Como continuaban hostigando, el periodista mexicano Epigmenio Ibarra se puso delante de aquellos energúmenos y levantando su cámara como parapeto dijo: "Televisión de México, amigos de Panamá". Aproveché aquel momento para salir corriendo. El taxi que me estaba esperando desde hacía una hora se encontraba orientado hacia la gente que me perseguía; por ello, tomé otro vehículo que estaba estacionado en sentido contrario. El taxista que me esperaba creyó que corría para marcharme sin pagar y empezó a tocar el claxon y a gritar: "A ese, a ese, que me debe una carrera". Por la ventanilla le tiré 50 dólares para que me dejara tranquilo. El taxista que tomé me llevó hasta la nunciatura para buscar refugio. Monseñor Laboa me pidió que, por seguridad, me quedara aquella noche en la sede apostólica. Dormí en la misma cama que el 24 de diciembre de 1989 ocuparía el fugitivo general Noriega, quien huía de las tropas norteamericanas que le buscaban. Hice bien quedándome en la nunciatura, porque ese día la policía política tomó el Hotel Marriot en el que estaba alojada la prensa, buscando a determinadas personas. Un compañero se salvó de ser detenido porque, al ver entrar

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

a la policía, se sentó en el mismo banquillo de la madre de Rubén Blades, que para distraer a los huéspedes estaba contratada como pianista en el vestíbulo del hotel. La señora ni se inmutó, siguió tocando con normalidad. Durante dos horas, el periodista hizo como que acariciaba las teclas, sin tener ni idea de música. Días después, le tributamos un sentido homenaje a la señora Blades, que tan generosamente amparó al compañero.

Ricardo Vázquez-Prada
Heraldo de Aragón
rvazquezprada@heraldo.es

Las ocurrencias de “Kautela”

A lo largo de tantos años de ejercicio del periodismo, 34 y pico ya, icómo pasa el tiempo, carallo!, me han ocurrido las cosas más diversas y he conocido a los personajes más variados, que es uno de los grandes “lujos” de esta profesión. Recuerdo, por ejemplo, a Francisco Martínez Gascón, “Kautela”, miembro de la redacción de Heraldo. Era fotógrafo, y parece que muy bueno, pero un día decidió dejar de hacer fotos y dedicarse al dulce far niente, y así siguió, hasta la jubilación. ¡Qué endemoniada habilidad! Hicimos muy buenas migas y cuando yo terminaba la jornada en el periódico solíamos recorrer los bares, en recorridos a veces interminables.

“¡Carnicero!”

“Kautela” tenía reacciones imprevisibles. Recuerdo que una tarde pasamos ante la sede de la Cruz Roja, cerca de la plaza de los Sitios. Por la puerta de la entidad salía en ese momento un hombre alto, delgado, bien trajeado, de unos cincuenta años, con un maletín en la mano derecha. “Kautela” se plantó ante él y le espetó:

-¡Carnicero!

El hombre vio a mi amigo, se puso lívido, dio un respingo y trató de huir de él a toda velocidad. Pero “Kautela” le seguía como un perro de presa, mientras repetía a voz en grito:

-¡Carnicero!, ¡eres un carnicero!

Así siguieron unos minutos, el hombre huyendo por la plaza de los Sitios y “Cautela” corriendo tras él. Al cabo, pude preguntar a mi amigo:

-Pero, ¿estás loco?, ¿qué te ha hecho ese pobre hombre?

-¿Un pobre hombre?, ¿un pobre hombre? ¡No es más que un miserable carnicero! ¡Es el médico que me operó del riñón y casi me mata! Siempre que puedo vengo aquí a esta misma hora para gritarle: ¡Carnicero! Lo tiene bien merecido.

Aplausos a Puigvert

Si aquel médico "carnicero" le situó al filo de la muerte, el famoso doctor Puigvert le acertó de lleno y por eso "Kautela" sentía por aquella eminencia médica una veneración indescriptible. Un día me propuso:

-Ricardo, ¿quieres venir conmigo a saludar al doctor Puigvert?

-Sí, desde luego.

Había que aprovechar aquella ocasión de conocer a tan insigne galeno.

Nos dirigimos a la estación del Portillo.

-Es que viene en el Talgo.

Esperamos largo tiempo, hasta que llegó el tren. Pero de él no bajó el doctor Puigvert. Mi amigo intentaba mirar por las ventanillas, sin éxito. El tren arrancó y entonces "Cautela" empezó a gritar:

-¡Ahí está!, ¡ahí está!

Y se puso a aplaudir frenéticamente.

-¡Bravo, bravo, eres el más grande!, aullaba.

Así seguimos hasta que el tren se perdió en lontananza. Yo, desde luego, no vi al famoso doctor. ¡Cómo lo iba a ver si las ventanillas del Talgo eran oscuras! Yo creo que mi amigo se lo imaginó.

"Corre, corre, que está con otro"

En otra ocasión, "Kautela" y yo paseábamos por la calle Costa y al llegar a una esquina surgió de improviso un hombre de unos cuarenta años, calvo y obeso, que avanzaba con rapidez.

"Kautela", sin mediar saludo alguno, le gritó:

-¡Corre, corre, que está con otro!

El hombre levantó la cabeza, vio a "Kautela", torció el gesto y echó a correr desesperadamente calle de Costa arriba.

-Este tío, explicó mi amigo, es un comerciante con mucho dinero y todos los días, a esta misma hora, va a acostarse con su querida. ¿Has visto qué cara a puesto? ¡Menudo susto le he dado!

“Un metro sesenta”

“Kautela” y yo caminábamos por la calle de San Miguel, hablando de nuestras cosas. De pronto mi amigo preguntó a un hombre que iba vestido completamente de negro y se hallaba a la puerta de su establecimiento:

-¿Y éste?

El hombre me echó una rápida e inquisitiva mirada, de abajo a arriba, e inmediatamente respondió:

-Un metro sesenta.

Quedé muy desconcertado. Pero al levantar la vista pude leer en la tienda esta reveladora e inquietante inscripción: “Pompas fúnebres”.

¡Aquel sujeto siniestro se pasaba el día a la puerta de su negocio midiendo a la gente que pasaba, para calcular el tamaño del ataúd que un mal día tendría que utilizar! Y en mi caso, debo aceptarlo, acertó por completo.

“¡Qué bueno era!”

“Kautela” tenía extrañas e insólitas aficiones. Una de ellas consistía en acudir a bodas y entierros, aunque no conociera allí a nadie. Una mañana, en el periódico, me dijo:

-Esta tarde ven bien trajeado y así podrás acompañarme.

-¿Adónde?, ¿qué vamos a hacer?, inquirí.

-Ya lo verás.

A media tarde fuimos los dos a una casa de la calle Sanclemente. Mi amigo llamó al timbre. Nos abrieron. Cogimos el ascensor y subimos al segundo piso. Llamamos a la puerta y nos abrieron. Allí había mucha gente, en silencio y muy bien vestida. Me llamó la atención que casi todos iban de oscuro y que algunos parecían muy tristes. Avanzamos por el pasillo y entramos en una amplia estancia. En su centro había un ataúd con un señor muy pálido dentro. “Kautela” se acercó con mucha ceremonia a una señora que vestía de luto riguroso, sentada junto a la caja, y le dijo:

-Señora, quiero expresarle mi más sincero pésame.

La señora le ofreció la mano y mi amigo la besó con mucha prosapia. Luego añadió con un suspiro:

-¡Qué bueno era! ¡qué pérdida tan grande!

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Me quedé, en principio, helado, sin saber que hacer, pero "Kautela" me empujó hacia donde estaba la mujer. Besé su mano con mucha ceremonia y dije con mi voz más profunda y sentida:

-Señora, reciba mi más sincero pésame.

Detrás de mi "Cautela" repetía una y otra vez:

-¡Qué bueno era!, ¡qué pérdida tan grande!

Acompañaba estas palabras con suspiros muy apropiados.

De pronto, la señora se fijó en nosotros y dijo:

-Perdonen, pero nunca les había visto. ¿Quiénes son ustedes? ¿De qué conocían a mi marido?

-Eramos grandes amigos, una gran persona. ¡Qué irreparable pérdida!, replicó "Kautela" con mucha seguridad.

Poco a poco nos fuimos retirando y salimos de la casa.

En el ascensor pregunté a "Kautela":

-¿Pero tú conocías al muerto?

-¡No, qué va! ¡Yo que le voy a conocer! Vi la esquila en el periódico, apunté la dirección y aquí estamos.

iFir...més!

Otra "especialidad" de "Kautela" era aterrorizar a los soldados. Entrábamos en un bar. Veía a unos soldados, se acercaba a ellos y les gritaba con una voz metálica, rotunda, inconfundiblemente marcial:

-iFir....més!

Los soldados se ponían de pie de golpe, muy azorados. Entonces "Kautela" iniciaba muy seriamente la revista:

-¡A ver, a ver! ¡te falta un botón? ¿Y dónde está tu gorra? ¿de qué Regimiento eres?

-De Pontoneros, en Monzalbarba.

-Pues como no te corrigas, se lo diré a tu coronel, con el que tengo una gran amistad. ¡Así no se puede salir de permiso! ¿Qué te has creído? ¡Sucio y con barba! ¡Qué desastre! No te arriendo la ganancia. Vas a hacer más guardias que un mosquetón.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El soldado palidecía.

-Bueno, por esta vez, pase. ¡Pero que no se repita!

Los soldados, en cuanto podían, abandonaban el bar como alma que lleva el diablo.

La diva

Otro personaje con personalidad propia era Andrés Ruiz Castillo, subdirector del periódico. Adoraba la ópera. Era muy amigo de Montserrat Caballé y Bernabé Martí. Cuando Montserrat actuaba en Zaragoza el crítico musical vivía un calvario. Andrés leía una y otra vez la crítica y añadía inexorablemente:

".., el público, puesto en pié, dedicó a la eximia diva una ovación de más de diez minutos". Fuera o no verdad.

Pero ocurrió que en una ocasión se enfadó con Montserrat. El crítico no lo sabía y escribió, como era obligado: "el público, puesto en pié, dedicó a la eximia diva una atronadora e interminable ovación". Andrés cogió la crítica y farfulló muy enojado:

-¡Ni diva, ni ovación, ni leches! Pon que fue aplaudida, y que se aguante.

La necrológica

Andrés me encargó en una ocasión una necrológica. Era la primera vez que me ocupaba de un "género" tan especial. Me envió una copia de una esquila y me dijo:

-Pon muy bien al muerto, que era un buen amigo.

Dediqué los mayores elogios al finado. Destaqué sus incomparables virtudes cristianas, su incansable amor a su familia, su condición de hombre de bien, "que deja un hueco que nadie puede llenar. La noticia de su fallecimiento ha causado un hondo pesar en cuantos le conocieron..." etc, etc. Una necrológica muy sentida. La envié a Andrés al taller e inmediatamente me llamó para felicitar me:

-Ricardo, lo has bordado. ¡Muy bien!

¡Infeliz de mi! Lo peor que se puede hacer en un periódico es que algo quede bien... porque ese éxito te encadena de por vida. Así que durante años estuve redactando necrológicas... de personas que no había conocido ni en pintura. Mezclaba los tópicos, y santas pascuas.

Todo fue bien hasta que un aciago día, una jornada negra, Andrés me dijo:

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

-Ricardo, te envío la esquila de una mujer. Trátala con mucho cariño, que era una excelente amiga.

Me puse manos a la obra:

"Doña XXX falleció ayer, a los X años de edad. Persona de ejemplares virtudes cristianas, deja un vacío imposible de llenar en cuantos la conocieron. Dedicó su vida a las obras de caridad y su luminoso e inmarcitable recuerdo iluminará a cuantos tuvieron la fortuna de compartir sus días, pues siempre fue un luminoso faro por la rectitud de su comportamiento. Murió cristianamente, bajo el manto del Pilar. Hoy se celebrará un funeral por el eterno descanso de su alma en la parroquia de... y posteriormente se procederá al entierro de la finada en el complejo funerario de Torrero. No se invita particularmente. Sus familiares ruegan una oración por su alma".

Releí la necrológica, quedé muy satisfecho y se la envié a Andrés.

Unos segundos después sonó el teléfono:

-¡Imbécil!, ¡estúpido!, ¡cretino!, ¡si es que no te enteras! ¡vaya periodista de habas!, me gritaba Andrés fuera de sí.

Yo, asustadísimo, tartamudeando, con un hilo de voz, le pregunté:

-¿Qué ha pasado?, ¿qué he hecho?

Y Andrés me respondió:

-¡Es que no te enteras! ¡Esa mujer era la dueña de la mejor casa de putas de Zaragoza! ¡Y tú, sin saberlo! Anda, ya estás quitando lo de las virtudes cristianas, porque mañana seríamos el hazmerreír de la ciudad. Hemos estado al borde del precipicio.

Andrés me envió la necrológica. Empecé a borrar los elogios y se quedó en casi nada:

"Doña XXX falleció ayer, en Zaragoza, a los X de edad. Será enterrada hoy en el complejo funerario de Torrero. No se invita particularmente".

Envié el texto a Andrés. Me llamó inmediatamente:

-Muy bien, muy bien, ha quedado muy bien. ¡Qué mujer! En sus buenos tiempos era una mujer de bandera.

El vértigo

José María Zaldívar, "el vigía de la Torre Nueva", era un conocido abogado con vocación política. Era muy popular gracias a sus intervenciones diarias en Radio Zaragoza.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Tenía unas innegables dotes oratorias y con mucha frecuencia intervenía en actos públicos. Era muy aficionado a los toros y precisamente tenía su localidad, en el Coso de la Misericordia, junto a la mía. Así que nos hicimos bastante amigos.

Un año fue designado pregonero de las fiestas del Pilar. En aquel entonces me ocupaba de la información local, así que me dirigí al Ayuntamiento y subí a la planta noble, para seguir desde allí el acto. Entonces vi la siguiente escena, increíblemente surrealista:

Un bombero, con casco y todo, tenía una sólida cuerda, una gruesa maroma, en sus manos y aguantaba algo al otro extremo. De momento no vi lo que era, pero me asomé al balcón que daba a la plaza del Pilar y me quedé de piedra. No podía dar crédito a mis ojos. Lo que el bombero aguantaba era... ¡al mismísimo José María Zaldívar!, al que habían pasado la maroma a la altura de la barriga. De pronto José María empezó a hablar:

-¡Zaragozanos!, ¡aragoneses!...

Observé que mientras hablaba tenía tendencia a caer hacia adelante. Pero no caía porque el bombero le mantenía, una y otra vez, en pié.

Al terminar José María me explicó el misterio:

-Es que tengo mucho vértigo, pero vértigo de verdad, y si no me hubieran atado me habría caído por el balcón.

La muchedumbre que estaba en la plaza nunca pudo imaginar que quien les arengaba estuvo muchas veces a punto de caérsele encima.

El gobernador más joven

Rafael Orbe Cano fue gobernador civil de Zaragoza e impuso en ese cargo nuevos modos. Era joven y simpático, en abierto contraste con los gobernadores que le precedieron, algunos de ellos ciertamente siniestros.

Una de las informaciones más "delicadas" en aquellos tiempos -últimos años del franquismo- eran "los viajes del gobernador por la provincia". El tostón estaba asegurado, pero no podías equivocarte en ningún detalle, porque si no, al día siguiente se armaba la gorda y llovían las reclamaciones.

En una ocasión fuimos a la zona del Moncayo. En Litago presencié esta curiosa escena:

Un miembro de la comitiva del "Poncio" se acercó a una anciana, le dio algo de dine-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

ro y le pidió que cuando pasara por allí el gobernador gritara:

-¡Viva el gobernador más joven de España!

Así lo hizo aquella señora. Cuando Orbe Cano pasó por allí, de camino hacia el ayuntamiento, empezó a gritar:

-¡Viva el...

Pero se trabucó. Se ve que era algo tartaja:

-... el go..., el go..., el go...bernador más joven de España!

El atractivo "Poncio" sonrió abiertamente, muy complacido. Y comentó a quienes le acompañábamos:

-¡Esto sí que no me lo esperaba! ¡Cómo me conocen! ¡Qué gente tan acogedora!

El gafe

A estos viajes del gobernador por la provincia solía acudir un compañero periodista que tenía fama de gafe. Trabajaba en la radio y tenía prohibido entrar en los locales ocupados por los servicios técnicos porque cada vez que lo hacía se armaba la mundial: se fundían los plomos, se paralizaba la emisión y llegaba el desastre.

Su fama era tan grande que cruzarse con él infundía en algunos un gran temor.

Una mañana el director llegaba con su coche a la emisora y justo en ese momento salía de ella "el gafe". El director, al verle, entró en un estado de nervios tan grande que se olvidó de frenar y el coche chocó de lleno contra la valla metálica, provocando grandes destrozos y considerable estruendo. El director bajó del automóvil e increpó con cajas destempladas al pobre "gafe":

-¡Estúpido, más que estúpido! ¡A quién se le ocurre salir cuando yo llego! ¡Tu tienes la culpa de todo!

Se cuenta que en otra ocasión "el gafe" se asomó a la ventana y aunque el día estaba totalmente despejado cayó de pronto un rayo, que paralizó por completo la emisora. Los juramentos contra "el gafe" es escucharon en Sebastopol.

Otra anécdota de este compañero: En uno de los viajes del gobernador por la provincia apareció el cuitado con un coche recién comprado. Era precioso, refulgía bajo el sol.

-¿A que es guapo?, nos preguntaba. ¿Quereis probarlo?

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Algunos compañeros, iinsensatos!, se subieron al reluciente automóvil, que a los pocos kilómetros –nos dirigíamos a Zuera- empezó a echar un tremendo humo negro... ¡hasta quemarse por completo! Los ocupantes se salvaron de milagro.

El gafe taurino

En mis largos años como crítico taurino –primero en la Hoja del Lunes de Zaragoza y luego en el Heraldo de Aragón- he tenido también ocasión de conocer a una gran cantidad de personajes del mundo del toro, que, como se sabe, constituye un “planeta” muy singular. Uno de ellos es un periodista taurino que tiene una tremenda fama de “gafe”. Hay que precisar que hay gafes de muchas clases: activos y pasivos, sufridores o que hacen sufrir, que atraen la mala suerte para sí mismos o sólo para los demás... Este es de los que dan mal fario a los demás, sin que a ellos les pase nunca nada.

Pues bien, a nuestro personaje se le ocurrió venir a Zaragoza a seguir la feria taurina del Pilar. En mala hora lo hizo. Desde que llegó se encadenaron las desgracias.

Una mañana fui al Gran Hotel y encontré en el hall al padre del matador de toros Luguillano. El hombre estaba llorando y al borde del ataque de nervios.

-¡Es por culpa de ese cabrón!, ¡ese cabrón tiene la culpa!, decía.

Conseguí que se calmara un poco y me explicó entre sollozos:

-Mi hijo casi se mata esta mañana en la bañera. Se estaba dando una ducha, pisó el jabón y se ha dado un golpe tremendo en la frente. ¡Y esta tarde tiene que torear! ¡Y toda la culpa la tiene ese cabrón!

-Pero, ¿de quién estás hablando?

-¡De quién va a ser! De ese hijodep..., del “innombrable”. No se le ha ocurrido otra cosa que coger una habitación justo encima de la de hijo. ¡Y le ha transmitido el mal fario!

-¿Y cómo está tu hijo?, ¿podrá torear?

-Ya está mejor, pero con el enorme chichón que tiene no le va entrar la montera. ¿Y cómo va a hacer ahora el paseíllo? ¡Y todo por culpa de ese malnacido!

El “innombrable” siguió haciendo de las suyas. En una ocasión se cruzó a la entrada de un bar, al que se accedía bajando unas escaleras, con mi amigo Braulio Lausín. El pobre Braulio, al ver al gafe, se puso tan nervioso que trastabilló y se cayó por las escaleras, rompiéndose la muñeca derecha.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Y, desde luego, desde el mismo día en que llegó a Zaragoza la feria se torció por completo: llovió sin parar, se cayeron los toros, los toreros dieron tardes horribles y se perdió bastante dinero. Victoriano Valencia, gerente de la empresa, estaba fuera de sí:

-¡Toda la culpa la tiene el innombrable!, decía desesperado. ¡Sólo a un idiota se le ocurre traerlo aquí!

Y es que el gafe había llegado a Zaragoza, desde Andalucía, de la mano de un rejoneador muy conocido, a quien se atribuyen muy pocas luces, y cuya escasa capacidad craneana, de nacimiento, quedó aún más reducida al caer un mal día de cabeza, desde el caballo, en la plaza de Madrid. El muy insensato había encontrado al gafe en el aeropuerto de Jerez y le había invitado a venir a Zaragoza, con las funestas consecuencias ya descritas.

Antoni Coll y Gilavert
Director del Diario de Tarragona
acoll@diaridetarragona.com

Estuve 8 años en Zaragoza, entre el 69 y el 77.

Te voy a contar cómo acabé siendo director de El Noticiero durante cuatro años (1973-1977). Estaba trabajando en el Diario de Lérida y estudiaba Derecho por libre en Zaragoza. El catedrático de Derecho Penal, José Guallart y López de Goicoechea, me suspendió. Como era presidente de El Noticiero, con la idea de hacerle un poco la pelota para que me aprobara en septiembre, le visité en su casa y le dije que era periodista. La cosa es que me contrató para sustituir a Joaquín Ibarz, que ahora está de corresponsal de La Vanguardia en Centroamérica.

Al final me aprobó el Derecho Penal, pero como ya me dediqué al periodismo, no acabé la carrera.

Al juzgado...

Antes de morir Franco, pero con el régimen ya muy debilitado, tuve que ir dos veces al juzgado. Una, por publicar un artículo de Vicente Cazarra, entonces secretario general del Partido Comunista en Aragón. Nos encausaron, a él por escribirlo y a mí por publicarlo. Aunque yo siempre estuve en contra del PC, nos sentamos juntos en el banquillo y mantuvimos una buena relación.

Y pocos días después tuve que volver al juzgado por haber nombrado a Comisiones Obreras, que aún era un sindicato ilegal. Me atreví a decir al juez: "pues la semana que viene publicaremos otro artículo sobre UGT".

El taxi de Blasco Ijazo

Cuando llegué a El Noticiero era director el inolvidable Ramón Celma y me contaba que Juan Moneva, el famoso catedrático, ponía en sus tarjetas: Juan Moneva, suscriptor de El Noticiero.

Venía por la redacción un periodista muy veterano, José Blasco Ijazo. Venía de tertulia todas las noches y se le oía hablar desde la escalera. Era hablador. Me gustaba verlo llegar, con el bastón y con la conversación siempre a punto. Se iba hacia las doce de la noche. Un día nos dijo, como extrañado: "Ayer paré un taxi y le dije, lléveme a casa. ¡Y el taxista no sabía quién era!"

(Llevaba tanto tiempo tomando el taxi en el Coso, a la puerta del periódico a aquella hora nocturna, que los taxistas ya le conocían).

La línea recta de Manuel Abad

Manuel Abad, cuando fue nombrado presidente del consejo de administración de El Noticiero, dio una rueda de prensa para presentarse, yo estaba a su lado y dijo que me confirmaba en el cargo de director. Luego le preguntaron:

-Quién está de tras de usted.

-Mi familia.

-Qué línea va a seguir.

-La línea recta.

Y todas las respuestas eran así. Mis compañeros estaban asombrados y yo no sabía dónde meterme. Se veía que era un empresario, no un político.

La pistola de Pepín

José María Zaldívar, al que llamábamos Pepín, era muy entrañable, todo corazón, pero al mismo tiempo tenía unos arranques muy vitalistas, muy radicales. Un día se molestó con un artículo de José Luis Aranguren, que dirigía la edición de Pueblo. Zaldívar, que colaboraba con nosotros, vino muy irritado por el artículo de Aranguren en Pueblo, y dijo:

-¡Ahora mismo le voy a dar un escarmiento!.

Me mostró que tenía escondida una pistola y dijo "voy para allá". Lo paré como pude en la puerta y le dije:

-Contente.

-¿Qué te crees, que le voy a disparar? Sólo le tiraré cerca de los pies, para asustarlo.

Llamé a Aranguren y le dije, José Luis, huye, rápido.

Creo que no llegó a ir, debió de cambiar de idea por el camino. Era una gran persona, incapaz de matar una mosca. La pistola creo que la tenía porque era diputado y tenía permiso de armas. No le era un objeto extraño. Antes de la guerra, como había un clima anticlerical y El Noticiero era un diario católico militante, Pepín iba como voluntario para escoltar a los directores hasta su casa.

Luis Granell

Servicio de Publicaciones de las Cortes de Aragón

LGranell@cortesaragon.es

La huelga estudiantil del 72

En el año 72 yo estaba haciendo todavía quinto curso de Geografía y, a la vez, trabajaba en el diario vespertino Aragón Exprés, donde cobraba el brillante sueldo de cinco mil pesetas al mes, que incluso entonces era bastante escaso, pero estaba encantado de la vida. Me encargaron de la información universitaria que, habida cuenta la agitación que había en el campus, era uno de los muchos tabús de la época; nadie decía nada a pesar de que eran unos años de mucha vitalidad. En aquel de 1972 hubo una huelga fortísima que empezó en Navidad y acabó en junio; fue cuando tapiaron la puerta de la Facultad de Ciencias y hubo un enfrentamiento muy fuerte del movimiento estudiantil con el rector, Justiniano Casas, y el secretario general, Rafael Usón. En plena huelga, el Ministerio de Educación nombró a un inspector, uno de aquellos funcionarios de bigotito fino y recortado, que se cargó a todo el que se atrevía a protestar; fue el que expedientó al entonces joven profesor Ramón Sáinz de Varanda, que luego sería el primer alcalde democrático de Zaragoza.

Aragón Exprés tenía un techo más alto que el resto de la prensa, contaba cosas sobre los conflictos, también los universitarios. Cada mañana yo asistía a las asambleas de centro y, luego, a la de distrito. A las 12 o la una me iba corriendo a la redacción, que estaba en unos bajos de la calle Marcial, y cuando a las cuatro salía el periódico, ya incluía información de lo que había ocurrido por la mañana. A veces había gente esperando en la puerta para coger un ejemplar. Yo estaba emocionado porque me dejaban contar cosas que nadie más contaba.

Pero uno de los días, cuando iba andando a la Universidad, me crucé con un grupo de estudiantes que corrían a toda pastilla y, detrás de ellos, la Policía. Me quedé quieto –era la única solución para que no me tomaran por uno de los que escapaban– y observé que aquellos guardias no eran los de siempre. La Policía uniformada no tenía muchos medios en aquella época; recuerdo que una de las primeras veces que los vi cargar contra manifestantes en la Gran Vía lo hicieron tocados con casco de acero, que luego cambiaron por una especie de orinal de plástico que no les protegían de nada, y a toque de corneta; además solían ser mayores y su forma física era regular. Una vez, en una de aquellas carreras me alcanzó uno –aquel verano me había roto una rodilla e iba medio cojo–, pero cuando me enganchó, jadeaba tanto como yo, así que me dijo: “hala, vete”; ninguno de los dos podíamos más.

Pero la de aquel día era otra Policía: jóvenes, fornidos, con uniformes de campaña y

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

botas de media caña, nuevos furgones Jeep (que se fabricaban en Zaragoza) con las ventanillas enrejadas... Luego me enteraría de que era la primera intervención en España de la recién creada unidad antidisturbios. Asustado, después de ver todo aquello, me volví corriendo a la calle Marcial y se lo expliqué al director, don Eduardo Fuenbuena, quien me dijo: "Cuéntelo todo, Granell". Me fui a la máquina y escribí la historia que, rápidamente, pasó a máquinas. Pero un rato después sonó el teléfono... Llamaban al director del Gobierno Civil. Recuerdo a don Eduardo saliendo de su despacho: "Que paren la rotativa".

Aquella tarde el periódico salió más tarde y, por primera vez, sin la información de la Universidad. La suerte fue que Guillermo Fatás –el actual director de Heraldo de Aragón, a quien entonces todo el mundo conocía como delegado-comisario para el SEU, que había desaparecido como tal sindicato pero mantenía algunos servicios; fue su último delegado en Zaragoza– mandó una carta al director en la que se sorprendía de que no hubiéramos contado lo que había pasado, que fue esto y esto... Y esa carta sí que se atrevió a publicarla Eduardo Fuenbuena, con lo cual salió la información; con 24 horas de retraso, pero salió.

Aquella fue la primera intervención en la calle de la nueva unidad antidisturbios de la Policía Armada. Y sirvió también para que quienes considerábamos a Guillermo Fatás como un hombre del régimen, comprobásemos que ya no lo era.

Zaragoza Urbe o el peso del ladrillo

Durante un tiempo hice también en Aragón Expres una página semanal que se llamaba "Zaragoza Urbe". Eran informes de escándalos urbanísticos como el de un edificio de viviendas en la calle Barcelona, tan mal hecho que se agrietaban todas. O el caso de otro constructor, también mafioso, que le envió matones a un arquitecto que se había negado a firmar el libro de obra al ver que incluso se ponía menos cemento del debido. O las carencias de las nuevas zonas de una ciudad en expansión. Todo aquello iba apareciendo en "Zaragoza Urbe".

Una de las veces me llamaron los vecinos de unos bloques recién construidos en San Juan de la Peña. Me fui a verlos y aquello parecía caerse de viejo: los cuartos de bombas se inundaban, los tabiques estaban agrietados... Todo ello en unas casas nuevas, recién estrenadas. Los vecinos estaban desesperados porque el constructor no les hacía ni caso.

Para tener la opinión de la otra parte, me fui a verle. Luego preparé el reportaje y se lo subí a don Eduardo. Al día siguiente estaba en la redacción y veo que sube al despacho del director el mismo constructor con el que yo había hablado la víspera –por

cierto, llevaba guardaespaldas y no creo que haga falta citar por qué-, baja al rato, se despide y se va. A mi, nadie me dice nada, pero llega el día en que se publicaba la sección y "Zaragoza Urbe" no aparece. Rápidamente me fui a ver a don Eduardo: ¿qué ha pasado? "Estos son temas que no interesan, o que sólo interesan a los pocos vecinos afectados. Además está usted un haciendo esfuerzo excesivo para lo poco que se le reconoce, Granell, no merece la pena". Y la sección desapareció.

Poco después vi que se imprimía en la imprenta del periódico toda la publicidad de los pisos de ese constructor.

Pequeñas venganzas ante los secuestros de Andalán

Aparte de con algunos siniestros funcionarios de la Delegación Provincial de Información y Turismo, responsables del control de la prensa, las relaciones con la Administración en caso de secuestro eran con los policías que venían a secuestrar la edición. Recuerdo que la primera vez que escribí en Andalán, recién vuelto de la mili, secuestraron el periódico. En el Sahara, donde había hecho el servicio militar, había conocido al primer objetor de conciencia católico de España, el valenciano Pepe Beunza, que estaba en un batallón disciplinario. Trabé amistad con él, me interesé por su caso y me dio mucho material sobre la objeción de conciencia. Ya licenciado, hice una doble página sobre el tema a base de referencias bibliográficas. Todo eran citas, pero lo secuestraron igual.

Pero, volviendo a lo de la Policía. Andalán estaba en un ático en la esquina de San Miguel y Santa Catalina, un ático sin ascensor. Un día, la Policía llamó a Carlos Royo Villanova, coeditor de la revista junto con Eloy Fernández, que no estaba en Zaragoza. Carlos me localizó y me dijo: "oye, vete a abrir la puerta a la Policía, que van que secuestrar la edición".

Era de noche, a la puerta estaba el típico 1500 negro, con un farol azul en el techo. Subimos. Era un piso muy viejo y mi llave se negaba a abrir la puerta. Uno de los policías se puso nervioso y sacó la pistola, quería descerrajar un tiro en la cerradura. El otro le convenció de que no lo hiciera y, al final, conseguí abrir. El que hacía de poli bueno debía ser más jefe que el otro porque, mientras iniciábamos el acta de secuestro, le dijo al otro: "vete bajando todo eso". El otro, claro, puso una cara horrorosa porque eran, no recuerdo si seis u ocho mil ejemplares los que tenía que bajarse a brazo y a patita; haría no menos de quince o veinte viajes desde aquel cuarto piso. Incluso tuvieron que hacer venir a otro coche en el que nos fuimos a la Jefatura de Policía.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Allí me tuvieron esperando en una sala y al cabo de un largo rato volvió el "poli bueno" y me dijo que firmase el acta de secuestro de..., del número de ejemplares que fuera. En aquel momento intuí que podía devolverle la faena que nos había hecho y le dije: "Un acta es un documento muy serio y yo no puedo firmar que hay tantos ejemplares secuestrados, porque no he visto cómo los contaban ustedes". El pobre hombre se desplomó: "Tiene usted razón, vamos al sótano y los cuento otra vez delante suyo". Intenté no sonreír y le contesté: "No, por favor, cómo no me voy a fiar de lo que me dice la Policía..." Y firmé el acta.

Eran pequeñas venganzas que te podías permitir, pero que no compensaban los inconvenientes, porque, aunque luego los tribunales te dieran la razón, ya te habían secuestrado la edición con la consiguiente pérdida económica que, varias veces, nos obligó a pedirle una escultura a Pablo Serrano para venderla y recuperar el dinero.

Supermán mete la pata: información laboral en los '70

En Andalán yo llevaba la sección "Aragón laboral", que rompió moldes porque se salía de la habitual información oficial, que procedía del Servicio de Información Sindical. Sindicato sólo había uno, el vertical; los otros existían, pero estaban fuera de la ley e incluso referirte a ellos podía ser considerado como un delito de propaganda ilegal. Por eso utilizábamos eufemismos como: "los que dicen pertenecer a las que a sí mismas se denominan comisiones obreras..." Todo con minúsculas, claro.

En esas circunstancias, una de las principales fuentes de información eran los abogados laboristas, con los que llegabas a tener una complicidad total. Yo tenía también "mis" abogados. Uno de ellos, que había luchado muchísimo en defensa de los trabajadores y cuyas informaciones siempre habían sido fiables, me dio un día una información sobre problemas con los talleres de empleo de Atades. La publiqué y al poco tiempo nos llegó una queja, a través de un miembro del propio equipo de Andalán, diciendo que era inexacta. Yo estaba tan seguro de mis fuentes que ese compañero tuvo que insistir para que aceptara ir a Atades. Fui y, aunque era cierto que había problemas, comprobé que en la información había datos que eran falsos.

Sentí una vergüenza horrorosa. Por supuesto, pedí perdón y rectificamos con una información muchísimo más amplia que la incorrecta que habíamos dado al principio. Aquel incidente me enseñó que eso de contrastar siempre las fuentes es algo más que una simple norma del manual de estilo de los periódicos. En aquellos tiempos en que el ejercicio periodístico y la actividad política o social se confundían muchas veces, podía ocurrir que te creyeras Supermán y acabaras metiendo la pata hasta el fondo.

Roban cientos de toneladas de carne en Teruel...

En el inicio de la transición, ya muerto Franco, el papel de los medios informativos era muy importante, porque en ellos tenía espacio el debate político que no podía darse en unas instituciones democráticas que todavía no existían y, además, se mantenía íntegra toda la Administración franquista, incluida la Comisaría de Abastecimientos y Transportes (CAT), un organismo que actuaba como regulador del mercado de alimentación.

En aquella etapa yo era corresponsal en Aragón de Cambio 16 y Diario 16. Me llamaron de Madrid para que fuera a Teruel porque había ocurrido que la CAT, que había alquilado allí unos grandes frigoríficos en los que había almacenado cientos de toneladas de carne congelada, al producirse una subida en los precios, envió sus camiones a Teruel para sacar al mercado aquellos stocks de carne y provocar una bajada de los precios. Pero, al llegar, se encontraron los frigoríficos vacíos. El dueño de la instalación había vendido por su cuenta la carne de la CAT. Como de costumbre, la prensa local no publicó nada, a lo sumo, una pequeña nota oficial.

Cogí mi 600 y me fui para Teruel con cadenas y todo; había nevado en los llanos de Mainar. Al llegar, recorro todas las oficinas: las de la CAT –donde me pusieron la excusa de que su jefe estaba enfermo–, las de la Policía..., pero nadie sabía nada. Parecía que no hubiera pasado nada; desaparecen cientos de toneladas de carne y nadie sabe nada. Entonces tuve una intuición: estaba en Teruel, una pequeña ciudad en la que persistía, más que ninguna otra parte, la estructura de una administración pública autoritaria, piramidal; y, ¿cuál era el vértice de esa pirámide administrativa?: el Gobierno Civil.

Me fui directamente al enorme edificio de la plaza de San Juan. El titular, si no me equivoco, era Luis Rojo Villa, uno de esos gobernadores civiles que se hacían eternos, como Frago del Toro en Huesca. Después de una larga espera me recibió serio pero amable. En aquel momento, la prensa ya empezaba a impresionar a los políticos del régimen, tras la salida de Diario 16 y El País. Y, por ello, tenían una visión más respetuosa hacia la prensa que los funcionarios, sus subordinados. Recuerdo que le conté lo que me estaba pasando y me dijo: "Son las 12; a partir de las 12,30 vuelva a llamar a todos".

Lo hice y, en efecto, a partir de esa hora, uno tras otro, me recibieron –el delegado de la CAT estaba realmente de baja, con gripe, y me atendió en la cama– y me dieron toda la información. Y yo pude contar toda la historia. El robo de la carne de Teruel salió en la prensa..., de Madrid.

Rafael Fernández Ordóñez

Responsable de Documentación e Información Externa de Ibercaja

La rueda de prensa más corta de toda la historia del periodismo zaragozano

Nunca he asistido a una rueda de Prensa más corta. Algunas no llegaron, por cierto, a celebrarse; pero ninguna duró lo que se tarda en hacer una breve pregunta, seguida de una concisa respuesta. Lugar: Monasterio de Cogullada, en las inmediaciones de Zaragoza. La CAZAR, así se llamaba entonces Ibercaja, celebraba en gran estilo el centenario de su nacimiento. Y como los tiempos eran nuevos tiempos –aunque con el cadáver de Franco aún caliente en su tumba del Valle de los Caídos– los planificadores de los actos hicieron cosas fuera de lo común. En concreto, traerse a Zaragoza y España, por primera vez desde el final de la guerra civil, al gran intelectual y polígrafo Salvador de Madariaga, un liberal firme en su antifranquismo y, desde luego, sin veleidad alguna de izquierdas.

El vuelo privado que lo trajo a Zaragoza llegó a media tarde. Para entonces, el gran comedor del Monasterio de Cogullada se hallaba a rebosar de periodistas, calculo que alrededor de un centenar. Venían de todos los medios e incluso de países que vigilaban con el rabillo del ojo la aún nonata democracia española, pastoreada a la sazón por Arias Navarro, otro demócrata de toda la vida. A los pocos minutos de aterrizar, el viejo liberal que retornaba a su patria se sumergió en la turbamulta de una rueda de Prensa presidida, a la sazón, por el Director General de la Caja, José Joaquín Sancho Dronda, el escritor y nada menos que el Delegado de Información y Turismo, personaje de cuyo nombre no quiero acordarme pero también él amante de los modos y usos democráticos.

Algunos de los más jóvenes entre los informadores presentes habíamos cruzado apuestas sobre el grado de sinceridad con el que se iba a pronunciar Madariaga, teniendo en cuenta los tiempos que se vivían y lo sueltos que campaban determinados sectores de la vida española. Salimos de dudas en un santiamén. Creo que fue el corresponsal de la emisora ABC en España, un norteamericano de español algo macarrónico, el que hizo la pregunta de la prueba del algodón:

-Señor Madariaga: ¿Qué piensa usted del general Franco?

La respuesta del anciano liberal no pudo ser más lacónica ni más contundente:

-Ha sido el hombre más funesto que ha habido en la historia de España.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Y allí fue el acabose. El Delegado ministerial, en demostración plena de que estaba allí de guardián de las esencias, levantó la rueda de Prensa y el viejo antifranquista fue devuelto a su residencia habitual en Suiza a las pocas horas. Huelga decir que se suspendió su esperada y multitudinaria conferencia y que las furias del Averno se desataron por la ciudad. Aunque los medios –bueno, casi todos- fueron exquisitos con el desliz y procuraron quitar hierro al asunto, lo cierto es que los sectores más ultramontanos retiraron cuentas, expulsaron a socios y cogieron un monumental berrinche con el diario “El Noticiero”, aquel que llevaba en la mancheta la silueta del Pilar y se consideraba depositario de determinadas esencias por todos imaginadas. De hecho, fue el único medio de comunicación en toda España que publicó, y en grandes titulares, la única respuesta de Salvador de Madariaga en aquella brevísima conferencia de Prensa. Pero esa ya es, como decía el clásico, otra historia.

Sonrisas y lágrimas

Zaragoza, año 1973. Un terrible incendio se declara en un taller de tapicería de la calle Rodrigo Rebolledo y mueren todos los trabajadores: más de veinte personas atrapadas en un horno que entró en rápida combustión con el material y productos químicos almacenados en aquel sótano con sólo una puerta de escape.

El drama conmovió a Zaragoza entera y al mundo laboral que, desde las organizaciones entonces clandestinas, empujaba al Sindicato Vertical a exigir más y mejores normas de seguridad en los centros de trabajo. Nadie fue insensible al suceso: ni los sindicalistas clandestinos ni los oficiales, espantados por una tragedia que, con algo de mala suerte, hubiera podido reproducirse en centenares de pequeños talleres, con escasas o nulas medidas de seguridad.

El duelo que siguió al accidente fue de los que hacen época. Una fotografía de Paco París, periodista gráfico de “Pueblo” mostraba la multitud que acompañó a los trabajadores fallecidos desde la calle Alfonso a la plaza del Pilar. El diario sindical, que se volcó en el trágico suceso, hasta el punto de que los redactores perdimos la cuenta de las ediciones a las que habíamos tenido que enviar información del alcance desde Zaragoza, no fue remiso en el tratamiento de la tragedia.

Esta tuvo, además, consecuencias en otros ámbitos laborales. En concreto, un conocido líder del Metal, entonces el sector más combativo, vio su puesto de trabajo en peligro por haber asistido, al parecer sin permiso de la empresa, al duelo que acompañó a los obreros fallecidos. Como el activista era, además, delegado en su empresa, su despido debía recibir el informe preceptivo del Delegado Sindical. Era, más que nada, puro trámite, en él siempre se posicionaba el Vertical a favor de su delegado, pero al final del texto se venía a decir, más o menos aquel vago: “...no obstante,

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

usted resolverá.”

El juicio por despido quedó fijado para una fecha determinada y en la delegación zaragozana de “Pueblo” hubo una pequeña conspiración judeomasónica consistente en hacernos con el informe oficial al juez y en publicarlo en la edición de la tarde anterior al juicio. En Madrid, un periodista hoy muy conocido se encargó de confeccionar toda una página del diario con la gran foto del enorme funeral y los textos alusivos al caso que se juzgaba al día siguiente.

El juez, después de la toma de posición del diario sindical con aquella página tremenda, no voy motivo para aceptar el despido y lo declaró nulo de pleno derecho. Y entonces cayeron sobre el firmante del artículo las iras sindicales. El Delegado de Sindicatos –la verdad, he olvidado su nombre- pidió mi cabeza al delegado de “Pueblo”. Este me trasladó la buena nueva y le repliqué que yo no me iba; en todo caso, que me echaran. En Madrid, el cura Aradillas, que vigilaba con ahinco las ediciones regionales del periódico, hizo de defensor no solicitado y habló nada menos que con Emilio Romero, el temido director, famoso por sus conexiones gubernamentales y por permitirse el lujo de haber visto secuestrada la edición del periódico oficial dos otras veces.

La réplica, que a mí, por supuesto, me encantó fue la siguiente: “Decidle a ese delegado de sindicatos que a mi gente la despido yo”. Y así acabó, con una gota de alegría, lo que empezó siendo para muchos zaragozanos, incluido yo, por supuesto, un suceso terrible y estremecedor.

Pilar Contel
Antena Aragón Televisión
pcontel@cpa-audiovisual.com

Se nace y se hace

Sí, es mi caso. Nací detrás del lápiz, aunque nadie se dio cuenta hasta que lo empecé a llevar conmigo en el bolsillo. Junto a una libreta o un simple papel.

Al principio, de seis a ocho años más o menos, anotaba frases, ideas,

impresiones, que guardaba en el bolsillo del babi. No relataba un diario, sino breves notas sobre lo que me apetecía o se me quedaba grabado. Después, hacia los diez años, comencé con poesías muy cortas o muy largas. Depende.

También algún cuento y... frecuentes "reseñas infantiles" -así las definiría- de sucesos puntuales que me afectaban o simplemente se me antojaban interesantes.

Mi padre, escritor empedernido que había volcado en poesías y cartas lo más apasionante de su vida, no supo de mi afición hasta más tarde. Pero sí percibía cuánto disfrutaba yo en esas veladas familiares en que nos recitaba las odas guardadas por mi madre como un tesoro. En realidad se trataba de "la guerra en verso": los bombardeos en Teruel, la muerte de mis abuelos, la cárcel, el paradero desconocido de su novia, su anhelo de reencontrarla...

Yo era la más pequeña de los seis hermanos y tardé en incorporarme a esas tertulias esporádicas, a veces compartidas por amigos íntimos de la familia. Para las Bodas de Oro engarcé, también en verso, lo más esencial de ese recorrido histórico-poético del noviazgo de mis padres, y lo imprimí en un pergamino que leímos durante el festejo familiar.

Ahora, todos aquellos papeles cargados de historia, junto con las numerosas cartas de los años treinta, son un legado en el hogar de cada hermano. Poco antes de fallecer, mi padre lo reunió en un libro que yo le ayudé a ordenar y transcribir cuidadosamente.

Sin lugar a dudas, yo llevaba en la sangre la misma pasión, y la quería encauzar a través del periodismo. Mi padre disimulaba la complacencia que le producía esa inclinación mía, porque le parecía poco práctico y nada seguro el futuro de una mujer periodista. "Ya estudiarás periodismo más adelante...", solía insistirme.

Total, que al concluir mis estudios de bachillerato en Teruel y Valencia, me matriculé en Filosofía y Letras en Navarra, junto con otro hermano. Ibamos a hacerlo en Madrid, pero el mayor, que estudiaba selectivo en esa capital, aconsejó no ir allí. Nos encon-

trábamos en el final de la década de los sesenta, en pleno fragor de las manifestaciones de universitarios. Madrid se presentaba como un caos, y consiguientemente presagiaba un curso perdido.

Matrícula en vez de abrigo

Cuando iba a comenzar segundo de Filosofía continuaba sin resignarme a dilatar el periodismo. Cuatro años más, o quién sabe cuánto..., que se me hacían eternos. Por eso, dicho y hecho. Me hacía falta un abrigo, mi padre me dio la cantidad correspondiente para comprarlo, pero yo la destiné -con algún ahorro más- a la matrícula de primer curso de periodismo.

Así empecé a compaginar las dos carreras, y sólo cuando tuve las calificaciones en mi mano pude convencer a mi padre de que era posible, y sobre todo vital para mí ese plan. Para ambos resultaba evidente el bagaje humanístico que me proporcionaban los estudios de filosofía. Por otra parte, las asignaturas de ciencias de la información eran entonces muy específicas de la carrera, y muy prácticas. El conjunto era muy ventajoso.

Prácticas con Gabilondo

Revivo aún, paso a paso, la emoción de estrenarme en circuitos cerrados de televisión y de radio, los guiones para Radio Popular de Pamplona, y los artículos para Redacción y para El Diario de Navarra. Varios periodistas de la plantilla de ese periódico eran profesores míos. Tampoco puedo olvidar aquellos intensos fines de semana por los pueblos de Navarra, con Iñaki Gabilondo a la cabeza. Era nuestro profesor de radio, y nadie chistaba por dedicar los días libres a reportajes radiofónicos cargados de vida. Más bien lo estábamos deseando. ¡No sabe Iñaki cómo agradecer aquellas prácticas cuando me incorporé a Antena 3 Radio en Granada!

Un día en que me encontraba sola por las calles del Albaicín, con la unidad móvil conectada a los estudios, un micrófono, y unos cuantos datos para localizar a una familia gitana, sin duda saqué fuerza e ingenio de aquellas experiencias de estudiante. Tuve que cubrir la tragedia de una mujer "empalada", porque a las once en punto tenía una conexión en directo con Manuel Marlasca.

Mi teoría es que el periodista nace y se hace. Existen otras variantes comprobadas con éxito, pero insisto en que para algunas profesiones hay que nacer. Y sin duda hacer, y hacer mucho. Creo que yo he tenido la fortuna del itinerario completo, aunque soy de quienes discurren por la vida sin titulares especiales. Conozco mi currículo

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

lum, lo aporto cuando procede, y hay de todo en mi trayectoria profesional: sudores, riesgos, satisfacción, algún reconocimiento, bastantes palos... Pero nunca me ha faltado hallarme en mi propia salsa en el periódico, en la radio y en la televisión. Es una fortuna haber pasado por todo. Lo reconozco. Pero pasar no lo es todo, porque creo que todos aspiramos a permanecer, y a gusto. Y por ahora esto -es opinión generalizada- sigue siendo privilegio de pocos que, o se lo merecen, o lo usurpan. Quizá deberíamos contribuir con más ahínco a ampliar el número de periodistas que se hagan con esfuerzo, pero también con libertad y satisfacción. Y eso comienza por el respeto y apoyo del equipo de compañeros que nos circunda, y por un salario digno. Todo aúpa.

¿Me se ve, me se ve?

Me he puesto demasiado seria. Concluyo estas líneas con dos apuntes anecdóticos. Uno sucedió en esa época de Granada que antes mencionaba, año 1985. El alcalde de un pueblo nos esperaba en medio de un campo para hablar de un conflicto agrícola. Me acompañó a la entrevista mi compañero Diego, a quien yo temía por su facilidad para hacerme reír en los momentos más inoportunos. Ya estábamos sentados en un estudio improvisado que había montado el protagonista, a base de cajas de frutas boca abajo. Nos encontrábamos en antena, yo había introducido el tema y estaba a punto de pasarle la palabra. Diego le puso los cascos, y el buen hombre se pegó al micrófono y exclamó todo contento, creyéndose en pantalla:... ¿Me se ve, me se ve? En la emisora reaccionaron metiendo una cuña de publicidad, la primera que tenían a mano. Se trataba del anuncio de una leche que comenzaba con un muuuu... Todo era desconcierto: nuestras caras, el sonido del muuuu, la risa mía contenida, las carcajadas de Diego... El alcalde se arrancó los cascos, pegó una patada a su asiento de tablas y se alejó lanzando algunos calificativos...

La verdad es que no recuerdo cómo solventamos el suceso. Lo más importante era volver a ver al alcalde y calmarlo. Creo que lo conseguimos.

Iniciales peligrosas

El segundo apunte es más una constante que una anécdota. Desde que comencé a firmar en prensa -mi primer trabajo transcurrió en El Correo Español, El Pueblo Vasco- varié bastante en el modo de hacerlo. Nombre completo, nombre e inicial de apellidos, o viceversa... Hasta que simplifiqué en P.C. Todo fue bien hasta que durante mi estancia en Italia colaboré en la sala de prensa de Roma. No recuerdo con qué motivo ni el tema de la reseña que firmé. Pero un mal entendido provocó que decidiera

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

evitar en adelante esa identificación. Caí -caímos- en la cuenta de que P.C. se había interpretado como Partido Comunista. Naturalmente, no sólo era cuestión de aclaraciones. No debía seguir avalando mis notas ni con esa ni con otras siglas políticas.

Al volver a España quizá me hubiera ocurrido lo mismo, pero ya no lo tuve en cuenta. Lo mismo que en otros lugares del país, cuando regresé a mi tierra y me incorporé al Heraldo de Aragón firmaba PC., Pilar C., o Pilar Contel. Depende. Así he continuado haciendo en otros medios, y así rubrico ahora.

Pedro Fondevila
TVE Aragón
tveara@encomix.es

Lo bueno, si breve... cuatro perlas

Un día, José Juan Chicón salvó una acacia delante de radio Zaragoza pegándose al árbol ante la motosierra del jardinero municipal. La acacia aún vive.

Jose Maria Ferrer "Gustavo Adolfo " hacía sonetos de encargo en el tiempo que duraba un disco en radio Zaragoza. Llegó a hacerlo sobre la línea 13, creo, la del Cementerio.

En Radio Zaragoza había un conserje confidente de los censores que pasó toda la vida como mutilado de guerra. Resultó ser un atropello de un coche en la vía pública cuando era chico.

El Centro de TVE en Aragón se inauguró con la Jota de Los Labradores, que creo que es navarra.

Max Alonso

<http://www.onyx21.com>

maxal@onyx21.com

Cosas de periodistas

Cuando Franco imperaba, las "cosas" de los periodistas eran formalmente diferentes a las de ahora. Por lo menos así las recuerdo yo. Me incorporé a trabajar a Bilbao, como director de TVE en el País Vasco, allá por 1974. Iba trasladado desde Las Palmas y había pertenecido a la Asociación de la Prensa canariona, como anteriormente a la de Madrid, y solicité mi traslado a la de Bilbao. Mi ingreso no fue inmediato, como me correspondía, sino que por razones no explicitadas se demoraba.

Jesús Ceberio, el ahora director de El País me lo explicó: Tu trabajas sólo en un medio audiovisual y esto complica las cosas, admitirte es abrir el paso para los que en el futuro puedan venir de estos medios.

No parecía una explicación convincente, pues los nuevos medios podían aportar nuevas salidas para los profesionales, pero ese era el problema: se aumentarían los miembros entre los que había que repartir los beneficios, que producía la Hoja del Lunes, propiedad de la Asociación. Yo facilité la solución al conflicto: que yo no entrara en el reparto de los beneficios. Mi propuesta se aceptó de inmediato y lo que había sido un problema de meses se arregló al instante. Me había convertido en una especie nueva en la Asociación. Un hermano descastado, que había abandonado la prensa escrita y me había enfangado en la audiovisual. Justo era que quedara señalada esta bastardía.

Las cosas siguieron con normalidad, hasta que llegaron las Navidades. En las vísperas, una noche llegué a mi casa y abrí la puerta distraído. Lo que allí encontré me proporcionó un susto desagradable. Me había equivocado de planta y había abierto la puerta de otra vivienda. Eso fue lo que me pareció ante lo que veía, no era mi casa, sino mas bien un almacén de un supermercado o de un ultramarinos, como entonces se llamaban este tipo de establecimientos.

Conservas, turrone, quesos, jamones, aceites, licores y vino llenaban el hall y el salón contiguo en el que acabé distinguiendo por encima los muebles que sí eran los de mi vivienda. Mi mujer salió a mis voces de estupor e intentó explicarme lo que había sucedido y que ella no acababa de comprender. A primera hora de la tarde habían llamado a la puerta para "entregar un encargo" a mi nombre. Siguiendo su indicación de "déjelo ahí mismo" lo habían depositado una brigada de repartidores, pues procedía de dos furgones.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Un pequeño sobre me aclaró la autoría. El presidente de la Asociación de la Prensa de Bilbao me felicitaba las Navidades en nombre de todos mis compañeros. Yo no había vivido el racionamiento de la posguerra, pero comprendí que aquello marcaba claramente su superación: los turrones estaban por cajas. Los quesos por cajones. Las botellas de licores y vinos superaban los dos centenares y entre estas últimas había algunas de "colección".

Asimilar aquel mensaje de los colegas bilbaínos llevó su tiempo. Me hacían partícipe, tan generosamente, de los "beneficios" de la Hoja del Lunes, a los que yo había renunciado, para ser profesional asociado y no desequilibrarles el presupuesto personal. Una participación la suya, que lógicamente no cabría en sobres, pues superaba lo que cada uno percibía por la nómina del medio en el que prestaban sus servicios.

Después de Bilbao mi destino fue Zaragoza. Solicité de nuevo la incorporación automática en la Asociación, que me correspondía por venir de otras asociaciones. No se me concedió, ni tampoco se me respondía ante mis reiteraciones. Yo no llegaba a entender lo que ocurría, pues aquí no existían los beneficios de Bilbao, pero no se me daban explicaciones precisas. Llegué a enterarme que ante cada reiteración de mi solicitud la Junta Directiva se reunía y "la estudiaban con mucho cariño".

Propuse, para acabar con tanta cavilación y ya que no había cuestión de "beneficios", que la estudiaran con menos aprecio y me la concedieran como me correspondía.

Alguien que se hacía pasar como mi amigo, además de colega, me llegó a aclarar: Date cuenta que si se te concede el ingreso lo que puede ocurrir en el futuro, si empiezan a entrar periodistas en los medios nuevos y copan la Asociación.

Tan lúcida explicación sólo se superó, cuando la Asociación recibió un escrito exigiendo mi ingreso inmediato, tal como estatutariamente me correspondía, ya que de lo contrario éste se haría a través de los Tribunales y la Federación de Asociaciones sería una parte de la demanda.

Fue así como se superaron las dificultades no originadas por los beneficios – la asociación zaragozana sólo repartía a sus asociados cuatro mil mesetas en concepto de ayuda asistencial-, sino por el peligro que entrañaba para la profesión de la prensa escrita la incorporación de los profesionales en los nuevos medios audiovisuales.

María José Cabrera
Directora de informativos COPE Zaragoza
MJOSECABRERA@terra.es

Gazapos

Encierro por entierro.

Ocurrió al poco tiempo de entrar yo a trabajar en la Cadena Cope y cuando la emisora se encontraba situada en Plaza de La Seo.

Era Viernes Santo y teníamos que retransmitir la procesión del Santo Entierro, que salía precisamente de La Seo. En un momento dado, me dieron paso e inmediatamente saqué mi chuleta y comencé, "en este momento sale de La Seo la procesión del Santo encierro"

Inmediatamente el compañero que estaba de control de sonido, subió una ráfaga de música clásica, para disimular el "gazapo" y servidora, muy ufana, le hice señal de repetir. Por tres veces consecutivas anuncié que lo que salía de La Seo era la procesión del santo encierro. Naturalmente no pude seguir porque pense que tenía mis días contados en la Cope.

Más sobre encierros

Cuando se llega a la emisora a las seis y media de la mañana pueden ocurrir muchas cosas: que te dejes las llaves, que se estropee el ordenador o que no sepas ni quien eres. Eso debió ocurrirme un 7 de Julio que ha pasado a la historia de la Cope.

Ese día, San Fermín por más señas, en un momento dado debíamos conectar con nuestra emisora en Pamplona para ofrecer la retransmisión del primer encierro de las fiestas pamplonicas. ¿Qué me ocurrió?. No lo se, sólo recuerdo que para dar paso a mis compañeros dije textualmente: Conectamos ya con Pamplona donde dentro de unos segundos va a tener lugar el desencojonamiento de los toros. Sin comentarios.

Ansias de juventud.

Dicho a las 7.25 de la mañana, cuando informamos de los primeros datos del día, las obras, el tiempo y alguna cosa más:

“En el exterior de la Cadena Cope, en Paseo de Sagasta, disfrutamos de 18 años de temperatura.”

Vivencias

Fraga y los atunes

Estábamos en plena campaña electoral, en tiempos de Alianza Popular, siglo pasado, cuando recibí el encargo de la Cadena COPE de entrevistar al candidato Manuel Fraga, durante 25 minutos. No me preguntes por qué tanto rato. Asustada ante la fama que precedía al candidato, diseñé una estrategia de acercamiento al personaje.

Sabedora de su afición por la pesca decidí que una forma de romper el hielo sería demostrarle mi interés y mis conocimientos sobre ese deporte. Tal es así, que me compré un libro sobre las distintas formas de “echar el anzuelo”. Cuando tuve a Fraga ante mí, desplegué todos mis conocimientos y le demostré que sólo una persona como él podía llevarse seis atunes a casa. En un momento dado, mirándome fijamente me dijo “señorita, me deja sorprendido con sus conocimientos sobre la pesca. No es habitual en una mujer, de cualquier forma creo que ya estoy preparado para empezar la entrevista”. Fraga, perro viejo en estas lides, se había dado cuenta de mi maniobra de acercamiento. Por cierto, la entrevista mereció la pena.

Atentado de Eta en la Casa Cuartel de la Guardia Civil en la Avenida de Cataluña.

En aquella ocasión, difícil para todos, había que agregar en el caso de la Cope, una situación complicada por falta de personal. Mi compañera en la redacción Charo Pérez -hoy en el Periódico de Aragón- estaba pasando por un doloroso momento personal por la enfermedad grave de su padre y aunque hizo un gran esfuerzo por incorporarse al trabajo, lo cierto es que no pudo hacerlo como ella hubiese deseado. El caso es que me vi sola y con la obligación de contar para toda España lo que estaba ocurriendo. La cadena como es lógico pedía y pedía toda clase de detalles. En un momento dado Luis del Olmo que entonces presentaba las mañanas en la Cope, me dijo que según los datos que yo estaba ofreciendo los muertos provocados por el atentado eran menos de los que se daba en otra emisora cuyo nombre omitiré. Me eche a temblar, y con la inseguridad que me caracteriza, pense que me estaba equivocando. Sin embargo estaba situada estratégicamente y tenía una fuente magnífica que me iba diciendo los cadáveres que se iban recuperando. En más de una ocasión vi como los bomberos sacaban los cuerpos en camillas cubiertas. El caso es que Luis del Olmo me dijo muy amablemente que a lo mejor estaban sacando los cuerpos por otro lado por-

que que la diferencia era sustancial. Recuerdo que le dije: Luis, cuento sólo lo que veo y hasta este momento son cuatro los cadáveres recuperados. Debí decirlo muy rotundamente porque Luis, respondió: "comprendido, sí lo dice la Cope, va a misa." Por cierto, teníamos razón.

Amenaza de suicidio

Un día de hace ya algunos años, en pleno informativo de mediodía, recibimos una llamada de alguien que tenía mucho interés de entrar en directo en antena. Naturalmente eso es imposible a no ser que se trate de un acontecimiento excepcional. Envíe a una redactora que investigara de qué se trataba. No me extenderé demasiado en el caso porque sería muy extenso. Lo resumiré diciendo que se trataba del propietario de una residencia de ancianos, situada en un barrio rural de Zaragoza, que tenía una cuenta pendiente con la justicia por algo cometido hace ya mucho tiempo y por lo que posteriormente fue indultado. Pero en aquel momento, estaba rodeado por las Fuerzas de Seguridad que querían llevárselo detenido. A través del teléfono quería denunciar lo que consideraba una injusticia puesto que a su juicio había pagado por su falta y, sobre todo, porque en aquel momento tenía bajo su tutela a un buen número de ancianos. Le dí paso inmediatamente y en directo anunció su intención de clavarse un cuchillo en el caso de que entrara la guardia civil. Recuerdo que me "aislé" psicológicamente y comencé a hablar con él, como si fuera lo único que había en el mundo. Era una conversación en tono más bien íntimo y haciéndole ver que si se mataba los que más perderían eran los ancianos porque le perderían y sobre todo, porque se quedarían con la duda de su culpabilidad. Creo que no sólo por nosotros, pero también, aquel hombre, cuando finalmente entro la Guardia Civil, se entregó. Al día siguiente, la prensa sacaba la foto de nuestro protagonista, hablando por teléfono y con un cuchillo tocinerero en la mano. Me dio un escalofrío y pense en el extraordinario poder de la radio.

Juan Domínguez Lasierra
Redactor jefe de Heraldo de Aragón
jdominguez@heraldo.es

El día que Buñuel no quiso ver a Goya

De algunas pocas cosas aún puede uno presumir en esta vida, y una de ellas es que yo también estuve con don Luis Buñuel. Y, para mayor abundamiento, en dos ocasiones. Ya que no de mayores batallas ni aventuras, esos dos encuentros con el genio, cuando los rememoro, compensan de esos sentimientos de frustración que, de vez en cuando, a uno le asaltan. Y no es que esos dos encuentros sean para ponerlos en una antología.

El primero de ellos surgió tan de improviso, tan de sopetón, que apenas me dio tiempo a sobreponerme. Y no fue para menos.

Imagínense que un amigo te llama, te dice que subas a su casa (uno está en un piso inferior), que te va a devolver un libro. Y uno sube, entra en el cuarto de estar, y allí, sentado en una mesa camilla, está don Luis, como si tal cosa, tal vez tomando algún café, aunque no es algo que recuerde. Y van, y a uno lo sientan en la misma mesa, y lo dejan allí, sin más, con Buñuel, sí, con el propio don Luis –aquel genio, aquel mito–, solos los dos, en la misma mesa camilla, mirándonos y sin nada que decirnos. Porque él nada tenía que decirme; porque yo apenas podía balbucir palabra.

Alguna debí balbucir, sin embargo, aunque me maten si recuerdo nada de lo que allí se dijo.

Aquel histórico primer encuentro tuvo uno segundo, y no mucho después, cuando aún no se había apagado la excitación de mi «tête a tête» con el genio.

Fue a la mañana siguiente. Luis Buñuel, en sus estancias en Zaragoza, solía residir en el Gran Hotel, y en su camino hacia Independencia, paraba en el estanco de la plaza de Santa Engracia. Y allí, en el estanco, aquella siguiente mañana, volví a encontrarme a don Luis.

No fue un encuentro espontáneo como el anterior. Iba yo con unos amigos pintores que me llevaban a la Cartuja de Aula Dei, donde en aquellos momentos trabajaban en la restauración de las pinturas de Goya. Vimos pasar a don Luis, les dije que había estado la tarde anterior con él, y Teresa, puesto que de Teresa Grasa se trata, se empeñó en que lo invitara a ver las obras de Goya. «Dile que son una maravilla», me animaba Teresa con el entusiasmo que le caracteriza. Así que, forzando mi natural, me llegué hasta el estanco en el que don Luis había entrado, y lo saludé.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Esforzándome por superar su sordera, le hablé de Aula Dei, de Goya, de las maravillas que allí podría admirar; insistí en lo de Goya, el Goya inédito, nunca visto por sus ojos, el genial paisano suyo, y le invité a venirse con nosotros. Don Luis me escuchó atento, un poco confuso con aquella precipitada invitación, y la declinó amablemente. Yo insistí discreta, educadamente: «Es una maravilla, don Luis, una maravilla». Y don Luis, con una cierta sonrisa, entre amable y resignada, me dijo la única frase que hoy puedo rescatar para la inmortalidad de mis dos encuentros con el genio: «Ya no me interesan las maravillas».

*Joaquín Coll
jcoll@grupo7.com*

No quiero ser concejal.

Corrían los años previos a la transición, y algunos políticos decidieron ensayar la prolongación de sus dilatados mandatos estableciendo alianzas con gente política y biológicamente más joven.

El caso es que fui objeto de una de aquellas proposiciones que hirieron mi orgullo de antifranquista. Tan mal debí sentirme que decidí rechazar la oferta desde la columna del boletín de una publicación que llegaba puntualmente a cerca de tres mil barbastrenses. Para que no hubiera lugar a dudas titulé el artículo: "No quiero ser concejal". Y efectivamente, el boletín fue secuestrado por la autoridad competente en la misma imprenta Corrales.

Favorecido por la aureola del secuestro y sobre todo por el hecho de no haber guardado el original, fui magnificando el contenido de aquel artículo, hasta que transcurridos treinta años desde el secuestro un amigo tuvo el mal gusto de facilitarme una fotocopia...

Y era un artículo tan malo, que sólo un amigo pudo hacerme el favor de secuestrarlo.

In memoriam

No podíamos pagar ni la habitación de hotel que habíamos alquilado a guisa de exigua redacción: Era la noche del 24 de diciembre de cualquier año de principios de los ochenta y estábamos cerrando uno de los últimos números de aquel entrañable "Zimbel"....

Fue entonces, cuando alguien llamó a la puerta, pidió permiso y entró. Puso sobre la mesa una botella con tres copas del mejor cava al lado de una deliciosa tarta de queso con golosinas, de las que sólo podían comerse en su casa. Nos felicitó cariñosamente las Pascuas y se fue.. Era, doña Josefina Bosch. Llevaba más de sesenta años acogiendo cálidamente a sus huéspedes en el emblemático Hotel San Ramón de Barbastro, fuera, o no fuera Navidad.

Causó tanta sorpresa el gesto que tardamos en reaccionar.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

José Ramón Marcuello
Director de Trébede
trebede@retemail.es

El Correo Gallego

Un extra que hicimos en El Correo Gallego dedicado a las fiestas de La Coruña. En las páginas en hueco que envolvían a todos los cuadernillos debería haber dicho: "Sinfonía de colores entre rumorosos acantilados". Y tuvimos que volver a tirar la edición porque ponía: "Sinfonía de colores entre rumorosos alcantarillados".

De recién llegado a Galicia, una cosa muy desagradable era coger los domingos las crónicas del fútbol. Yo cogía las crónicas al teléfono en una cabina que había un auricular y una máquina de escribir. Al principio no entendía gallego, y te pasaban a los cronistas de los pueblos y me volvía loco. Luego era muy divertido porque los equipos regionales tenían todos nombres de santos y de pájaros. A lo mejor titulabas:

La Virgen 2 San Pedro 0.

San Juan 2 San Julián 4.

Alondras 1 Anduriña 2.

Al final, me echaron de El Correo Gallego por defender a Castelaio.

El escote de Sara Montiel (1976)

Creo que fue en las fiestas del Pilar de 1976. Venía todos los años Sara Montiel a la sala Cancela y el reclamo publicitario era una foto suya. El director de El Noticiero censuró la foto y dijo que con ese escote no salía. Cogió un rotulador y le tapó el escote casi hasta el cuello. Creo recordar que hubo un incidente con Cancela, que retiró la publicidad.

También la retiraron unos grandes almacenes, no sé si Saldos Arias o Sepu, porque estaba prohibido poner las palabras "Braga señora" y "Braguita pollita". Y también retiraron la publicidad.

Las misas de El Noticiero (1977)

En El Noticiero todos los sábados se recorría una mampara de la biblioteca y había misa. José Miguel Pérez Bernad y yo nos escapábamos al Rausán todos los sábados. Menos nosotros dos, toda la redacción acudía a misa. Era el año 77.

Pepe Royo

TVE Aragón

*Su novela "Siempre llueve en Santa Urgosia", finalista del Premio de Novela Ciudad de Barbastro del 2001, ha sido editada por Prames.
proyo2002@hotmail.com*

La compra de cíceros

Cuando llegué a Zaragoza, en marzo de 1976, los huesos del difunto general de El Ferrol todavía estaban calientes. Llegué a un periódico –hoy también difunto- que pertenecía a la Prensa del Movimiento, dirigido por un caballero cuyos méritos periodísticos eran completamente desconocidos, pero sumamente aficionado a levantar el brazo en diversas celebraciones. Entre otras hazañas, tuvo a bien prohibirme escribir en el periódico que me pagaba por haber cometido el crimen de entrevistar a don Joaquín Ruiz-Giménez, entonces conocido como "Sor Intrépida". "Este periódico", me dijo, "no entrevista a comunistas". Vista de lince, como la que tuvo un día en el que andaba empeñado en titular en primera con dos noticias, una a cinco columnas y otra, a tres. Lo malo era que el periódico sólo tenía siete columnas y el regente de talleres, a quien le habían salido los dientes en el oficio, le hizo ver que eso era imposible con palabras parecidas a éstas: "¿No ves que la página tiene tantos cíceros de ancho y no podemos estirla a nuestro gusto". A lo que respondió tranquilamente: "Si es un problema de cíceros, se compran los que hagan falta, a mí el Delegado Nacional me ha dicho que tengo carta blanca para gastar". Angelico mío.

Yo no estuve en el Bolshoi, ni falta que me hace

Por alguna razón sobre la que no quiero especular, en aquel vetusto periodismo que hace treinta años aún se estilaba en Zaragoza existía la curiosa costumbre de que la información cultural recayese sobre periodistas de los que, piadosamente, podríamos decir que no servían para asuntos de mayor envidia. "Éste ya se sabe... que haga Cultura", parecían pensar los que mandaban, lo que provocaba situaciones más bien surrealistas en las ruedas de prensa. Después de haberme labrado mala fama por entrevistar a rojos peligrosos, mi director pensó que, bueno, éste ya se sabe... así que asistí a unas cuantas. Entre las más divertidas figura una que protagonizó Adolfo Marsillach, como director del Centro Dramático Nacional.

Don Adolfo tenía una proverbial mala leche, que aquella mañana le agudizaba un evidente dolor de estómago y, nada más empezar, se encontró con un periodista que le espetó semejante pronóstico: "Pues usted aquí va a fracasar de lo lindo". Enarcó las

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

cejas Marsillach, y el otro se explayó: "Aquí la gente quiere ver a las grandes figuras, y usted ha puesto a todos por orden alfabético, así que no se sabe quiénes son los primeros actores". Don Adolfo masculló: "En todos los teatros nacionales ocurre lo mismo, buen hombre, en éste y en el Bolshoi". El periodista no se arredró ante la mirada feroz de su víctima y, con aires mundanos, dijo: "En el Bolshoi, señor mío, se ponen los nombres de los primeros bailarines bien grandes, y arriba del todo, si lo sabré yo". Marsillach bramó: "Vengo de Moscú y he estado en el Bolshoi". Y nuestro hombre, sin cortarse un pelo, sentenció: "Yo no he estado en mi vida en Moscú, ni falta que me hace, ni he visto el Bolshoi jamás, pero a mí no se me convence tan fácilmente". Ahí terminó la rueda de prensa. Sin víctimas mortales, por fortuna.

Una meada con el vicepresidente

Tiempos revueltos aquellos de las primeras elecciones democráticas a los ayuntamientos, en la primavera de 1979 pero, en fin, se habían celebrado y los nuevos concejales tenían fecha fijada para tomar posesión el mismo día en toda España... menos en Calatayud. La causa de esta excepción era que el Rey tenía previsto viajar a esa ciudad y se consideró oportuno que le recibiera la nueva corporación en lugar de la corporación digital (que viene de dedo) reinante hasta entonces (curiosamente, el alcalde no había variado, se llamaba José Galindo). El viaje de don Juan Carlos era de carácter estrictamente militar y sólo estaba prevista su visita al Politécnico, hasta donde llegaron los nuevos ediles en perfecto estado de revista. Allí estaba yo con el fotógrafo Toni Monge, dispuesto a registrar el acontecimiento.

Pero aconteció también que al nuevo/viejo alcalde se le ocurrió invitar al Rey a darse un garbeito por la ciudad después de la comida, lo que sentó mal a algunos militares, que probablemente no eran muy aficionados a estas visitas a la pata la llana ni a mezclar lo castrense con lo civil, de manera que el patio andaba revuelto y SM no terminaba de decidirse. Yo, decidido a labrarme un porvenir en este oficio, le dije a Monge que, al revés que el resto de los colegas, que salieron echando pipas para sus redacciones a mediodía, nosotros comeríamos en Calatayud y estaríamos al loro por si, finalmente, a SM le daba por aceptar la invitación. Y así, mientras la regia comitiva almorzaba en el reservado de un conocido restaurante a las afueras, el fotógrafo y yo nos conformábamos con el menú del día en el comedor y mirábamos de reojo por si acaso.

Pero pasaba el tiempo y allí no se movía ni el gato. Monge empezaba a mostrarse reticente sobre la fiabilidad de quienes me habían informado y hasta yo mismo dudaba, cuando vi pasar al vicepresidente del Gobierno, teniente general Gutiérrez Mellado, en dirección inequívoca hacia los servicios. No lo pensé un segundo, corrí como afectado

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

de próstata y alcancé a situarme en el urinario contiguo al suyo, dedicados ambos a eso que usted y yo sabemos. "Disculpe, mi general", dije, "la forma de abordarle, es que soy periodista". El general -que era un verdadero gentleman- no se inmutó por el disparate y me contestó: "No se preocupe, joven, es una situación muy íntima". Animado así, le conté mis cuitas y le informé de mi situación en el comedor, y el general -que era un verdadero señor- me garantizó que, cuando SM tomara su decisión, me enviaría un propio para comunicármelo.

Andábamos los dos en el lavamanos posterior, deshaciéndome yo en agradecimientos, cuando se abrió la puerta de los lavabos y cuatro fieras corruptas se abalanzaron sobre mí y, en un pis pas me vi retorcido y sujeto contra la pared mientras el general -que era un verdadero cachondo- se retorció de risa y les decía: "Dejadle, que es periodista". El general cumplió su palabra, me envió un propio, y yo conseguí la exclusiva.

El 23-F y el alcalde callado

La charlotada que pudo ser trágica del 23-F me pilló siendo redactor de Radio Nacional de España en Zaragoza. El burlón destino quiso, como recordarán muchos, que la entrada de Tejero en el Congreso coincidiera con la inauguración, en el Palacio de la Lonja, de una exposición sobre la Guerra Civil. Andaba yo ensimismado en la reproducción de la primera de HERALDO DE ARAGÓN correspondiente al 19 de julio del 36, que rezaba algo parecido a El Ejército se levanta en armas contra el Gobierno, cuando la mano pelirroja de Pablo Larrañeta -entonces jefe de Prensa del Ayuntamiento que presidía Sáinz de Varanda,- me dio en el hombro. Pablo me saludó de extraña manera: "Pepe, no digas nada, pero la Guardia Civil ha entrado en el Congreso". Pablo trataba de evitar la alarma y no sabía, claro, que el festejo había sido retransmitido en directo. Se inauguró la exposición aprisa y corriendo y yo le dije a José Luis García Sánchez, querido compañero en la radio, que me subía para la redacción -que entonces estaba enfrente, justo enfrente, del cementerio de Torrero-. José Luis, que estaba librando, se apuntó como un hombre.

En mi Ford Fiesta cabalgamos Gran Vía adelante, escuchando RNE que informaba aún sobre los acontecimientos... y, lo juro, el coche se me caló tres veces, supongo que por el acongojamiento. Visto que andábamos un poco de los nervios, José Luis y yo decidimos que, a las penas, puñalás, y optamos por atizarnos sendos cubalibres antes de proseguir camino. Cuando salimos, más reconfortados, dispuestos a escuchar el Diario Hablado de las ocho de la noche, nos quedamos como de un aire al oír las marcialísimas notas del Quinto levanta, tira de la manta y otras lindezas musicales que sustituían a las noticias. Por fortuna en Zaragoza la Brunete no había ocupado la radio

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

y allí nos metimos, dispuestos a pasar la noche, si nos dejaban. Hay muchas historias de aquella noche interminable, que seguramente otros colegas contarán. Yo les cuento una, de la que me tocó ser protagonista.

Eran, aproximadamente, las tres de la madrugada y la cosa estaba ya un poco mejor. La radio y la televisión habían sido liberadas y emitían con normalidad, cuando recibí la llamada de Ramón Sáinz de Varanda. Con un tono que me recordó al de los tiempos de la clandestinidad, me preguntó si podía hablar. Le dije que sí, que claro, y me pidió por favor que le gestionara una entrevista, puesto que las emisoras regionales estábamos en cadena y él quería que sus palabras pudieran escucharse en toda España. Le pregunté qué ocurría, y el alcalde me dijo que corrían rumores por otras regiones de que la guarnición de Zaragoza se había sumado al golpe y quería desmentirlo. Lo que me dijo a continuación me puso los pelos como escarpas: "He llamado antes a Radio Zaragoza, para entrar en la SER, y el director me ha contestado que se habían acabado los tiempos en los que los rojos hablaban en su emisora". Palabrita del Niño Jesús que lo que cuento es verdad, aunque alguien lo desmienta. Ahí están, entre otros, José Luis, Vicente Merino -que fueron testigos de lo que el alcalde me contó aquella noche- e Ismael González Pellicer, a la sazón director adjunto de la emisora, quien hizo la gestión para que el alcalde pudiera, por fin, hablar.

La radio de aquellos años

Cuando acaben de leer esta historia, más de uno pensará que su protagonista es contemporáneo del Tiranosaurus Rex, pero no: cuento cincuenta y un años y aún estoy de buen ver. Cuando ingresé en Radio Nacional en Zaragoza, la cadena hacía ya un periodismo excelente y moderno bajo la dirección, si mal no recuerdo, de Eduardo Sotillos pero... Zaragoza era otra historia.

El informativo que emitíamos a la una y media de la tarde se titulaba, la mar de pomposamente, Aragón al Día y comenzaba con una sintonía inequívoca, aquello de p'ál Pilar sale lo mejor, los gigantes y la procesión. Baja la música a segundo plano y la solemne voz de Presentación Sanz del Amo anuncia: Aragón al Día, Diario Hablado de Radio Nacional de España en Aragón, sube la música y resuelve. A continuación, la primera noticia: José María Zaldívar -alias El Vigía de la Torre Nueva- anunciaba al mundo que la Virgen del Pilar llevaba hoy manto blanco, o verde, o azul, o... lo que fuera. Y, sin solución de continuidad, el tal Zaldívar endosaba una charla sobre lo divino y lo humano, con querencia hacia lo divino, que venía a durar alrededor de diez minutos de reloj, porque la facundia de Zaldívar era proverbial. Terminado el asunto, se entraba en un resumen de cuatro o cinco minutos en el que se leían media docena de noticias recortadas -no copiadas, sino recortadas- de los periódicos. Y, a conti-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

nuación, una pléyade de corresponsales pueblerinos -en el peor sentido de la palabra- nos ilustraba acerca de carreras de pollos, bodas de señoritas sumamente respetables, inauguraciones de acequias y otras gollerías enjundiosas. Y esto ha sido todo por hoy en Aragón al Día, Diario Hablado de Radio Nacional de España en Aragón. Sube la música a primer plano -p'al Pilar, etcétera- y resuelve.

Claro que, antes, se emitía a diario un programa intitulado Así Canta Mi Tierra.

Jota va, jota viene. Media hora de jotas enlazadas por medio de un guión tan ingenioso como un bocadillo de fuagrás. Lo malo es que, en la emisora, no había más allá de una docena de discos de jotas que, así, por lo alto, daban para ciento y pico de piezas. Y el programa duraba media hora diaria... lo que, después de doce años en antena, suponía la tarara de jotas. ¿Solución?. Muy sencillo: había una serie de programas, cuarenta o cincuenta, que se repetían cíclicamente. Y el guionista, con buen criterio, había decidido que no merecía la pena gastar meninges, de modo que fotocopiaba directamente el guión que tocaba. Y así, sucesivamente mientras duró el programita.

La cinta virgen

Hombre, esas cosas no pasaban porque sí. A la sazón dirigía la emisora un caballero muy bien educado y muy amable, que había sido nombrado por don Manuel Fraga allá cuando arrancaba teléfonos y que tenía tanta idea de periodismo como yo de neurocirugía, un suponer. Y, además, era un señor mayor y no aparentaba muchas ganas de aprender. Un buen día andábamos por la redacción, a eso de las nueve de la mañana, José Luis García Sánchez, Pedro Fondevila y servidor de ustedes. Un buen amigo de la Jefatura Superior de Policía me llamó para decirme que unos hijos de puta descerebrados -quiero decir, unos grapos- habían asesinado a un militar en la Gran Vía. Se trataba de un coronel de Aviación. Pedro, José Luis y yo salimos como alma que lleva el Diabolo y llegamos los primeros al lugar del atentado. Pedro tuvo una magnífica intuición y entrevistó al mejor testigo del crimen, un policía que, fuera de servicio, pasaba por allí y persiguió a los asesinos. Le contó algunos detalles interesantes sobre las circunstancias del atentado que eran una verdadera exclusiva, y él los registró en su magnetófono portátil... que, lógicamente, era idéntico al mío y al de José Luis.

Pero poco dura la dicha en casa del pobre. Un poco después que los tres periodistas llegaron unos cuantos polis para hacerse cargo del asunto, y uno de ellos se vino para Fondevila con cara de pocos amigos. San Francisco de Sales debió de iluminarme, porque le cambié el magnetófono antes de que llegara. Exigió, con malos modos, que Pedro le entregara su grabadora. Hicimos ver que nos ofendía el asunto pero, puesto que el poli insistía y amenazaba, le dije a Pedro, fingiendo resignación, que se la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

entregara, y le sugerí que se fuera a buscar otras reacciones al Hospital donde habían llevado el cadáver. Para que pudiera hacerlo, le di mi grabadora -que, naturalmente, era la suya- y yo me quedé hasta que el poli furibundo confiscó la cinta en la que pensaba que estaban las declaraciones del testigo y me devolvió el chisme de Pedro, que a esas alturas volaba ya con su cinta a salvo hacia la emisora. El hombre se apropió de una cinta virgen, mientras RNE empezaba a emitir, en el boletín de las diez, las declaraciones del testigo.

A las diez, a las once, a las doce... José Luis, Pedro y yo andábamos extenuados -se me olvidaba decir que éramos el pleno de la Redacción de Informativos- y decidimos fumarnos un pitillo antes de preparar el informativo regional (nota al margen: juro por lo más sagrado que Pedro Fondevila fumaba entonces). Y en esto andábamos cuando salió el director y nos dijo: "Vaya, muy bonito, los señores fumando aquí, y sin enterarse de que han matado a un militar en Zaragoza".

Por San Judas Tadeo que no fuimos capaces de articular palabra ninguno de los tres. Finalmente osé decir: "Y tú, ¿cómo te has enterado?". "Pues oyendo el boletín de las doce", dijo, tan pichi. "¿Y quién lo contaba?", dije yo. "Ah, ¿eras tú?", murmuró, y se volvió a su despacho. ¿Les extraña lo de Aragón al Día y el manto de la Virgen?

Quini y la UVE

El país entero se preguntaba dónde estaba Quini. Quini, para quien lo ignore, era un futbolista tan famoso entonces como Raúl ahora, al que habían secuestrado unos individuos con la idea de conseguir un suculento rescate. Y resultó que Quini estaba en Zaragoza, que los secuestradores eran unos chapuceros y que la pasma los pilló con las manos en el crack. Ahora llega la tarea de los periodistas. Este mismo estaba en pijama cuando se supo la noticia, que fue sobre las nueve y pico. El deber nos llama, me dije yo, que no tenía puta idea de fútbol, y salí como un rayo hacia la Jefatura Superior de Policía... después de vestirme, claro.

Allí estaba Vicente Merino (y, bueno, también estaba el Jefe de Informativos de mi emisora pero él iba a lo suyo, que era un sobresueldo). Entre Vicente y yo -sobre todo Vicente, que es un genio- conseguimos las primeras declaraciones de Quini y, en general, un material informativo de primera magnitud (eso pensábamos, al menos). Muy excitados por ello, nos montamos los dos (el Jefe de Informativos seguía a lo suyo) en mi Ford Fiesta sobre las once menos diez porque en Madrid se había montado un programa especial que iba a emitirse a partir de las once. Llegamos sin novedad hasta la altura del Parque Pignatelli y allí, justo enfrente de la calle Lapuyade, había un semáforo en rojo. Me detuve, miré, vi que no venía nadie y arranqué. En mala hora lo hice: unos metros más arriba estaban unos agentes de la UVE.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

(Lo siento, tengo que explicar que por aquellos años surgió en Zaragoza una unidad especial de la Policía Local que pretendía responder a una psicosis colectiva de inseguridad, alentada por los fachas que añoraban tiempos más tranquilos... para ellos. Una especie de bestias pardas que se nutrió de lo peor de cada casa, que creó más inseguridad de la que resolvió y que, gracias a Dios, se disolvió en su día).

Aquellos policías, armados como si fueran a comerse con patatas a los terroristas de las Torres Gemelas, nos dieron el alto. Paré, bajamos Vicente y yo, les contamos la película, nos identificamos, dijimos a dónde íbamos y la prisa que teníamos, y admitimos la infracción de tráfico. "No sé quién es ese Quini ni me importa una mierda", dijo la aguerrida agenta rubia que nos tocó en suerte, mientras su compinche observaba el asunto con los brazos en jarras, tal que Clint Eastwood en Harry el Sucio. "Los brazos sobre el techo del coche, y quietecitos", dijo la rubia.

Y Vicente y yo obedecemos. Allí estábamos, como un par de delincuentes. Admito que siempre he tenido pinta de sospechoso, pero Vicente Merino no sólo parece un señor respetable sino que es un señor respetable -y un gran periodista, y un tío cojonudo, pero ésa es otra historia-, así que vaya usted a saber por qué nos tenían así, despatarrados y esperando mientras daban paseítos a nuestro alrededor, tocaban la culata de sus pistolas y se sentían más machotes que todas las cigarreras juntas, la rubia también.

En la radio del coche escuché -escuchamos- a Juan Manuel Gozalo que decía: "nuestros compañeros de Zaragoza tienen las primeras declaraciones de Quini. Adelante, Zaragoza". Y se me inflaron las ondas herzianas. "Vicente", dije en voz alta, "métete al coche, yo voy a entrar y voy a tirar para la radio, si éstos quieren, que nos sigan". Y me volví hacia nuestros secuestradores para añadir, con los congojos a la altura de la tráquea: "ya saben a dónde vamos, si quieren sígannnos". Y lo hice. Lo siguiente que alcancé a ver fue a la rubia, abierta de piernas frente al parabrisas, con la pistola enfilando a la altura de nuestras cabezas. Afortunadamente vi también a su compañero que hacía gestos inequívocos de apaciguamiento. Cerré los ojos, metí primera, apreté el acelerador y, tres minutos más tarde, estábamos Vicente y yo frente al micro, con la cinta corriendo en el magnetófono.

Al día siguiente, hablé con el alcalde -Ramón Sáinz de Varanda, a la sazón- y, tras reconocer que me había saltado un semáforo y que aceptaba la multa correspondiente, exigí un expediente para la pareja de animales que nos había detenido y tratado de esa forma. Resultado: me anularon la multa, mientras la rubia y su colega seguían haciendo el cafre... por lo menos, durante algún tiempo.

Conspiraciones varias

Si hemos de hacer caso a lo que se puede leer y oír cada vez que celebramos un aniversario relacionado con la democracia (tantos años de las primeras elecciones, cuántos años de Constitución, etc.) parece que este país, durante los últimos años setenta y primeros ochenta, se lanzó de cabeza a una orgía de democracia y modernización. Puede que así fuera en Madrid, en Barcelona, en... pero en Zaragoza la cosa fue más modorra, palabra de honor.

Por ejemplo, nacían EL PAÍS o DIARIO 16 mientras yo trabajaba a las órdenes del frustrado comprador de cíceros, había periódico de acendrado catolicismo por bandera, las radios locales informaban prolijamente sobre el manto de la Virgen o emitían a diario el Santo Rosario, había empresas que endosaban a los periodistas un sobre con algunas pesetillas para que cubrieran la información de sus juntas de accionistas con el debido respeto -lo que, naturalmente, aceptaban casi sin excepción- y un redactor-jefe me recriminó por no comenzar la crónica de un acto oficial con la exhaustiva relación de asistentes -y señora-, ordenados por riguroso turno protocolario. El periodismo que se hace en una tierra -como el teatro, la producción industrial o la gastronomía - refleja bastante bien a su sociedad y, sobre todo, lo que hacen en esa sociedad sus clases dirigentes, por usar una expresión propia de los rojos de entonces. Y, para qué vamos a engañarnos, algunas clases dirigentes de por aquí tardaron lo suyo en perder -si es que los perdieron, que no está claro- la caspa y el pelo de la dehesa.

Pero también existía ANDALÁN, donde se criaba una camada de periodistas bien distinta, y en el resto de los medios de comunicación no era difícil encontrar a unos cuantos que desentonaban -para bien, claro está- de ese panorama general. Algunos nos miraban con recelo y se apresuraban a elaborar listas negras, pero teníamos la ventaja, hoy tal vez incomprensible para los periodistas jóvenes, de disfrutar de contratos estables que las empresas más o menos respetaban, así que íbamos dando la tabarra.

Y conspirando, claro, porque la renovación del periodismo zaragozano que se vivió en la década de los ochenta empezó en las catacumbas. Allá por el año 79, unos cuantos periodistas mutantes de los que hablaba más arriba se lanzaron a la aventura de conquistar la Asociación de la Prensa, ante las miradas conmiseras de nuestros mayores. Entre los aventureros había gente de muy distintas leches pero ningún facha, eso sí, y las reuniones que se fueron celebrando hasta completar la candidatura, captar apoyos o elaborar un programa, fueron todo un manual de estrategias que iban desde las acciones más públicas, poniendo cara de formalidad, hasta las más secretas, con citas clandestinas en bares anónimos. La cara visible, y candidato presidencial, fue Manuel García de Frutos, que llevaba traje y corbata habitualmente y parecía gente de orden; escondidos como hurones, pero empujando, teníamos a los

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

que más alarmaban al establishment. Tipos tan serios como Luis Granell y Rafa Fernández Ordóñez podían entonces ser considerados como peligrosos bolcheviques, sin hablar de Pablo Larrañeta que, además, era pelirrojo. Entre medias andábamos algunos, como José Luis Trasobares, Ricardo Vázquez-Prada o yo mismo, que gozábamos de la condición híbrida de ser de izquierdas y trabajar en medios de derechas. No sé cómo nos las apañamos, pero debimos desconcertar al personal, y ganamos las elecciones.

Con García de Frutos a la cabeza, en plan Adolfo Suárez, la Asociación de la Prensa hizo su transición, que buena falta le hacía

El primer día de “EL DÍA”

Ahora, eso sí, cuando se lió la gorda fue el día que a una cuadrilla de iluminados formidables se les ocurrió la peregrina idea de sacar a la calle un periódico nuevo, moderno y progresista. Como casi todas las ideas importantes que han llegado a convertirse en realidad en esta tierra, parecía -y, sin duda, lo era- un disparate. Acciones de a diez mil pelas repartidas entre todos aquellos que se dejaron sablear -y fueron muchos- por José Luis Batalla, Pablo Larrañeta y el resto de los iluminados, reglas del juego claritas para que la información fuera de la exclusiva competencia de los profesionales, e independencia hasta en el sobaco. Cómo sería la cosa que una diputada catalana de izquierdas -Eulalia Vintró, por más señas-, de paso por Zaragoza en aquellos días, me pidió que le explicara en qué consistía EL DÍA y, después de mi prolífica explicación, me preguntó: “bueno, va, pero ¿de quién es ese periódico?”. Naturalmente, no se creyó una palabra de lo que le dije.

Pero un 27 de mayo de 1982 las máquinas estaban listas para echar a andar. El destino nos hacía un guiño y esa misma noche estaba previsto que se aprobara el Estatuto de Autonomía aragonés en el Congreso, fíjate tú qué cosas tan simbólicas y tal. La primera, los titulares, la información y los recuadritos estaban listos desde la víspera y, a las nueve y media, empezaron a llegar los primeros invitados a la fiesta, ansiosos por tener en sus manos a la criatura recién nacida. Mientras se descorchaban las primeras botellas de cava, sonó mi teléfono: era mi garganta profunda particular en la Carrera de San Jerónimo -gracias, Carmen Solano, muchas gracias- y me informaba de que, a última hora, UCD y el PSOE se habían tirado los trastos a la cabeza, habían roto acuerdos y se dejaba el Estatuto para mejor ocasión. Ole con ole.

Llamé al director -otro loco formidable, aquel Romanillos, tan loco como para meterse en aquella aventura viniendo desde Madrid y ser carlista sin perder la sonrisa- y le conté la tragedia. Manos a la obra, Pepe. Mientras el resto de los compañeros entretenían a los invitados como buenamente podían, los galeotes de la sección de Aragón

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

remábamos como posesos contra reloj para cambiar todo lo escrito y adaptarlo como buenamente pudimos a la realidad.

Pero lo malo no era eso. Como es natural, entre la flor y nata de la sociedad aragonesa que se había dado cita allí había numerosos colegas de otros medios, y Romanillos, como un sabueso, anduvo indagando si ellos conocían la noticia que yo acababa de comunicarle. Respuesta unánime: nasti de plasti, el Estatuto se estaba aprobando a esas horas y nadie tenía la menor duda de ello. A Fernando y a Pablo les entraron sudores de muerte y se les atragantó el cava. Mira que, si metíamos la pata de esa forma en el primer número... pero aguantaron el tirón como dos machotes y, después de algunos incidentes técnicos con la rotativa y con los nervios hechos cisco, el bebé daba sus primeros vagidos sobre la una de la madrugada: en primera se anunciaba que el Estatuto no había podido aprobarse. Fuimos el único medio que no se equivocó en la primera edición. Quien lo dude, que se dé una vuelta por la Hemeroteca. Y no vean con qué alivio me bebí el cava atrasado.

La bomba de La Almolda

Lo de EL DÍA estuvo entre el sacerdocio, la milicia y la militancia. Hacer el periodismo que queríamos hacer tenía un precio, y lo pagábamos en jornadas extenuantes de ochenta o noventa horas diarias -no me pregunten cómo lo hacíamos- y, además, sin aire acondicionado en un verano extremadamente caluroso. Encima, estábamos tan contentos... con todo, menos con las cifras de venta, que todo hay que decirlo. Pero éramos jóvenes, teníamos ganicas y hasta lo pasábamos bien. Había que ver a Jesús Bueno con sus auriculares, como si estuviera ganando él solo la Guerra de las Malvinas. O a Carmen Raneda jurando en sánscrito y, cual nueva Penélope, tejiendo y destejiendo cuando los cabrones de ETA mataban a alguien a las nueve de la noche y ella tenía ya cerradas sus páginas de Nacional. O a Mario Bango, el asturiano que se reseca con el clima de Zaragoza, pero sonreía siempre. Algunas veces venía por allí, vestido de sorchi, un chico de Barbastro que hacía la mili, escribía cojonudamente y se llamaba Mariano Gistaín. Pablo Larrañeta consumió dos cosechas de tabaco en sólo unos meses, y Fernando García Romanillos hizo más nervios que en toda su vida.

Sin embargo, aquél régimen de semiesclavitud -que, como la sarna, con gusto no pica- no incluía la ausencia de vacaciones y un mes de julio de 1983, Pablo -que, en el interín, había ascendido a director- cogió a su señora y a las niñas y se largó un mesecito al Algarve en plan desintoxicación. Y yo -que, en el mismo interín, había ascendido a redactor jefe- me quedé como director en funciones. Por aquellas fechas acababa yo de iniciar una relación sentimental de modo que, una vez terminada la infinita jornada, corría a refugiarme en casa, desdeñando las madrugadas de cubali-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

bres a las que otros compañeros seguían siendo adictos. El amor lo puede todo.

Sitúense: una y media de la madrugada y la parejita en el nido que, por cierto, no tenía teléfono, haciéndose arrumacos. La ventana abierta y una voz que llama desde la calle: "¡Pepe!, ¡Pepe!". No podía creerlo, era la voz de César Jiménez, jefe de Edición en el periódico. Me hice el sordo durante unos minutos, pero él seguía gritando, así que la cosa iba en serio. Salté de la cama, me asomé a la ventana, y César me informó someramente de que se había recibido una llamada de ETA anunciando una bomba, así que convenía que me vistiera y saliera pitando para mi mesa. Si toda mi vida he odiado a esa cuadrilla de asesinos, desde aquella noche tengo con ellos una cuenta personal.

Por el camino, César -que había trabajado en Egin y sabía de qué hablaba- me puso al corriente. No había dudas sobre la veracidad del anuncio telefónico: los terroristas habían colocado una bomba en el repetidor de televisión de La Almolda. Con el humor que ustedes pueden imaginar, llamé al gobernador civil, Javier Minondo, y le puse en antecedentes. Pónganse ahora a buscar un fotógrafo -gracias, Rogelio Allepuz- y un periodista -Jesús Fraile estaba de guardia y le tocó la china- y mándenlos a pasar la noche en vela en el quinto pino. Sobre las siete, ya amanecido, los especialistas consiguieron localizar y neutralizar el chisme explosivo. Nosotros teníamos la información, pero a las diez había que empezar de nuevo a currelar. Tuve el tiempo justo para volver a casa, desayunar, ducharme, cambiarme de ropa y poner la cara más inocente posible para decirle a la otra víctima que acababa de enterarse de lo que significa vivir con un periodista. En un acto de generosidad impagable, no me mandó a escarparrar.

A escondidas he de verte

Luego pasaron cosas muy deprisa. Me fui a Madrid y volví a Zaragoza. Traía bajo el brazo un flamante nombramiento como director del Centro de TVE en Aragón y, como estas cosas siempre me las tomo muy en serio, se me metió en la cabeza que había que cambiar la información que se hacía en dicho Centro y ponerla al día. De manera que lo primero era encontrar al hombre, o mujer, que encabezara el proyecto como Jefe de Informativos. Al cabo de un mes, o así, me convencí de que tenía que ser Pepe Quílez, un joven y excelente periodista que ejercía como Jefe de Informativos en la COPE. Le llamé, se lo propuse y, contra toda lógica, no me mandó a freír puñetas. Hay que pensar que lo que yo le ofrecía a un periodista bien instalado, con un contrato como es debido y un buen futuro en su empresa, era un contrato temporal, renovable por un tiempo máximo de tres años... y nada más. Pepe, para mi sorpresa, dijo que le hablara de mi proyecto y que a ver si le convenía.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

La negociación duró un par de meses y gasté toda mi capacidad de persuasión para entusiasmarle, consciente de que ésa era la única forma de que alguien tan sensato como él aceptara la insensatez que le estaban proponiendo. Hablamos y hablamos sobre ideas, nombres, medios... pero los tiempos de la clandestinidad habían vuelto. Verán ustedes, recién llegado un servidor, los ojos de todo el planeta político-mediático zaragozano estaban puestos en lo que iba a hacer o dejar de hacer, y se cruzaban apuestas sobre a quién me llevaría a la tele y a quién no. Pepe, por su parte, trabajaba en una empresa seria, con un director como Gonzalo Legaz, que merecía todo el respeto del mundo y, por respeto a él y a la COPE, sin contar con el Jefe de Informativos al que yo pensaba sustituir, no era de recibo que la gente anduviera comentando que estaba en tratos conmigo. De manera que todas aquellas conversaciones hubieron de llevarse en el más absoluto secreto. Tanto que más de una vez llegaron a mis oídos -y a los de Pepe, que también tiene su miga- informaciones seguras que daban por hecho que yo iba a nombrar a fulano o a mengano. Pero lo más gracioso era -y ocurrió en varias ocasiones- que ambos asistiéramos a una cena de trabajo en la que nos informaban, por separado, de las últimas novedades en materia de rumores. Conteníamos la risa como buenamente podíamos y, a hurtadillas, como una pareja de novios cuyos padres ven con malos ojos su noviazgo, concertábamos una cita para después de la cena en un lugar discreto. Salíamos por separado, nos despedíamos del personal y tirábamos cada uno por su lado... para encontrarnos un cuarto de hora más tarde y seguir pelando la pava, quiero decir seguir dándole al proceso negociador.

Es prácticamente imposible guardar un secreto en esta ciudad, pero lo conseguimos. Finalmente, Pepe dio el sí y fue una sorpresa para todo el mundo. Además de una sorpresa, creo sinceramente que fue un acierto, pero ésa es otra historia, ¿verdad, Pepe?.

La langosta de Guerra

En la tele también ocurrieron muchas cosas, unas más chistosas y otras menos. Una de las más divertidas en los primeros días fue cuando me llamó Daniel Llagüerri, que entonces dirigía Antena 3 Radio -qué de víctimas quedaron en el camino- para entrevistarme como nuevo director del Centro. Acudí a los estudios y, entre Daniel y Margarita, me sometieron a un tercer grado. Entonces había hecho furor una curiosa teoría, según la cual Alfonso Guerra no sólo manipulaba la televisión a su antojo sino que prácticamente redactaba todas las informaciones que se emitían en TVE. A pesar de que el disparate era tan evidente como la luz del día, muchos enteradillos estaban plenamente convencidos del infinito maquiavelismo -y, supongo, de la capacidad de trabajo- que adornaba al vicepresidente. Daniel, muy en su papel de periodista inquisitivo, me preguntó en directo por las instrucciones que yo recibía desde lo alto del

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

poder para elaborar los informativos y, lógicamente, contesté que ninguna y que en ningún caso admitiría yo injerencias de esa clase. Con sonrisa suficiente, Daniel exclamó: "Claro, qué vas a decir tú". E insistió en que todo el mundo estaba al cabo de la calle sobre la feroz manipulación que se ejercía -ay, Daniel, si vieras lo que pasó después- en la pequeña pantalla. Me di cuenta de que me había pillado en una trampa para elefantes y de que, dijera lo que dijera yo, la cosa estaba clara como el agua para él y para los oyentes, así que tiré por la calle de en medio. "Bueno", le dije, "como me has descubierto, confesaré: cada mañana llega un motorista a mi despacho con el desayuno, una langosta y una botella de champán; en la bandeja viene un sobre con cierta cantidad en metálico y otro sobre con el minutado del informativo, elaborado directamente en la Moncloa. ¿Qué harías tú en mi caso?, ¿ponerte flamenco?". A Daniel le cambió el color, creo que es la única vez en mi vida que lo vi balbucear. "No me tomes el pelo", dijo. Y dio por terminada la entrevista.

Aquellas cosas tenían mucha venta entre el público, aunque no fueran más que sandeces. Presiones hubo, hay y habrá pero, gracias a Dios, los profesionales de TVE son bastante más dignos de lo que suponen los tontos... o los listillos. En cuanto a los locos -que también los hay-, el más curioso fue un espontáneo que me llamó la mar de indignado para decirme que se había dado cuenta de que, en los últimos meses, TVE había modificado su señal para intensificar el color rojo y bajar los niveles de azul... de lo que deducía una sutilísima campaña de manipulación para introducir no sé qué mensajes antipatria y antirreligión en las desamparadas cabecitas de los ciudadanos. Me limité a recomendarle que avisara a un técnico capaz de repararle su televisor, pero creo que no le convencí.

La frasecita de Luis Acín

Entre los numerosos conflictos políticos con los que me tocó lidiar en esa época, recuerdo uno que probablemente fuera el más grave por las consecuencias que acarreeó y, sobre todo, porque la culpa fue nuestra, porque hicimos las cosas mal. Resultó que el Ayuntamiento de Zaragoza, que había comprado una parte del Balneario de Panticosa en su día, pretendía venderlo en una operación que sería largo e innecesario detallar aquí. Baste decir que, en el clima de sospecha sobre corruptelas que se había apoderado del país, algunos se apresuraron a insinuar que había gato encerrado en la operación y que el gato se iba a quedar en las uñas una respetable tajada. Me adelanto a recordar que, de todas aquellas malévolas sospechas nada quedó. Nosotros decidimos elaborar un amplio reportaje sobre los avatares empresariales y políticos por los que había atravesado ese magnífico balneario. Y, entre las personas que fueron entrevistadas, figuraba Luis Acín, empresario que participó en la primera venta y que, por entonces, era miembro del Gobierno de Aragón que encabezaba el PAR.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

En el reportaje, tal como quedó, el periodista preguntaba a Acín si, por su conocimiento del asunto, podía pensar que la operación respondiera a intereses inconfesables. Y el consejero Acín respondía, más o menos, lo siguiente: "Hombre, en estos casos y con lo que está pasando, cualquiera puede pensar que en aquella operación hubo intereses inconfesables". Lo que, en román paladino, sólo tiene una interpretación. El Ayuntamiento en Pleno reprobó al consejero por sus palabras y las cosas se pusieron bastante serias... hasta que Luis Acín me llamó para asegurarme que él nunca había dicho tal cosa. Un enigma adecuado para Hércules Poirot, que se resolvió gracias a que guardábamos la cinta donde se había guardado la entrevista completa, y no sólo los fragmentos que se emitieron. La verdad era que Acín había contestado: "Hombre, en estos casos y con lo que está pasando, cualquiera puede pensar que aquella operación tuvo intereses inconfesables", pero añadía a continuación: "Aunque yo, que fui testigo de todo, puedo asegurar sin lugar a dudas que no los hubo". O sea, todo lo contrario de lo que le habíamos hecho decir al cortar la frase.

Le pregunté al periodista que había elaborado el reportaje cómo demonios se le había ocurrido hacer semejante estropicio y, probablemente con buena fe, me respondió: "Coño, el tío no quería decir que hubo chanchullos aunque se lo pregunté tres veces, así que ésa era la única forma de que lo dijera". Nunca he visto mejor reflejado aquello de que un periodista no debe permitir que la realidad le estropee un buen reportaje.

Emitimos por tres veces la respuesta completa, nos flagelamos en público y pedimos disculpas al consejero y a los afectados. Pero, no contentos con ello, los indignados - y con razón- representantes políticos que vinieron a mi despacho reclamaron la cabeza del responsable. Milagrosamente, las cosas se apaciguaron gracias a que se me ocurrió soltarles un refrán de los que emplea mi madre y que, a mi juicio, retrataba perfectamente la inutilidad de adoptar nuevas medidas. "Después del pedo tirado, no vale apretar el culo", dije. Se hizo un silencio y uno de ellos, juraría que fue José Luis Merino, soltó la primera carcajada. Segundos más tarde, nos reíamos todos a mandíbula batiente y, diez minutos después, nos despedíamos cordialmente bajo mi palabra de que no volvería a ocurrir nada semejante. La risa es lo que tiene, que arregla muchas cosas.

Quítate la americana, Pepe

El efímero gobierno de José Marco tuvo centenares de momentos chuscos y algunos hasta grotescos, como los viajes de ida y vuelta de Cipriá Ciscar, que yo creo que se le puso el pelo así de crespo de los disgustos. No revelo ningún secreto si digo que Pepe (Marco) no congenió nunca con Pepe (Royo) ni con Pepe (Quílez), y que los dos últimos Pepes tuvieron más de uno y más de dos encontronazos con el primer Pepe. No es un trabalenguas.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Uno de los que más nos hizo reír -después, claro- ocurrió un día, después de que hubiera llegado a nuestros oídos que Marco andaba echando las muelas y dándose a todos los diablos por algo que se había emitido en la tele, aunque no podíamos imaginar por dónde iban los tiros. Alguien, con voluntad de mediador y convencido de que aún estábamos a tiempo de mejorar las relaciones, gestionó una entrevista entre los tres a fin de que pudieran aclararse los malentendidos que existieran y, finalmente, una buena tarde quedamos citados los tres en el despacho de Marco para tomar café a eso de las cuatro y media. Yo llegué con la estricta puntualidad que me caracteriza -esas risas, que las estoy oyendo-, y me encontré al mandamás socialista con cara de pocos amigos. "¿Vendrá Pepe Quílez?", me preguntó. "Seguro, estará buscando aparcamiento", y quedamos en aguardar su llegada antes de entrar en materia. Por una de esas circunstancias, yo vestía un jersey y no llevaba chaqueta, y Marco estaba en camisa. Diez minutos más tarde, hizo acto de presencia Pepe Quílez, perfectamente trajeado y con su mejor sonrisa, repartiendo saludos y dispuesto al diálogo.

"Quítate la americana, Pepe", le dijo de repente Marco y él, sin dejar de sonreír, dijo: "No hace falta, estoy bien así", y se sentó en el sofá que le habíamos reservado. Con gesto solemne, Marco le replicó: "No, si te digo que te quites la americana porque vamos a reñir". La sonrisa diplomática se le congeló en los labios. Les juro que nunca olvidaré la cara de estupefacción del pobre. "¿Lo dices en serio?", acertó a murmurar. "Coño que si lo digo en serio". Por éstas que son cruces que me vi en las páginas de EL CASO. No sé cómo conseguimos sosegarle un poco, porque estaba como un basilisco, aunque finalmente, la verdad, el asunto era una melonada. Pero, madre de mi vida, que carácter más negro tenía el buen señor.

Hay, lógicamente, más historias divertidas, pero sus protagonistas están en activo y será mejor contarlas otro día.

Jesús Bueno
potala@wanadoo.es

Isabel de Madariaga me baja los humos

En abril de 1975 publiqué mi primer artículo en El Noticiero. El que luego sería mi maestro en las artes de la pluma, Antonio Coll, aceptó mi propuesta de colaborar desde Londres, donde se respiraban aires más oxigenados que los de la España tardofranquista. El tema de mi primer trabajo fue una entrevista con Isabel de Madariaga, hija de Salvador de Madariaga, por entonces exiliado en Suiza, y objeto de interés en España donde corrían rumores de su vuelta a España.

Isabel de Madariaga era una dama de cuerpo entero, educada con arreglo a las exquisitas normas de la burguesía liberal del XIX, y desposada con Leonard Schapiro, soviétólogo y catedrático en la Escuela de Estudios Orientales de Londres. Mi encuentro con Doña Isabel fue agradable y locuaz por ambas partes, pues encontramos numerosos temas de conversación. Quizás temerosa de complicar la vida de su padre, o por percibir algo arriesgado en mis impulsos juveniles, me pidió leer la entrevista antes de su publicación.

Dos días después quedamos para mostrarle el texto que se iba a publicar en El Noticiero. La Sra Madariaga se tomó unos minutos para leer y releer la entrevista. Minutos que se me hicieron eternos. Finalmente me miró con gesto serio, algo severo, y me dijo: "El contenido está bien, refleja lo que hablamos, pero no recuerdo que le haya dado permiso para tratarnos de tu, lo adecuado es el tratamiento de Usted. Así aprendí mi primera lección de práctica periodística.

El jefe de prensa de la Casa real reparte corbatas

En la primera semana de junio de 1977 el Rey de España hizo su primer viaje oficial fuera del país. El destino era Jordania, y allí fui enviado por El Noticiero, cuyo gerente decidió mostrarse generoso ante mi propuesta de cubrir el viaje. (Luego supe que tamaña generosidad era un alarde agónico porque el diario se vió obligado a cerrar doce días después). Algunos de los periodistas que acompañábamos al séquito real vestíamos como lo hacían la mayoría de los periodistas 'progres' en aquella época: pantalones de pana o vaqueros, camisas de cuadros y pelos largos. Al jefe de prensa debió horrorizarle tal aspecto y anunció severamente una hora antes de la rueda de prensa del Rey: 'Es obligatorio que los hombres lleven corbata'. Le contesté que ni tenía corbata, ni sabía hacer un nudo de corbata. Pero el hombre lo tenía todo previsto, saco tres corbatas del bolsillo, me dió a elegir, hizo el nudo, y me ayudó a colocarla. Eso era un buen jefe de prensa.

Me contratan el lunes y me despiden el martes

En la primavera de 1976 El Noticiero hizo una apuesta empresarial y reforzó su redacción con cuatro fichajes de una sola tacada. El primer lunes de mayo de aquel año nos incorporamos al periódico, Julia López Madrazo, Asunción Idoate, José Ramon Marcuello, y el autor de estas líneas. El principal propietario del periódico, Sánchez Ventura, ultraconservador y hermano del entonces Ministro de Justicia, había pedido informes policiales sobre los nuevos redactores, y no le gustó el sesgo izquierdista que apreciaba. Intentó vetar mi nombramiento, pero el director Antonio Coll, que desde hacía dos años apreciaba mis colaboraciones, insistió en que yo escribía con objetividad.

La víspera de mi incorporación a El Noticiero como redactor, asistí a Montejurra, que era el único acto de oposición tolerado durante el franquismo. Aquel año la extrema derecha disparó sobre los manifestantes dando muerte a uno de ellos. Yo hice un amplio reportaje fotográfico de los hechos, y en la edición del martes (en aquella época no se publicaban periódicos los lunes) se publicó una amplia información de primera mano. Pero la Fortuna quiso que en la edición de ese día de El País (que no llegaba hasta el día siguiente) se publicara una foto de César Lucas en la que se veía a un grupo de manifestantes mostrando su ira en las faldas del Montejurra. Mi cara ocupaba el lugar central de esa foto, y el propietario del periódico exigió mi cese inmediato. Formalmente fui cesado pero el director me permitió seguir trabajando sin firmar artículo alguno y con el compromiso de esconderme las raras veces que el propietario visitaba la redacción.

Los aragoneses hicieron posible 'Egin'

El 15 de junio de 1977 cerró sus puertas El Noticiero. Un mes antes había nacido 'Deia' y la izquierda abertzale preparaba la salida de 'Egin'. En aquellos años de eclosión de la prensa democrática faltaban periodistas capaces. Pocos días antes del cierre de El Noticiero se desplazó a Zaragoza Joaquin Gimenez, subdirector del diario, para buscar periodistas entre el equipo del 'Noti'. Hoy puede parecer surrealista, pero en aquellos años las empresas se disputaban a los pocos profesionales existentes. Resultado de aquellas gestiones es que en el equipo que arrancó Egin ocupaban puestos de responsabilidad cinco periodistas aragoneses: Luis Lacasa, Tomás Muro, César Giménez, Asunción Idoate y Jesús Bueno. Pero aún fue más importante la aportación técnica de un nutrido grupo de aragoneses (al menos siete) que encabezados por el Jefe de Talleres, Roberto Pardos, hicieron posible la salida de Egin en septiembre de 1977, es decir tres meses después del cierre de El Noticiero.

El equipo aragonés se disoció muy pronto del proyecto Egin. Tomás Muro falleció en un accidente de tráfico junto con el director de Egin a los veinte meses de nacer Egin. Fue precisamente el vacío creado en la dirección por aquel accidente lo que permitió a sectores próximos a ETA controlar el periódico. Luis Lacasa fue despedido. Yo ya había dejado Egin a los ocho meses, para incorporarse a la BBC, y Asunción Idoate haría lo mismo dos años después.

Las cartas del alcalde en Heraldo de Aragón

Durante más de cinco años el Alcalde de Zaragoza, Antonio González Triviño tuvo una tribuna privilegiada en las páginas de opinión del Heraldo de Aragón todos los domingos. Esa situación era molesta para los redactores del Heraldo que tenían como "colaborador habitual" a una persona que por su cargo debería ser 'objeto' y no 'sujeto' de la información.

Dice el poeta del Martín Fierro que "la ocasión es como el hierro, se ha de machacar caliente", y eso es lo que sucedió en el nacimiento de las Cartas del Alcalde. El 27 de enero de 1986, González Triviño tomó posesión como Alcalde de la ciudad en un pleno extraordinario al que asistieron invitados todos los próceres de la ciudad, y entre ellos el director de Heraldo, Antonio Bruned. Al terminar la sesión del Ayuntamiento Pleno, y mientras nos dirigíamos al vino de honor en el salón de recepciones, el recién elegido alcalde me dice satisfecho: "Me ha saludado Antonio Bruned y me ha dicho que nos va a apoyar desde el Heraldo en todo lo que haga falta". De inmediato le propuse al Alcalde que aprovechara la oferta para sugerirle el envío de una columna semanal sobre cuestiones municipales, en la edición del domingo.

Así lo hizo, tres minutos después, entre canapés y felicitaciones colectivas, González Triviño acordó con Bruned el envío de una colaboración semanal. Y es así como nace la Carta del Alcalde. El 9 de febrero de 1986 se publicó la primera carta, ante el desconcierto y desolación de los redactores jefes de Heraldo que se veían impotentes para evitar lo que veían como un abuso por parte de la Alcaldía. El informador municipal de Heraldo, Jesús Frago, me dijo que le parecía "impresentable que el Alcalde escriba todos los domingos en el periódico".

González Triviño publicó un total de 238 "cartas del Alcalde" hasta el 5 de mayo de 1991. En esa fecha se suspendió temporalmente, con motivo de la campaña electoral para las elecciones municipales, y ya no se reanudó. La mayor parte de las veces el contenido tenía un tono exageradamente paternal y explicativo, lo que colocaba al Alcalde por encima de la polémica, y la diatriba política, un poco como los discursos del Rey en Navidad. El actual director de Heraldo, Guillermo Fatás, escribió un artículo criticando el tono de las 'cartas' y en especial "el que tengan tanto de Bueno".

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Cuando la carta tenía más contenido, todavía era más molesta. En una ocasión, el 25 de febrero de 1990, la carta titulada "Prensa y poder" no fue publicada por desacuerdo del Heraldo con el contenido de la misma. Posiblemente fue demasiado atrevida una célebre cita de Oscar Wilde que dice así "de pequeño le dió una coza una mula, y se quedó tan mal, que de mayor se creía todo lo que leía en los periódicos".

Lo cierto es que Antonio Bruned compartía la ola de fervor popular que acompañó a González Triviño en los primeros años de su mandato. Mientras que los redactores jóvenes veían la "Carta del Alcalde" como una intromisión en su trabajo, el veterano director lo consideraba una distinción para su cabecera.

Creo que ese respeto de Bruned hacia su tocayo González Triviño se mantuvo más allá de las tensiones que acompañaron el último año de Triviño en la Alcaldía. Tres semanas antes de morir, cuando ya no era director de Heraldo de Aragón, me encontré con Bruned, manifiestamente desmejorado. Después de hablar de algunas cosas me preguntó por González Triviño y dijo: "No sé si Antonio me agradecerá algún día el tiempo que retrasé la publicación de las informaciones que le perjudicaban". Aquel retraso permitió que González Triviño estuviera exento de toda polémica y que Felipe González modificara personalmente en el Comité Federal la lista de candidatos al Parlamento Europeo para colocar al Alcalde de Zaragoza en un puesto de escaño seguro.

José Luis Trasobares

El Periódico de Aragón

jltrsobares@aragon.elperiodico.com

Primera mitad de los setenta en el Heraldito

¿Cómo contar anécdotas graciosas y reveladoras que, sin embargo, no resulten crueles ni ofensivas con personas vivas o muertas? En las redacciones y talleres de los diarios, los sucesos más chispeantes suelen ser bastante terroríficos para quienes no están en el oficio. A la gente de la calle le puede parecer espantoso el hecho de que, por ejemplo, la evaluación del interés informativo de un suceso se determine en primera instancia con la tradicional y descarnada pregunta: ¿cuántos muertos hay? Con lo cual, si uno quiere contribuir al anecdotario recopilado en este libro, ha de forzar la memoria, evaluar las implicaciones de lo que cuenta y quitar mucho hierro a los recuerdos; o sea, actuar lo más suavemente posible. A ello voy.

Cuando empecé a trabajar de forma continua como meritorio en la Redacción de Heraldito de Aragón, tenía unos dieciocho o diecinueve años, aunque aparentaba dieciséis o diecisiete. Esto suponía un doble problema: por un lado, que cuando lograba librarme de la servidumbre del teletipo y salir a hacer calle, las personas a las que debía dirigirme para recabar información se quedaban estupefactas de que un diario tan serio les enviase a un crío; por otro, el irónico paternalismo de mis compañeros, periodistas muy veteranos en su mayor parte, a los que debía parecer un tierno infante incapaz de hacer cosa a derechas.

Antes de llegar yo, el palmarés de la dulce juventud se lo llevaba Milagros Heredero, quien era, que yo sepa, la primera mujer que trabajaba en la Redacción de Heraldito. La situación se complicó muy pronto, exactamente cuando se aproximaba la cuestación anual de Atades. A mí me encargaron asistir a la rueda de Prensa que en vísperas de tan señalada jornada solía llevar a cabo dicha organización. Pero Milagros, habitual de aquel tema, acudió también a la convocatoria. ¡Vaya situación comprometida! Pero lo resolvimos: decidimos sobre la marcha que yo haría la información de carril y ella un reportaje de interés humano. ¡Buuuf, qué alivio! Y entonces, cuando todo parecía arreglado, viene una de las buenas señoras de Atades, se nos queda mirando muy risueña y le dice a la Heredero:

—¡Caramba, Milagritos! ¿No me digas que te has traído a tu hijo?

—¡Pero qué dices de mi hijo! ¡Si es un compañero del diario! Bueno... en realidad, un joven estudiante de periodismo. ¡Por favor!, que mis hijos son todavía unas criaturas, replicó Milagros mosqueadísima.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Así es que fue necesario explicar las cosas, entrecruzar disculpas, hacer bromas, y servidor, rojo como un tomate murciano, quiso que la tierra le tragase. En fin, posteriormente todo quedó en la anécdota y Milagros Heredero aceptó amablemente mi presencia, aunque, si coincidíamos en algún acto, procuraba ponerse lo más lejos posible de mí.

La plantilla de Redacción de Heraldo tenía por entonces, en la primera mitad de los setenta, una edad media superior a los cuarenta y cinco años, notable retranca, una actitud muy recelosa ante las informaciones que no fueran a misa (flotaba el recuerdo de las sanciones impuestas en los años cuarenta a Pascual Martín Triep y otros periodistas) y un estilo de trabajo bastante caótico y noctámbulo. Eran habituales los motes y las manipulaciones de los apellidos (trabajaban juntos González Mayorga y González Lóbez, que eran padre e hijo, pero aunque al primero, don Enrique, se le sóía respetar el González Mayorga, al segundo se le había rebautizado como González Menorga). Yo era normalmente el Traso y otras cosas peores que me callo, hasta que Andrés Ruiz Castillo, subdirector y amo de nuestros destinos en el día a día, me rebautizó Estradivarius.

Todos se cachondeaban de mi ingenuo y radical anti-franquismo. Por las noches, preparando la información nacional, alguien preguntaba:

—Han detenido a unos del FRAP... Pero éstos, ¿son comunistas o qué?

—El FRAP es el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, un organismo creado y potenciado por el Partido Comunista de España Marxista-leninista, que no es el de Carrillo, sino otro, contestaba yo entrando al trapo.

—¡Joder, Traso! Mucho sabes tú de estos asuntos... ¿No serás del FRAP éste?

La Redacción compartía con el Taller su condición de centro espiritual de aquellos diarios que, a comienzos de los setenta, todavía trabajaban con plomo y aún no habían introducido sistemas informáticos. En el Taller, las páginas se montaban literalmente a mano, sin maquetas previas, calculando a ojo la extensión de los artículos o midiéndolos sumariamente en las pruebas o galeradas con una simple liza. Siempre me pareció maravillosa la dualidad existente en aquel lugar, entre el jefe o regente y un peón, Esparza, personaje entrañable cuyo cometido era traer y llevar pruebas o trabajos ya compuestos. Al principio cualquiera podía pensar que Esparza era la pieza clave de aquel sistema de trabajo, pues cada vez que se buscaba alguna cosa, o era preciso saber algo concreto se le requería a gritos, ¡Esparza!, ¡Espaaarzaaa!, como si tuviese alguna vara mágica para resolver los problemas.

Los correctores y los periodistas mantenían una constante pugna a propósito del uso del idioma. Al redactor que estaba montando páginas (o sea, ordenando y supervi-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sando a los montadores que eran unos malabaristas de los tipos móviles) solían acudirle los correctores con textos dudosos. José María Doñate, un gran compañero y amigo, los mantenía a raya con singular destreza.

—Oiga, maestro, le interpellaba algún corrector o linotipista exhibiendo un artículo probablemente mal redactado.

—Dígame, homo sapiens, respondía Doñate sin perder la sonrisa.

Claro que José María también era capaz de pasar a mayores; no tanto como el propio Ruiz Castillo, pero casi, casi. Una noche, al regreso de una cena (Doñate era un gourmet consumado) bajó al Taller, se quitó la chaqueta (vestía con singular elegancia) y cogiendo la manguera del sistema anti-incendios disparó el chorro de agua contra los presentes. Increíble.

Si ahora cuento que otra forma de impresionar a los compañeros del Taller era dejar caer sin que nadie se diese cuenta el portón de hierro que cerraba una escotilla por la que se bajaba al sótano inferior y que sonaba como una auténtica bomba, podría pensarse que aquello era una cueva de majaderos mala-leches; pero tampoco era así. En los periódicos (por lo menos en los de hace treinta años, y no digamos en los de hoy día) se trabaja con bastante informalidad, pero a lomo caliente.

Tampoco quisiera extenderme en el tema de las erratas, que se han visto de todo grado y magnitud (desde el anuncio que confundió el Vendo piso de lujo por Vendo pijo de lujo, y después agregaba: a estrenar, perfectamente equipado, etcétera, hasta la vez que en el pie de una foto de la madre Genoveva Torres pusieron el nombre de mi querida amiga Genoveva Crespo) o de los errores, como el que no hace muchos años hizo que se publicara la muerte de un ciudadano que estaba perfectamente vivo (el muerto era un familiar suyo).

La navaja de Antonio Bruned

Quien sí merece algunas líneas es el que fuera director de Heraldo durante casi cincuenta años, Antonio Bruned Mompeón. Fue un personaje especial, novelesco (Juan Bolea se aproxima a su figura haciéndole director de El Comercial en su novela "El Manager"), al que tantos años viviendo en el diario le habían dotado de una singular intuición, incluso cuando abordaba temas que no conocía bien. Esa identificación absoluta con el papel del director-editor le permitía, por ejemplo, traspasar cualquier puerta, cordón policial o lo que fuera menester.

—Soy el director de Heraldo, se limitaba a decir a quien se le pusiera por delante.

Y seguía andando con tal seguridad que nunca vi que le cortaran el paso.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

En el 92, cuando acudió a la presentación de la Expo de Sevilla, Bruned llevaba como siempre en el bolsillo una fina navaja que él solía usar como abrecartas o herramienta de usos varios. En el primer control, al pasar por el arco de detección de metales, el chisme se puso a pitar con furia. Dos policías se acercaron a él.

—Saque todos los objetos metálicos que lleva en los bolsillos.

Llaves, mechero, pluma estilográfica... ¡y la navaja!. Los guardias le miraron un tanto asombrados.

—... Pero ¿qué lleva usted ahí?. No puede pasar con ese objeto. Está considerado un arma.

Y don Antonio, poniendo cara de resuelta indiferencia, recogió todos los cacharros metálicos (navaja incluida), los guardó parsimoniosamente y siguió adelante diciendo:

—Vamos, vamos, que esto es sólo un cortaúñas. Tengan ustedes muy buen día.

Le miraron atónitos y le dejaron ir.

Caso práctico: cómo "lidiar" a un jefe superior de policía

La otra facultad del director de Heraldo era su capacidad para afrontar impertérrito las quejas y presiones externas. Tenía un técnica muy simple: escuchar, hablar lo imprescindible y, en algunos casos, derivar la conversación hacia otros asuntos. Los protestantes salían un poco perplejos, aunque convencidos de que habían logrado imponer sus razones. Pero no le habían arrancado compromiso alguno.

Al filo de 1975 hubo en Zaragoza manifestaciones de estudiantes de Enseñanza Media, que la Policía disolvió sin contemplaciones. En la información publicada en Heraldo se decía textualmente: "Las fuerzas de orden público cargaron violentamente con material antidisturbios contra los manifestantes, cuyas edades oscilaban entre los quince y los diecisiete años". El entonces jefe superior de Policía se puso hecho un basilisco. Vino al diario por la noche para entrevistarse con Antonio Bruned. Éste le recibió muy cortesmente y se dispuso a escuchar sus quejas, que resultaban bastante pintorescas pues se basaban en que, según la versión oficial, en las cargas no se habían utilizado medios antidisturbios sino las defensas reglamentarias de los agentes.

—Las porras antidisturbios son más pesadas —explicaba muy serio el jefe superior—, y los cascos, uniformes, armas largas con bocachas... en fin, todo el material es distinto del que constituye el equipamiento habitual, que ha sido el usado en este caso. O

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sea, que la información es inexacta; por no decir falsa. Exijo una rectificación.

Bruned me mandó llamar al despacho (la conflictiva información era mía, como solía suceder). Me miró muy serio y me explicó la situación. Aseguró que la exactitud informativa era sagrada. Y me ordenó recoger las precisiones policiales para preparar una rectificación en toda regla. Encantado, el jefe superior inició su explicación. Entonces, el director del diario desarrolló su labor de zapa.

—Una cosa es el material antidisturbios y otra el de carácter reglamentario, explicaba el máximo responsable policial.

—Por supuesto, por supuesto –apostillaba Antonio Bruned-; pero especifique usted todo lo que sea menester. Vamos a ver, ¿cuál es la diferencia de las porras, en centímetros? No quisiera yo que por desconocimiento volviésemos a meter la pata. ¿Y los cascos?: díganos cómo son los unos y los otros.

—Bueno, tampoco se trata de entrar en estos detalles...

—Pues yo lo considero necesario. Dese cuenta de que muchos lectores ignoran estas circunstancias y no sabrían distinguir entre una circunstancia y otra... Trasobares, itome nota de todo!

—Creo –empezaba a vacilar el jefe de la Policía- que con una aclaración genérica será suficiente.

—Pero, perdone que le insista, es imprescindible concretar los hechos. Díganos... ¿cómo se tipifican las armas de fuego y su uso en esos casos de intervención antidisturbios ¿

Al final, el superpolicía desistió. Aseguró que no hacía falta publicar rectificación alguna "para no echar leña al fuego" y se dio por satisfecho con habernos explicado las diferencias que había entre los distintos niveles de actuación de las fuerzas a su mando. Cuando se fue, no sé quién se quedó más tranquilo: él o nosotros.

Con el tiempo, yo también utilicé mi particular versión de este sistema dilatorio para solventar situaciones comprometidas. Recuerdo en una ocasión, cuando empezaron las fiestas de los sexi-bois en el día de Santa Águeda, que publicamos unas fotos tremendas, con las amas de casa comiéndose literalmente a los cachas que hacían stripteases en el Oasis. Llamó el marido de una de las señoras que salían en dichas fotos y amenazó con llevarnos a los tribunales. Entonces, empecé a pedirle los datos pertinentes: nombre, dirección, detalles. Todo en plan muy amable...

Pero ésa, como decía aquel , es otra historia.

José Luis Brualla
Radio Benabarre
974 543 518

Una lata agujereada y un palo: un micro a los ocho años

José Luis Brualla Arzac nació en Lérida un 21 de abril del 51. Aragonés de adopción, vivió con su familia en el Más de Chías, casona perteneciente a Gabasa. Allí vivió más de 25 años, estudiando en Purroy y en Binéfar y haciendo de corresponsal en varias emisoras. A los 25 años se trasladó a vivir a Purroy de la Solana y en la actualidad reside entre Barbastro y La Ribagorza.

La afición a los micrófonos le comenzó de muy jovencito, a los 8 años ya visitaba los estudios de Radio Lérida y Radio Huesca, porque su padre Ramón le compró un gran aparato de radio en el que, por las noches frías de invierno, a la luz de un carburo en la vieja cadiera, sintonizaban "La Pirinaica", Radio París o Radio Checoslovaquia, "el parte" de Radio Nacional de España o Radio Andorra con sus dedicatorias, interminables en el día del Carmen o San José.

Cuando llegaban forasteros al Mas de Chías, el joven Brualla cogía su lata de aceitunas con agujeros y un palo de escoba y jugaba a entrevistar a todos, hacía de Luis del Olmo o de Federico Gallo y le decía a todo el mundo "cuando sea mayor seré Locutor de Radio". El destino, siempre caprichoso, así lo ha querido.

Corresponsal y colaborador de Radio Huesca, Radio Popular de Lérida, Radio Juventud de Barbastro con el señor Cortijo y su Operación Pañuelo, Radio Tárrega o Radio Fraga. Luego en RNE de Zaragoza, Radio Zaragoza SER y en los últimos años en Radio Binéfar y Radio Monzón, para terminar en la actualidad dirigiendo y creando una emisora en Benabarre, primero como radio municipal, y en el año 98 en la nueva frecuencia privada Dial Ribagorza-Radio Benabarre.

Andar seis kilómetros para llevar la crónica al autobús

Recuerdo con cariño mis primeras crónicas por teléfono para Radio Huesca Onda Media. En benabarre había una centralita y, a mitad de crónica, la operadora decía "llama, todavía llaman", y te destrozaba la crónica. Menos mal que el recordado Luis Garcés tenía mucha paciencia...

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

En ocasiones grababa las crónicas en un casete muy gordo, luego tenía que llevar la cinta al coche de línea que iba de Arén a Huesca, que pasaba por Gabasa. Tenía que levantarme a las cinco de la mañana y andar más de seis kilómetros. En alguna ocasión el cobrador se olvidaba de dar las cintas y yo esperaba todo el día y no sonaba la crónica. Me ponía enfadadísimo. O sino, había tormenta en verano y tampoco podía escuchar la información en Benabarre.

Una virgen a 100 por hora!

Cuando colaboraba en Radio Binéfar, teníamos un programa Pili Borrue y yo por la noche del sábado. Recuerdo que vino alguien y al salir a despedirlo la puerta se cerró de golpe y nos quedamos fuera de la radio los dos. No podíamos entrar y sonaba Karina. Se enganchó el disco y sonó casi media hora hasta que decidimos con un destornillador romper la cerradura. Menudo marrón nos cayó al día siguiente...

Antes de estar Radio Benabarre, hubo en funcionamiento una emisora parroquial donde es de suponer que se daba todo lo relacionado con misas y religión.

Recuerdo que vino la imagen de la virgen de Fátima, los sacerdotes de la zona organizaron la de dios y, claro está, nosotros retransmitíamos las etapas marianas. En la etapa Arén-Benabarre, Bruguera nos narraba lo que sucedía y en mitad de la conexión dijo: "Brualla, en estos momentos la virgen de Fátima pasa por Tolva a más de 100 km. por hora a toda pastilla y mi coche no la puede alcanzar". Nos cogió una risa a los dos que tuvimos que cerrar la conexión. Los curas cuando se enteraron se mosquearon mucho.

Y otra vez, en esa misma emisora parroquial, cuando sabíamos que los curas decían misas por los pueblos cercanos, traíamos al estudio en directo a una doctora para que diera charlas de sexualidad. Un domingo, a mitad de programa, llegó el cura y sin mediar palabra censuró la emisión y puso música sacra.

Retransmitiendo la Universiada de Jaca junto a Ballesteros llegaban los reyes de España a la ceremonia inaugural y, con las prisas, comentamos lo siguiente: "señores oyentes, en estos momentos llegan al estadio olímpico sus majestades los Magos de Oriente". Nos cogió la risa y los oyentes también se divirtieron a nuestra costa.

En las notas y avisos se mete mucho la pata. Frases como: "Se ruega que todos los jabalíes se vayan a revisar al centro veterinario del Sobrarbe para prevenir la triquinosis", se referían a los cazadores con sus piezas muertas.

O: "Se comunica que ya pueden apuntarse para el viaje a Cervera a presenciar la Pasión Turca de Semana Santa y que en el cine de la localidad se puede ver la Pasión de Cervera".

Desde Radio Benabarre... ¡hasta el infinito y más allá!

En el viaje que realizó Emilio Eiroa a Madrid para ser recibido por Felipe González nos fuimos una delegación de periodistas aragoneses. Estábamos a las puertas del Palas cuando yo vi que subía a un minibus oficial nada menos que Raúl Alfonsín, presidente de Argentina, escoltado por varios señores. Sin pensarlo un segundo, casete en mano subí tras él y me senté a su lado para pedirle un saludo. Él accedió gustoso y los demás periodistas estaban atónitos al comprobar mi gesto, los policías se quedaron también parados, el autobús se marchaba ya y yo grité, ¡pare, pare, que me quedo aquí con los míos!

La Expo de Sevilla fue un buen lanzamiento periodístico para la entonces joven radio de Benabarre. Recuerdo con agrado que Emilio Eiroa nos invitó a viajar a Pilar y a mi en el coche oficial donde iba también el entonces ministro Virgilio Zapatero. Le expliqué un chiste Eiroa al ministro en el que se decía algo de los doce apóstoles y Jesús contaba trece, y es que allí nos habíamos colado los de Radio Benabarre. El ministro comenzó a reír...

Ya siendo emisora de Cadena Dial, fuimos una mañana a visitar el programa en directo de Ochoa y Cía. Para explicar la invitación que nos hizo el Rey de España a los de Radio Benabarre con motivo del 25 Aniversario. Cuando ya terminábamos la entrevista me preguntan que cómo estaba la nieve en el Pirineo y yo contesto:

-Polvo y dura.

Comenzaron a reír todos y me invitaron a que cada sábado realizase un programa de humor con el parte de nieve más atrevido de España. Así lo he hecho y ya llevamos dos temporadas desde Benabarre, todo un hito.

Quién me lo iba a decir a mi que, en plena retransmisión de la boda de la infanta en Sevilla, sonara el móvil y fuera Iñaki Gabilondo quien, en su programa Hoy por hoy, quisiera retransmitir junto con Radio Benabarre tres minutos de la ceremonia. Me quedé perplejo y emocionado.

O que Felipe González en el Senado se parara y me enviara en directo un saludo para los oyentes de la radio, o que José María Aznar en la reciente cumbre europea de Barcelona se parara para saludarme y felicitarme por ser tan valiente de estar solo allí. O Jordi Pujol, que dijo a los periodistas que le rodeaban, "este chicot possa els nassus a tot arreu, me alegro molt de que vingas a Barcelona". O que, para terminar, la Infanta Elena, en la recepción real antes citada, me dijese: "son muy buenos los quesos de Benabarre y el chocolate, son muy buenos".

Lola Ester
Subdirectora de El Periódico de Aragón
lester@aragon.elperiodico.com

Primera guardia, se cae un avión y hay un conflicto diplomático

La primera guardia que hice en el periódico El Día. A las diez de la noche me dejan ahí tirada con un avión que al parecer se ha estrellado. Llamé a la torre de control del aeropuerto: "no sabemos nada, llamen un poco más tarde". Cada diez minutos volvía a llamar. Desde las diez hasta las doce estuve llamando sistemáticamente cada diez minutos. A las doce me dice el controlador: "oiga, deje usted de llamar que si sabemos algo yo le aviso". Volví a llamar diez minutos más tarde. A las doce y media me llama el controlador y me confirma todo, que se ha estrellado un avión de la base americana en el somontano del Moncayo, pitidos de la caja negra, restos diseminados, modelo tal, que suelen llevar seis personas a bordo, no hay supervivientes... Hago la información de primera y última y sale publicado.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, escucho RNE y dicen que están al pie del Moncayo y que nadie da noticias de un avión desaparecido. A las nueve, conexión de RNE con Manolo García de Frutos desde el Moncayo, repite la misma información. Y el teléfono de mi casa sonando, y yo sin cogerlo porque me pienso que estoy despedida. Ni se me ocurre ir al periódico. Pienso que el controlador, por quitárseme de encima... A las diez de la mañana aún no dicen nada del avión. Sigo sin coger el teléfono, a punto de suicidarme... Diez minutos después cortan la conexión en RNE: "conectamos con el Moncayo, ya han aparecido los restos del avión que se estrelló...". Confirmaban lo que habíamos publicado.

Cogí el teléfono y era el presidente del consejo de administración del periódico, José Luis Batalla que me dice: "ven inmediatamente, ¿de dónde hemos sacado la información?" No se lo dije, claro. Se armó un conflicto tremendo entre la embajada americana y el ministerio del Ejército español, porque los restos los vio un avión español y los americanos, hasta que no lo encontraron ellos, como son muy celosos con sus cosas, no lo daban ni por desaparecido, ni por "espiazau". Había un conflicto diplomático y militar. No dije ni media palabra de la fuente. Luego llamé al controlador y le dije, "muchas gracias, me has hecho triunfar, pero he estado a punto de suicidarme".

Vermú en el Aragón Expres

24 de diciembre del 72. Aragón Expres salía por la tarde. El director invita a la redac-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

ción a una mariscada estupenda. Cómo sería que vinieron dos camareros del Corona de Aragón a abrir las ostras. Fuembuena era un señor muy generoso y en Navidad daba un vermú estupendo. Habíamos hecho el periódico, nos tomamos el vermú y nos fuimos. Llego a mi casa, la tarde de Nochebuena y veo el terremoto de Nicaragua, montones de muertos. Una información que no dimos porque habíamos estado tomando vermú. En estos tiempos esto no pasaría, entonces era todo mucho más relajado.

Carrascal, Carrascal... ¡¡¡Como en el 36!!!

23-F-1981

Yo hacía las páginas de nacional en Aragón Expres y estaba con la radio siguiendo el recuento de la votación en el Congreso cuando entró Tejero y se montó el golpe. Ese día se inauguraba el Alcampo de Utebo. Los ejecutivos de Alcampo vinieron a Aragón Expres a ver qué pasaba. Fuembuena, que era muy buen anfitrión, los hizo pasar al despacho y les tranquilizó. Les dijo que no pasaba nada, que no podía ser muy grave: "yo he vivido un golpe de estado y les aseguro que esto no es un golpe de estado". El vivió el del 36 y les explicaba que un golpe tiene que tomar la radio, la tv., las comunicaciones... y que si lo estaban retransmitiendo por la tele eso no era un golpe sino una chapuza.

Estaban en el despacho del director tomando unos cafés, yo iba con la radio pegada a la oreja, en ese momento sonaba "Carrascal, Carrascal, que bonita serenata" y Fombuena me llamó para preguntarme qué emisora era. Cuando vio que era Radio Nacional, dijo:

-¡No puede ser, "Carrascal", como en el 36!

Y les dijo a los de Alcampo: "señores, es un golpe de estado, mejor harían ustedes en irse a sus casas".

Se levantaron y se largaron.

Y acto seguido entró la policía a saco en el periódico. Nos dijeron que habían recibido una amenaza de bomba en Aragón Expres. Entraron montones de policías, registraron el periódico, pero mientras unos registraban -y esto tengo que denunciarlo públicamente-, mientras unos revisaban hasta los cajones de las mesas -que sacaron hasta mi caja de Tampax y miraron hasta mi caja de Tampax-, pusieron dos "tocineras" en la puerta, las partes traseras pegadas a las puertas de acceso, una en la puerta de redacción y otra en la de la rotativa. Dos "tocineras" pegadas de manera que no podíamos salir ni entrar.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

La policía dentro, haciendo como que estaba buscando una bomba, que era mentira, y las "tocineras" pegadas a la puerta.

Al lado del periódico había un bar que se llamaba El Chacaíto, un bar de salsa, y allí le dejé mis llaves del 600 a un amigo del PC que me dijo: "necesitamos coches para sacar papeles". Y le dejé las llaves al camarero pelirrojo para que se las diera a mi amigo. Nos dejaba la policía pasar al Chacaíto a buscar copas y cervezas, fue una noche de borrachera, porque sólo nos dejaban ir allí.

Redactor jefe por un día

Nombran a Pablo Larrañeta redactor jefe de Aragón Expres y el director organiza una comida en el restaurante Benidorm, en la Avenida Goya, para celebrar el ascenso. En los postres, un discurso del director para presentar al nuevo redactor jefe, que toma la palabra y, de manera muy sibilina, dice que los amigos del director deberían mandar un poco menos, o algo así. Y en ese momento lo cesan fulminantemente como redactor jefe.

El acosador

Lola Ester, embarazada de seis meses, como una ballena. Yo llevaba un mono de pintor. Las chicas se ponían trajes para disimular las tripas, y las más progres nos poníamos trajes para que se nos marcaran mucho las tripas. Estábamos embarazadas en esa época Concha Monserrat, Margarita Barbáchano, Julia López Madrazo y yo: las cuatro coincidimos en una CAI, gordas como tocinas.

Vino el director o el presidente de la Agencia EFE a ver al director del Aragón Expres. En esa época es cuando en las redacciones empiezan a entrar las mujeres, porque antes no había, o había muy pocas. Entonces este señor le pregunta al director si había chicas y Fombuena, que era de una corrección exquisita, dijo muy orgulloso que tenía a dos mujeres trabajando en el periódico, y nos hizo pasar a Concha Monserrat y a mi a saludar al presidente de la Agencia EFE. Estaban tomando unos cafés y nos dijeron que nos sentáramos. Nos sentamos en los brazos de los sillones orejeros del despacho. Y noté una cosa rara por la espalda, por la rabadilla... Como llevaba los pelos llenos de horquillas y pasadores, pues pensé que se me había caído una horquilla. Pero al momento volví a notar otra vez un roce, metí la mano y me encontré con la mano de este individuo. ¡En mi culo! Me levanté como una fuina y dije adiós, adiós, que me voy, y me fui.

Concha Monserrat me siguió y cuando estábamos fuera del despacho, sofocada,

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

encendida, le dije: "no te imaginarás nunca lo que me acaba de pasar". Me dice Concha: "Cómo que no, si lo he visto, que te ha metido mano el tipo este en el culo".

Insisto, embarazada de seis meses.

Mira que he trabajado con hombres, y en sitios que casi no había mujeres. Nunca nadie se ha sobrepasado lo más mínimo, nunca.

Exclusiva con cazalla

Había olvidado la mejor anécdota de mi vida periodística. Pilares de los ochenta, no recuerdo bien la fecha. Camarón actúa en el pabellón francés de la vieja Feria de Muestras, actual auditorio. Está en Zaragoza pero no se registra en ningún hotel, aunque creo que está en el Corona. Antes de subirme a El Día, por la tarde, me voy a la cafetería del Corona —Picadyllis?— y me encuentro al Tomatito tomando una copa de cazalla. Le saludo y le pregunto si me puedo sentar con él en la mesa, me dice que sí y pido dos cazallas, así, como hacen los ligones de barra. Le pregunto por el maestro y me dice que está descansando en la habitación, que en tres cuartos de hora ya se puede entrar. Tomamos otra copa y me dice que sí, que seguro que puedo acompañarle a la habitación a ver si el maestro se ha despertado con buen talante y quiere hablar conmigo. Efectivamente, vamos a la habitación y Camarón está tirado en la cama con unos calzoncillos tipo Ocean. Tomatito me presenta, pero no sé si dice que soy periodista, y Camarón me dice que me siente en la cama, donde sigue espatarrado en calzoncillos. Sentados en dos sillones había dos tipos, uno joven y otro más mayor al que Camarón llama tío. Me siento en la cama y empiezo a hacerle preguntas y a escribir como una posesa. Está de buen talante y le hago una buena entrevista. Cuando termino y me despido me pide Camarón que les acompañe al pabellón, que así podré montarme en una furgoneta que se acaba de comprar. ¿Qué marca es? Le pregunto, No lo sé, me dice, pero brilla mucho. La furgoneta era el primer Range Rover que vi en mi vida y, efectivamente, era de un azul turquesa que brillaba un huevo. Le digo que me tengo que ir al periódico a escribir la entrevista y que he de hacerlo rápido para llegar a su concierto. ¡Ah, periodista!, dice, pensaba que eras un rollo del Tomatito.

Cuando llego a El Día mando al fotógrafo —creo que era Daniel Pérez— a hacer la foto a la habitación del Corona. No me acordaba del número pero le digo llégate a la quinta planta que seguro que oyes palmas. Efectivamente, las palmas le llevaron a la habitación. Hizo las fotos y nos quedó una página bordada. Para entonces Camarón ya no concedía entrevistas y la mía fue un puntazo.

Por cierto, no me gusta la cazalla, de jovencilla me emborraché con anís y no lo soporto ni en un caramelo. Creo que la marca era "Padre Benito".

Javier Ortega

Corresponsal de El Mundo en Aragón

Ha escrito "Los años de la ilusión. Protagonistas de la transición. Zaragoza 1973-1983". Editorial Mira.

Anécdotas oídas, vistas y sufridas

Años ochenta. El gordo de la Lotería del Niño cayó en Andorra (Teruel). Hubo reporteros de Madrid y Barcelona que "se pasaron" de listos y aparecieron en Andorra la Bella. Todavía Teruel no existía.

Aragón Expres.- El fotógrafo Fernando García Luna llega contento a la redacción porque ha conseguido una espléndida instantánea en un concurso de saltos de caballo y le dice al director: "Mire don Eduardo (Fuembuena) qué foto tan buena". Se le queda mirando y le pregunta: "Vamos a ver, Luna, ¿los caballos compran periódicos?". Se publicó una foto de espectadores que podían estar en un partido de fútbol o de tenis.

Sorpresa en la redacción de Aragón Expres (Javier Ortega, Antonio Domínguez, Lola Ester, Margarita Barbachano, Juan Carlos García Frutos) al encontrar en el hueco de un libro un saquito con parte de las cenizas de Ramón J. Sender, que llegaban desde San Diego con destino a su amigo Eduardo Fuembuena.

Miguel París, padre, TVE. Sale pitando hacia el Moncayo porque ha habido un incendio. Al llegar al lugar se da cuenta de que, con las prisas, se ha olvidado el rollo de película. Vuelta otra vez a Zaragoza.

Oído en TVE: "Se celebró ayer un incendio".

El director de Hoja del Lunes, Simón González y Gómez, cuando encargaba redactar una necrológica decía: "Anda, se caritativo y échale una lagrimita a este personaje".

Pregunta ingenua: ¿Quién escribió una carta al director de El Noticiero elogiando el artículo del magnífico colaborador, cuando en realidad no había sido publicado?

La revista Esfuerzo común llegó a llamarse "Secuestro Común" por la cantidad de multas y secuestros que sufrió en tiempos del Régimen. Últimamente se llamaba "El menos Común de los Esfuerzos", pues la hacíamos casi toda entre un servidor y el director Vicente Calvo, conocido como "El turolense errante".

Las hemerotecas están llenas de equivocaciones de nombres de pueblos y su ubicación. La más frecuente es la que sitúa a pueblos de Huesca en Lérida. A mi en El País me inventaron una comarca: en lugar de Daroca pusieron la comarca del Río Oca.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El fotógrafo novato llega tarde a la rueda de prensa de un Banco. Sin preguntar comienza a disparar fotos. Hubo que decirle que estaba retratando a Manuel García Frutos, redactor de Radio Nacional. Le vio tan encorbatado que le confundió con un alto directivo.

Oído en una emisora de radio al finalizar una crónica: Fulanito de tal, "enviado especial al Hotel Corona de Aragón".

Se ha escrito mucho sobre quién dijo la famosa frase "Esto parece Beirut" en referencia a la pasada situación del PSOE en Aragón. La dijo en realidad Txiqui Benegas, pero se la adjudiqué un día en El País a Alfonso Guerra, y con ella se quedó. Era más propia del gracejo andaluz.

Elías Yanes, arzobispo de Zaragoza, dice que no tiene noticias de Dios. Risas de los contertulianos. Confundió al monseñor con el director de cine Díaz Yanes, que estrenaba la película "Sin noticias de Dios".

Enrique Serbeto
Corresponsal de ABC en México
serbeto@prodigy.net.mx

La primera oportunidad

Yo era estudiante de primero de periodismo en la Autónoma de Barcelona en 1978 cuando el profesor de Historia Contemporánea me asignó un trabajo para el que necesitaba acceder al archivo del Diario de Barcelona. Allí escuché al portero que por teléfono pedía permiso: "Señor Coll, hay aquí un estudiante de Periodismo que quiere pasar al Archivo para hacer un trabajo", y así cada día que iba. Acabado el trabajo fui al Diario y le dije directamente al portero que quería hablar con el señor Coll, aun sin saber que era el subdirector del diario. Antonio me recibió y yo le dije que quería trabajar. Me preguntó: ¿en que curso estás?

-En primero

-¿Conoces Barcelona?

-Pues no, acabo de llegar de Huesca

-¿Has trabajado en algún otro diario?

-No, nunca.

Y así todo respuestas adecuadas para que me rechazase sin muchas explicaciones. Pero Antonio Coll lo vio de otro modo. Según me confesó después, le parecí tan audaz por haberme presentado en esas condiciones a pedir trabajo que creyó en mi y me dio una oportunidad de empezar a escribir reportajes y pequeñas colaboraciones. Y estoy seguro que aquella decisión de Antonio fue la puerta a este mundo del periodismo en el que aun estoy, 24 años después, ahora como corresponsal de ABC en México.

José Pardina
Director de Muy Interesante
jpardina@gyj.es

Espontáneos lunáticos

En los primeros años de Muy Interesante, aparecían por la redacción (un sotanillo sin portero ni medida alguna de seguridad) todo tipo de personajes extravagantes proponiendo las cosas más insólitas: un buen día se presentó un joven arrastrando una gran caja de madera para que le “hiciéramos un reportaje”.

En su interior había un par de espectaculares y adormiladas serpientes pitón que algunos nos pusimos al cuello “para hacernos la foto”. Los espontáneos lunáticos que venían a traernos planos de naves extraterrestres, motores de agua, tremebundas conspiraciones galácticas o refutaciones argumentadas en miles de folios a la teoría de la relatividad, no cabrían en este anecdotario.

Convención con cerveza

Durante una convención de revistas del grupo G+J en Alemania, el autobús que nos trasladaba al punto de reunión sufrió una avería, al anochecer, en los solitarios muelles de carga del puerto de Hamburgo. Al descender, los trajeados y sorprendidos periodistas nos vimos rodeados por un grupo salvaje de patibularios “Hell’s Angels” que cabrioleaban con sus motos entre nosotros. Poco a poco, nos fueron empujando hacia un callejón sin salida donde una docena de señoritas de la vida empezaron a acosarnos con descaro... De pronto, se abrieron las puertas de un siniestro almacén. De su interior surgió nuestro Presidente Director General, disfrazado de tabernero y sosteniendo, sonriente, una bandeja con cervezas. Todo había sido un montaje/performance.

El primer día

El día que más horas trabajé en toda mi carrera de periodista fue, con diferencia, el primer día que me incorporé a una redacción. Era el semanario Opinión, en Barcelona, 1978. El director, José Manuel Gironés, me encargó a las 11 de la mañana la historia de un jesuita que había escrito un libro en el que se declaraba homosexual. Para ya, me dijo. A lo largo del día, localicé telefónicamente y entrevisté personalmente al cura y a dos de sus compañeros; contacté y entrevisté a varios responsables eclesiásticos en el Palacio Arzobispal, incluido el Arzobispo de Barcelona; entrevisté cara a cara a un psicólogo de la Universidad Central y a un psiquiatra del Clínico; hablé en sus oficinas con el responsable de los colectivos gays de Barcelona. Entre

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

cita y cita, a golpe de taxi, me leí el libro "escándalo" del jesuita (recuerdo que era de Planeta). Cuando pasadas las 12 de la noche regresé con mis notas a la redacción, el portero de noche no me había visto jamás ni sabía de mi existencia. Logré convencerle de que me permitiese bajar a la recepción una Olivetti en la que, bajo su atenta mirada, escribí la historia. A las 4 de la madrugada, tras 16 horas sin parar, puse el punto final a decenas de folios. Fue el tema de portada. Y yo pensé seriamente en cambiar de oficio.

Enrique Guillén

*Jefe de la Oficina del Portavoz del Gobierno de Aragón
Su último libro: "Aragón, comunidad imaginada" Mira Editores, 2001.
eguillen@aragob.es*

De juzgados

Creo que era el verano del 80. Luis Granell me encargó un informe sobre corruptelas de altos cargos municipales de Zaragoza con el sistema de atención sanitaria: en lugar de ir a la Casa de Amparo, se operaban en clínicas privadas y luego pasaban la factura al Ayuntamiento. Comprobé con varios expedientes que eso estaba efectivamente pasando. Publiqué algunos casos sin citar los nombres y uno de ellos correspondía a una alta funcionaria mayor que se querelló aduciendo que se afectaba contra su honor porque se decía en el informe que había sufrido "una operación ginecológica".

El juez Soteras, conocido por sus aficiones ultraderechistas (un hermano suyo creo que fue Capitan General de la región militar castellana o algo así), me tuvo dos años enteros teniendo que pasar cada quince días por el juzgado. Me defendió Miguel Ángel Aragüés y, al final, se archivó el caso sin ir a juicio. Este episodio refleja cómo trataba una parte del poder zaragozano a Andalán. Había auténtica inquina.

Caciques de bata blanca

Me parece que hablamos de febrero de 1980. En Teruel no paraba de hablarse de las malas prácticas de los médicos del Obispo Polanco y, en general, de los rastros que estaban dejando en muchas personas. Granell propuso hacer varios informes sobre las incompatibilidades médicas en las tres capitales (estaba el asunto de máxima actualidad). De Teruel nos encargamos Plácido y yo. Cuando escribimos el informe, Luis decidió titularlo con el espectacular Caciques de bata blanca.

Suponíamos que en Teruel haría daño, porque daba muchos datos hasta entonces no publicados. Nuestra sorpresa fue que en Teruel ciudad la edición de Andalán se agotó en horas (compradas por algún médico); se enviaron más ejemplares, pero se repitió la operación. El ingenio popular contrarrestó esa estrategia: grupos de gente decidieron fotocopiar el informe y repartirlo durante un fin de semana por la zona de vinos de Teruel (entonces el Boston y otros...). Ese sistema de distribución fue realmente eficaz: la aureola de transgresor o atrevido, como quieras, ayudó a que la gente lo comentara mucho más.

Jánovas

En el invierno de 1980, creo que enero o algo así, me tocó hacer varios informes sobre los embalses del Pirineo, con especial atención a los negativos efectos sociales y a los beneficios oligopolísticos que generaban (hidroeléctricas y regantes de pata negra). Cuando llegó el turno de hablar de Jánovas, me acompañó José María Campo (nacido en Mediano, ahora dirige el Instituto Aragonés de Estadística, ya sabes). Subimos varios días al Sobrarbe para ir conociendo en directo algunos datos.

Su relato sobre cómo Jánovas había sido dinamitado por técnicos de Iberduero, mientras todavía vivía gente en el pueblo y había niños en la escuela, me tenía conmocionado. Una mañana fuimos a visitar a Garcés y a su mujer. No tuvimos suerte porque estaba trabajando en Tierrantona, pero recorrimos las calles de Jánovas y vimos edificios donde todavía quedaban huellas de las bombas. Recuerdo de aquella mañana gris de enero el almuerzo que nos preparó la mujer de Garcés (el consabido huevos con jamón y pan de hogaza), pero también el estado de la casa en la que vivían y cómo se habían organizado para poder tener algo de luz y agua u otros servicios. El Valle del Ara me pareció grandioso en su silencio, pero me impresionó más la historia de los expulsados de Jánovas.

El ritmo de trabajo de El Día

Debía ser la primavera de 1983. El Zaragoza jugaba la semifinal de la Copa de la Liga con el Real Madrid. En La Romareda había ganado 5-3. Yo hacía entonces los partidos del Zaragoza y estaba en la sección de Cultura. Ese día recuerdo que acabé mis clases en el Instituto a las 11,30. Mi jornada periodística comenzó entrevistando a María de Ávila. Luego llegué a la redacción, escribí esa entrevista y dejé cerradas las cuatro páginas de Cultura para el día siguiente (César Jiménez había diseñado las maquetas el día anterior). Con esa sección cerrada, salí para Madrid con un amigo a las cuatro de la tarde.

El partido comenzaba a las ocho. Llegamos al Bernabeu un cuarto de hora antes de empezar. Hubo prórroga y hasta penaltis (creo que Conde falló el decisivo; el Zaragoza de Valdano y Amarilla, Barbas o Señor ganaba 2-1 en el minuto 60). Acabó el partido casi a las 12, dí la crónica desde una pizzería próxima al campo (de pie y de palabra, hablando como si escribiera) y luego nos comimos un bocata. Salimos de Madrid a las 2 de la mañana. Llegamos a Zaragoza a las 5,30 horas, fuimos a la rotativa y cogimos el periódico recién salido. Una jornada completa que demuestra algunas cosas de El día. ¿O no?.

El riesgo de las fuentes informativas

Uno ya tenía asumido que las fuentes suponían un auténtico riesgo para la fiabilidad de lo que publicabas. De hecho, sabíamos que en las informaciones políticas de la izquierda se nos utilizaba muchas veces para batallas complementarias a las orgánicas (del partido o del sindicato). Con el PSOE era una pasada. No podíamos asistir a las asambleas, por tanto debíamos reconstruirlas mediante fuentes y cada uno contaba lo que le interesaba. Al final, publicábamos historias para no dormir. Éramos el espacio en el que muchos se jugaban sus ambiciones y, a veces, sus enemistades.

Recuerdo que Jesús Fraile andaba siguiendo el lío organizado en el Actur por los gitanos (estaba Cuartero de Consejero de Presidencia y aquello acabó con la DGA construyendo pisos en una parte determinada del barrio) y un día publicamos que había tenido lugar una asamblea en la que se habían tomado una serie de acuerdos sobre ese asunto: al día siguiente comprobamos que no había existido tal asamblea, ni las peticiones; un listillo le había colocado la exclusiva.

Sobre los calores de El día.

Los comienzos de El día tuvieron mucho de espíritu evangélico. La nave industrial en la que nos habían ubicado no tenía refrigeración o no funcionaba (creo que no tenía), por lo que aquellos meses de verano sudábamos allí más que en la playa. Era divertido ver cómo venían a trabajar Jesús Bueno o Luis Granell. Y más aún, sentir hasta qué punto corría el sudor por nuestro cuerpo cada tarde. Aquella redacción era algo más que una sauna. Eran los meses del mundial de España y el cuarto de la televisión (pequeño, interior y por tanto más protegido del calor) tenía más atractivos que los del fútbol (y ya eran bastantes).

Entrevista con Victor García de la Concha en el Hotel Palafox.

García de la Concha (profesor de Literatura en mi último año de Románicas) venía a Zaragoza a hablar sobre el teatro medieval. Me encargaron entrevistarle y quedé con él a una hora prudente (creo que una hora antes del comienzo de la conferencia); me fui para el Hotel Palafox y me tuvo esperando la horita completa.

Bajó cinco minutos antes de comenzar la conferencia y tuvimos que hacer la entrevista de pie y en el hall del Hotel. Hablar sobre los tropos medievales (piezas religiosas que se consideran el origen del teatro castellano) a la velocidad que habla García

de la Concha y sin poder escribir nada, no es la mejor forma de asegurar una buena entrevista (al menos con la precisión que se espera de un asunto más bien técnico).

Y con Ricardo Gullón en el Hotel Goya. Hablando de José Antonio Primo de Rivera.

En cambio, aprovechando que venía también para una conferencia, con Ricardo Gullón pude estar tres horas tranquilamente sentado en el hall del Hotel Goya. Hablamos de la Generación del 98, de sus años de profesor en Estados Unidos y, también, de sus recuerdos sobre el juicio a José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante. Resulta que Gullón había estado en el tribunal que lo juzgó y ese dato constituía el principal encargo que me había hecho Granell. Luego prefirió no entrar mucho en el tema. No me contó grandes detalles o, en todo caso, no los recuerdo. Sí que me dejó huella saber que tenía un tumor cerebral y que él era consciente de que le quedaban pocos meses de vida.

La filtración de Toño de las Casas en el caso Seral

En la legislatura 83-87 Seral era un diputado del PAR por Huesca, cuyas actividades relacionadas con Centros de Tercera Edad mereció una Comisión de Investigación. Era la primera vez que se vivía esa situación en las Cortes de Aragón y Antonio Embid, entonces Presidente, quería que la Institución no se viera afectada negativamente en ese proceso. Cuando llegó el momento de dar a conocer las conclusiones ante el pleno de la Cámara, esa misma mañana las publiqué El día porque una gargante profunda me las había facilitado la tarde anterior. No le gustó nada, pero...Izquierda Unida tenía entonces un parlamentario especialmente hábil en colocar información en los medios. Al menos, con nosotros.

Sobre el aceite de colza en Tarazona

Apenas llevábamos unos días en la calle y Pepe Royo (entonces Jefe de la Sección Aragón de El día) me encargó que fuera a Tarazona porque Antonio Piazuelo había asegurado que allí había depositadas cientos de litros de aceite de colza y que los iban a mover esa tarde. Allí fui con Rogelio Allepuz. Se nos sumó a la investigación José Luis Andrés (entonces corresponsal del periódico en Tarazona).

Allí anduvimos buscando fincas donde estaba supuestamente el aceite y esperando a que viniera a llevárselo. Volvimos fracasados. Sin noticia ni fotografía.

La familia de Buñuel

Creo que era el 30 de julio de 1985, bueno el día de la muerte de Buñuel. Larrañeta decidió hacer unas páginas especiales y me las encargó. Además de la consabida participación de Agustín Sánchez Vidal y de otros expertos, a mí me tocó hacer un reportaje de dos páginas con la familia de Buñuel en Zaragoza, vamos con su hermana Conchita y sus dos hijos (uno de ellos, médico en el Miguel Servet; el otro, siquiatra y director de una cárcel en Estados Unidos). A su casa fuimos Rogelio Allepuz y yo un sábado a las 4 de una calurosísima tarde de verano. Vivían en la confluencia de Gran Vía con Goya (junto a una farmacia). Subimos y nos esperaban los tres alrededor de una mesa y una botella de licor (orujo bien seco). No había ningún otro tipo de bebida o comida. Empezamos a hablar de su hermano y tío. Nos dejaron claro que a él le hubiera gustado que nadie le llorara y que sobre todo se disfrutara. Durante las dos horas de conversación, nos bebimos la botella de licor entre los cinco, mientras nos iban contando anécdotas heterodoxas del tío.

Plácido Díez

Jefe de Informativos de Radio Zaragoza

PDiez@unionradio.es

El cheque de Eléctricas

Es una anécdota reveladora de un modo de entender la profesión en Zaragoza en un contexto y en unos años determinados. Hace veinte años. Eléctricas Reunidas de Zaragoza, entonces era mucha Eléctricas, todavía no se había convertido en una delegación de Endesa, todavía no había empezado la producción de General Motors en Figueruelas y la compañía eléctrica aragonesa, participada por la Campzar, era una de las grandes compañías aragonesas codiciada por las grandes compañías eléctricas. Existía la costumbre, que tiene fuerza de ley en los países anglosajones pero no en los latinos, de entregar un sobre con dinero a los periodistas coincidiendo con la junta general de accionistas, con la entrega de la memoria, del balance y de la cuenta de resultados. Creo recordar que eran diez mil pesetas de las de entonces. Pasabas por la oficina del responsable de comunicación, en la sede central de la calle San Miguel. Te daba la memoria y el sobre. Cogí todo hasta que me picó la curiosidad y abrí el sobre encontrándome el dinero. Turbación. Incomodidad. Ser o no ser. Y el impulso en medio de la comida habitual el día de la junta general. Me acerqué al responsable de ERZ que me había entregado el sobre y le dije, educadamente, sin ruido, que no podía aceptar ese dinero, que era incompatible con mi código ético. Me dijo con corrección que no era el momento de debatir el asunto en plena comida. Tampoco era cuestión de montar el numerito. Lo mío siempre o casi siempre ha sido la discreción. Regresé a la redacción, me reuní con el director, Fernando García Romanillos, le conté lo que había pasado y le entregué el dinero que lo devolvió a ERZ. Fue un hecho que, a pesar de mi discreción, no pasó desapercibido y creo que esa costumbre, tal y como la he descrito, desapareció a partir del siguiente ejercicio. Entonces yo era un modesto colaborador de la sección de Economía de El Día de Aragón.

La sucesión de Ramón Sáinz de Varanda (1986)

Fallece el alcalde de Zaragoza, Ramón Sáinz de Varanda, en enero de 1986. Muere el primer alcalde democrático, que tenía una gran energía y personalidad política, en medio de las batallas internas del PSOE. Por entonces el PSOE aragonés era Beirut. El secretario general socialista era Santiago Marraco, presidente del Gobierno de Aragón, pero era un secretario general débil, asediado por las familias socialistas que rechazaban el dominio de los antiguos pseas, los denominados damascos y los roldanes entre otros, y por los poderes económicos invisibles o no tan invisibles entonces.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

En esas circunstancias, la ejecutiva regional socialista -entonces la sede del PSOE de Aragón estaba en el Coso bajo, lindando con las Tenerías, se reúne y en una apretada votación decide que el candidato socialista a la Alcaldía sea Mariano Berges, exalcalde de Ejea, profesor de instituto y responsable de Urbanismo en el equipo de gobierno del fallecido Ramón Sáinz de Varanda. Mariano Berges era un gestor muy escrupuloso en los poliédricos asuntos del urbanismo zaragozano y no les caía bien a algunos poderes económicos que, en privado, le llamaban el "jomeini del urbanismo", entonces la bestia negra de Occidente era el líder fundamentalista iraní. Esa información, la de la ejecutiva regional socialista, la seguimos con pasión desde la redacción de El Día de Aragón.

Yo fui uno de los responsables de esa información. Conté lo que había sucedido y en el consejo de redacción se realiza un silogismo tan coherente como suicida en hablando de Aragón, del Beirut socialista. Se concluye que si la ejecutiva socialista aragonesa ha decidido que Berges sea alcalde de la capital aragonesa, Mariano Berges será alcalde de Zaragoza. Y así se titula, creo recordar que a cinco columnas abriendo la portada del diario. En los subtítulos se explica que es una decisión de la ejecutiva socialista que tiene que ratificar la ejecutiva federal. Pero el titular a un cuerpo grande fue "Mariano Berges será alcalde de Zaragoza". Ingenuidad.

Se movilizaron las familias socialista anti-Berges, se hicieron intencionadas encuestas en algún programa de radio de máxima audiencia sobre el grado de conocimiento del concejal de Urbanismo, algunos empresarios y directivos de la Cámara de Comercio e Industria de Zaragoza, con su presidente, José Luis Martínez Candial a la cabeza, hicieron saber a la ejecutiva federal las plagas y males que asolarían, que paralizarían, la quinta ciudad de España si el "jomenista Berges" llegaba a la Alcaldía. Y, en cuestión de días, la ejecutiva federal se pronunció por el pragmático, populista, recién llegado al PSOE desde las bases de la UCD, Antonio González Triviño. Para entonces, el director de El Día de Aragón, Pablo Larrañeta, había entrevistado a Berges pensando en abrir la edición del domingo, en la gran entrevista dominical.

Cuando trascendió la decisión de la ejecutiva federal, los fotolitos de la entrevista ya estaban terminados, había quedado fantástica, se realizó en la casa unifamiliar de Berges en Torrero, las fotografías de Rogelio Allepuz tenían fuerza... Pero resultó elegido Triviño, el que después saldría de Zaragoza por la puerta falsa, y aquellos fotolitos se quedaron en algún cajón como prueba indeleble de que la ingenuidad, la sencillez, la coherencia, no funcionan por estos pasos tan retorcidos.

Manuel Garrido

Director de Información de Torreciudad

manuel-garrido@terra.es

¡Qué bien se conduce confesao!

¿Cómo es posible que haya gente capaz de vivir aquí? Esta pregunta injusta y apresurada, me la hice yo la primera vez que pasé por Barbastro y Monzón, a mediados de los 70. Se la hacía un asturiano acostumbrado a paisajes muy distintos. Al poco tiempo, aquí me vine (1982) y aquí sigo, con lazos irrompibles con un Aragón de gentes estupendas.

El trabajo de informar sobre Torreciudad incluye la colaboración estrecha con la comarca, con su promoción, junto a acciones que se impulsan para difundir Aragón en todo el mundo y traer nuevos visitantes. Ángel Pérez y Rafael Fernández Ordóñez (en 1983 en la DGA-Turismo) fueron claves para ese trabajo en las primeras FITUR.

Ahora que se habla de intangibles, los resultados principales aquí son de ese tipo, ya que se producen en el interior de las personas. Lo que escribo ahora es fruto del impacto que causa este lugar de paz en las gentes, que se acercan en estos primeros años del nuevo santuario. Buena y divertida gente, que encuentra aquí la paz de Dios. La sonrisa que puede venir si se lee lo que sigue deja paso a lo importante. Al comentario de Paco, chófer sevillano, de regreso: ¡Qué bien se conduce confesao!

Y otras anécdotas de un periodista en Torreciudad

En lenguaje divulgativo, suelo decir que la confesión es el plato de la casa, la especialidad de la casa. Los confesonarios dan pie a los milagros interiores que pedía a la Virgen el beato Josemaría. Tienen tres señales luminosas: libre, ocupado, espere. Algunos se creen que son ascensores... lo son, pero para otras ascensiones... La catequesis que se procura impartir es cada vez más necesaria. Y es que puedes oír: ¿Qué he de hacer para que mi niño haga la primera comunión por lo civil?

En la presa de El Grado suele haber ejercicios y prácticas de submarinistas, con sus zodiacs, barcazas, a veces un helicóptero. Aclaro que cuando digo sus zodiacs y cía. quiero decir que son suyas. Surcan las aguas del embalse, hacen sus maniobras... queda bien, son media docena de veces al año. En una de estas, un visitante ya mayor me buscó muy satisfecho: desde luego, están ustedes en todo. Yo no sabía a qué se refería. Seguía: me ha gustado todo mucho. Da gusto. Pero hoy no te puedes fiar de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

nadie. Hacen ustedes muy bien en tener su propio ejército...felicidades!!! Le expliqué, se fue más tranquilo que convencido.

En esa línea, el Ministerio de Fomento se quedaría muy corto en comparación a la ejecución de obras e infraestructuras del Patronato de Torreciudad. Hace muy poco una familia de La Fueva me pedía ver un momento el túnel abierto (¿) bajo el pantano hasta Francia... la preocupación por la seguridad lleva a algunos a interesarse por un presunto refugio nuclear y por el submarino. En mi caso, sonrío, porque siempre he pensado que tener un submarino es más fácil que levantar este santuario, y esas personas han visto estos parajes hace cincuenta años, cuando resultaba increíble imaginar lo que hoy se ve. ¿Si has hecho esto, por qué no vas a tener un submarino? Desde luego, y una flota.

Eso en las profundidades. En superficie, otros se interesan por un antiguo proyecto –nunca existió– de enlazar con un viaducto las dos márgenes del pantano, evidentemente en frente del santuario. Hace años, la antigua denominación del actual Ministerio de Fomento era MOPT, que añadiendo Urbanismo se acaba fácilmente en mopus y en opus... A más de uno le tranquilicé con la nula responsabilidad del Opus Dei en el tema carreteras.

Con los años estas cosas se van reduciendo y ajustando a la realidad sencilla y hermosa de un centro de peregrinación, de un lugar de paz. Es la buena intención unida a la falta de información, a la ingenuidad, a la credulidad, a la primera impresión.

Recuerdo un colega de radio que enviaba muy contento una crónica a su emisora, en Murcia: desde este magnífico santuario, donde hemos llegado hace unos momentos, y que cuenta con un impresionante retablo de barbastro policromado...

Guardo la carta de Miguel París, para agradecer una visita que hizo con José Luis Mayoral (TVE-Aragón) en noviembre de 1983. Miguel me decía al final: "ponerme a tu disposición en todo cuanto pueda serte útil y con esta nueva relación ambos podamos resultar más eficaces a los intereses de Dios y Aragón".

Un político italiano visitaba en privado el santuario, y no quería molestarle con una entrevista. Le hice llegar mi deseo de grabarle un par de minutos, si podía, sin molestar, cuando pueda, si lo ve oportuno... de inmediato, me cogió del brazo muy amable y cordial, y me dijo: cuando quiera, ahora, dos minutos o quince... Al final fue más rato.

Conducta bien distinta tuvo otro político español, muy en el candelerero, que rechazó cordial y claramente la posibilidad de hacerse una foto.

Por su parte, José Bono quiso vivir el día de Año Nuevo de 2002 en el santuario, y se mostró complacido a la hora de las declaraciones y fotos. Participó en la adoración del

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Niño, y se interesó por cálices y patenas con un interés que me resultó muy llamativo.

Un sorprendido Javier Clemente, de paso para ver un partido en Barbastro, preguntó: pero, ¿cómo habéis hecho esto tan lejos de Bilbao? El 2 de octubre de 2001 José Antonio Camacho firmaba su petición a la Virgen al término de su visita: con toda humildad prometo volver para ofrecer la camiseta de la selección, esperando que la Virgen nos anime en nuestro camino hacia el Mundial Japón 2002.

Junto al conjunto, que gusta mucho, creo que el arquitecto no imaginó que el primer y mayor impacto del recinto sería los aseos, que en general son la primera etapa en la visita. Estos aseos no es que sean especiales, simplemente se procura que estén limpios y cuidados. Llegó una agencia de viajes y la guía dijo: ahora todos juntos, no se separen, vamos juntos a ver los aseos, que son de auténtico gozo. También oías: baja, Maruja, que aquí se podía comer, baja aunque no tengas ganas... Otro: fíjate, cada meaderico con su cenicerico.

Pienso que declaramos bastante cuando visitamos monumentos. Tengo oído delante de una cerámica de la Virgen de Torreciudad: mírale que majico mi san Fermín.

Después de recorrer la Ruta Mariana, me decía una señora en la explanada: lo que más nos ha gustado es esto: Ciudad Real. También: ¿Cuándo acaban esto? Supongo que recubrirán el ladrillo, no? Al arquitecto le gustará más oír otra pregunta: ¿Cuántos siglos hace que existe este santuario? ¿De qué siglo es?

Precisamente el arquitecto, Heliodoro Dols, no es muy dado a entrevistas. Recuerdo que Juan José Morales le trajo y le entrevistó con un argumento definitivo: Si hubiera sido contemporáneo de los arquitectos de las catedrales de Burgos o Toledo, y no les hubiera entrevistado, la Historia no me lo perdonaría....

Concha Monserrat

Radio Zaragoza.

Ha escrito "Cien años de periodismo en Aragón. Recorrido por los medios y los profesionales del periodismo aragonés" (LCD Prames/APA, 2002).

Piloto rojo

Era mi primer programa en Radiocadena. No es que no hubiese trabajado en la radio, pero siempre guiada y sin tener que fijarme en la dinámica de lo que ocurre. Yo estaba recién estrenada como productora en Radio Cadena en un programa de Javier Losilla titulado "Oye cómo va". Apenas me había rodado y una tarde Javier me dice que al día siguiente tengo que entrar yo a conducir el programa porque le operaban de las cuerdas vocales.

Como no me corto un pelo yo tenía todo dispuesto así que, aquella mañana, a las nueve, en el sótano de Gran Vía 7 entré en el locutorio dispuesta a comerme el mundo y las cuatro horas que tenía por delante. Yo comenzaba a hablar, pero... notaba que cuando lo hacía en los auriculares sonaba una música pachanguera impropia de aquellas horas y que yo no había elegido.

Luego sonaba otro disco. No sé cuanto rato estuve así hasta que la directora salió del despacho diciendo que porque no arrancaba el programa que ya llevábamos retraso. Era Carmen Raneda. Toda seria le contesté que llevaba ya muchas cosas contadas. Me miró y me dijo- ¿Dónde las cuentas?- "Pues aquí pero pasa algo raro sólo oigo música. Entonces se dió cuenta. El piloto rojo de la mesa se encendía y yo me callaba. Lo confundí con un semáforo. Todo al revés. Hablaba cuando se apagaba la luz, el técnico ponía música y me callaba cuando estaba en el aire. Más música. desde entonces aprendí que el técnico y el locutor son una misma cosa y que si no hay buen rollo-creo que se dice feeling- no hay nada.

Rafael Bardají

Heraldo de Aragón

Ha escrito "Costa y la prensa, una turbulenta y apasionada relación" Ibercaja, 1996.

rbardaji@heraldo.es

Aragón/Expres hacia 1980: Manuel Rotellar y Miguel Ángel Bruned

Era un periódico, como en su día lo calificó Ramón J. Sender, un tanto pizpireto, que quería romper moldes en la forma pero que subsistía a duras penas haciéndose eco tanto de las asambleas y manifestaciones estudiantiles de la época de la transición como de las demandas del colectivo de taxistas en una huelga apoyada por el Sindicato Fomento Nacional del Trabajo. Aquel tabloide hacia su apuesta con grandes despliegues tipográficos como cuando con motivo de una fiestas del Pilar, las primeras de la era del socialista Saínez de Varanda, destacaba a toda plana "El Pilar más grande de la historia". Pero junto a esa apuesta valiente en las formas y concesiones a la izquierda en "Aragón/expres" me empecé a dar cuenta de la hipoteca que se sufre si se quiere salir a la calle todos los días a la calle. Y la prueba palpable de este fenómeno es cuando empecé a observar que los políticos se acercaban por la redacción, desde los de UCD hasta los el incipiente PAR. Allí sentí ya, siendo profesional, cómo los periodistas pintamos muy poco y que la cláusula de conciencia era un concepto teórico muy sugerente pero poco aplicable. "Aragón/Expres" que vivía de las rentas de "Zaragoza Deportiva" estaba en la calle Marcial y éste fue mi primer contacto con la realidad periodística zaragozana. Por allí habían pasado antes periodistas que luego marcarían su impronta en otros medios como Pablo Larrañeta, Luis Granell, Concha Monserrat, Lola Ester, Margarita Barbachano o, más tarde, Antonio Herraiz el que fue de hecho mi primer jefe.

Yo, que venía con el cacao propio de un periodista de pueblo formado en la caótica facultad de Bellaterra, mi primer contacto fue decepcionante. Corría el año 1980 y no hacía otra cosa que cortar teletipo. Venga papel y papel que contenía noticias muy tristes, como la mayor parte de las que proceden de la información internacional. Por fortuna, conocí a Manolo Rotellar, que me escribía ingeniosos artículos para El Ribagorzano, y que me enseñó la ciudad, me presentó a Dionisio Sánchez, me hablaba de cine y se cabreaba si no leía a tiempo alguna de sus colaboraciones. Cuando murió Rotellar le encontraron todo su acervo en fichas bien guardadas en cajetines de cartuchos que utilizó en su día cuando regentaba un taller de confección.

Rotellar siempre contaba que durante su etapa de crítico en "Pueblo" en una ocasión

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

fue a un cine y se presentó diciendo: "Soy de Pueblo". Aquel celoso acomodador fue todo diligente a su fila 7 y les espetó "con que de pueblo ieh!". "Como se hace el gracioso. ¡Hala!, Fuera". Manolo ya no volvió a hacer crítica para el rotativo de Emilio Romero en esa sala a pesar de los mil perdones del dueño, creo que del cine "Eliseos".

En las páginas de "Aragón/Expres" aparecía diariamente la sección "Juzgado de Guardia" cuyo autor era Miguel Angel Brunet. Ingenioso y ocurrente, Brunet conformaba su estilo con vivencias imaginarias de personajes que se las veían en un juzgado por las causas más insospechadas. Más de una vez alguien se creyó protagonista de las mismas y nuestro escritor tuvo sus disgustos. Amante del vodevil y frecuentador de los cafés cantantes, Brunet no se arredraaba ante nada. En una ocasión le hizo una entrevista al jugador de fútbol del Real Zaragoza, Paco Güerri. Paisano del autor (Brunet era de Santaliestra y Güerri nació en Benasque), a Brunet no se le ocurrió otra cosa que formulársela en lengua ribagorzana. Todo ufano, una vez publicada, se la enseñó a su director, Eduardo Fuembuena. Poco le duró el contento. "Apúntese un cero en su historia periodística" le espetó sin ambages Fuembuena.

Fue una escuela de periodistas donde había que hacer de todo. El director era un maestro ya de vuelta de todo después de haberse forjado en Herald, donde se hizo famoso por sus crónicas en la guerra civil y mostrar años más tarde su incompatibilidad con Ruiz Castillo, otro viejo zorro del periodismo aragonés.

"Aragón/Expres" acabó en 1982, víctima de sus dependencias políticas y económicas y tras haber superado el período de la tipografía. Hacia tiempo que utilizaba el proceso del offset, mientras las linotipias seguirían lanzando líneas de plomo en muchos periódicos hasta bien entrados los años 80.

El Ribagorzano (1981-86)

Hace ahora veinte años. Empezó como un entretenimiento, hubo cierta dosis de mesianismo y acabó siendo cantera de políticos. No en vano "El Ribagorzano" agrupó a gentes inquietas e interesadas por lo público. Era un ejercicio semanal, a veces quincenal, de debate sobre los asuntos más diversos: La enseñanza, la Iglesia, las comunicaciones, la ley de Montaña, las maneras de ligar en invierno, las costumbres, las carreteras, las lenguas, los límites, la política, el arte, leyendas.....Nos creíamos que hacíamos algo importante. Seguro que no era así, pero al menos nos llevamos horas y horas de discusiones y polémicas muy enriquecedoras. Nacimos en marzo de 1981, justo después del intento del golpe. Duramos cinco años. En ese período se prodigaron las reuniones de consejos de redacción en los distintos pueblos de Ribagorza y Sobrarbe. Al menos una al mes. En Aínsa, Broto, Graus, La Fueva, Benasque, Bonansa, Benabarre, Arén, Campo, Roda de Isábena, Castejón de Sos. Hasta en sitios

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

de la Ribagorza catalana. Creo que algo hicimos para atraer a gentes de la zona más oriental de Ribagorza. Había en todas estas citas un tono de conciencia reivindicativa. Las primeras diferencias, como no podía ser menos, surgieron con los pantanos. Allí se vieron enseguida las discrepancias entre los radicales contra los embalses y los posibilistas que empezaban a tener "razones de Estado" y proyecciones políticas de partido. En el 82 se publicó un editorial que empezaba así "Ayúdenos a entender las razones para entender el abrazo de Tardienta". El que lo escribió es de Mediano y tenía razones para no entender nada sobre la unión de las aguas del Cinca y el Gállego, obra que culminaba una vieja aspiración de los regantes. Y es que en Sobrarbe y Ribagorza se habían construido las presas Mediano, El Grado, Barasona, Escales y Santa Ana. Se sufría el oprobio de Jánovas y permanecía la amenaza de Campo. Mucho embalse para sólo dos comarcas y cuatro ríos (Noguera Ribagorzana, Esera, Cinca y Ara). Los beneficios de estas regulaciones fueron nulos, salvo las colocaciones en Iberduero. Los perjuicios aún son palpables y lo seguirán siendo por mucho tiempo. José Manuel Porquet Gombau escribía en el último número de diciembre de 1985 un artículo sobre el pantano de Campo bajo el sumario "Así que pasen 20 años, llegará la solución". Era premonitorio. Como se ve en estos meses de la primavera de 2002 con Santaliestra, la regulación del Esera no está resuelta. "El Ribagorzano" era un sueño. No teníamos presiones políticas ni económicas. Pero no dejábamos de ser un grupo de amigos. Allí estaban Ramón Miranda, Pachi Jordán de Urriés, Inmaculada Bernardo, Luis Araguas, Paco García de Paso, Miguel Gracia, Antonio Angulo, José Luis Sabás, Paco Sierra, Marcelino Iglesias, José Luis Brualla, Carlos Franco de Espés, Pedro Colomina o Gloria Lomillos, entre otros. En el último número de "El Ribagorzano" aparecía un asunto que ahora está de actualidad y para el que no falta dinero público de la DGA para homenajes. Se dedicó un especial al Opus, organización elitista, fundada por el "marqués de Peralta" que sentó en Torreciudad la base escénica de su poderío. Nos les debió gustar mucho a los dirigentes de La Obra los análisis allí expuestos. "El Ribagorzano" fue una pequeña escuela de convivencia y debate. Por esa época estaba también "Zimbel", de Barbastro. Ambas rompían con la línea de otro tipo de periodismo que había pervivido durante la dictadura y que estaba más ligado a la Iglesia Católica.

Genoveva Crespo
Redactora jefe de Heraldo de Aragón
gcrespo@heraldo.es

Clase de arte

En la época en que en el HERALDO comentábamos mucho la acumulación de poder por parte de José Luis Martínez Candial y el ventajismo con que ejercía su puesto en Ibercaja, tras haber pasado por la Cámara de Comercio y la Feria de Muestras, me llamó para que habláramos aplicando esa máxima de que, si te explicas, acercas posiciones. Así pues me cita en el despacho de presidencia de Ibercaja y, tras los pertinentes saludos, empieza a darme una lección de arte a partir de las pinturas de Bayeu que entonces había en esa sala, a hablarme de las espirales en rojo, en azul, como si fuera un auténtico entendido. Era la época en que el Félix de Azara, de Goya, estaba en ese despacho. Tras la disertación artística, pasó a las explicaciones, en tono de confesión, sobre sus buenas intenciones, de cómo él en realidad buscaba el bien común, lo mucho que había trabajado en la vida... así durante media hora. Yo ya no sabía qué conversación darle, y veo que lleva en la solapa una cosita roja, aterciopelada o de seda, y le espeto:

-“¿Y eso qué es, un nuevo símbolo de solidaridad con los enfermos del sida?”.

La respuesta fue furibunda:

-“No, la Legión de Honor”.

En fin, la conversación duró dos minutos más. Las distancias eran insalvables.

Quedar bien

Después de haber publicado toda la historia del entonces alcalde de Zaragoza, Antonio González Triviño, y el súbito enriquecimiento de su amante, Agustina Masero, (un asunto que, a fin de cuentas, algo tuvo que ver en su suerte política y en que dejase de ser alcalde de Zaragoza), el último día que ocupó el despacho del ayuntamiento me llamó por teléfono. Era un día de junio de 1995. El propósito de su llamada fue decirme que, para lo que lo necesitase, allí lo tendría. Me dejó sin habla. Son de esas cosas que te impresionan.

Beata por un día

A propósito de la sucesión de aragoneses que iban subiendo a los altares como santos o beatos, Rafael Bardají hizo un reportaje en el Hoy Domingo contando las virtudes o poder de los glorificados. Una de las nuevas beatas era la madre Genoveva Torres. Allí que salía su foto: una imagen tremenda de monja voluminosa, con toca hasta las cejas y media barbilla. ¿Y qué ponía en el pie de foto?: “La madre Genoveva Crespo, a punto de subir a los altares”.

Tarifas intimidatorias

En la época en que hablábamos mucho de especulación Urbanística, un ciudadano dedicado a la promoción inmobiliaria nos invitó a comer a Enrique Mored y a mí para decirnos que romperte las piernas valía medio millón de pesetas y que llevársete por delante y simular que se trataba de un accidente de tráfico, dos millones. Y que, por supuesto, que sabían dónde vivía y que tenía dos hijos pequeños. La comida ni siquiera fue en un sitio caro: unos espaguetis del Gino's.

En los primeros momentos, te acojonas. Luego te lo tomas a cuenta de inventario porque, de lo contrario, entras en una espiral de miedo de tu miedo. Al final te levantas y dices, hay que hacer lo que hay que hacer.

También en esa época de líos municipales y ventajismo urbanístico, me llamó un profesional del Derecho para decirme que en la cárcel se contrataba a cualquiera muy fácilmente para cualquier encargo. Pues eso, del mundo del Derecho.

Los pulpos

La primera vez que ejercí en Zaragoza fue en prácticas de “Andalán”, en 1981, cuando estudiaba segundo de carrera. Me mandaron a informar sobre unas jornadas de hermanamiento entre ayuntamientos de las Cinco Villas, en las que había políticos que luego fueron gente destacada en la vida de la provincia. No sé muy bien por qué, desde que llegué me tocó ir acompañada por un ciudadano, político ya de sueldo. Total que, me acompañaba, me acompañaba, me acompañaba... Yo tenía 19 años y bastante atontamiento. A eso de las a las siete de la tarde, el acompañamiento se estaba convirtiendo en “apretamiento”. Una vez tomada conciencia de lo que pasaba, me zafé como pude y me libré del “cicerone”. Al día siguiente, cuando llegué a la redacción (estaba allí Luis Granell, María Jesús Hernando, José Carlos Arnal... aunque en esa época trabajan Lola Campos y Plácido Díez, no estaban en ese momento) les comenté con mucha cautela que me habían mandado a un sitio muy interesante. Les

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

glosé la espectacularidad de las minas de sal de Remolinos, lo bonitas que estaban las choperas,.....

-¡Pero me mandasteis de cicerone a uno...! ¿Pero ese chico es normal?

-¿Cómo normal?

-Digo, es que me ha parecido un poco pulpo.

La carcajada en la redacción fue mayúscula. Lo sabían, pero les debió parecer mal advertirme.

Ahora, a estas alturas de la historia, resulta casi insólito que el fulano al que vas a entrevistar intente echar mano a la periodista. Sin embargo, yo creo que en los años setenta-ochenta, fuimos mucha las que nos vimos en situaciones indeseables. El caso de Remolinos fue en las prácticas de verano, pero un año antes, en los ejercicios que hice para la asignatura de Redacción me pasó algo similar. En la Facultad había un montón de pintadas por un proceso a unas abortistas, asunto que tenía levantadas en armas a todas las feministas de Cataluña. Ni corta ni perezosa, me fui a entrevistar al sujeto que sostenía la acusación. Y me recibió. Pero no sólo eso: al segundo día estaba invitándome a comer y echándome mano.

Ojo con los subasteros

Antes de venir a El Día, en Zaragoza, trabajé un año en el Diario de Barcelona. Aparte de que fue un año muy interesante, porque fue mi primer contacto con el periodismo de verdad, entre los sucedidos cumbre que me tocaron vivir no me olvido del día que nos pusieron una bomba en la Redacción, allí en Consejo de Ciento. Fueron los subasteros de Alberto Royuela, un líder de la ultraderecha catalana de entonces, porque habíamos contado en el periódico que todas las subastas se las llevaba él. En el Diario pedíamos que se pudiera remedio a todo aquello pero lo único que se puso fue esa bomba, que dejó malherida a la telefonista. El resto solo sufrimos el susto, un rato de angustia tremendo porque la redacción era una ratonera: una escalera que subía a una entreplanta y cuyas ventanas, como daban a la calle y estaban muy bajas, estaban enrejadas.

Royuela y los suyos salieron exculpados.

Vivero de rojos

El Diario de Barcelona, en aquel momento, era "autogestionario". Los propietarios lo habían dejado a su suerte y los antiguos trabajadores habían hecho una especie de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sociedad cooperativa en la que se cobraba según el dinero que había y de acuerdo con la edad, responsabilidad y cargas familiares. Yo era estudiante, así que me tocaban cuatro mil a

la semana, que no estaba mal porque me costaba vivir siete mil. Aunque al año, me vine a Zaragoza. Allí dejé a mis compañeros de Local, entonces también estudiantes, como Quique Villalta, que luego fue jefe de deportes de TV3; Jesús González Albalat, jefe de investigación de El Periódico de Catalunya y también es profesor; Javier Algarra, mano derecha de Sáenz de Buruaga y jefe de Onda Cero y de Antena 3. El que era nuestro jefe, Antoni Batista, es un redactor de lujo de La Vanguardia, donde publica sus informes de experto en terrorismo, aparte de fino gastrónomo y gran melómano. La verdad es que lo pasábamos bien. Eso sí, los jóvenes no salíamos de nuestro asombro porque la Redacción estaba dividida entre los del MC, los de la LCR y los del PSUC, amén de los veteranos de la redacción, que llevaban aquello como podían.

Órganos de decisión

De hecho, la toma de decisiones era un mundo. En esa época del Diario de Barcelona había una página semanal de feminismo, "Tribuna violeta". La llevaban María Rodríguez Bayregut, de la editorial Icaria, y Karmele Marchante, sí, la de la tele. Uno de los días, la dedicaron a arremeter contra la teoría psicoanalítica de la envidia del pene. La que se organizó: como era autogestionario, los de talleres dijeron que en ese periódico del que ellos eran copartícipes y copropietarios, no se publicaba esa guarrada. Y los de talleres tenían mucho

que decir... No recuerdo si se publicó o no. Era lo de menos.

José Carlos Arnal

*Autor del libro "Sueños electrónicos. Emprendedores en la red". Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2001.
jcarnal@able.es*

La sabiduría popular de Vicente Calvo

Mis primeros reportajes los hice en la revista quincenal "Esfuerzo Común". Ahora poca gente se acordará de aquella publicación, que surgió del movimiento cooperativo y autogestionario, que en los tiempos de la transición tuvo alguna importancia. Cuando yo empecé a escribir -entre los años 79 y 80-, la revista la dirigía Vicente Calvo, un auténtico todoterreno del periodismo regional, que falleció prematuramente. Vicente era turolense y nunca tuvo ningún complejo, sino todo lo contrario, en mostrarse como un "tío de pueblo". Por eso era el mejor en las ruedas de prensa: hacía las preguntas más directas y con más sentido común, sin adornos ni rodeos.

Además de ser un buen compañero y un periodista honrado e inquieto, Vicente Calvo tenía un sentido del humor muy peculiar -socarrón y contundente, o sea, somardaque siempre alegraba la vida de la tribu periodística. En una ocasión, compartí viaje con él y con Rafael Bardají en un taxi que nos llevaba hacia Pau. El coche había sido fletado por la Diputación General de Aragón para llevarnos a una reunión con las autoridades de Midi-Pyrénées, uno de aquellos primeros contactos internacionales que tanta ilusión hacían a nuestros gobernantes preautonómicos. Era el mes de febrero y ya se había hecho de noche cuando llegamos a Canfranc. Conforme subíamos el Somport, empezó una fuerte nevada. El taxista, que ostensiblemente carecía de experiencia en conducir en esas condiciones, empezó a protestar por el estado de la carretera y nosotros fuimos enmudeciendo de preocupación. Sólo Vicente hacía algún comentario de vez en cuando. Si la subida había sido difícil, la bajada del puerto ya se puso para nota con la carretera llena de nieve. En un momento dado, cuando nos acercábamos a una curva cerrada, Vicente dijo señalando a la señal que la anunciaba: "Curva peligrosa". A continuación el coche perdió el control y se fue directo a la cuneta. Con el susto en el cuerpo, nadie dijo nada. Sólo Vicente añadió con naturalidad: "¡Efectivamente!". Por fortuna, pudimos reemprender el viaje sin mayores problemas y logramos llegar a Pau.

Ruido de sables... en las alturas

Creo que fue en el verano de 1981 cuando Fernando Baeta, en la actualidad director adjunto de El Mundo, se fue a Madrid a realizar prácticas en la Redacción de Diario

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

16. Fernando ya no volvería a Zaragoza y desde entonces ha sido la mano derecha de Pedro J. Ramírez en todas sus aventuras periodísticas. Nos conocíamos de Andalán, donde yo había empezado a colaborar poco antes, y al marcharse me ofreció la corresponsalía que él llevaba en Aragón para el Grupo 16 (Diario 16 y Cambio 16). Era una oportunidad estupenda para alguien que estaba todavía de aprendiz en esta profesión, porque en aquellos tiempos el Grupo 16 era uno de los más dinámicos medios periodísticos de todo el país.

La vida del corresponsal de un medio nacional en Aragón es siempre difícil. Me temo que eso no ha cambiado mucho con el tiempo. Por ejemplo, la actividad política regional nunca les ha interesado si no ha habido un escándalo por medio. En una ocasión, de forma excepcional, me pidieron una crónica sobre los escarceos autonómicos aragoneses y, nada más recibirla, me llamó el responsable de la sección de Nacional para decirme que tenía que corregirla porque había un error: yo decía que Aragón tendría elecciones y un Parlamento propio y eso no podía ser, que en las autonomías de segunda (las de la vía del artículo 143 de la Constitución) nunca habría elecciones. Me costó convencerle de que yo tenía razón. Pero en general me trataron siempre bien e incluso sacaron algunas informaciones mías en primera página, lo que evidentemente me hacía levitar.

Claro, que aquello tenía algunos inconvenientes imprevistos. Uno de ellos fue que tuve que asistir al fútbol durante toda una temporada para hacer las crónicas del Zaragoza. Eran los tiempos del holandés Leo Benhaker y en la delantera del club aragonés se dieron cita tres auténticos "crack": Pichi Alonso, Amarilla y Valdano. Siempre me ha gustado (con moderación) el fútbol; pero aquel invierno pasé tanto frío en las gradas de La Romareda que ya no he vuelto a pisar nunca un estadio.

De otra naturaleza fue el "susto" que me dieron durante la visita oficial que los Reyes realizaron a Aragón por aquel entonces. A los periodistas nos transportaban en un helicóptero Chinook de las FAMET (Fuerzas Aeromóviles del Ejército de Tierra), de esos gigantes que viajan con el portón trasero abierto y un ruido ensordecedor. En uno de los trayectos, uno de los militares que nos acompañaban empezó a recorrer el helicóptero leyendo las acreditaciones que todos llevábamos colgadas. Cuando llegó frente a mí, me miró, me quitó la acreditación sin preguntar y con gesto irritado me advirtió mientras me señalaba con dedo acusador: "¡Luego hablaremos!". Los que estaban a mi lado empezaron a cachondearse: "Macho, te ha tocado. A tí es a quien van a tirar". Yo intenté sonreír, pero volando a mil metros de altura y con el portón trasero del helicóptero abierto de par en par, no podía dejar de sentir una cierta inquietud. Sobre todo cuando recordé de repente que Cambio 16 acababa de publicar un reportaje en el que inculpaba a algunos mandos de las FAMET en supuestas actividades golpistas. Aunque ahora, felizmente, cueste comprenderlo, hace veinte años

el Ejército daba miedo. Por supuesto, el vuelo terminó sin novedad. Al salir del aparato, el militar me devolvió la acreditación diciéndome con cara de pocos amigos: "Sólo quería saber si había aquí alguien de esa revista".

El año que volamos peligrosamente

Para alguien a quien no le gusta mucho volar, como es mi caso, las obligaciones periódicas han puesto a prueba mi estoicismo aragonés más veces de lo que hubiera deseado. Después de aquel "emocionante" bautismo aéreo, cinco años después, cuando trabajaba en El Día de Aragón, volví a tener una experiencia movidita con los helicópteros militares.

Había sido invitado por la Embajada de Estados Unidos en España a participar en uno de los viajes que organizaban periódicamente para dar a conocer a grupos de periodistas e intelectuales las actividades de la OTAN. El primer "flash" de aquella expedición fue que al llegar a Madrid y reunirnos con la persona de la Embajada que iba a coordinar el viaje –una simpática norteamericana llamada Marjorie-, el primer punto del programa consistió en repartirnos un sobre lleno de dólares. ¿Persuasión directa sobre los creadores de opinión? Falsa alarma: se trataba de un rudo sistema de control de gastos. Habían calculado el coste de los hoteles y de los gastos de manutención y nos dieron el dinero para que, a partir de ese momento, todos los gastos del viaje –salvo los billetes de avión- los pagáramos nosotros. Debo decir que el cálculo fue perfecto y no tuvimos que poner dinero (tampoco sobró).

Después de los inevitables y aburridos briefings en el cuartel general de la OTAN en Bruselas, nos llevaron en un microbús hasta la base aérea del Ejército Británico del Rhin, ya en Alemania. Desde allí, el plan era volar en helicóptero hasta Hannover. Esta vez el "material" era de superior categoría: dos veloces y modernos helicópteros de combate. En el que viajaba yo, el piloto era un auténtico hooligan. Después de un rato de plácido vuelo a gran altura, el hombre nos preguntó amablemente si teníamos miedo a volar. Noooo, por supuesto, dijimos todos, tan machotes. Y empezó el show. Brusco descenso hasta una extensa llanura. Cuando se acerca al suelo, inicia una vertiginosa gymkana volando a cinco metros del suelo y corriendo a toda mecha. ¡Ahhh, una línea de alta tensión! ¿Intentará pasar por debajo? Aún peor: cada vez que se acerca a una de las numerosas torres eléctricas que hay en la zona se eleva de golpe y salta por encima de los cables para dejarse caer a continuación. El piloto se vuelve de vez en cuando a mirarnos y sonríe británicamente. Por fin nos acercamos a Hannover. Qué alivio. Se termina la montaña rusa. Pero no, aunque queda la traca final. El helicóptero se eleva. Vuela tranquilamente sobre las urbanizaciones del extrarradio. Alla abajo hay unas instalaciones deportivas. Hace una soleada tarde del mes

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

de junio y numerosas personas están tomando un baño. De pronto, el piloto se lanza en picado, directo hacia la piscina. Tan claro está que se ha vuelto loco que la gente sale corriendo despavorida. En el último momento, una hábil maniobra del hooligan eleva de nuevo el helicóptero. Poco después aterrizamos. A mí me tiemblan las piernas. Uno de los miembros del grupo, un profesor muy madrileño él, asegura que no ha sido para tanto. Pero a continuación se toma como yo un par de enormes cervezas alemanas para recobrar el aliento.

Los periódicos tienden a salir

Esta historia no tiene ninguna significación en especial. Sólo que ilustra una de las cosas que más tememos los periodistas que nos hemos ocupado del cierre en un periódico. Fue en octubre de 1982, durante la visita del Papa a Zaragoza, a quien habían programado un acto religioso en la explanada de La Romareda. Era una noche de cierzo, que el canónigo Irizar, con voz de trueno y ademanes atemorizantes, intentaba caldear arengando a los asistentes mientras esperaban la llegada de Juan Pablo II.

Cuando volvimos a la redacción de El Día, ubicada en una nave de la carretera de Logroño, prácticamente in the middle of nowhere, ya era tarde. Poco después de medianoche conseguimos cerrar las páginas con la información y las fotografías del evento. Sólo faltaba el texto de Mariano Gistaín, que tenía que hacer una crónica paralela "de color" y en tono literario, por lo que llevaba más tiempo de elaboración. Del taller de preimpresión, que estaba en la misma planta al otro lado de la pared de la Redacción, llegaban las protestas de Roberto Pardos y de Florencio Nogués reclamando la página: "¡Venga, que no vamos a llegar!". Los jefes de taller han sido siempre una especie singular en todos los periódicos; gente de inmenso carácter y verbo agresivo, pero de una lealtad enorme al trabajo y a los compañeros (Antonio Fuertes, el regente del Heraldo, que murió asesinado en su puesto de trabajo por un desequilibrado, era de esa misma valiosa pasta). Para un periodista es esencial ganarse su confianza y entender sus códigos de trabajo si quiere poder decir que conoce de verdad cómo funciona un periódico.

Cuando en el taller estaban ya al borde la histeria (poner en marcha la rotativa más tarde de lo previsto supone perder el reparto de los diarios que distribuye Correos y llegar tarde, o incluso no llegar, a muchos quioscos), por fin Mariano le dio a la orden de enviar la página. Pero esa página nunca apareció. Eran los primeros tiempos de la informatización de la prensa y trabajábamos con terminales tontos, poco versátiles pero fáciles de manejar. Pasaba la una de la madrugada y yo estaba al borde del soponcio porque era una de las primeras veces que me quedaba como responsable de asegurar el cierre. La página se había perdido en el limbo del ciberespacio; Mariano

quería escribirla otra vez pero ya no había tiempo. Así que aquella noche tomé, por supuesto de acuerdo con el jefe del taller, mi primera gran decisión periodística: poner un anuncio publicitario no solicitado a página completa. Desde aquel día supe que los periódicos siempre terminan saliendo a la calle cueste lo que cueste y que no hay fatalidad que no pueda ser remediada con un anuncio, un "relleno" de la agencia Efe o una foto más grande. Yo se lo había escuchado a menudo a Fernando García Romanillos, primer director de El Día: "Los periódicos tienden a salir". Entonces lo comprendí cabalmente.

Malditas grabadoras o el día que Rato enmudeció

Una de grabadoras para terminar. La principal paranoia de los periodistas es que se estropee la grabadora y perdamos la entrevista que acabamos de realizar. Inevitablemente, ocurre de vez en cuando, y casi siempre cuando más crítico es el asunto.

Una de las veces que a mí me ha sucedido ese temido desastre fue durante la campaña electoral del año 2000. El director del Heraldo, Antonio Bruned Mompeón, me dijo que Rodrigo Rato, vicepresidente del Gobierno y ministro de Economía, iba a visitar el periódico y había que entrevistarle. Nunca me han gustado las entrevistas durante una campaña electoral, porque es casi imposible obtener algo que se salga del guión. Rato, además, es un frontón cuando no quiere entrar en ciertos temas. Y, por si faltaba algo, a mí me pillaba un tanto esquinado el asunto porque un año antes estuve durante meses realizando todo tipo de gestiones para entrevistarle o al menos conseguir un artículo suyo para un suplemento especial sobre el euro y ni siquiera había logrado que su jefe de prensa se pusiera al teléfono o me contestara a ninguno de los mensajes que le envié.

Pero, en fin, era una orden del director y no había más alternativa que intentar hacer la entrevista con el máximo interés. La hicimos en el propio despacho de Antonio Bruned. Fue una de esas entrevistas que tanto odiamos los periodistas: con mudos testigos alrededor. La cosa transcurrió con normalidad. Por cierto, allí fue donde Rato, a propósito de la promesa de Aznar de que la autovía Teruel-Zaragoza estaría terminada en cuatro años, me dijo algo así como que "no creo que el presidente sea una persona de quien uno pueda no tomarse en serio sus promesas". Ya lo hemos visto.

En cuanto terminó la entrevista y volví a mi mesa en la Redacción, puse en marcha la grabadora para comprobar que todo funcionaba correctamente. Se escucha la primera pregunta, Rato empieza a responder, dice algunas frases y de pronto se hace el

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

silencio. La cinta avanza, pero sigue sin oírse a nada. Hago correr el casete hacia delante, y nada de nada. Glups. Siento que me viene un virulento ataque de ansiedad. Estoy perdido. ¿O no?

La desgracia añadida era que, para poder concentrarme en la conversación, prácticamente no había tomado ninguna nota de la misma. Pero, en un impulso casi automático, empecé a transcribir la parte de la respuesta que había quedado interrumpida en la grabación. Y después seguí escribiendo a una velocidad como quizá no había alcanzado nunca. Fue un milagro del estrés: conseguí reproducir toda la entrevista. Como no las tenías todas conmigo, a la mañana siguiente se le envió al jefe de prensa del Ministerio de Economía dándole a entender que había tenido algunos pequeños problemas con la grabadora por si había algún error manifiesto. Pero pasé la prueba con buena nota: no hubo ni una sola corrección. Fue una doble lección: las grabadoras se paran irremediabilmente en el peor momento; y durante la primera media hora posterior a la entrevista, su contenido aún está dentro de nuestra cabeza y es posible recuperarlo.

Juan Carlos Soriano

Subdirector del programa El Ojo Crítico, en Radio Nacional de España. Su novela Escrito con luna blanca (Editorial Prames, 2000) fue finalista del Premio Ciudad de Barbastro en el 2000.

areacultura-ojocritico.rne@rtve.es

Nunca beses a tu entrevistado

“En el verano de 1980 el cardenal Tarancón hizo un viaje privado a Albarracín y conseguí hacerle una entrevista por teléfono que se emitió en Radio Teruel (hoy integrada en Radio Nacional de España). La conversación fue muy cordial, tanto que quedamos para charlar personalmente en Madrid, ya que ese invierno yo iba a hacer mi primer viaje a la capital.

Me recibió en el Palacio Arzobispal, en la calle de San Justo, al día siguiente del asesinato de John Lennon. De entrada, el palacio me pareció vulgar y oscuro; no se diferenciaba en nada a cualquiera de los caserones que perviven en el Madrid de los Austrias. Pero aquél fue sólo el primer chasco. Yo, a mis diecisiete años, nunca había visto un cardenal en persona y, por más que el obispo Iguacen había impuesto un nuevo estilo en Teruel, hasta derribar la imagen de los preladados franquistas, consideré que Tarancón no dejaba de ser un príncipe de la Iglesia y debía ser observante con el protocolo. Empecé a llamarle Eminencia por aquí, Eminencia por allá, a pesar de que su físico resultaba menos eminente que cuando le sostuvo la mirada al Rey en la iglesia de los Jerónimos (luego, explicó muchas veces que la suya no era de impertinencia sino miope. Se había equivocado de gafas y sólo distinguía bultos). La televisión, que engorda a todo el que aparece en ella, y la mitra, un alza a fin de cuentas, tuvieron la culpa de que me pareciera “más cosa” en la pantalla que al natural. Sin embargo, mostró la misma campechanía que cuando hablamos por teléfono. Parecía uno de esos labriegos de su Burriana natal que ven pasar la vida entre el mar y los naranjos; de hecho, después de tomar posesión de la sede de Toledo, descargó un camión de naranjas en el patio del arzobispado e invitó a los niños de la ciudad a que tomaran las que quisieran.

Cuando estuve frente a él procedí a aquello que, según había visto en las películas, debe hacerse con un cardenal: besarle el anillo. Apenas vio Tarancón que me inclinaba casi noventa grados y que, no contento con apretarle la mano, tiraba de ella -viniendo de Teruel estoy seguro de que no temió que le afanara el sello- hizo ademán de soltarla. Don Vicente, después de poner firmas a los miembros más ultramontanos de la Conferencia Episcopal, no estaba acostumbrado a aquel saludo preconiliar. Hubo un pequeño forcejeo que, posiblemente, duró segundos. Yo nunca sentí tan cerca la eternidad.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Comprendí que había metido la pata, pero, una vez empezada la maniobra había que llegar hasta el final. ¿Con qué cara me iba a quedar si abortaba la reverencia? Tiré más fuerte que él, le solté el beso y empezó la conversación. Su Eminencia pareció olvidar el episodio, pero a mí no se me rebajaron los colores en una semana.

Volví a ver al cardenal del cambio tres lustros más tarde. Yacía de cuerpo presente en la colegiata de San Isidro (no quiso que lo enterraran en el Exín-Castillos de la Almudena). Estaba amortajado con los elementos distintivos de su rango: anillo, báculo y mitra.

No se me pasó por la cabeza repetir la operación de aquel lejano diciembre. Darle a un muerto el beso que te ha negado en vida, como demuestra la historia de Teruel, acarrea malas consecuencias."

Los duendes lascivos

"El uso del ordenador en la redacción de los periódicos ha terminado con los "duendes" de la linotipia que daban tantos disgustos a más de un redactor. La Dirección los usaba como chivo expiatorio cada vez que protestaban los lectores. Un servidor ha padecido, como cualquier otro, las erratas de imprenta que, en el mejor de los casos, no pasaban de comerse preposiciones o cambiar el género y número de cierto sustantivo. Otras, daban lugar a palabras inexistentes. Pero había ocasiones en que esos duendes podían en entredicho la honorabilidad de una persona. A principios de los años ochenta, en un artículo de viajes que escribí para DIARIO DE TERUEL, afirmaba que me gustaba contemplar PARAJES, pero lo que salió publicado era que me gustaba contemplar PAREJAS. Mandé, obvio es decirlo, una nota de rectificación y fue publicada. Mis amigos, sin embargo, nunca se creyeron las disculpas. En adelante tuve que aceptar su mirada conmisericordiosa, que era un modo de decirme: "No nos importa. Te queremos tal cual eres."

Soy de pueblo

"En 1981 llegué a Madrid para cursar Ciencias de la Información en la Universidad Complutense. Por aquel tiempo colaboraba en DIARIO DE TERUEL y me acerqué al diario PUEBLO, con objeto de entrevistar a Pilar Narvión, que acababa de ser nombrada directora adjunta del periódico. Fui de visita y acabé en plantilla.

Esta alcañizana de voz catedralicia y alma grande tuteló mis balbuceos periodísticos y velaba, incluso, por mi precaria economía. No sólo comentaba mis colaboraciones, sino que me preguntaba frecuentemente: "¿Tienes dinero para pagarle a la patrona?"

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

(todavía conocí el Madrid de las pensiones). No vayas a pasar hambre, que te veo muy delgado." Nunca le agradeceré bastante lo uno y lo otro.

Pilar me tuvo unos meses de prácticas y luego me destinó, como colaborador, a la sección de Radio y Televisión. Mis compañeros me advirtieron que cuando me presentara a alguien le dijera que era del DIARIO PUEBLO, así con todas las palabras. Sin embargo, en una ocasión tuve que ir a TVE a hablar con Eduardo Deglané, que era hijo del famoso Bobby Deglané y productor de un programa que presentaba Carmen Maura, con dirección de Fernando García Tola. Me acerqué a una azafata y le comenté lo que quería: "Mire es que soy de PUEBLO y deseo hablar con Eduardo Deglané". La chica debió pensar que iba como espectador a algún concurso y me había extraviado por los laberínticos pasillos de Prado del Rey: "Y de qué pueblo es usted?" me preguntó con intención evidente de ser amable. Le respondí que de Royuela y se quedó igual que estaba. Ni siquiera me contestó eso que he escuchado tantas veces: "De donde Cortázar..." No.

Hoy mantengo una excelente amistad con Pilar Narvión, hablamos mucho de aquel diario que marcó una etapa en la historia del periodismo español y tengo a gloria ser de pueblo. De Royuela, en la provincia de Teruel."

Cela versus García Márquez

"Entre mis pecados veniales figura la mitomanía. Después de trece años en EL OJO CRÍTICO, el informativo cultural de Radio Nacional de España, he reunido una aceptable colección de libros con dedicatoria. La que me estampó García Márquez en "Crónica de una muerte anunciada": "Para Juan Carlos el otro. Gabo", sigue pareciéndome la más original, aunque cuando el colombiano me devolvió el libro no la entendí. Soy algo tardo.

Como es obvio, aprovecho las entrevistas y ruedas de prensa para arrancar a los escritores dos líneas y un garabato que incrementen el valor sentimental del libro. En lo económico, no nos engañemos -y si no pásense por la Cuesta de Moyano-, apenas varía.

Cuando Camilo José Cela entregó al gobierno de Cantabria la copia manuscrita de "La familia de Pascual Duarte", a cambio de que le devolviera la original (que se guardaba, con el legado de Cossío, en la casona de Tudanca), dio una rueda de prensa y, al acabar, me acerqué a don Camilo, que ya era Premio Nobel, para que me firmara esa misma novela. El escritor se levantó del sillón y exhibió amenazante su planta de cetáceo. Me mostraba un cartel con este texto: "No se escriben prólogos, no se firman autógrafos, no se aceptan meriendas".

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Los fotógrafos tenían, por fin, la imagen del acto. Nos acribillaron con los flases y al día siguiente Cela aparecía en el diario EL PAIS mostrando el cartón como el torero que cita a la bestia. Nunca he sabido cómo saldría yo en esa instantánea, porque los colegas de ese periódico tuvieron el gesto caritativo de cortar la foto y dejar solo a don Camilo. Es fácil imaginar mi gesto contrito y lamentable. Luego, debo decirlo en honor de Cela, al que sigo considerando escritor eximio y extravagante ciudadano, preguntó si había más personas esperando su firma "¿O es usted un caso único?" Puesto que se daba la segunda circunstancia, acepté dedicarme el libro.

Cuando he comentado aquel incidente con otros periodistas, dos compañeras, cada una por su lado, me han hecho la misma observación: "Pues tuviste suerte si te mostró el cartel. A mí me recibió en pijama y, como el que no quiere, me enseñó los huevos."

A flor de piel

Lo mío con el clero es para echarnos de comer aparte. No sé si se deberá a mi cara frailuna (de joven parecía un seminarista del Opus, aunque he mejorado con el tiempo: ahora, en puertas de los cuarenta, tengo aire de cura sandinista) pero siempre que he entrevistado monjas me han abierto sus corazones lo mismo que a un confesor.

Era todavía adolescente cuando me mandaron hacer un reportaje para Radio Teruel sobre la Navidad en un convento de clausura. Después de contarme cómo era la vida en el monasterio durante esas fechas -hasta me cantaron villancicos, que grabé, como el resto del reportaje, metiendo el micrófono por una reja doble- las monjitas me añadieron que no leían la prensa, ni escuchaban la radio, ni veían televisión. Vivían aisladas del mundo, pero rezaban constantemente por él.

Cuando había parado el equipo de grabación, la que parecía más lanzada me preguntó: "¿Podríamos pedirle (aunque era un crío me llamaba de usted) un favor? Pero le ruego que sea discreto."

- Si está en mis manos...

No se me pasaba por la cabeza qué podría hacer yo por aquellas mujeres que permanecían al margen de lo terreno. La monja aún dudaba si pedírmelo o volverse atrás. El resto de la comunidad pareció alentarla con una mirada cómplice.

- En la emisora tendrán discos de Julio Iglesias.¿Sería mucha molestia que nos grabara uno?

Accedí a sus deseos. Espero que la SGAE me perdonara aquel pecado de piratería.

Consuela pensar que en el convento (no sé si soy truhán, pero sí un señor y cumplo mi palabra. No diré el nombre de ese cenobio) rezan por mí, aunque para ellas LA VIDA SIGA IGUAL.

El palacio de las matildes

Cuenta Dolores Ibárruri en sus memorias que la primera vez que entró en el Congreso de los Diputados le recordó a la iglesia de su pueblo pero con más lujo. A mí me sucedió algo similar (no pude usar el mismo referente porque la parroquia de Royuela tiene, fundamentalmente, santos de escayola y está pintada con "titanlux") cuando hice mi primera entrevista para RADIOCADENA ESPAÑOLA en Madrid.

Fue en la sede de Telefónica, esa torre en el centro de la Gran Vía que durante unas semanas (por los años veinte) fue el edificio más alto del mundo. Estaba en primer año de carrera y compatibilizaba la facultad con colaboraciones en la emisora. Tuve que entrevistar al presidente de la compañía por no recuerdo qué motivo.

Desde que entré al edificio, un ordenanza me iba conduciendo por salones solitarios que eran un derroche de mármol, lámparas de araña, lienzos y cornucopias. Por fin me dejó en un despacho decorado como las películas de Sissi emperatriz. Salió un señor de mediana edad -aquel gabinete tan puesto sólo podía ser el suyo, el del presidente de Telefónica- y me estrechó la mano.

Yo entonces era muy impulsivo; cosas de la juventud. Luego he ido aprendiendo que ciertas cosas de esta vida requieren una puesta en escena previa, pero entonces lo ignoraba y le planté el micrófono en la cara. No recuerdo las preguntas que llegué a hacerle, pero, sin perder su buen talante, y supongo que con mucha fuerza de voluntad para no soltar una carcajada, me sacó del error:

- Yo soy el secretario. Enseguida le paso con el presidente.

Supongo que el despacho del máximo responsable de Telefónica mejoraba el de su subordinado... Lo supongo, aunque estuve en él, pero que nadie me pregunte cómo era. El sonrojo mermó mi capacidad de observación. Después he entrado en muchos palacios de Madrid, casi siempre por razones de trabajo (también he bajado a las cavernas: acompañé a Günter Grass por las chabolas gitanas de la capital y nos regalaron un ramo con espigas de trigo y claveles reventones), pero ninguno ha llegado a impresionarme como el de aquel secretario de la Viena imperial.

Publicidad, divino tesoro

Los periodistas de RADIO NACIONAL soñamos con pasar algún día al "Estupidiario". Se conoce por ese nombre a la grabación con los gazapos más divertidos pronunciados ante un micrófono. Si tienen la oportunidad de escucharla, háganlo porque se reirán como nunca. El caso es que mis errores no han tenido suficiente entidad para ser incluidos en esa antología del disparate. Pero la esperanza es lo último que se pierde. Sin embargo, de todas las situaciones comprometidas que he vivido en la radio, quizá se lleve la palma lo que me ocurrió cuando trabajaba en la emisora central de RADIO-CADENA ESPAÑOLA.

Durante un tiempo me encargué de los boletines horarios en turno de fin de semana. Aquella red de emisoras, a pesar de ser pública, admitía publicidad; las cuñas se insertaban en los programas y los espacios informativos, pero por lo general después de una cortinilla musical que marcaba la separación entre las noticias y los mensajes comerciales. Alguna vez no sonaron esas ráfagas y ocurrían cosas como la que voy a referir.

Eran los años de la vergonzosa segregación racial en Sudáfrica. Terminé el boletín con una noticia fechada en aquel país, que daba cuenta de la muerte de varios ciudadanos negros a manos de la policía. Y, sin solución de continuidad, entró una cuña publicitaria que empezaba con este lamento: "¡Quizá no tuvimos cuidado! Pero es tarde para lamentarse... Prevenir los incendios forestales es cosa de todos." Me quedé seco; como una pavesa.

Antonio Pardo

Interviú

lolaluna@wanadoo.es

Periodismo de fiestas a bordo de una Vespino (1983)

Mi padre no estaba muy convencido de que lo del periodismo tuviera futuro. Creía que en esta profesión en la que me metió mi mala cabeza era difícil pasar de muerto de hambre. Y la verdad es que no andaba muy desencaminado mi progenitor, no. Debí de haberme dado cuenta aquel día, en medio de unos Monegros muy veraniegos donde las escolopendras debían de pasárselo en grande y los gorriones se hubieran caído de los árboles, como en Macondo, si hubieran encontrado alguno, pues por allí iba yo, jinete en mi Vespino por los desiertos, dispuesto a hacerme un rosario de reportajes por medio Aragón. Como equipaje, una mochila con cuatro cosas y la bolsa de fotografía, porque en algunas ocasiones hacía de plumilla y de foteró.

Fue todo un viaje. El caso es que el Día de Aragón no tenía muchos posibles. A Pablo Larrañeta, que era el director, se le ocurrió que yo tenía que hacer los reportajes de las fiestas: reportajes que había que tener escritos antes de que comenzaran, claro, y me encargó unas cuantas, sabiendo que yo no conducía más que aquella Vespino azul, el único vehículo motorizado que he tenido en mi vida. Me lo puso fácil: tenía que cubrir Tamarite de Llitera, Binéfar, Barbastro, Huesca, Almudévar y Ejea de los Caballeros. Me dieron una dieta tan raquítica que no me llegaba ni para una miserable pensión. Así que tenía que buscarme la vida y ser feliz con la típica gastronomía aragonesa del bocadillo, si alguien no se apiadaba de mí y me alimentaba (mi sueldo de entonces no lo digo, que me da la risa).

Crucé la Sierra de Alcubierre muy de mañana. Me bendijo el sol, más de lo que yo hubiera querido, por los eriales, y en Sariñena, algo molido, hubiera cogido un tren, pero no me dejaban montar conmigo la Vespino. Así que me me di muchos ánimos y seguí y llegué a Tamarite al atardecer, sudado, mugriento, hasta el punto de que le di verdadera pena al alcalde, al que entrevisté, y me trató con cariño. Gracias.

En Binéfar, los amigos de un colega, encantadores hippyes, me ofrecieron cena y cobijo. Y nos fuimos de copas. Muchas. Casi ligo (bueno, eso creía). Rica estaba. Le sugerí una noche e incluso un amanecer de lujuria etílica. La cosa quedó en un descomunal resacón que me acompañó a ver al alcalde, en el Ayuntamiento. Y la entrevista empezó bien. Perfecta, diría yo, cuando nada más presentarme me suelta el edil:

- ¿Qué, qué tal anoche con mi señora?.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Resulta que me había intentado ligar a la mujer del alcalde.

De Barbastro a la capital de la provincia, el paseo en Vespino fue delicioso. En Huesca me hospedé en casa de Rosa Paz Macazaga, que era entonces directora de la Nueva España -hoy diario del Altoaragón- donde yo había hecho las prácticas de periodismo y donde un redactor jefe nos llevaba a visitar a Manolo el del Bombo.

Como Rosa y yo éramos, además de compañeros, muy buenos amigos, me preocupé de pisarle una exclusiva de las fiestas. Embauqué a las peñas para que me dejaran ver y fotografiar las pancartas que, como se sabe, mantienen en secreto hasta el último momento, cuando las despliegan en la plaza del Ayuntamiento. No fue difícil: les decía que todas las demás peñas ya me las habían dejado fotografiar y que no las publicaría hasta después de la víspera. Me creyeron.

De Huesca me acerqué a Almodévar a hacer una entrevista al alcalde, por no sé qué tema. Era sábado por la tarde. Pinché en el puertezuelo, dejando la Hoya. Grasiendo, con la rueda pinchada, llegué en auto-stop. Lo primero que me ofreció el alcalde fue la ducha. A medida que pasaban los días en aquel viaje delirante, mi aspecto degeneraba de manera espectacular. El alcalde consiguió que me arreglaran la rueda y me llevó hasta el resto de la Vespino, que había dejado abandonada. Volví a Huesca. Por cierto, la cinta con la entrevista del alcalde me la dejé encima de su mesa, cosa que descubriría mucho más tarde.

Salí de Huesca para Ejea de los Caballeros al día siguiente por la mañana. Yo llevaba un mapa muy optimista y calculé el camino más corto. En un pueblo, por la Sotonera, me sorprendió un montón de gente en medio de la carretera. Debía ser la salida de la misa. Estaban como de qué bien se está aquí sin hacer nada. Yo me acercaba y no se apartaba nadie. Me paré, claro. Me miraban y los miraba. "¿A dónde vas?", me espetó uno. Le respondí que a Ejea. "Por aquí no", me contestó. "Bronca tenemos", me dije. "¿Por qué?", le pregunté, así como con voz de no achicarme, aunque estaba de lo más mosqueado. Y entonces se apartaron. "Porque aquí se acaba la carretera". Casi me lo deletrearon, con esa maravillosa lógica de los pueblos. Y, efectivamente, justo, justo allí, con una raya bien trazada, se terminaba el asfalto y empezaba la nada. No miento si digo que me entraron ganas de llorar. Odié mi mapa, donde sí continuaba la inexistente carretera. Fueron muy amables y me indicaron un alcorce (ese día aprendí esa palabra) por unos cerros, que cruzaba un mal camino, por donde llegaría hasta el Gállego. Luego no tenía más que seguir por la orilla hasta un canal cubierto, que hacía de mal puente y que pasé perfectamente acojonado.

Cuando volví al asfalto, al otro lado del río, me sentí feliz. Tiré para Ejea. Casi me mato cuando se me cruzó, en medio de la carretera, una culebra bastarda, enorme. Mi alarido no lo escuchó nadie, en medio de aquella nada. Por fin llegué a Ejea. Al últi-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mo que entrevisté fue a un principal. Decidí tomar notas. Era un personaje estirado y petulante. "Oye me dijo ¿Es que no usas magnetofón para las entrevistas?". Yo estaba harto, cansado, magullado por lo de la culebra y aquel tío me caía fatal, aún sin conocerle de nada. "Sólo cuando son importantes", le contesté. Nunca fuimos amigos. Aquella tarde llegué a Zaragoza.

Después de aquel viaje en el que sucedieron muchas más cosas, algunas inenarrables, debí de haber dicho: "¡Pero qué razón tenía mi padre!". Y haberme bajado de la moto. Para siempre. Pero no. Ese verano seguí tirando de mi Vespino. Visité Daroca, La Almunia, Cariñena, Mequinenza... La motillo la seguí utilizando durante años. Aquel maravilloso aparatejo vivió mejor que nadie la realidad de un periodismo mal conocido y peor comprendido, con pocos medios y menos ayudas, soportando culos y enculladas, hasta que un día el motor dijo algo así como prrrrrufff-chof-chof-chof. Y se me murió la pobre.

José Joaquín Berdún Chéliz
Director de El Diario de Teruel
direccion@diariodeteruel.net

Un tipo fogoso salva el pellejo

No hacía mucho tiempo que había entrado a formar parte de la plantilla del diario más antiguo, más grande y más importante de la comunidad. Yo era un tipo inconsciente, recién escudillado de la facultad. Era joven, fogoso, gamberro, sobre todo gamberro, y se supone que periodista. Mi jefe de sección y mi entrañable redactor jefe eran también bastante inconscientes, así que habían decidido pensar que quizá podían confiar en mí, en el terreno profesional me refiero. O sea que como habían decidido eso, pues decidieron también ponerme a prueba. Puestos a decidir...

Se me encomendó un encargo que debía recibir con orgullo, puesto que por la importancia del mismo se suponía que había sido depositado en una persona capaz de afrontarlo con garantías de éxito y de calidad. Se suponía... El encargo consistía en cubrir la inauguración a bombo y platillo de la nueva emisora de radio que la empresa editora del diario había puesto en marcha recientemente, y que se ubicada dos pisos más arriba de la planta de la redacción del periódico, en el mismo vetusto edificio de la capital del país.

No recuerdo bien si recibí el encargo para el día siguiente con orgullo, pero protesté airada e infructuosamente por mi elección, quizá alertado por mi propio subconsciente sobre las múltiples sorpresas que muy a menudo me solía deparar. En cualquier caso, aquella noche decidí celebrarlo... el encargo o lo que fuera, para eso era joven, fogoso, gamberro y gilipollas. La juerga se complicó de manera importante y volví a casa con los segundos o terceros rayos de sol, y bastante bien acompañado de sustancias embotantes de la consciencia, por eso también me apoyaba con gran inclinación del torso en el hombro de una individuo de 1,50 de estatura, pero bien proporcionada y fina.

La conversación (más bien la digresión) horizontal y el sueño consiguieron que el radiodespertador llevara hora y media funcionando cuando desperté sobresaltado. Mirar la hora fue un acontecimiento desolador (más bien desollador). Por un momento pensé en esconderme entre aquellas pequeñas piernas que languidecían junto a mí, y aguardar pacientemente unas semanas hasta morir de inanición. Pero mi arraigado sentido de la responsabilidad me envió hacia un destino incierto (más bien infesto): el periódico.

Llegué a la redacción cuando hacía más de media hora que había comenzado la inauguración. En la sala estaba preparada una gran mesa con los canapés del refrigerio que se serviría tras el acto protocolario al que habían acudido las principales autori-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

dades (Y yo con aquellos pelos y con aquel cerebro bloqueado). Y había dos personas más: mi jefe de sección y mi entrañable redactor jefe. Era la primera vez que veía realmente enfadado a este último. Me espetó algunas cosas sobre responsabilidad, confianza, sentido del deber y ese tipo de cosas que entonces para mí eran lo más parecido a zarandajas, ante la mirada conmisericordiosa de mi jefe de sección, en la que se leía una sola frase: "macho, la has cagao".

Empujado por el instinto de supervivencia, me senté en una mesa y me puse a tomar nota de los discursos de inauguración, que sonaban a través de las ondas de la nueva radio y a través de unos altavoces colocados aquel día en la redacción por la cosa inaugurativa. El último discurso correspondió al entrañable director del periódico, y de la radio, claro. En su afortunadamente breve alocución dejó deslizar una frase bastante ininteligible y bastante confusa, hasta que el propio director acabó por enredarse en sí misma y salió del apuro como pudo.

Luego vinieron los aplausos y el lunch, al que me sumé de forma entusiasta, siguiendo los consejos de mi entrañable redactor jefe sobre la responsabilidad, el sentido del deber, etc., mientras mis enemigos en la redacción me miraban con ojos inmisericordiosos, en los que se leía sólo una frase: "macho, te jodes porque la has cagao". Yo respondí con la indiferencia que en aquellos momentos me otorgaban las cañas restauradoras de la resaca y las gambas en gabardina.

A primeras horas de la tarde ya tenía listo el relato del crucial acontecimiento inaugural, cuyo núcleo lo constituían las palabras del entrañable director, y en las que yo había traducido la frase ininteligible por una clarividente expresión del deseo de la empresa a cuyo frente se encontraba por ser vanguardia informativa, adalid de los anhelos de la comunidad y ejemplo de empresa ejemplar.

A primeras horas de la noche llegó el momento trascendental: el examen de mi texto por parte de mi entrañable director, en su aterrador despacho. Mi entrañable redactor jefe no daba un duro por mí. Mi jefe de sección mantenía su mirada compasiva sobre mi persona acuciada por la resaca y la angustia. Tras detenida lectura, mi entrañable director dijo con resolución: "Muy bien, Berdún. Estupendo. Ha reflejado usted muy bien lo que ha sido el acto, lo que he dicho y lo que he querido transmitir con mis palabras. Fenomenal".

Volví exultante a la redacción. Mis jefes se alegraron sinceramente de mi éxito robado al instinto de supervivencia, y yo me fui rápidamente a celebrarlo con otra buena borrachera. Esta vez había motivos. Mis jefes debieron pensar que si había salido de semejante atolladero, podría dar más juego para futuros retos. Así que cuando algo más adelante los ascendieron a ellos, me invitaron a celebrarlo con marisco y me nombraron jefe de sección.

Hay que ver cómo es esta profesión.

El teletipo de la caída del muro de Berlín (1989)

Esta anécdota no pretende ser en absoluto ofensiva para nadie. Quien así lo interprete se equivoca, porque además le tenía sincero aprecio a la persona que la protagonizó. De hecho, años más tarde de ocurrido el curioso y gracioso suceso, lo comentamos y ambos reímos el malentendido.

El caso es que los teletipos de papel los cargaba el diablo. Eran poco manejables, confusos y muy a menudo salían impresos con letras que se tenían que adivinar más que leer.

Ese día tenía en mis manos un despacho de profusa redacción acerca de un hecho que a priori parecía relevante: hablaba acerca de la caída de un muro en Berlín, creo recordar. El director del periódico se encontraba en ese momento por la redacción, así que como buen empleado solícito y pelota consideré oportuno mostrarle el despacho de agencia.

El teletipo provenía de la Alemania Occidental. En aquel tiempo, las agencias tenían sus sedes en la capital teutona del mundo capitalista. Así que las noticias solían datarse con la leyenda Bonn (RFA).

Me acerqué todo ufano hacia el director, consciente de que le estaba transmitiendo una información de alto calado, por lo que mi iniciativa sería debidamente reconocida. El hombre tomó en sus manos el rollo de papel y comenzó a leer con atención. De inmediato, frunció el ceño, levantó la vista y me preguntó:

- Oiga, Berdún, esta RFA ¿qué agencia es?

- ¡¿!?

Alberto Serrano Dolader
TVE Aragón
produccion.z.tve@rtve.es

Gazapos, erratas y alguna broma en el periodismo caspense

Alevín de periodista

Corría 1975. Era joven, de unos 17 años. Y que se sepa también era el primer estudiante caspolino en hincarle el diente a Ciencias de la Información. Vivía en el Paralelo de Barcelona y por las tardes, antes de hacer de "clá" en "El Molino", se echaba al cuerpo un combinado de metro, tren y autobús para acercarse hasta la Facultad de Bellaterra.

El "20 N" se enteró por la radio de "la noticia", y enseguida valoró la trascendencia del acontecimiento:

"Bajaré al quiosco y compraré toda la prensa. La guardaré toda la vida, como testigo de la historia".

Dicho y hecho. Ese día no se conformó con el "Tele Expres": "¡Déme todos los que tenga, uno de cada!", le dijo al quiosquero.

El alevín de periodista pagó y corrió hacia el catre de su pensión, dispuesto a devorar papel y más papel. Pero mediadas las escaleras calculó que en esos días la prensa agotaría las tiradas. Salió de nuevo a la calle dispuesto a no perder tiempo, a asegurar su neonata colección: "¡Déme también todos los periódicos de mañana!". Acto seguido Miró, el empleado del quiosco, le obsequió con una clase práctica en torno a lo más elemental del oficio. Y se de buenas tintas que el estudiante jamás la olvidó.

Necrológicas con sustancia

Caspe, el pueblo de nuestro protagonista, goza de acreditada solera en lo concerniente a la edición de semanarios, revistas y medios de comunicación. Ya hubo periódicos en la gloriosa revolución de 1868, y en los felices veinte se disputaban simultáneamente el "mercado" hasta tres cabeceras caspenses.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Una de ellas fue "El Guadalope" (1917-1936). Tuvo larga vida y amplia aceptación. Muchos aprendieron a leer en sus páginas, aunque no ciertamente con informaciones tan concisas y claras como las que publicó el 17 de enero de 1936: "los miembros del Ayuntamiento han tomado el acuerdo de quedar enterados de reposición de la parte actora sobre diligencia referente a ejecución interdictal".

Hace ya un puñado de años sus responsables me recordaban que el día que moría una persona importante daba un respiro a la redacción: "seguro que sus deudos contraaban una esquela grande de las de portada, y eso salvaba económicamente la edición".

Hubo también mucha gente de Caspe en el zaragozano "El Noticiero", sin faltar administradores, redactores-jefe y hasta responsables en funciones de la dirección. Colaboradores de lujo fueron los "Hermamos Albareda", tan vinculados a la Ciudad del Compromiso. Y aquí viene bien citar la anécdota recogida por Miguel Monserrat ("Recuerdos que un periodista zaragozano cuenta a sus nietos", 1996):

"Al fallecer la esposa de José Albareda Piazuolo el 1 de diciembre de 1966, se publicó en El Noticiero su esquela de defunción. No se si por acción de uno de esos duendecillos que -dicen- siempre andan sueltos por los talleres y entre los correctores de periódicos, o por obra y gracia de algún chungón, la esquela decía 'su descansado' y no 'su desconsolado' viudo. Las erratas de este volumen no admiten rectificación. No se llegó a conocer de dónde partió ni si fue voluntaria o fortuita".

Por cierto, el 15 de julio de 1994 "Heraldo de Aragón" ofrecía como primicia una sentida nota necrológica por el fallecimiento del ilustre compositor de la comarca José Péris Lacasa. El más sorprendido fue el musicólogo maellano, que pasó a engrosar el privilegiado club de los pocos que han podido leer en vida los elogios de su obituario.

La televisión

En los últimos años un tal Serrano se ha especializado en la programación televisiva de las fiestas del Pilar. Suman ya más de 20 las horas de Ofrenda de Flores que han transmitido para toda España, incluso en 1999 inauguró con ellas las emisiones para Africa del Canal Internacional de TVE. El periodista ha contado con la inestimable colaboración del profesor Beltrán, al que en el año 2001 el "Heraldo" convirtió en mujer: "...los comentarios serán de Blanca Beltrán, del Centro Territorial de la cadena en Aragón...", desliz que no logró disimular la frase siguiente: "... y de Alberto Serrano, profesor emérito de la Universidad de Zaragoza y cronista de la ciudad".

Otra divertida anécdota se produjo en una filmación para elaborar un reportaje del que fue coguionista el caspolino:

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Desde primeras horas de la madrugada El Pilar es un hervidero de gentes. El día grande de las fiestas va a comenzar con la "misa de infantes" y el "rosario de la aurora", como manda la tradición. La basílica está todavía cerrada. En su exterior un equipo de TVE-Aragón, espera el momento en el que se abren las puertas. Quieren captar la imagen y el testimonio de cómo un río humano ocupa hasta el último rincón de la Santa Capilla.

De repente la gente se alborota, se muestra inquieta. El cámara graba, intuyendo que la puerta se está abriendo. Los planos se adivinan más que aceptables: sin duda se está captando el nerviosismo de la masa de fieles ante momento tan singular. Pero la puerta tarda en abrirse todavía unos minutos: la excitación se debía a que una rata recorría la parte superior de la puerta baja del templo.

Cuando realmente abrió El Pilar los fieles entraron de forma más pasimoniosa de la esperada, tal es así que en imagen resultaba hasta sosa. La ocasión la pintaron calva: en el montaje se utilizaron como planos válidos los de la rata.

Fotos y pies de fotos

En este repertorio de gazapos y singularidades llega el momento de comentar dos fotos. Tras la primera se intuye intención política, tras la segunda inocente despiste.

El 23 de marzo de 1926 "Heraldo de Aragón" publica una fotografía de Marín Chívite en la que se muestra la Plaza Mayor de Caspe repleta de público el día 21, fecha en la que el Presidente del Gobierno Primo de Rivera visitó la población. Pero la fotografía está trucada: para duplicar la sensación de lleno a rebosar se realizó un montaje juntando dos disparos. La falsedad queda patente en el fondo de la escena: hay seis "Arcos del Toril", y no tres como realmente tiene la plaza.

El 5 marzo 1999 "La Comarca" -el semanario bajoaragonés editado desde Alcañiz- se ocupa de la presencia caspolina en una exposición sobre turismo en la provincia de Zaragoza. Se menciona la presencia de un ejemplar de perca disecada con la boca abierta, pero se publica la imagen de un joven en ademán de llevarse la mano a la boca.

Los locutores de Radio Caspe

Años sesenta. Se celebra en el grupo escolar la primera feria de muestras del comercio comarcal. Un locutor de Radio Caspe se encarga del servicio de megafonía, en lógica extensión de su actividad profesional:

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

“¡Atención, atención!. ¡Visite la última novedad de la feria!. Acaba de instalarse en la planta baja una máquina pesadora de huevos. Quien desee comprobar sus acertadas cualidades puede acudir, sin mayor compromiso, a una demostración!”.

Risas generalizada en el respetable y estupor al comprobar que el primero en acercarse fue el Señor Cura Arcipreste.

Tampoco faltaban los gazapos que, en directo, brincaban espontáneos por las antenas. Como aquella vez en que un locutor dijo inspirándose en la edad de su novia: “temperatura máxima, 16 años”; o aquella otra en la que se pudo escuchar con voz enfatizada: “emite para ustedes Radio Caspa”; o el anuncio publicitario en el que se aconsejaba comprar “tejidos y espantados” en unos almacenes de la localidad.

Con vocación de servicio público el informativo de la emisora local siempre concluía con la consabida agenda de utilidades. El 29 de marzo de 1981 el periodista confundió fichas proformas y endosó el “Servicio médico de urgencia” al cura párroco, y el “Servicio espiritual a los enfermos” al especialista en medicina general. Nadie protestó, de lo que cabe deducir que los usuarios se sintieron bien atendidos.

Ese mismo año 1981, el 20 de mayo, se difundió la noticia de haberse capturado en el Mar de Aragón una lustrosa carpa de 12.700 kilos, cuando en realidad el animal pesó la nada despreciable cantidad de 12,700.

Las inocentadas de la radio local

En torno a estas bromas, en “Radio Caspe” siempre hubo una gran tradición, que se inició en 1961 al comunicar la caída accidental en el río Guadalope de lo que parecía ser un satélite espacial. Acudieron hasta el lugar cientos de curiosos, algunos con prismáticos y catalejos, para ver mejor el “sputnik”. Incluso se personaron a investigar un “mando” y varios “números” de la Guardia Civil. Sólo hacia unos meses que el ruso Yuri Gagarín se había convertido en el primer hombre en viajar al espacio.

Ponemos otros ejemplos, empezando por la “noticia” del 28 de diciembre de 1967, que parece un preludio de lo que décadas más tarde casi se haría realidad en Huesca:

“Días pasados invadieron las riberas del Ebro en la Villa de Escatrón una inmensa bandada de tordos, tal era el número que se organizó una batida, cobrándose una cantidad que llenó un camión de cinco toneladas, que fue vendido en Zaragoza. Otra bandada de tordos se dirigía en dirección a Caspe, y hace unos momentos nos han llegado noticias que están cubriendo materialmente todo el tramo de lo que fue río Guadalope (...). Nunca se ha visto una cosa igual, unos cinco metros es el grueso de la bandada y su extensión y número incalculables. Se promete una cacería de tordos

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

jamás conocida en la historia de la cinegética”.

En aquellos sesenta todo Caspe refrescaba los rigores del verano chapuzándose en las pozas del Guadalope. Había tardes que el puente del Vado casi parecía Salou. En ese contexto hay que situar la inocentada que difundió la radio en 1968:

“En la mañana de hoy y en el Camino del Batán, han dado comienzo las obras de construcción de las piscinas municipales y pistas deportivas. Les recomendamos visitar las obras, para ver la moderna maquinaria con que se realizan. Como ejemplo les diremos que en el transcurso de la mañana, han acabado la totalidad de lo que será piscina, y levantado un buen trozo de pared, con una modernísima maquinaria, que se masa y pone ella misma los ladrillos automáticamente, ladrillos que son en este caso concreto, de un brillante color rojo y la pared se ve desde larga distancia incluso desde la noche”.

Concluimos con palabra de honor: lo que se disponen a leer no es gazapo, broma o chiste de día de los Inocentes. Observen el crudo lenguaje de la publicidad institucional que salpicaba las “Guías Comerciales” de los sesenta:

“El Estado español invierte muchos millones de pesetas cada año en extender y nutrir las bibliotecas populares. Aprovéchese. ¡El animal no lee, no sea animal!”.

Antonio Angulo

*Director de Diario del Altoaragón
Redaccion@diariodelaltoaragon.es*

Los solteros de Plan

“Los mozos de Plan solicitan mujeres a través de un anuncio en la prensa”. La información publicada en primicia en la primera página del entonces Nueva España de Huesca el 4 de enero de 1985, no sólo se convirtió en la noticia que seguramente ha tenido más repercusión mediática internacional, sino que supuso la paradoja de que se difundiera la noticia un día antes de publicarse el anuncio que presuntamente la motivaba. Porque la publicidad en la prensa -a la que se refiere el titular mencionado-, no apareció en el heraldo de Aragón hasta el día 5, cuando ya la información se había publicado en la mayor parte de los periódicos de España.

Como muchas veces ocurre en el mundo del periodismo, la casualidad fue determinante para ofrecer la información. Fue a través de una llamada telefónica de Antonio Angulo, director de La Nueva España de Huesca, a la alcaldesa de San Juan de Plan, Josefina Loste, en la tarde noche del día 3, interesándose por el proyecto de la hasta ahora frustrada estación de esquí para el valle, ante la visita de un técnico en este tipo de infraestructuras. Apoyada en la amistad con su interlocutor, aunque reacia a facilitar información, Josefina Loste indica que cree que los mozos de Plan piensan poner un anuncio en la prensa solicitando mujeres casaderas para el valle. Con el compromiso de no revelar la fuente, Antonio Angulo trata de contrastar y recabar más datos de la noticia llamando a Casa Ruché de Plan, donde varios mozos y tiones de la localidad, habían tomado el acuerdo, tras ver en la televisión la película “Caravana de mujeres”, de seguir su ejemplo y solicitar la presencia de mujeres que quisieran casarse y vivir en el valle, con la pretensión de llevar la ficción a la realidad.

El redactor José Luis Solanilla se encargó de elaborar la noticia, aunque el director tuvo que emplear todo su poder de convicción ante José María Fantova -uno de los mozos que después haría famosa esta iniciativa-, al considerar que podía presentarse de forma frívola e inadecuada, algo que en ningún momento se pretendió en el periódico, conocedores del problema de la despoblación rural, motivada por la falta de matrimonios y, por tanto, de descendencia que diera continuidad a la casa rural sobre todo en los pueblos del pirineo y prepirineo.

Una vez convencido de que el tratamiento informativo iba a ser riguroso, José María Fantova indica que esa misma tarde esperaba que uno de los mozos que había viajado a Zaragoza hubiera llevado al Heraldo de Aragón el texto del anuncio para publicarlo en la sección de “Clasificados”. Por ello, Nueva España fundamentó la noticia en

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

el titular de la publicación del presunto anuncio, presumiendo que aparecería el mismo día que la información, el viernes, 4 de enero.

A la mañana siguiente Antonio Angulo junto a José Luis Solanilla -redactor que un año después pasaría al Heraldo de Aragón- y a Juancho Dumall -en la actualidad subdirector de El Periódico de Cataluña, tras una rutilante trayectoria profesional por todos los periódicos de Zaragoza-, después de repasar dos o tres veces los distintos apartados de la sección de "Clasificados", comprobaron que el mencionado anuncio no aparecía por ninguna parte, debido a que el portador del mismo había decidido llevarlo al día siguiente. Así, se publicó al día siguiente, al igual que la noticia que, remitida por el propio José Luis Solanilla a la agencia EFE, llegó a todos los periódicos y medios informativos españoles, cruzando las fronteras nacionales y europeas y convirtiéndose seguramente en la información altoaragonesa que ha tenido mayor repercusión internacional.

Para Nueva España, que se encontraba en proceso de cambio a Diario del Altoaragón, ha sido su primicia más lograda y quizás la causante de la repercusión que llegó a alcanzar, porque es difícil saber cual hubiera sido el destino de un "anuncio por palabras" que muy bien hubiera podido quedar perdido en el conjunto de las páginas de "Clasificados", sin mayores consecuencias informativas.

Tampoco en la redacción del periódico nadie podía presumir la trascendencia de una noticia a la que se le dejó un espacio en primera a cuatro columnas con una foto convencional y sin información en páginas interiores, algo exigido por las normas y estilo periodístico, ya que la portada debe recoger el resumen o indicativo de las principales noticias e informaciones que se publican en el interior. Algo que hizo notar a la mañana siguiente el periodista del Heraldo Rafael Bardají a Marcelino Iglesias, entonces diputado provincial, al hojear conjuntamente el periódico en Zaragoza, indicándole que se trataba de una noticia curiosa, aunque quizás podía estar sobredimensionada. Se trataba de una crítica cariñosa y constructiva entre dos amigos a otro a migo común, Antonio Angulo, ribagorzanos los tres, y que había asumido recientemente la dirección de Nueva España tras la adquisición en pública subasta por la sociedad Publicaciones y Ediciones Alto Aragón S.A. participada entre otros por la Diputación Provincial de Huesca, en la que había intervenido el actual presidente del Gobierno de Aragón, Marcelino Iglesias.

Miguel Bayón
TVE Aragón
mbayon@telefonica.net

El club de los poetas muertos

Es fama que los archivos de los diarios, antes de la era digital, en aquel tiempo mítico cuando las carpetillas de cartón contenían la información del universo mundo, conspiran contra la voluntad de los periodistas. Ejemplos hay que han dado la vuelta al planeta. Nosotros, más humildes, en EL DIA, hicimos un exterminio de poetas. Bueno, en realidad "fallecimos" a dos por el mismo precio de cabecera.

Había fallecido Luciano Gracia, el poeta de Cuarte. Hicimos un sentido y merecido homenaje a su vida y obra en las páginas de Cultura. Fuimos al archivo fotográfico, a la carpetilla de "poetas aragoneses". Y sacamos la foto en cuyo reverso se podía leer "Luciano Gracia". Y se publicó en su página y en un "rataplán" en la portada. El de la foto no era otro sino Rosendo Tello, que no tardó en llamar para certificar de viva voz que lamentaba contradecir al periódico, pero que seguía vivo. Por un momento (breve) llegué a lamentarlo.

Al día siguiente, en el funeral de Luciano, coincidí en la última fila de la iglesia de Cuarte (la vergüenza no daba para adelantar posiciones) con José Antonio Labordeta, Emilio Gastón y el mismísimo Rosendo Tello, que había tenido la desfachatez de resucitar. Y además me miraba por el rabillo del ojo, apretaba los dientes para reprimir la risa y liberó (pude distinguir) dos lágrimas. La una, dignísima, por el amigo muerto. La otra, menos noble, por el esfuerzo de contener la carcajada. Labordeta y Gastón, que estaban al tanto de todo y son dos maestros de la ironía, nos miraban con un temblor de risa en los ojos y los labios. Finalizaba el rito y Rosendo estalló:

- Es la primera vez que acudo a mi funeral.

Tuvimos que salir a la calle, con la cabeza baja y tapándonos la cara con el pañuelo. Luego, sin decir palabra, nos separamos. Desde aquí, muchos años después, quiero sobre todo volver a rendir homenaje a Luciano Gracia. Y enviar un abrazo a Rosendo, a José Antonio y a Emilio que me acompañaron con un excelente humor en aquella expedición al reino de las sombras.

Caravana de mujeres

La primera "caravana de mujeres", la que llevó a Plan a las primeras páginas de los periódicos y los telediarios de todo el planeta Tierra, fue una vivencia alucinógena que

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

intentamos reflejar en dos páginas diarias Mariano Gistain, y yo, en calidad de enviados especiales de EL DIA. La historia está en las hemerotecas y no me demoraré en ella. Hoy asaltan mi recuerdo un confuso revoltijo de mujeres, rostros, tiones recién afeitados, la mágica cocina de Josefina en San Juan de Plan, mosén Jacinto, un primer baile radicalmente surrealista, noches y días en vela, una veintena de colegas que, en veinte idiomas, hacían cola para pasar el reportaje por teléfono, por el único teléfono disponible, que casi siempre estaba ocupado porque nosotros utilizábamos una extensión situada en el dormitorio de Josefina, justo al lado de Alfredo, su marido, que dormía la siesta ajeno al vértigo que se vivía.

Hoy todo eso es uno y trino en la memoria. Pero no podré olvidar mientras viva que aparecí en la portada del Diario del Altoaragón junto a una chica de la caravana con el titular: "Campanadas de boda en Plan". Lo supe al regresar a la redacción, unos días después. Mis compañeros me recibieron al grito de "¡felicidades!" y parece ser que habían iniciado una colecta para el regalo. Menos mal que una grabadora a la altura de la boca demostraba mi inocencia.

Tampoco podré olvidar que, tras una noche muy dura de trabajo y de explicar que yo no tenía vacas, ni tierras ni quería casarme, compartía con Karmentxu Marín, de EL PAIS, ojeras y curiosidades al alba. Fue doblar una esquina y sentir que alguien nos hacía fotos. Nos miramos sin comprender. Alguien me contó (no lo contrasté jamás) que nos inmortalizaron en algunos periódicos norteamericanos como ejemplo de la fiesta de los solteros. En fin.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Mario Sasot
Corresponsal de La Vanguardia
Director de Temps de Franja
msasot@cerezo.pntic.mec.es

Plan

Plan: la primera fiesta de los tiones, todos los periodistas trabajando al calor de la estufa que Josefina Loste tenía en la cocina-comedor de su casa. De repente, salgo y veo a unos periodistas suecos subiéndose a un poste telefónico para unir la línea con su ordenador y mandar las fotos por modem. Era el 1986, creo, y los demás teníamos que enviar los carretes por taxi a Huesca o Zaragoza. Aquello nos parecía cosa de marcianos.

Biescas

De las catástrofes, la que más me impresionó, más incluso que la de Biescas. La del accidente de un autocar de ancianos de Sariñena en Verín. Ver en el campo de fútbol, el césped sembrado de féretros y cómo los familiares, recorrían el laberinto de catafalcos pasando de un primo a un amigo, o vecino, etc. Me impresionó tanto que tuve pesadillas varias noches.

Reapertura del Madrazo

De anécdotas graciosas me viene a la cabeza un reportaje sobre la reapertura de los chiringuitos en el Madrazo (año 84 ó 85). Me llevé de fotógrafo a un compañero de Matemáticas, Julio García. La imagen de hacerles preguntas a las chicas mientras te acariciaban la bragueta del pantalón todavía me avergüenza ahora. No nos llevaron al reservado de arriba, de milagro.

Temps de Franja: todo por e-mail

De Temps de Franja se puede decir que es una revista virtual, casi imposible de explicar que salga (hasta ahora) mes a mes si no existieran los e-mail. No hay ninguna reunión de redacción física nunca. Hubo una reunión de miembros de las tres asociaciones (en Fraga) para decidir formarla y se aprobaron unas normas sobre dimensión, contenido, financiación, coordinadores, etc. y a partir de ahí ha funcionado por e-mail

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

(tan solo una reunión al año de dos o tres personas en verano aprovechando otros eventos).

Pilar Barranco

*Subdirectora de la Revista Aragón Rutas
euronrutas@yahoo.es*

Entrevista con lengua a Joaquín Sabina

Pablo Larrañeta y Lola Ester, responsable del Dominical de El Día, decidieron mandar a la becaria Pilar Barranco a entrevistar al cantante Joaquín Sabina, que estaba en su momento de mayor triunfo y presencia en las listas de éxitos. Pero Joaquín Sabina no concedía entrevistas a ningún plumilla. Aún así, había una vía de acceso: un encuentro con las fans, en una conocida radio, que iba a celebrar un concurso de piropos al cantante. Y al menor piropo iba a corresponderle un regalo y estar un momento con el cantante. Imaginaron que el regalo, por lógica, era un doble LP con sus éxitos que acaba de salir al mercado, o una camiseta, o algo así

La periodista, que tendría unos 22 años, pasó el camino del taxi entre el Polígono el Portazgo, donde se encontraba El Día, hasta el lugar donde estaban las fax, escribiendo ripios. Llegada a su destino, se puso en la fila de fans y esperó la llegada de Sabina e hizo aquello de donde fueres haz lo que vieres, es decir, gritar, etc.

Además, se trataba de estar un rato con Sabina y hacerle tres preguntas escasas; tampoco era tan difícil si jugaba bien sus cartas, dijo la becaria, que entregó su papeletito con el ripio casi rezando para no ganar. Pero, por otra parte, no le importaba el premio, pero quería marcarse el tanto ante sus jefes. Pasaron las horas y ya hasta cantaba con el resto de fans canciones de Sabina a grito pelado.

Los responsables de la radio anunciaron al fin su fallo y leyeron el nombre de la becaria. Ella fue invitada entre gritos, DNI en mano, a acercarse hasta el mismísimo Sabina. Iba dispuesta a recoger su disco y a hacerle hablar para su periódico. Verían de qué era capaz una becaria de la carretera de Logroño.

Sabina la saludo y le dijo: "Hola, rubia", te voy a dar el premio que te has ganado por escribir ese poema tan bonito sobre mi. El premio, se enteró en ese momento, era un beso del cantante que la abrazó de modo teatral ante las enfervorizadas fans que aullaban al ver su ídolo en aquellas lides. Sabina le clavó a la periodista un beso apasionado en la boca, lengua incluida, que fue muy aplaudido. Cuando la becaria reaccionó del susto le habían puesto el disco doble en las manos y Sabina se había alejado en un coche. No le había hecho una pregunta ni media, entre la sorpresa y el susto.

Subió haciéndose la fuerte hasta El Día, pero cuando le dijo a Pablo Larrañeta que no tenía la entrevista y le explicó lo que había pasado, se echó a llorar. El navarro llamó la atención con algo de aspereza a la pobre becaria, pero años después le confesó que

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

se había metido al cuarto de la televisión para contárselo al resto del staff, y que se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Entrevistar a un cajero automático

Plácido Díez era un director muy colega, pero aquella tarde estaba enfadado porque decía que algunos periodistas hacían lo que les daba la gana. Así que aquella tarde se puso a dar órdenes y no toleraba que nadie le llevara la contraria.

Concha Lardiés escuchaba la radio y le avisó: "Plácido, que han asaltado un cajero...". El director, directamente, encargo a Manuel Lorenzo Pina que cogiera un taxi y se fuera e entrevistar al cajero asaltado. Concha Lardiés intentaba completar la frase y explicar que se trataba de un cajero automático, pero Plácido la hizo callar. Después fue Manuel Lorenzo el que se acercó con el buen rollo habitual del periodista, a decir que no podía entrevistar al cajero porque... Plácido no le dio opción y le metió una buena bronca por discutir sus órdenes. Así que Manolo se bajó a Zaragoza jurando el hebreo, a entrevistar al cajero automático.

Hizo una entrevista muy divertida en la que se inventó pregunta y respuesta, con el supuesto sentir del cajero automático asaltado. Cuando Plácido lo leyó se dio cuenta de la situación y se echó a reír a carcajadas y acabamos toda la redacción llorando de risa, y nos fuimos a tomar algo a la terraza del Praga.

José Luis Valero
Heraldo de Aragón
jivalero@heraldo.es

Cese de un general

En el año 1984, la Agencia Efe abrió una delegación en Aragón. Entre las primeras actividades que puso en marcha fue unas cenas coloquio con personajes relevantes, en las que participaban los redactores de la agencia y periodistas invitados de otros medios. Al día siguiente, la agencia publicaba un resumen amplio a nivel nacional y regional con la información más importante suscitada a lo largo de la conversación.

En una de estas cenas estuvo presente el teniente general Zalba, entonces capitán general de la V Región Militar con sede en Zaragoza. El tema de la defensa nacional y los conflictos con Marruecos por el Sáhara y la reivindicación de Ceuta y Melilla por el rey Hassan estaba en la páginas de todos los diarios nacionales.

A lo largo de la cena y después de los cafés y licores, y en momento muy distendido, el teniente general comentó las carencias del Ejército y los problemas de la política de Defensa. Puestos en materia, dijo con toda sinceridad que España no podría defender las plazas de Ceuta y de Melilla ante una hipotética ocupación marroquí, tipo "la marcha verde", con la que había amenazado el gobierno del reino aluita.

La información difundida por la agencia fue amplia y titulaba que España no tiene capacidad ni estrategia para defender la soberanía de Ceuta y Melilla. El revuelo fue enorme y el teniente general, que admitió las declaraciones y no culpó a los periodistas a pesar de que él había creído que la conversación no tenía planteamiento informativo, fue cesado al día siguiente. Con todo, aceptó las excusas de los dos periodistas y en ningún momento perdió la amabilidad y el buen trato.

Muerte política y física (1990)

En 1990, en una de las etapas con mayor polémica sobre la política urbanística de Zaragoza y las propuesta de expansión de la ciudad, así como el desarrollo de convenios entre el Ayuntamiento y los constructores sobre el suelo susceptible de urbanización, un periodista local escribió un artículo de opinión en el que entre otras cosas decía que el posible fracaso de los convenios "podría significar la muerte física y política" del entonces responsable municipal del área ante las presiones de los que tenían intereses económicos. A todas luces, la expresión era más que desafortunada y poco adecuada para intentar explicar el nivel de acritud que predominaba sobre este asunto.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

to. Al día siguiente, el responsable institucional afectado rechazó los consejos de demandar al periodista. Unos días más tarde, al encontrarse ambos y sin perder el sentido del humor, el político le dijo al redactor: "Ya me ayudarás a redactar mi esquelita". El periodista se quedó blanco y no paró de tartamudear pidiendo excusas.

Fotógrafos y caballos

En 1981, el director del Aragón Express envió a un redactor y a un fotógrafo a cubrir una información relacionada con pruebas hípcas en Zaragoza. El redactor gráfico Fernando Luna, muy conocido en el periodismo zaragozano y ya fallecido, tomó imágenes de los caballos antes, durante y después de las pruebas. Fotos en las que resaltaba la estampa, figura y el esfuerzo realizado por los equinos y en las que no aparecían imágenes del público ni de ambiente en las tribunas. El director, Eduardo Fuembuena, padre de una saga de periodistas y una escuela de periodismo, pidió las fotos para elegir las que tenían que ir en la portada del diario. al ver todas las instantáneas, se volvió hacia el fotógrafo y le soltó:

- ¿Usted ha visto alguna vez que los caballos compren periódicos?

Una de gambas

Día 28 de abril de 2002. Lugar: Garrapinillos, barrio rural de Zaragoza. Celebración de la consulta organizada por el Ayuntamiento de Zaragoza para conocer la opinión de los vecinos respecto a seguir como barrio o constituirse en una Entidad Local Menor.

Sobre las 12,30 horas, un redactor de Heraldo de Aragón (Oscar Nieto), acompañado por el redactor gráfico Carlos Moncín se encontraban en Garrapinillos cubriendo la marcha de la votación y hablando con vecinos y participantes. La consulta tiene lugar en el Club de la Juventud: un local pegado a la Iglesia, que consta de una sola planta que también se usa como salón de actos del barrio, donde hay actuaciones, mitines, etc. El salón, habitualmente, tiene varias mesas, juegos de fútbol y billar, máquinas de videojuegos, ping-pong y bar-cafetería, donde se junta jóvenes y mayores para el aperitivo y por las tardes, incluso para cenas. A la hora citada, el salón estaba bastante lleno, entre los que iban a votar, los chicos y los que tomaban el aperitivo. Oscar Nieto estaba hablando con la gente y tomando notas, mientras Moncín hacía fotografías. En ese momento, se acerca una señora mayor a Oscar y le pregunta:

- ¿Es usted el que toma notas?

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

- Sí, dígame señora.

- Por favor, lleve a esa mesa dos cañas y una de gambas.

La señora se da la vuelta y se sienta esperando la consumición, mientras Oscar se queda inmóvil y sin reaccionar. No sabemos si la ciudadana protestó luego ante el camarero por el mal servicio y el retraso en llevarles la consumición.

José Antonio Ciria
TVE Aragón
jacbal@airtel.net

Las “bolas de Policarpo”

En los desplazamientos con un equipo de fútbol, suele ser habitual la colaboración de los redactores en las retransmisiones radiofónicas.

Por aquel entonces, contaba las aventuras y desventuras del Real Zaragoza en El Día de Aragón. Una de las anécdotas más divertidas en mis casi veinte años de profesión, la viví en el estadio Insular de Las Palmas.

Aquella tarde compartí cabina con Ortiz Remacha. Ocupamos nuestra localidad y una vez instalados sacó una libreta para repasar las cuñas publicitarias contratadas para ese encuentro. Todo iba bien, hasta que al girar una página apareció un tal Policarpo que anunciaba unas bolas como especialidad de la casa.

El contenido se las traía y comenzaron las bromas. De eso hace ya muchos años, pero la cuña en cuestión decía más o menos así: “No se pierdan nuestra especialidad. Las bolas de Policarpo. ¡Qué bolas!”

Comenzó el encuentro y entre jugada y jugada Ortiz Remacha daba paso a los consejos publicitarios. Por las ondas desfilaron naranjas, gaseosas, cervezas y yogures, hasta que llegó la paginita en cuestión. Cruzamos una mirada cómplice y sin decir nada Paco la pasó por alto para evitar lo inevitable.

El partido transcurría con normalidad. Ocasión de Las Palmas, contragolpe del Zaragoza... aderezado con los mejores productos del mercado. El reloj se aproximaba a los noventa minutos de juego y de las bolas de Policarpo no habíamos pronunciado ni una sola palabra hasta el momento.

Ortiz Remacha no tuvo más remedio que cantar las excelencias de dichas bolas, multiplicadas por el número de veces que habían pasado de largo. Sin mirarnos sabíamos lo que iba a suceder. No había articulado la primera sílaba cuando nos traicionó un amago de carcajada. La primera se pudo dominar, la segunda...

Las cabinas del estadio estaban adornadas con unas cortinas y pensé que serían, simplemente, de decoración, que detrás del cortinaje habría una mampara de separación con la cabina contigua. Todo lo contrario. Ante la inevitable carcajada metí la cabeza detrás de la cortina y...

¡No había cristal! La cortina en cuestión separaba las cabinas, con lo cual la carcajada explotó sobre el micrófono inocente de otra emisora. El compañero vio apare-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

cer una cabeza de la nada y a un tipo desconocido partirse de risa en su micrófono, cuando se disputaban los minutos más interesantes del partido.

Ortiz Remacha controló como pudo la jugada, pero al final las bolas de Policarpo se anunciaron tal y como estaba previsto.

No era de recibo pedirle disculpas al compañero interrumpiéndole la narración, pero su cara se tiñó de todos los colores y no le faltaba razón.

Al finalizar el partido, ruborizados por el incidente, le explicamos lo sucedido con la cuña y entendió ese topicazo que achaca los imprevistos a "las cosas del directo".

Un incendio en picardías

En la vida de las personas hay fechas que no se olvidan jamás. Situaciones que permanecen selladas a fuego en la memoria, como la que viví una noche de cumpleaños (no recuerdo cuántos me cayeron) en Palma de Mallorca.

El Zaragoza había jugado esa tarde en el estadio Luis Sitjar. Como todos los domingos, el final del partido se convertía para los redactores en el inicio de una carrera contra el reloj, para que la información llegase puntual a nuestros lectores.

Cualquier lugar era adecuado para comenzar a escribir la crónica (en aquella época los ordenadores portátiles y los teléfonos móviles eran artículos de ciencia ficción, inventos que el diablo no había patentado).

Por delante quedaban dos horas largas de juntar letras a destajo para cerrar la edición. "Ahora un apoyo de quince líneas". "Envíanos algo para la portadilla..." Por fin, al filo del ataque de nervios, escuchabas una voz que decía "ya están cerradas las páginas. Ha quedado todo bien".

Esa voz era tan gratificante, como la de la seño en el cole cuando decía: "Chicos, al recreooooo".

La ducha te ponía en forma y unos toques en la puerta de la habitación eran la contraseña para ir a cenar. En esa época tan sólo existían dos periódicos y en cuanto terminábamos los deberes, con la satisfacción del trabajo hecho (bien o mal, a gusto de los lectores), nos dedicábamos a dar buena cuenta de las viandas típicas de aquella ciudad, donde te había conducido el calendario de Liga.

La sobremesa era el momento más relajado del día. Después de una agradable conversación, uno de los compañeros se retiró al hotel y el resto, o sea dos, fuimos a una discoteca para distraer la tensión de la jornada. Llegamos al hotel a una hora prudente. Había que madrugar para tomar el vuelo a Barcelona y no era cuestión de embar-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

car con la ojera puesta.

Recuerdo que estaba leyendo en la cama cuando, de pronto, comenzaron a sonar golpes en las paredes. Las puertas se cerraban con estrépito. Lo primero que pensé era en la juerga que a esas horas llevaban los vecinos de habitación.

Segundos después las voces subieron de tono, hasta que decidí salir al pasillo para ver qué sucedía: Si me unía a la "fiesta" o llamaba a recepción.

La "fiesta" no era otra que un incendio en el hotel. Salí a la carrera para avisar a mis compañeros, con la documentación en el bolsillo y el pasaje de avión casi en la boca.

Al momento salió el fotógrafo vestido también por la urgencia y el tercer compañero en cuestión nos contestó que bajaba en un instante. Los minutos pasaban y no aparecía por el hall. Por fin lo vimos descender, como siempre, calmado y parsimonioso por la escalinata. Qué rapidez, pensamos, le ha dado tiempo de hacer la maleta y de acicalarse. Vamos que estaba hecho un brazo de mar, pero le faltaba un detalle que no tardó en corregir. Si ninguna prisa se sentó en una fuente junto a recepción, metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó los calcetines que se ajustó con idéntico ritual al de un torero vistiéndose de luces.

Mientras terminaba de ceñírselos y entre carreras del personal, le cogí la maleta para abandonar el hotel y cuál fue mi sorpresa cuando al hacer fuerza para levantarla del suelo, el volumen del maletón y el peso no guardaban ninguna proporción. ¡La maleta estaba vacía!

Entre bromas por lo sucedido salimos a la calle y el espectáculo que nos encontramos era difícil de calificar. El fuego se originó en la discoteca del hotel que apenas se veía entre los bomberos y la humareda, pero la parte digamos cómica de la noche se vivía en el paseo marítimo.

Quién podía pensar que en pleno mes de noviembre, el paseo se iba a convertir en una improvisada pasarela de lencería fina. Coquetos camisones de puntillas, rematados con zapatos de tacón de aguja. Pijamas de diseño y zapatos de muchas mil (ahora, en euros, sin tantas mil). Y una colección de picardías, ocultos entre las pieles de los abrigos.

El espectáculo resultó al final divertido, porque todo quedó en un susto. Horas después el sol dio sus primeros bostezos y puso el punto final al desfile con un suculento desayuno.

Juan Bolea

*Columnista de El Periódico de Aragón y escritor.
Su última novela: "El manager", Ediciones B, 2001.
juanbolea@terra.es*

Dos biombos y un par de milagros

Después de casi veinte años de ejercicio profesional podría llenar un volumen de memorias, pero en atención a la firma colectiva de este inclasificable libro, coordinado por el más inclasificable aún Mariano Gistaín, me limitaré a contarles dos historias.

Ambas tienen que ver con un biombo y con una aparición.

Milagro en el Mercado Central

La primera sucedió hacia 1984, junto al Mercado Central de Zaragoza. Allí, en una nave de alquiler, el hermano Antonio predicaba la fe de una nueva secta. Sus fieles, galvanizados por la formidable presencia del predicador, entonaban loas y salmos, cantaban a pleno pulmón lcebrando los dones, las maravillas de Dios. Hablé con el hermano Antonio. Le dije que estaba muy impresionado por el ambiente de su "iglesia", y que, si me autorizaba e informaba debidamente, me proponía realizar un reportaje. El predicador asintió. "Para que el reportaje tenga el éxito que ustedes se merecen -añadí, sin saber muy bien en qué terreno me estaba metiendo-, sería conveniente que pudiera describirles a mis lectores algún hecho milagroso". El predicador, que vestía una especie de túnica, se me quedó mirando largamente, mientras acariciaba el lomo de su sobada Biblia, y dijo: "Si viene usted mañana, a eso de las siete, veremos lo que puede hacerse".

Y allí estaba yo, al día siguiente, en la nave, con mi máquina de fotos, mi flash portátil y mi cuadernito. Me senté en el tercer banco. Hacía un calor insoportable. La nave estaba a rebosar. Había muchos gitanos, en especial mujeres, vestidas con sus mejores galas, como si fueran a una boda o una fiesta. El hermano Antonio empezó a cantar los salmos. Sus fieles le hacían coro, y poco a poco aquello se convirtió en un concierto de gospel. El ritmo de las voces crecía. Entre los fieles se advertían los primeros síntomas de histerismo. De pronto, observé que el hermano Antonio, desde el altar, me dirigía un gesto. Salí del banco y me coloqué a su altura, pero en un rincón, de cara a la gente. En primera fila, hundida en una silla de ruedas, descansaba una anciana. Tenía las piernas inválidas tapadas con una manta, pese al calor; debía sentirse tan débil que apenas podía cantar. "¡Cantemos y roguemos a Dios por la hermana Rosario!", exclamó el predicador, dando ejemplo con su voz de trueno, que sin

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

embargo era extrañamente melódica. El hermano Antonio se persignó y desapareció detrás de un biombo que hacía las veces de sacristía. En aquel momento, como alzada por las voces, la hermana Rosario retiró con sus manitas la manta que cubría sus piernas y, realizando un supremo esfuerzo, se puso en pie. La "iglesia" se vino abajo. Rosario avanzaba al altar, con los brazos extendidos, murmurando un salmo. "¡Milagro!", gritó el hermano Antonio, saliendo del biombo con los brazos en cruz, como un profeta. Me puse tan nervioso que se me cayó el flash, y se hizo añicos.

Disparé todo el carrete, pero las fotos saldrían mal. Titulé aquel reportaje, por el que casi me despiden, "Milagro junto al Mercado Central". Poco después, el hermano Antonio sería detenido en un pueblo de la provincia de Huesca, acusado de robar una furgoneta y una punta de ganado después de officiar otra de sus milagrosas misas.

Michael Jackson (1996)

Para comenzar la segunda de mis historias de apariciones y biombos me permitire recordar a Jerzy Kosinski, autor de una casi olvidada novela sobre los mecanismos mercadotécnicos de la música popular, ingenió el siguiente axioma: "En el rock sólo triunfa el exceso", escribió Kosinski. Y, ciertamente, la mayoría de las grandes estrellas han venido aplicando su receta al pie de la letra, tanto sobre el escenario como en su convivencia con el resto de mortales.

Uno de los máximos ejemplos de excentricidad en el ámbito contemporáneo del pop es, sin duda, Michael Jackson. Desde que en 1983, en una de sus escasas entrevistas, recibiera al periodista Gerri Hirshey en una habitación de hotel donde sólo había una cama, una nevera y una boa constrictor, no ha dejado de esforzarse por asombrar al público.

Le conocí en septiembre de 1996, en Praga. En la capital checa arrancaba su gira mundial, "World History Tour". La expedición Jackson, compuesta por 300 personas, entre productores, familiares, músicos, bailarines y técnicos, había copado el Hotel Intercontinental. Para acceder al vestíbulo era necesario franquear una masa humana. Abundaban, bailando en la calle al ritmo de "loros" portátiles, los clones del artista. Distinguí, flotando en el aire húmedo, la melena blanca de Joaquín Luqui. En una de las suites del hotel, otro veterano, el multimillonario productor judío Marcel Avram, me presentó al astro.

El tacto de su mano era duro y frío. Tenía la piel del rostro más clara que la de un blanco, pero unas manchas oscuras en la base del cuello revelaban imperfecciones en los tratamientos dermatológicos, y lagunas en su maquillaje. Los labios pintados de rojo, los ojos ribeteados, inmóviles, y el pelo lacio, estirado, le conferían un aspecto

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mutante. Le dije que su único concierto en España había despertado enorme expectación, y que las 43.000 entradas, a un mes del evento, estaban prácticamente vendidas. "Sold out", el verbo mágico. Se puso muy contento. Abrazar su espalda fue como abarcar una silla de acero. Pura fibra.

Su "van" me trasladó al gigantesco escenario que se ultimaba a marchas forzadas en un descampado a las afueras de Praga. La promotora checa llevaba vendidas 150.000 entradas, lo que obligó a cambiar el aforo. Praga se había rendido a la jacksonmanía. Donde antes, bajo el imperio del Telón, se levantaba la estatua de bronce de Lenin, presidía ahora la ciudad otra efigie de poliuretano de 25 metros representando al "Rey del Pop" con su chaquetilla de baile y sus correaes galácticos. En el coche me había sentado sobre sus gafas negras de sol, que le devolví. Tal vez ese gesto influyó en su buena disposición posterior, en la orgiástica puesta en escena -recuerden, el "exceso" de Kosinski- que Jackson montó durante sus tres días de estancia en España.

A bordo de un Boeing privado en cuyo lomo se podía leer, en enormes mayúsculas, "King of the Pop", aterrizó en el aeropuerto de Zaragoza. Una multitud lo aclamó durante siete kilómetros. La policía tuvo que emplearse a fondo para abrirle paso hasta el céntrico Hotel Boston. Uno de sus clones logró burlar la barrera de guardaespaldas (ocho armarios tipo NBA) y arrancarle un mechón de pelo, que alzó con un aullido triunfal antes de caer apaleado. La muchedumbre se deslizó hacia la marquesina del hotel. Una puerta de cristal estalló. En la batalla, perdí la corbata y la esfera del reloj.

Una vez en la suite presidente, donde se había hecho instalar pista de baile y una nube de globos negros y rojos, Jackson tomó una ducha rápida y, fuera de programa, se dispuso a visitar un centro comercial. Y allá fuimos, seguidos por las unidades móviles y por media Zaragoza. La gran superficie quedó felizmente machacada. En el pulcro supermercado caían a su paso los carteles de ofertas, se rompían las pirámides de huevos. La gente se colgaba de las escaleras mecánicas. Michael sonreía, disfrutando de lo lindo. Cuando la presión se hizo insoportable, lo metimos en una tienda de discos. Un centenar de rostros se agolparon contra la luna. Michael eligió un par compactos: James Brown y... ¡Thriller!

De regreso al hotel quiso saber si a su show iba a asistir el Rey de España. "Debe permanecer en palacio -murmuré-, ocupado en tareas de gobierno, pero estará la princesa Cristina, gran aficionada a la música". "Soy el Rey del Pop -replicó Michael, con su voccecita de Bambi-. ¿Por qué no viene a verme el Rey de España?" Pude convencerle de que suponía un gran honor la presencia de la Infanta, quien, además, deseaba saludarle.

La Romareda estaba a rebosar cuando doña Cristina y Alexia de Grecia llegaron a la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

puerta del camerino. Abrí la puerta, pero dentro no había nadie. "No puedo entenderlo, Alteza -dije, confuso-. El artista estaba esperándolas hace sólo un momento..."

En ese instante se vino abajo un biombo -los biombos, el leit motiv de estas dos historias- que no recordaba haber visto y Michael Jackson apareció vestido de combate, con sombrero y mascarilla, las charreteras brillando. La Infanta dio un respingo. El Rey del Pop se le acercó y, en absoluto silencio, desabrochó el botón superior de su blusa. Doña Cristina aguantó el tipo. Un nuevo botón se liberó del ojal. La Infanta resistió. "¿What is this?", preguntó Michael, sosteniendo con delicadeza el crucifijo que portaba la hija del Rey. "It is a presente of my mother, the Queen", repuso, con el debido sonrojo, doña Cristina. Luego ambos, con Alexia, se pusieron a charlar y reír.

Algún tiempo después entendí que, a su manera, como aquel hermano Antonio de la secta milenarista, tampoco el pequeño de los Jackson Five creía en los milagros.

La furiosa mirada de Terry Gilliam

Nunca olvidaré mi primera crónica sobre un gran rodaje, allá por 1988, como tampoco olvidaré la furiosa mirada con la que nos obsequió Terry Gilliam, cuando descubrió que dos intrusos se habían colado en su película; ni a Daniel Pérez, mi compañero fotógrafo, con la cámara oculta en su cazadora, haciendo fotos mientras bajaba su cremallera durante unos segundos, como si se tratase de un exhibicionista que va a mostrar sus encantos. La suerte, quizá la de los principiantes, hizo que aquellas fotografías fueran las más impresionantes que se publicaron en prensa sobre el rodaje de la superproducción más cara hasta entonces del cine europeo.

Belchite, el pueblo viejo de Belchite, testigo mudo y abandonado de uno de los episodios más crueles de nuestra guerra civil, había sido el escenario escogido por el director británico Terry Gilliam para recrear las peripecias del barón de Münchaussen, una extravagante fantasía cómica ambientada en el siglo XVIII, en la que participaban más de un centenar de técnicos y cerca de quinientos extras zaragozanos, mínimos e indispensables protagonistas de un rodaje no menos surrealista que la misma historia de la película.

Habíamos llegado a Belchite a duras penas, montados en el cuatro latas color butano de Daniel y tras sortear con las más insólitas mentiras los dos controles, ubicados estratégicamente a diez y cinco kilómetros del escenario. Si citábamos la palabra prensa, estábamos perdidos.

-Somos dos extras del rodaje y hemos perdido el autobús que nos debía traer desde Zaragoza.

La plaza de aquel Belchite en ruinas parecía una auténtica torre de Babel, con el ir y venir de decenas de técnicos (ingleses, italianos, americanos, alemanes, españoles...) que debían convertir aquel escenario en una ciudad centroeuropea, invadida por los turcos. Alguien le propinó entonces una patada a un bote de coca-cola, para borrar todas las huellas del siglo XX en un decorado que pretendía ser del XVIII.

Terry Gilliam, que llevaba un sombrero de paja en la cabeza y un llamativo jersey a rayas de vivos colores, había dado orden de que todos se preparasen para la acción, cuando un silencio sepulcral se adueñó de aquel pueblo viejo y disfrazado, que comenzaba a vivir en sus propias piedras y en las carnes de sus gentes una apasionante aventura. No llegó a pronunciar la mágica palabra. Daniel, apostado tras uno de los equipos de técnicos, los encargados de portar un gran foco, se había dejado

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

llevar por su entusiasmo y disparaba sin cesar su cámara que ya comenzaba a recoger imágenes sorprendentes. La mirada de Terry Gilliam fue fulminante. Extendió con fuerza su brazo, y yo sólo veía su dedo índice apuntar hacia Daniel. Dos energúmenos se dirigieron hacia él y le "invitaron" a abandonar el rodaje, amenazándolo con quitarle la cámara si no se marchaba de allí.

Daniel se fue, o hizo como que se marchaba, mientras yo me escondía tras los extras vestidos con harapos y sucios ropajes. Todos volvieron a colocarse en su sitio y, a la palabra acción, el director de casting movió a una masa de gente (al menos un centenar de personas) cuya única misión era la de revolver entre los escombros, quizá para buscar alimentos o enseres, porque al parecer los cascotes procedían de un semiderruido palacete en el que otros extras, ataviados con sedosas ropas gritaban desde un balcón.

Los técnicos no paraban de decir "Más humo, hace falta más humo". Detrás del palacete se estaban quemando ruedas de caucho, y nunca parecía llegar la toma perfecta, hasta que a la décima repetición los gritos de las mujeres ahumadas se iban quedando afónicos.

Terry Gilliam volvió a parar la acción. Al desplazarse los extras, tras los cuales yo me había refugiado, al centro de la plaza, me quedé al descubierto. Mi anorak amarillo llamaba demasiado la atención y me delataba el cuaderno en la mano. No di tiempo a que nadie viniese a echarme. Me bastó sentir sobre mí la mirada aún más furiosa de Gilliam para salir disparada como alma que lleva el diablo. A la espalda del director británico, en lo alto de un montículo de tierra, Daniel agitaba los brazos llamando mi atención, mientras me hacía la señal de OK con la mano. Por su gesto, deduje que no le habían quitado la cámara y que había podido hacer las fotos que él quería.

Cuando salí del lugar de los focos y del humo, me di cuenta de que hacía frío. Comenzaba a llover. Los tres mil millones de presupuesto de la película no habían podido prever el mal tiempo en este primer día de rodaje. Ya me alejaba del escenario de la acción, cuando me arrolló un batallón de soldados que se marchaban a hacer footing entre los descansos de una escena y otra para entrar en calor. Por el camino me encontré a uno de ellos, un muchacho que se daba masajes en sus torturados pies porque en el vestuario le habían dado unas botas de dos números menos al que él calzaba. Con cara de sueño y frío (se había levantado a las cinco de la mañana para coger el autobús de los extras), me dijo:

-No sé si soy un soldado turco o austriaco. Sólo sé que en medio de todo he tenido suerte en el vestuario, porque al chico de Zaragoza que venía conmigo lo están ahorcando ahora.

Busqué a Daniel y me subí con él a la loma. Terry Gilliam había comenzado a rodar

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

una nueva escena. Frente a la iglesia habían colocado un patíbulo y dos enormes sogas rodeaban el cuello de dos hombres, mientras un enano, encaramado en lo más alto, se mofaba de ellos y los golpeaba. El director británico no tuvo piedad. Ordenó repetir la escena al menos una docena de veces. Entre toma y toma, algunos técnicos piadosos se apresuraban a ofrecer sus hombros para que se asentasen en los mismos los pies suspendidos de los extras condenados a muerte, a la par que le daban masajes en las axilas al enano que se colgaba del patíbulo.

Después se rodaron otras escenas como la que protagonizaba un joven famélico que debía arrastrar un arcón de un lado a otro de la plaza, con entusiasmo la primera vez y exhausto tras las sucesivas repeticiones. A la orden de corten, Terry Gilliam había conseguido, con toda seguridad, la toma del agotamiento perfecta.

Hacia las cinco de la tarde, pese a la presencia de los guardias de seguridad, los vecinos de Belchite se fueron arremolinando en las inmediaciones del rodaje, mientras bajaba el rendimiento de técnicos y extras. El primer día del rodaje tocaba a su fin. La noche estaba cerca. Los tres mil millones tampoco podían alargar el día. Daniel tenía sus fotos, unas impresionantes y bellas imágenes, y yo guardaba en la memoria los interiores de una superproducción y de un pueblo en ruinas, el mismo que cincuenta años antes había asistido a un guerra fratricida.

*Juliana Muro
Radio Zaragoza
JMuro@unionradio.es*

Varias de Radio Zaragoza

Se dice el nombre pero no el pecador. Hace unos pocos añitos un compañero de esta emisora acudió a una rueda de prensa sanitaria que versaba sobre la menopausia; en el turno de preguntas, ni corto ni perezoso, lanzó la siguiente pregunta que provocó gran hilaridad ante el auditorio: ¿Qué incidencia tiene la menopausia en los hombres?

Muchos años antes era habitual anunciar los objetos perdidos. En una ocasión, en directo, a los locutores Paco Ortíz y Teresa German se les pasó un anuncio urgente de pérdida que un cliente había solicitado que se emitiera lo antes posible. Las prisas provocaron un error en la redacción que fue el detonante de esta anécdota. El anuncio correcto debía decir: "Extraviado reloj de Sra. con correa de piel"; sin embargo esto es lo que rezaba: "Extraviado reloj, con correa, de piel de Sra". Paco Ortíz fue el encargado de dar lectura a semejante dislate pero al ver su contenido comenzó a reírse y se lo pasó a su compañera que logró leerlo pero, contagiada, le resultó imposible dar el número de teléfono de contacto. Poco después se personó el marido de la mujer muy enfadado diciendo que de él y de su Sra. no se reía nadie y que iba a partir la cara a los locutores. Pidió hablar con el director, quien tuvo que contener al exaltado marido para explicarle que fue un error.

Esto ocurrió en el primer viaje del Papa a Zaragoza, el pasado siglo, en 1982. Radio Zaragoza transmitía en directo el citado evento. Desde el estudio, el locutor Enrique Calvo, con la ayuda de un monitor de televisión, relataba la llegada de los Reyes a Zaragoza, que se habían desplazado a la ciudad para recibirle. El avión aterrizó y aparecieron las imágenes de sus Majestades. En ese momento el locutor exclamó: "¡En estos momentos sus Majestades los Reyes Magos han llegado a Zaragoza!" Y continuó la retransmisión sin percatarse del entuerto.

Buscando el móvil desesperadamente

Año 1992, "Boom" de la telefonía móvil y de la Expo de Sevilla. Allí fui durante seis meses a relatar lo que acontecía cada día en el pabellón de Aragón con un enorme celular, que llevaba a todas horas, y que se había convertido en algo así como una prolongación de mi brazo. Con este instrumento de trabajo y un "Marantz", un magnetofón bastante pesado a punto de extinguirse en este mundo de la radio, enviaba cada día una crónica desde la última planta del pabellón aragonés. Sobre una mesa

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

del restaurante extendía todos mis bártulos y llamaba a Radio Zaragoza. Hasta que un día con el teléfono pegado a la oreja y toda alarmada le dije a un técnico, toda convencida, que no encontraba el móvil mientras desesperadamente trataba de buscarlo en la bolsa de trabajo y sobre la mesa, sin éxito, al tiempo que que le comunicaba, ya resignada, que lo había perdido y que no era posible enviarle la crónica. El pobre técnico, no entendía, pensaba que me había vuelto loca hasta que me hizo pensar: "Vámos a ver ¿Por dónde estas hablando?". Fué entonces cuando...¡Sorpresa! lo encontré en mi mano. Como te puedes imaginar, mi desesperación se transformó en vergüenza.

*Conrad Blasquiz
El Periódico de Aragón
cblasquiz@teleline.es*

Novato con la poli

Recuerdo una vez, cuando trabajaba en la radio en Barcelona, en Onda Cero, se declaró un incendio en el interior del recinto del puerto de Barcelona. Rápidamente, fuimos todos los periodistas hasta la entrada del puerto y un guardia civil no nos dejó pasar porque necesitábamos un permiso especial. Le pregunté dónde nos podían dar ese permiso y él me dijo que lo tenía que haber pedido con 24 horas de antelación porque no lo daban en el acto. Es decir, algo rocambolesco, teníamos que pedir un permiso para entrar al recinto portuario 24 horas antes de que se declarara el incendio, por lo que no pudimos entrar y nos quedamos fuera. Como verás, todo de una lógica aplastante.

También recuerdo que en la misma radio, quise hacer un reportaje sobre la Barcelona de noche. Así que contacté con la Guardia Urbana para solicitar el permiso correspondiente y me escondí entre la ropa un micrófono de solapa conectado a una grabadora. Pasamos una noche entera buscando algún ladrón y no encontramos nada. La primera noche que fui con un coche patrulla no tuve suerte., hasta que llegamos al cuartel de la Guardia Urbana porque allí me habían robado los altavoces de la radio del coche que estaba aparcado enfrente de la comisaría.

Despiértame cuando acabe la guerra

Durante la Guerra del golfo, yo era el encargado de la información internacional. Todas las noches salía a las dos y las tres de la madrugada e incluso había veces que al llegar a casa por la noche, me llamaban porque Saddam había atacado... Todas las noches, al irse del trabajo, sobre las ocho y media, Joaquín Carbonell, me preguntaba como estaba la guerra y me pedía que le avisara cuando concluyera. Así cada día. Hasta que finalizó la guerra con tan mala suerte para Joaquín que acabó sobre las cuatro de la madrugada. Yo, que he sido siempre un niño muy obediente, no me importó la hora y aunque fuera tan tarde le llamé a casa para informarle de que la guerra había acabado. Y Joaquín, casi sonámbulo, apenas pudo reaccionar cuando le dije la buena noticia. Pobrete.

Periodista francesa

Al principio de El periódico de Aragón, los políticos no nos conocían como era lógico. Un día, llamó a la redacción un diputado provincial preguntando por ESA periodista FRANCESA llamada Conrad.

Persecución en Salou

Cristóbal Montes se llevó un buen susto un día cerca de Salou. Me había enviado El Periódico para elaborar el suplemento del verano. Realicé entrevistas a Triviño, a García Nieto, Berdié, Senao... Un día vi a Ángel Cristóbal Montes y le seguí en el coche. Él se dio cuenta de que alguien le seguía y, en lugar de parar, echó a correr con su coche dentro de una urbanización hasta que le perdí. Es cierto que él no me conocía y se pensaba que era algún delincuente o qué sé yo.

José Marco

Cuando el Gobierno de José Marco se reunió en el ya famoso hotel Las Truchas de Nuévalos, vino a verlo su colega Alfonso Guerra. El entonces vicepresidente del Gobierno central, todo amabilidad él, no se paró mientras todos los periodistas le ase-diaban. Consecuencia: me caí encima del sillón provocando las risas de más de uno. En esa maravillosa cumbre en Nuévalos recuerdo que Santiago Martín, que cubría la noticia para Heraldo, se pasó toda la tarde en su habitación del Monasterio de Piedra intentando pasar una información a través del ordenador portátil. Estuvo tantas horas intentando la transmisión de datos a la redacción de su diario que, al final, no llegó ni a ver a Guerra.

Siguiendo a Gomáriz

Un día estuve siguiendo por toda Zaragoza a Emilio Gomáriz, que utilizaba un coche camuflado de la Policía y un escolta, también de la Policía. Recuerdo que nos vio, a Rogelio Allepuz y a mí. Nos saludó y todo. Incluso hasta posó alegremente junto a su escolta. Al día siguiente, sonrió bastante menos cuando publicamos que el Estado le estaba pagando un escolta y coche oficial. Hubo tal polémica que se quedó sin los dos.

Joaquín Carbonell
El Periódico de Aragón.
carbonell@cometatv.com

Pagar por la entrevista

En mi sección de entrevistas para El Periódico (que entonces se llamaba "Por la espalda") entrevisté a un pastor de un pueblo de la sierra de Albarracín, que es escultor; un señor mayor, poco viajado, confiado y asustadizo, que vino hasta la redacción para que le entrevistase sobre sus dotes creativas.

Todo fue bien y al final se me ocurrió gastarle una inocente broma. Le dije:

—Bueno, pues ya está. Ahora a la salida le deja las 25.000 pesetas que cuesta la entrevista a la secretaria...

—¿Cómo dice?

—¿No le habían explicado que la entrevista cuesta 25.000 pesetas?

—Pues, no señor...

—Pues así es.

El hombre cambió de color. Se notaba que estaba atravesando un momento embarazoso. Al final suplicó:

—Si no le importa voy al banco a sacar dineros, que es que yo no sabía nada y no traigo suficiente. Si quiere puede venir conmigo para que vea que no me escapo...

El lado bueno de Sara Montiel

La inefable Sara Montiel es una experta en tecnología televisiva. Estuvo en los platós de TVE en Aragón, para el programa "Esto es Aragón" que presentaba Isabel Corona, en los años 80. Sara Montiel, una vez maquillada, se acercó al plató antes de la emisión y echó una mirada a los asientos, a las cámaras, al decorado... y al techo, Miró hacia las luces y pidió por favor que le encendiesen la iluminación del set. Una vez visto preguntó cuál era su asiento:

—Aquí Sara, tú te sientas en este sofá.

—¿Y tú? -le preguntó la actriz.

—Yo me siento aquí -dijo Isabel señalando una butaca.

—No, ahí me siento yo.

—No, no, no puede ser. Este es mi sitio fijo. Es una norma.

—Pues entonces no hay entrevista. Yo me siento en tu butaca.

—¿Pero por qué?!

—Porque ese sitio está mejor iluminado. Yo no me arriesgo a hundir mi carrera desde esa otra butaca.

Periodismo de alto riesgo

Hicimos con Perico Fernández una sesión del programa "Tres asaltos", una entrevista sobre un ring, que inventamos Antonio Barceló y yo mientras estuve en TVE-Aragón. El programa se hizo (y me hizo) muy popular, porque por allí pasaron todos los personajes destacados de la vida social aragonesa: políticos, escritores, toreros, cantantes... Invité decía a Perico Fernández, como uno de los seres más encantadores y más famosos incluso en España.

Yo tenía cierto temor a enfrentarme a él porque en definitiva estábamos sobre un ring y calzando unos guantes. Y Perico era el campeón del mundo. Un puñetazo suyo podía noquearme de verdad.

Convinimos pues que para darle un poco de picardía al programa yo le pegaría ligeramente y él se mostraría aturdido. Que trataría de responderme pero que no me alcanzaría...

Así fue. El programa tenía su originalidad y su dificultad en que hablábamos y nos pegábamos a la vez. En un momento dado le hice una pregunta a Perico que tuvo que detenerse para pensar. Aproveché para soltarle un soplamocos que le sorprendió mucho. Tanto que me soltó una hostia que por poco me tira fuera del ring. Se puso como un loco, parecía que iba a matarme. Me lanzó al suelo y yo creía que iba a rematarme. ¡Pero sonó la campana!

Al acabar el programa, todo asustado, le pregunté qué le había pasado:

—Pero hombre, Perico, que por poco me matas. ¿Qué te ha pasado!

—Perdona, pero no sé qué ha pasado. Sólo he visto que me has pegado aprovechando que estaba pensando y chico, ¡ies que yo no aguanto que me pegue nadie! Me he confundido, perdona...

Más boxeo

Cuando inauguramos el espacio "Tres asaltos" teníamos temor de que nadie quisiera "hacer el ridículo" de subir a un ring a hacer una entrevista mientras boxeaba. Se nos ocurrió proponérselo al entonces presidente de Aragón Hipólito Gómez de las Rocas, un hombre con un gran sentido del humor.

Y aceptó encantado. Él siempre fue un gran deportista. Y también aceptó que le llamásemos en el programa "El ruiseñor de los Monegros". Su voz, precisamente, no es la de un pájaro cantor. Pero él asumió todo con gran deportividad. Gracias a su colaboración luego nadie se negó a pasar por el programa. Lo que más me sorprendió fue conocer su enorme disposición para los pequeños detalles. En un momento de la entrevista (ya saben, a salto de bofetada) le pregunté:

—¿En qué equipo le gustaría jugar?

—En el "No hay motivo de alarma" -respondió de inmediato.

Me dejó estupefacto. El "No hay motivo de alarma" era un equipo de fútbol en el que jugábamos cuatro amiguetes del barrio, nada serio. ¿De dónde obtuvo esa información?

Comer aparte

Hay otra anécdota relacionada con Hipólito G. de las Rocas, uno de los políticos más irónicos y con sentido del humor. Fui a entrevistarle a su casa, cuando estaba yo en "El Día" para una serie llamada "Cenas en familia", en la que cenaba con personajes populares, tal como indica el título. También fue la primera cena de una serie, dado que pensamos que si aceptaba Hipólito aceptarían todos, como así fue. Ahora constato que hemos abusado un poco de la amabilidad de este hombre. Pero lo que era una cena fue una comida, buen comienzo para esta serie. En casa de Hipólito nunca cenamos en familia, pero la comida es sagrada. Acudí a su domicilio del paseo Pamplona a la hora convenida y me recibió toda la familia con bastante alborozo y simpatía. Me pasaron al comedor y Hipólito me señaló muy serio mi sitio: en otra mesa aparte de la principal, una mesita pequeña con una sillita, un cuaderno y un bolígrafo, y en la mesa un grandísimo ramo de flores. Recuerdo que llegué a sentarme completamente abochornado porque creía que la cosa iba en serio. Las carcajadas de toda la familia (y tiene mucha) me hicieron comprender que aquello era una broma.

Vichisoisse

La "Cena en familia" más bochornosa para quien me invitó fue para el bueno de Emilio Lacambra y su mujer. Me prepararon una excelente cena como corresponde a un gran cocinero, a base de crema de langosta y creo que algo de pescado con una salsa de vichisois. ¡Puaj! Se me había olvidado advertirles que no tolero los productos lácteos guisados, no puedo, me producen auténtica aversión. En cuanto probé aquellas maravillas me di cuenta de que todo contenía leche o mantequilla. ¿Cómo decirlo? Dada la confianza que me une a Emilio, sin miramientos. No aguanto la leche. Y el resultado fue una cena vulgar en apariencia: dos huevos fritos.

Los celos de Miguel Ríos

Acababa de llegar Miguel Ríos a Zaragoza en viaje de promoción y quedamos para hacerle una entrevista. Miguel estaba en la cúspide de la popularidad, eran los años de "Bienvenidos", aquella canción que le permitió llenar estadios de fútbol. Hicimos la entrevista, por cierto, con una pequeña dosis de surrealismo: yo trabajaba en El Día y me había inventado un personaje-periodista: Montse Bertoméu, que firmaba entrevistas y reportajes que realizaba yo. A tal extremo llevamos el asunto que la entrevista a Miguel Ríos también la firmó al señorita Bertoméu. Y para darle más carácter de realidad logramos que una amiga mía posase con Miguel para la foto con el pie; "Montse y Miguel durante la entrevista" Así apareció en el periódico y contribuyó a añadir más kilos de confusión, porque nadie había visto nunca a esta periodista.

Pero lo verdaderamente chusco de aquella visita fue el enfado que agarró Miguel tras la entrevista. Nos fuimos caminando por la ciudad y a la altura del paseo de Constitución (íbamos a Radio Zaragoza) nos viene de frente una muchacha, que vemos que al descubrirnos nos sonrío. Se nos acerca, se para, me mira y dice:

—¡Tú eres Joaquín Carbonell!

—Sí...

—¿Me puedes firmar un autógrafo, por favor!?

—Claro...

Y nada más. Ni una mirada a Miguel Ríos. Ni verlo. Y Miguel agarró un cabreo de campeonato: "¡No me ha reconocido! ¿Tú lo has visto? ¡No sabe quién soy!

¡¡Esto es un fallo del departamento de promoción!! ¡Pero cómo es posible!!"

*José Ángel García Longás, Tximi.
Grupo Socialista Congreso de los Diputados
PEPATXIMI@terra.es*

Las fuentes de la noticia

Tengo en las manos un asunto potente. Los datos que me facilita el Gobierno Civil y la Delegación de Trabajo apuntan a un caso de libro sobre los matrimonios de conveniencia para obtener la nacionalidad española. Ella es mayor de edad, brasileña del estado de Pelotas y trabaja en un club de alterne. El novio es gitano, lástima que sólo tenga 12 años.

Voy a ver a mi amigo Juan, uno de los popes de la comunidad gitana de Huesca. No lo encuentro. Vuelvo después de comer y tan poco tengo éxito. Llego a la redacción, la historia me quema en la punta de los dedos, está confirmada por dos fuentes oficiales, el gobernador civil y el delegado de Trabajo, y dispongo los papeles del Registro Civil. A tope, abriremos el diario con esa noticia.

Son la 9,30 y todavía estoy durmiendo. Suena el teléfono, me llama la secretaria del Registro y me dice que la juez quiere verme. Tiene sobre la mesa un montón de legajos. Estos demuestran que el novio tiene 22 años. El error estriba en que, en un momento dado, un funcionario se ha equivocado al transcribir la fecha de nacimiento y desde ese momento en todos los documentos figura la fecha equivocada.

Llego a la redacción mentando a la madre del autor de soplo. En la reunión del consejo discutimos monográficamente sobre el asunto: ¿cuántas fuentes y qué documentos son necesarios para atar una noticia? ¿Cuál debe ser el tratamiento de la rectificación? La edición de día siguiente incluye la realidad desnuda, con un despliegue similar al del día precedente, y una llamada en primera.

El pique de una pareja de periodistas

Ya hemos apagado los ordenadores después de un día de información anodina. Llamo a Pepa que está en la redacción de RNE en Zaragoza. Conversación normal, como toda la jornada precedente. Al tiempo de acabar la charla, me dice que tiene un tema de sangre de la provincia de Huesca para abrir el informativo regional de la mañana y no me da ninguna pista. En realidad, es un farol, aunque eso me lo dirá una hora más tarde. No tiene nada, pero me ha sacado de mis casillas informativas.

Víctor Pardo y Luis Fácil están esperando a que termine la charla para ir a tomar una caña. "Compitas, hay que ponerse a trabajar". Y empezamos a barrer telefónicamente

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

la provincia. A los pocos minutos, el teniente coronel de la Guardia Civil me pone sobre la pista de un asesinato brutal en la casa de los forestales de Argüis.

Llamamos a Pablo Otín y con Víctor salen disparados para el lugar. Pablo hará las fotos y se irá directamente a Zaragoza, mientras Víctor se entera de la historia. Luis y yo nos quedamos en la redacción a pié de teléfono. A los 20 minutos, nos llaman, confirman los hechos y dicen que no hay rastro del resto de los medios. El asunto huele a scoop. Nueva llamada, Víctor me cuenta que ha aparecido en escena Inma, de la agencia Efe, que bajaba de esquira y se ha parado al ver el follón. Vaya putada, no tenemos la exclusiva. Llamo a Pepa, ella ya está en casa: "ya sé lo que tienes. El crimen de Argüis". Como un tiro va para la redacción, llama al restaurante Capri que está cerca del embalse, confirma algunos extremos y tiene tiempo para abrir el 24 horas de Paco Lobatón.

Fue el crimen de la motosierra. Los asesinos todavía andan sueltos.

Sagrario Saiz

*Jefe de Informativos del Centro Territorial de TVE en Aragón
informativos.z.tve@rtve.es*

Atraco con rehenes y zapatos de tacón

En el año 85, llevaba yo poco tiempo en Zaragoza, se me ocurrió un día ir a trabajar con unos zapatos nuevos. Se preveía el día tranquilo y decidí que los tacones no serían un problema. Craso error.

Al poco tiempo de estar en Television, llamaron por teléfono para decirnos que había un atraco con rehenes en una sucursal de la CAI. Y ¿adivinas a quién le tocó ir?. Pues a mí, con mis zapatos nuevos.

Nada más llegar, un policía me agarra del brazo y me dice que voy a entrar a la sucursal con él porque los secuestradores piden que entre un periodista. Cuando entré me quedé atónita. Uno de los secuestradores apuntaba con una pistola al director de la sucursal. Allí me enteré que pertenecían al GRAPO y que tenían a varios rehenes. Viví en directo toda la negociación de la poli (incluida la película del poli malo y el poli bueno), pero todo eso supuso que tuve que estar varias horas de pie. Y ante semejante noticia que tenía entre las manos (el resto de los compañeros tenían que estar fuera) mi única preocupación era el dolor de pies que comenzaba a tener.

En varias ocasiones salí y entré de la sucursal hasta que los secuestradores decidieron entregarse tras habérseles prometido (con los dedos cruzados por supuesto) que no se les aplicaría la ley antiterrorista. ¡Y yo preocupada en temas tan banales como mis pies!

Cuando llegué a televisión lo primero que hice fue quitarme los zapatos y llamar corriendo a mi casa para que alguien me llevase otro par para poder cambiarme. Te puedo asegurar que tardé mucho tiempo en volver a ponerme tacones para ir a trabajar.

Destrozando zapatos

Pero lo mío con los zapatos debe ser fijación. Porque meses más tarde, llevaba yo unos zapatos preciosos rojos (pero con menos tacón), cuando nos avisan de que un avión se ha caído en mitad del campo. Y allí que de nuevo voy yo con un compañero en busca del avión. Tuvimos que dejar el coche aparcado, y china chana emprender una caminata a pie monte a través. Encontramos el avión, hicimos la noticia, sacamos unas imágenes preciosas pero ahí se acabó la vida de mis zapatos. Llegué a Televisión sin tacones, con los zapatos destrozados pero eso sí, con la satisfacción del deber cumplido.

Lola Campos

*Su último libro: "Mujeres aragonesas". Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2001.
ducam@dico.es*

Periodismo de anticipación

Yo tengo en mi poder una de las primicias ofrecidas en España con mayor antelación. Ocurrió en la primavera de 1987, cuando entrevisté a Cela en una visita que hacía a Zaragoza, a última hora de la noche. Me recibió con mimo y simpatía, como puedes imaginarte, y marché a la redacción de El Día aprisa y corriendo para escribir. Le acababan de dar el Premio Príncipe de Asturias. Con las prisas, y con este proverbial des-piste mío, dije que estaba en Zaragoza el Premio Nobel Camilo José Cela. Larrañeta se puso al día siguiente hecho un basilisco, iqué más quisiera éli, comentó. En La Rebotica, donde yo colaboraba, también hubo cachondeo matutino. A los dos años, cuando en 1989 le dieron el Nobel, empecé a presumir de ser la primera en el mundo en dar la exclusiva.

Otra cosa que me inventé en El Día, junto a Concha Monserrat y Lola Ester, fue una contraportada para el Día de los Santos Inocentes, en la que decíamos que el candidato a la DGA por el PSOE era el altoaragonés Marcelino Iglesias. Empiezo a pensar que tengo dotes premonitorias.

Otra vez firmé un artículo de El Día con un Loca Campos que no alcanzó a ver nadie. Así salió publicado.

En la cama con Lindsay Kemp

¡Ah, Carmen Puyo y yo tenemos en nuestro haber la realización de una entrevista en condiciones totalmente anormales. Fue al actor inglés Lindsay Kemp (o algo así), que se hospedaba en el hostel Cataluña, en el Coso, cerca del Principal, donde representaba un espectáculo gamberro y transgresor. Nos sé si primero le entrevistó Carmen o luego yo, o al revés. A mi me acompañaba Rogelio Allepuz, a quien le hice señas para que no saliera hasta que no acabara aquello. El bueno de Lindsay estaba metido en la cama, en pelota picada, fumándose unos porros que temblaba el misterio. Yo sentada en el borde de la cama, haciéndome la mundana, como si no pasara anada, y de testigo un negro de pie que no cabía por la puerta. No era la primera vez que algún artista o crápula me recibía con porros o con tragos, a media mañana, pero nunca encamado.

Rueda de prensa con extras

Hacia 1991-92, en el Gobierno PAR-PP presidido por Emilio Eiroa, tuvo lugar una de las ruedas de prensa más disparatadas que recuerdo, cuyos principales protagonistas omito para evitar males mayores. Fue en una consejería del PP y el sucedido se conoció, días después, por todos los gabinetes de prensa de la casa, que entonces estaban dispersos por los distintos departamentos, por lo que sólo escribo de oídas. La convocatoria de rueda de prensa, por lo que fuera, no llegó bien a los medios, de tal forma que a la persona que estaba al frente de ese gabinete de prensa se le ocurrió, como solución de emergencia, llenar los huecos de los ausentes con funcionarios de la casa. Al parecer el remedio salió bien, porque el consejero de marras no se percató de la jugada.

La tertulia de la COPE

3 - 5 - 2002

Esta mañana me ha pasado a mí una de las muchas tontadas que nos pasan en la Tertulia con María José Cabrera. En lugar de llamar al fiscal general del Estado Cardenal lo he llamado Cisneros. Me he dado enseguida cuenta de que algo no iba bien, pero no sabía el qué. Y a propósito de la tertulia, una vez María José llevaba una camiseta con palabras en aragonés y Lola Ester y yo nos entretuvimos, en directo, en descifrar el significado de las palabras, pero ambas dos nos saltamos el de la palabra pichina (pene, etc), por razones obvias. Carmen Puyó, que es muy de ciudad, se dio cuenta del lapsus y se puso como una pesada a preguntar qué era pichina. Como no contestábamos, seguía insistiendo e insistiendo. En la Cope, claro. Yo le recordé las fotos de Lecquio publicadas por esos días en Interviú ("lo mismo que lo del Lequio, pero en pequeño") y empezó a entender. Acabamos, una vez más, cada una en una esquina del estudio, llorando y riendo, mientras María José mantenía el tipo, como si allí no estuviera pasando nada. Estos soliloquios de María José han llegado a durar cinco minutos, mientras las demás nos salíamos del estudio de pura carcajada. Una verdadera profesional.

Hoy nos ha vuelto a pasar lo mismo, ella insistiendo con el corresponsal de Cope en Jaca que nos tenía que invitar a probar el espárrago de Navarra (es navarro el chico). La Puyó, que se había mostrado especialmente cariñosa con el periodista, ha estado inutilizada en una esquina durante más de 10 minutos: lloraba como una descosida. Y la Cabrera hablando sola y las Lolás debajo de la mesa.

Juancho Dumall

*Subdirector de El Periódico de Catalunya
jdumall@elperiodico.com*

El hipo de Fraga

Primavera de 1987. El entonces líder del PP, Manuel Fraga, visita Zaragoza y —como es natural, que diría el susodicho— hace escala en Heraldo de Aragón. Yo llevaba pocas semanas en la casa. Pero, seguramente porque era el único disponible esa mañana, José María Doñate, subdirector, me anuncia: “Prepárate unas preguntas porque viene Fraga y le tienes que entrevistar”. Sufro un repentino ataque de pánico (¡Dios mío, entrevistar a Fraga en este periódico!), pero me repongo. Cuando me tranquilizo y preparo el cuestionario me doy cuenta de que llevo un pantalón vaquero y una horrible camisa a cuadros. Parece que voy a ir a una fiesta country. Más sudor frío... Llega Fraga. Trajín por los pasillos. Forman parte de su séquito José Enrique Rodríguez Furriel, por aquel entonces presidente del PP en Aragón, y Rodrigo Rato, que hacía funciones de jefe de comunicación de don Manuel. Rato tenía más pelo y menos experiencia que ahora. Como todos.

Entra en el despacho del director, Antonio Bruned. Entonces me llaman. Presencio los saludos desde un rincón. Fraga mantiene con Bruned una charla cordial e intrascendente. Alguien le ofrece café, pero don Manuel sólo quiere agua. Sigue la conversación y a mí me siguen sudando las manos.

De repente, cuando ya me han presentado como el listillo que va a hacer la entrevista, Fraga se atraganta con el agua. A las toses, espasmos y ahogos sigue un hipo tremendo, como nunca había oído en mi vida. Todos esperamos a ver si el gran jefe de la derecha española recupera el resuello. Bebe más agua, pero no hay manera.

Me imagino los latigazos de ese enorme diafragma.

La situación se hace tan violenta que somos invitados a abandonar el despacho. Fraga aún no se repone. De su corpachón salen aullidos, jadeos e impresionantes hipidos. Vuelvo a la redacción. A los pocos minutos viene Doñate y me anuncia que no habrá entrevista. Dejo de sudar.

Rato en el cajero

Diez años después, en mayo de 1996, vuelvo a encontrarme con Rodrigo Rato, tam-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

bién en una situación extraña. Fue en el Congreso de los Diputados, en Madrid.

Yo salía del edificio junto a otra compañera de El Periódico de Catalunya para ir a comer. Habíamos asistido a la sesión parlamentaria de la mañana. Recordé que no llevaba dinero encima y me dirigí a un cajero automático que hay en el interior del Congreso, justo al lado de los arcos dedetectores de metales. Saco el dinero y me dispongo a salir con mi compañera. Entonces, alguien me toca en el hombro y me dice: "No andes por ahí dejándote las tarjetas en los cajeros". "Muchas gracias", balbuceo, mientras me meto la 'visa' en el bolsillo. Quien me la daba era Rodrigo Rato, ministro de Economía y Hacienda.

Mi 'visa' aún tiembla.

José Luis Paricio
Director de Cadena Dial Binéfar
radiodialbinefar@unionradio.es

“No hablamos con emisoras pequeñas”

El uruguayo Nacho Bergara entrenó al Binéfar en 1979. Después de un encuentro - era mi primera entrevista- le pregunto: “¿Cómo has visto al árbitro?”. Su respuesta fue lacónica: “De negro”.

En 1982, en las fiestas de Binéfar, actuó Mecano, cantaron en play-back, un tomatazo impactó en el rostro de Ana Torroja y la actuación se suspendió durante dos horas. El grupo cenó en el hotel La Paz. Cuando iban al comedor les propuse una entrevista para una emisora que había en Binéfar que se llamaba Radio Borina - Onda Libre de Binéfar. La respuesta de Nacho Cano fue rápida: “No hablamos con emisoras pequeñas”.

En 1985, Antonio Embid, como presidente de las Cortes de Aragón, visitó Binéfar. Mi defecto de tutear a todo el mundo me llevó a preguntarle: “Antonio, ¿qué tal tu visita a nuestro pueblo?”.

“Johan, eres mi ídolo”

El Barça jugó en 1996 un amistoso en Alcampell en el que estuvieron casi todos: Sergi, Nadal, Iván de la Peña... Antes del partido le propuse a Johan Cruyff realizar una entrevista para Radio Binéfar y sentenció: “Lo siento, esta mañana he dado rueda de prensa en el Nou Camp y no hago declaraciones”. Mi reacción fue decirle: “Johan, soy del Barça y eres mi ídolo”. Esbozó una sonrisa, pero me concedió la entrevista.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

*Maria Pilar Lacambra
Cadena Dial Binéfar
radiodialbinefar@unionradio.es*

Animales sueltos

Un día, tras una llamada de un oyente, anunciamos en la radio: "Se ha perdido una cerda de engorde, en un camino en dirección a San Esteban de Litera". A los cinco minutos, una llamada localizó al animal en plena carretera.

Una oyente de Binéfar llamó entre sollozos afirmando que el loro se le había escapado del balcón. Al instante, otra vecina llamó a la radio: el loro se le había colado por la ventana y estaba en su casa.

Encarna Samitier
Subdirectora de Heraldo de Aragón
esamitier@heraldo.es

Intoxicación en la Academia

A mediados de los ochenta, era muy difícil conseguir información de estamentos militares y además existía una gran competencia con el periódico El Día. Yo era una joven periodista que había conseguido pasar a hacer información Local tras hacer de meritoria en Documentación. Me habían asignado Educación y Sanidad, áreas en las que tenía a dos potentes rivales: José Miguel Pérez Bernad y Mario Ortiz. En esas circunstancias, llegó al Heraldo la noticia de que había una intoxicación masiva en la Academia General Militar. Inmediatamente, me asignaron la información, aunque intenté, sin éxito, oponer resistencia aduciendo que era Sanidad pero también Ejército, ámbito en el que carecía de fuentes y que no era de mi negociado. No coló. Como buena chica, intenté primero los caminos ortodoxos para confirmar y ampliar la noticia: llamé, identificándome como periodista, a la AGM, al Hospital Militar, a Capitanía, al Gobierno militar... En todos los sitios, no conseguí pasar de centralita. Pasaba la tarde, los jefes me pedían resultados y mi angustia crecía. Sabía que esa intoxicación existía; faltaba una confirmación. Llevada del estado de necesidad, tiré por la calle de enmedio.

Marqué centralita de la AGM. "¿Me pueden poner con la Enfermería?". Hubo un silencio y me expliqué mejor: "Es que soy la madre de un cadete y me he enterado de que hay varios intoxicados. Querría saber como se encuentra mi hijo". Me pasaron con la Enfermería. "Sólo quiero saber si mi hijo está en la lista de ingresados por la intoxicación", dije. "¿Cómo se llama su hijo?". "Alfredo Torres" (me pareció un nombre muy apropiado para un cadete), respondí, en dura lucha con mi mala conciencia. Estaba muy nerviosa pero mi interlocutor lo achacaría a mi preocupación materna. La persona que me atendió volvió al teléfono: "No está en la lista". Era obvio. "No sabe que tranquila me deja" dije, (y qué verdad tan grande era esa de todos modos), ¿cómo están los demás, hay muchos ingresados, qué han comido?", inquirí. El buen samaritano que tenía al otro lado del hilo me aclaró todos los extremos y pude cerrar la información "in extremis".

Durante unos meses, en la Redacción me llamaron "la madre de Alfredo Torres".

Pasó el tiempo y he sido invitada algunas veces a la AGM. La última, con motivo del Congreso de Historia Militar, el general director —¡Fernando... Torres!- me situó a su derecha en la cena de gala del Congreso. Todo fueron atenciones y amabilidad. Intelectuales como Eloy Fernández Clemente, escritores y universitarios llenaban el

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

comedor. Me sentí vil, y en la obligación de contar a mis compañeros de mesa que, hace muchos años, había utilizado con ellos una aña gaza estilo "Miss Alicante". Aclaré que nunca hubiera utilizado ese ardid -de hecho, nunca lo he hecho-, para obtener información comprometida o para confirmar un delito. Creo que ese es un matiz importante; el hecho de que se tratara de un asunto "inocente". Lo mejor, no obstante, es poder constatar la evolución de la sociedad española, y en concreto la apertura a los medios de comunicación, y a su entorno en general, de la Academia General Militar. Ahora no tendría problemas para confirmar una información de ese tipo y creo de justicia reconocerlo.

Contando manifestantes

En aquellos tiempos tampoco se estilaba que se dieran datos de los asistentes a manifestaciones. Pérez Bernad y yo cubríamos las manifestaciones estudiantiles de los tiempos de El Cojo Manteca. Muchas veces nos quedábamos casi sin comer, porque se estiraban mucho las "sentadas", así que nos escondíamos para que los estudiantes creyeran que la Prensa se había ido a casa. Si nos veían, se esmeraban mucho más y la cosa acababa en carga policial... Bueno, la cosa es que un día Chemi y yo íbamos discutiendo: "hay cinco mil", decía uno; "hay diez mil", decía el otro. Al llegar a la Redacción, me arrugué: "¿Y si tenía razón la competencia?", Y puse su cifra de asistentes. La cosa fue que a él le pasó exactamente lo mismo... y puso la cifra que yo barajaba.

Menos mal que también esto ha mejorado: ahora utilizamos el socorrido "según los organizadores", "según fuentes oficiales" y, por supuesto, el ojo de buen cubero.

Otra de esa época turbulenta de manifestaciones: un día se presentaron varios representantes sindicales, muy serios, para ver "qué hora era buena para manifestarse. "Es para que podáis venir", explicaron. Y es que había a la vez manifestaciones de médicos, ats, estudiantes, y profesores. Por supuesto, me pareció muy fuerte fijar la hora. ¿Y si me ponía enferma y no podía aistir?. Les dije que la pusieran a su gusto, que haría lo imposible por estar allí. Y, por supuesto, lo hice. A costa, de hacer horas extra, pero me sentía moralmente obligada.

El fotógrafo impasible

Con Carlos Moncín, profesional de la fotografía donde los haya, fuimos a Madrid a entrevistar a Carlos Saura. El cineasta tiene como hobby la fotografía y su casa está llena de cámaras antiguas. Así que Mónica se esmeró y se puso a fotografiarle en el

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

jardín con un objetivo impresionante, disparando a velocidad de ametralladora. Aquello no gustó a Antonio, el perro lobo de Carlos Saura, que se puso extraordinariamente nervioso. Tanto, que agarró a Moncín por el tobillo y no lo soltaba. Yo, que tengo pánico a los perros, contemplaba admirada la escena: Un auténtico profesional, me dije, un hombre que sigue disparando su cámara pese a tener a un perro lobo literalmente puesto en el tobillo. Percatado Saura de la escena, le quitó el perro a Moncín de la pierna, no sin dificultad. Cuando le pregunté a mi colega cómo había conservado la sangre fría, me contestó, impérrito: "Pero si pensaba que eras tú, que me estabas dando en la pierna para que acabáramos porque perdíamos el tren".

Ignacio Iraburu

Redactor jefe de El Periódico de Aragón.

Ha escrito Los cuatro viajes del Palacio de Larrinaga.

niraburu@aragon.elperiodico.com

Fuegos de artificio

En el suplemento de fiestas de un diario tuvieron la feliz idea de inventarse la sección de crítica de fuegos artificiales, asunto que me adjudicaron rápidamente por mi condición de becario.

Había que estar cada noche a las 12 en una gran explanada, escribir una pequeña crónica de urgencia y valorar después —del 1 al 10— la variedad, el color, el ruido y el ritmo de lanzamiento de los fuegos. Aquello se convirtió en un engorro, porque yo, que entonces no era ni aficionado al tema, no acertaba nunca. Cuando ponía un 10 en variedad, el comentario ciudadano del día siguiente era lo monótonos que habían sido los fuegos de la noche; si jaleaba el ritmo, la vox populi se quejaba de la lentitud de la exhibición. En fin, no daba una. No tenía ni criterio, ni olfato para los fuegos. Me dedicaba a estar atento, eso sí, a los i'oooohs!' de la concurrencia, pero ni por esas acertaba. En un día que me pasé con tanto 10, los responsables de la pirotecnia protagonista (que, en realidad, la había pifiado) me llamaron para decirme que me querían devolver de algún modo tanta generosidad calificadora. Que me untaban, vaya. Un sobre para el becario recién llegado, un sobre para aliviar tanta pena diaria y marcharme a un lugar lejos, donde no existiesen los fuegos artificiales. Les corté la traca a tiempo, pero en este caso, siempre me quedó la duda de si la avispada pirotecnia tenía intención de pagarme en especies.

Ramón Buetas

*Asesor de Prensa en las Cortes de Aragón
Presidente de la Asociación de la Prensa de Aragón
RBuetas@cortesaragon.es*

Una curiosidad en el Altoaragón

El verano del 89 fue especialmente trágico en el Alto Aragón. Los sucesos en deportes de aventura se venían reiterando tanto en Guara como en otras zonas del Pirineo. Numeroso jóvenes murieron en accidentes, tal como refleja la prensa local de esas fechas. El 6 de junio del 89 en la página 7 del Diario de Altoaragón titulaba en la sección de comarcas: "Nueva tragedia de cuatro jóvenes galos en el Pirineo altoaragonés". El antetítulo decía lo siguiente: "Perdieron la vida al estrellarse su avioneta en el Aneto"

Lo curioso de la información se podía leer en la entradilla. Resulta que los "jóvenes" que sufrieron la tragedia tenían todos más de 46 años, alguno incluso alguno llegaba a los 70. La información la había realizado Javier Ricou, periodista de Bonansa que después pasó por el Segre y ahora está en La Vanguardia. Pocos periodistas contrastan tanto la información como Ricou. El problema surgió porque en aquella sección de comarcas –ahora que está tan de moda la creación de las comarcas por el Gobierno de Aragón esta sección se puso en marcha ya en el Diario del Altoaragón hace catorce años- estaba formada por el propio Ricou, Ramón Buetas y Santiago Benito. Buetas y Ricou se encargaban de las investigaciones y de coordinar corresponsales. Santiago Benito era el jefe de la sección y como era un auténtico experto en titular se responsabilizaba de ello. La información la hizo Ricou, pero el titular lo hizo Santiago Benito, todavía hoy jefe de la sección, creyendo que una vez más –se habían repetido tragedias de jóvenes- habían sido jóvenes. Los filtros no funcionaron y ni el propio Ricou, ni Buetas –ahora en las Cortes de Aragón- ni Santiago Benito observaron el grave error que fue la comidilla de Huesca al día siguiente porque los jóvenes podrían ser de espíritu, pero con 70 años ya no lo eran tanto. En aquellas fechas trabajaban en el Altoaragón Jesús Peleato, Susana Deito, Javier Ricou, Soledad Campo, Santiago Benito, Luisa Pueyo, Javier García Antón y Antonio Angulo. Antonio Angulo y Javier García Antón, director y redactor jefe, que eran muy respetuosos con el trabajo responsable de las secciones, no podían salir de su asombro por la equivocación del equipo de comarcas. El caso no pasó a mayores, pero la competencia soltó más de una carcajada y los sufridores lectores también.

Otras curiosidades del Diario 16 Aragón

Diario 16 Aragón fue una auténtica referencia del periodismo aragonés. De hecho consiguió auténticas primicias que recibieron numerosos premios como fue el caso del acelerador de electrones del Clínico o el descubrimiento del caso Roldán por José María Irujo con una buena colaboración por parte de la delegación aragonesa que rastreó los registros de Zaragoza para buscar sus propiedades.

En la última etapa de Diario 16 Aragón con Francisco Sancho de director, ahora profesor en la Universidad de Navarra y asesor de comunicación, y con Ramón Buetas como Redactor jefe se vivieron escenas tragicómicas. De hecho, en el año 96 cuando el periódico estaba sumido en una profunda crisis, el ordenador central del Diario 16 en Aragón en la sede de la Avenida Cataluña fue robado, con lo que el sistema informático quedó anulado. La solución fue la instalación al día siguiente de varios terminales nuevos, no obstante las pantallas eran tan escasas que los redactores tenían que hacer cola para poder editar sus páginas. Fernando Díez Barturen, ahora jefe de prensa de Ibercaja, fue uno de los sufridores de las largas esperas para poder editar una página. La ausencia de terminales tuvo una incidencia directa en la calidad del producto.

Las desgracias nunca vienen solas. Diario 16 Aragón trasladó su sede a la calle Pradilla. Allí se vivió otra situación rocambolesca, ya que una inundación en una noche del mes de junio del 96 dejó a toda la sede bajo mínimos. Poco tiempo después de la marcha sucesiva a otras empresas de varios redactores, entre ellos de Manuel Lorenzo y Ramón Buetas, el DIARIO 16 ARAGON cerraba en octubre del 96 una interesante etapa del periodismo aragonés.

Publicada en Heraldo de Aragón en mayo de 1994:

“Confunden a un periodista de la DGA con un ETARRA”

M. G. C. Zaragoza.

Los zaragozanos responden siempre estupendamente a las peticiones de colaboración ciudadana que lanza la Policía. A veces da sus frutos y otras ocasiones provoca situaciones peculiares. En menos de 24 horas, un periodista fue confundido con un etarra y un policía nacional, con Luis Roldán.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El periodista del Gobierno aragonés, Ramón Buetas, fue confundido el pasado miércoles con un etarra cuando se encontraba cenando en un restaurante zaragozano. El periodista estaba acompañado de su novia, del diputado del PP Angel Pintado y de dos periodistas más. Un comensal de una mesa próxima creyó que era el etarra del «comando Barcelona” Benjamín Ramos y avisó al 091. Al momento irrumpieron en el local ocho policías de paisano, seis de los cuales se colocaron estratégicamente en el restaurante y otros dos se acercaron a la mesa de Buetas. Al solicitarle la documentación el periodista explicó que no la llevaba encima. En ese momento, Angel Pintado se identificó como diputado de las Cortes aragonesas y acompañó a los policías a que comprobasen los datos que el periodista les había dado. Tras verificarlos, los agentes se marcharon.

Un policía y Roldán.

La intensa búsqueda del ex director de la Guardia Civil, Luis Roldán, también ha provocado que los ciudadanos se vuelquen y traten de cooperar para lograr su captura e incluso para comunicarlo a la prensa. Ayer por la tarde, un matrimonio se quedó «de piedra» al ver entrar a Luis Roldán en la cárcel de Torrero. El supuesto ex alto cargo bajó de un coche, sin esposar, acompañado de dos o tres hombres. La pareja, en su buena fe, comunicó lo que había visto a este medio y poco después se pudo comprobar que el supuesto Roldán es un policía nacional que guarda un tremendo parecido con él.

(Nota de Ramón Buetas: Los otros dos periodistas que cenaban con Ramón Buetas y con el diputado eran Miguel Terrado, ahora en El Periódico de Aragón, y Fernando Diez Barturen, jefe de prensa de Ibercaja).

Antón Castro

Heraldo de Aragón. Su último libro es "Gente de cine", Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2002.

toncastro@navegalia.com

Resucitar a el Esquinazau

Quizá la más curiosa es aquella información de 1988 o 1989 cuando se iba a abrir el museo de la Bolsa de Bielsa, y yo puse un titular en "El día de Aragón" que decía: "Antonio Beltrán "El Esquinazau" regresa hoy a Bielsa". Y el subtítulo explicaba más o menos: "El teniente coronel de la 43 División acudirá a la inauguración de un museo la Guerra Civil". Antonio Beltrán, nacido en Canfranc en 1897, había muerto en México en 1960.

Con Cela

Cela vino a presentar algún libro de Alfonso Zapater, creo recordar. Eran los tiempos en que recorría el país con una choferesa de color y presumía de haber reeditado su viaje a La Alcarria con una aparatosa campaña publicitaria. Le pedí una entrevista. Acababa de comprar una edición de Pascual Duarte ilustrada por Antonio Saura y sus Conversaciones españolas se habían convertido en mi libro de cabecera de periodista, como antes lo habían sido Memorias de otoño de Manuel Vicent. Le llevé ambos libros al hotel Corona de Aragón y mi edición de Mrs. Caldwell habla con su hijo. Había repasado sus entrevistas con Picasso, Baroja, Azorín, Miró y Pablo Serrano una y cien veces. Me entusiasmaba el trabajo y quería contarle algo de lo que me había pasado con sus libros. Nos encerramos en una salita, peor no conectamos en ningún momento. No hubo manera de sacarle ningún partido. Se puso a la defensiva, receloso y abrupto: sus respuestas lacónicas y cortantes me pusieron nervioso. Tuve la impresión de estar viviendo la misma entrevista imposible, llena de monosílabos, que él le sufrió a Azorín. La timidez se agitó en mi cerebro y se desmandó por todo el cuerpo. Noté que temblaba y que palidecía. Cela repetía: "Mire, usted", "Sí, señor. Otra pregunta", "No señor" o "Un escritor nunca sabe lo que quiere contar. Otra pregunta". Me esperaban tres páginas en el suplemento "Imán" de libros de El día que nunca llegaron a salir. Al irme le pedí que me firmase los libros. Cuando tomó entre las manos la versión ilustrada de Pascual Duarte me preguntó: "¿Cómo se llama usted en realidad? No puedo creerme que alguien en Zaragoza se llame de veras Antón Castro". Le dije mi nombre completo y redactó: "Con todo o meu agarimo para o meu paisano Antón Rodríguez Castro".

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Volví a la redacción y el jefe de talleres me dijo muy amablemente al día siguiente. "¿No cree que debería dedicarse a otra cosa?".

Con Torrente Ballester

Con él me pasó todo lo contrario que con Torrente Ballester. Acababa de ganar el Planeta con "Filomeno a mi pesar" y lo pedí una entrevista, tras la rueda de prensa. Quedamos a las ocho y media en el Gran Hotel. La entrevista coincidía con su cena y la de María Fernanda, su esposa. Abrí la grabadora y empezamos a conversar. Hubo un momento en que yo me sentía el periodista más impertinente e inoportuno del mundo. Se lo dije: "No diga tonterías. Coma bolitas de bacalao y pregunte". Al cabo de un tiempo salió la entrevista y recibí una carta de gratitud desde Salamanca y una llamada de teléfono expresa del jefe de prensa de Planeta, a petición suya. Tres meses después, lo encontré en el hotel Princesa Sofía de Barcelona ante el ascensor. Estaba solo con sus gafas negras. Lo abordé, y le recordé la entrevista, la cena y su amable nota. Añadí: "¿No sé si se acuerda de mí?". Sin ofuscación, me contestó: "La verdad, no me acuerdo para nada de usted. Buenos días".

Ídolo azteca

De la tele, una de las más impresionantes es el día que maté a un catedrático de la Universidad al confundirlo con otro, y sobre todo la de Eliseo Bayo. Que trajo un ídolo azteca de 2.000 / 3.000 años de edad para mostrar en "pasiones privadas". Y de repente, abrió la bolsa, lo sacó y descubrió que se la había roto la cabeza. Se quedó lívido, como si le hubiera dado un golpe por sorpresa. No sabía qué hacer ni dónde meterse.

Había perdido todo interés por el programa. Y de repente, ante el estupor y la compasión de los cámaras e iluminadores, dijo: "Y ahora ¿cómo le explicó a mi mujer que esta figura ha resistido un viaje de dos o tres mil años y no ha soportado un simple paseo de Caspe a Zaragoza?".

Raquel Lozano
El Periódico de Aragón
rlozano@aragon.elperiodico.com

¿Mueres periodistas?

Estaba yo empezando en esto de la prensa escrita —sería mi segundo año de carrera y hacía prácticas en Diario de Teruel— cuando me enviaron a la sierra de Albarracín a preparar un reportaje sobre la trashumancia de ganado vacuno. Andaba yo intentando evitar que no me paralizase el pánico al ver a aquellos toros enormes a mi alrededor y en éstas se iba la mañana, fantástica, por cierto. En un momento dado, me di cuenta de que un anciano del lugar (boina bien calada, improvisado bastón de rama e infinitas arrugas en el rostro, o sea, el anciano tipo) me seguía. Debía llevar ya un rato detrás de mí. Y detrás de mí siguió. Supongo que fue cuando se armó de valor que se acercó y me dijo: "Perdone, ¿es usted la señorita periodista?". "Pues sí, soy yo ¿puedo ayudarle?" "No, si no quiero nada. Sólo comprobar que es verdad que hay mujeres periodistas ¿puedo mirarla trabajar?" "Puede, puede". Y a eso se dedicó el resto de la jornada, a seguirme para mirarme trabajar. Claro que era el siglo pasado, pero también era el año 1990.

Óscar Tomás

Asociación de la Prensa de Aragón

oscar@aparagon.es

Manta zamorana

Lo mío fue llegar y besar el santo. No bien me había acercado el gerente de El Día a la redacción, un tal Joseba Irturr... Ituri... Joseba, en definitiva, cuando ya me habí-an adjudicado una tarea para estrenarme en la plaza. José Luis Andrés estaba en vena.

- Mira, chaval. Coges esta cámara y te vas mañana a Tarazona, que están cerrando una empresa textil. Te enteras de lo que pasa y me lo traes como para una boda. Escrito y con muchas fotos, que la cosa irá para largo.

- ¡Ah! ¿Pero se casa alguien?

- Vale. Anda y que te expliquen como funciona la cámara...

No es que me hiciese el listillo, es que la expresión "como para una boda" (entiéndase "para anteayer") me resultaba desconocida. Como casi todo.

La excursión era con chófer. Antón Castro, aunque faltase poquísimo para su paso a El Periódico, se acercaba a la ciudad a cubrir asuntos de Cultura. Se llevaba de paso a su chaval, lo que me producía mucha envidia; al menos, él -el chaval- sabía qué demonios pintaba allí.

A la llegada a Tarazona, cada cuál a lo suyo, con hora fijada de reunión. Servidor, a la empresa textil, dispuesto a enterarme incluso del apellido de los gusanos de seda que producían el material.

Nada más entrar en el recinto y preguntar por el comité de empresa, ceños recelosos y miradas a la cámara fotográfica.

- ¿De qué periódico eres tú?

- Deeee... El Día. Venía a preguntarles cómo va el asunto.

Una mirada de piedra y un berrido para llamar la atención de un trío de ciudadanos que paseaban por el recinto.

- Aquí, Fulano, que es uno de El Día.

Y a por mí que venían los tres, que se les notaba en cómo enfilaron poniendo la directa.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

- Así que de El Día. Ven con nosotros.

Y me encaminaron hacia el edificio principal. En concreto, hasta una salita de exiguas dimensiones casi ocupada por completo por una mesa redonda en la que me invitaron a sentarme. Lo que me dio mala espina fue que echasen la llave y se la guardasen.

Una vez sentado, fue el más alto el que se apoyó con las dos manos en la mesa y me preguntó a bocajarro.

- ¿Tú sabes lo que es una manta zamorana, periodista?

- ¿Una qué? - ¡Vale que trabajasen en el ramo textil, pero yo no!

- Una manta zamorana.

- No, ni idea.- En aquel momento, lo que yo deseaba fervorosamente era saber todo lo que aprendió Houdini para escaparse de lugares y situaciones tan inverosímiles. Porque el caso era que el grandón ponía cara de muy pocos amigos.

- Pues verás, consiste en coger a un periodista, enrollarlo en una manta y molerlo a palos, no te diré más...

- ¡Ah!- Yo, en momentos de tensión pierdo el oremus, ya ven.

- Y ahora, ¿me quieres explicar por qué...

No les había contentado precisamente cómo se había tratado la información previa que me había conducido a Tarazona. No tanto por lo que se decía como por el mero hecho de hacerlo, puesto que desvelaba la situación de la empresa mientras los trabajadores intentaban hacerse con los derechos de venta de lo que quedaba para irse al paro con un dinero que les permitiese aguantar hasta encontrar otro trabajo. Corrían tiempos duros, algo que yo recordaba cada final de mes al ver mi nómina?

Eran buena gente, así que me quedé con la clase teórica y me ahorraron la sesión práctica, algo muy de agradecer, créanme. Salí encomendándome a San Cucufato, no fuera a ser que cambiasen de idea, y me refugié en la actitud comprensiva de Antón que, en un rasgo de agudeza, supo encontrar una tarea a la altura de mis verdaderas posibilidades: todo el camino de vuelta estuve lidiando a brazo partido con la radio de su coche, intentado encontrar una emisora que retransmitiese la Vuelta, el Giro o el Tour, que ya ni recuerdo cuál era.

¿Ávila, dice usted?

-

- ¿Cómo dice? ¡Ah, el billete! Tome, tome usted...

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

-

- ¿Qué? ¿Ávila? ¿Y qué se me ha perdido a mí en Ávila?

Quien sacudía con delicadeza un billete de tren –el mío- era un revisor de talante comprensivo y ducho en lidiar con todo tipo de viajeros. Por ejemplo, el cachorro de periodista que hasta la mención de Ávila se regodeaba al hojear una edición barata de Las crónicas Marcianas (las de Ray Bradbury, no las de Sardá). Claro que, tras los toquecitos de aviso y el esbozo de una sonrisa yamediráustedquéhacemos, el supuesto plumilla miraba al azote de polizones como si, en lugar de una honrosa calva, el hombre luciese tatuada en la frente una justificación matemática de la Teoría de la Relatividad.

- Pues el caso es que yo iba a Zaragoza y en Madrid me dijeron que el tren era éste. Si es que iba con tanta prisa que ni miré el número de convoy. Había dos TALGO en vías contiguas, a punto de salir. Le pregunté a un señor con gorra, uno como usted, de la RENFE, ya sabe, y me señaló éste. Subí por los pelos, oiga.

-

- Así que a Ávila. Este convoy va hacia Ávila y si quiero llegar a Zaragoza no hay más remedio que volver a Madrid. Mire, mire usted estos meñiques... De ellos me van a colgar, si hay suerte. Aunque lo más fácil es que, a partir de mañana, me vea forzado a apreciar los placeres de la polinización, que no sabe usted como está de heavy la cosa de la prensa...

A principios de los 90, los móviles eran un lujo vedado a los redactores principiantes que emborronaban cuartillas para periódicos guerrilleros y humildes como El Día, así que ni soñar en pasar el aviso hasta llegar a una estación. Por lo menos, la información ya la había pasado desde el locutorio de la estación de Madrid y las fotografías que había tomado podían ser sustituidas –ganando en el cambio- por las de Efe, que había mandado un “fotero” de verdad a la rueda de prensa en Torre Picasso.

Porque el caso era que me habían empaquetado la cobertura de una tremolina en la cúpula del Banco Zaragozano, de ésas en las que, si no dispones de pase VIP a la trastienda de los que se suenan con billetes de mil duros, la mejor opción es poner buena cara, de estar al cabo de la calle de lo que te cuentan, y esforzarte para no desbarrar en el titular y componer un texto digno.

Te codeas con trajes que cuestan más –bastante más- de lo que ganas en un mes, así que intentas ponerte a la altura de las circunstancias en el coffee-break: “Sí, D. Alberto. Claro, D. Alberto Bis. De Zaragoza, sí, ya ven. Lo que ustedes digan; maño, sí, pero ya disculparán que haya olvidado el cachirulo encima del piano”. El caso es que sales de allí más tarde de lo previsto. Ufano porque, primerizo como eres, has

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

vencido la tentación de preguntarles por sus respectivas "ex" o la de pedirle a un compañero que te haga una foto conmemorativa del evento -Yo y unos Famosos-, a manera de relleno de un emparedado de Albertos. Y sin entender muy bien por qué el jefe de prensa del banco cruzaba los dedos mientras te propinaba unas palmaditas de despedida casi conmisericordias.

Tarde, con muchas prisas y en la flor de la hora punta madrileña. "Pues nada, hombre -te dices-. Será cosa de aprovechar para escribir en el taxi". Tres mil pesetas más tarde, llegas a la estación con un texto que imaginas aseadito y marcas el número de tu redacción. Responde la característica voz de José Luis Andrés, subdirector y máquina calificativa de El Día, que te baja los humos de inmediato:

- ¡Inúuuuuutil! Ya era hora de que diese señales de vida. ¿Has roto algo en Torre Picasso?

- Que no, Andrés. Hasta me he sonado con pañuelo.

Así que se entera de que ya puedo dictar el artículo y que -¡quién lo diría!- me he acordado de retratar a toda la cúpula de mandamases del Zaragozano, suaviza el tono:

- ¡Bien, jabaliiií! Ya puedes dictarlo todo y te vas a tomar algo... ¡Ah, y esta vez lo pagas!

Lo que no me he atrevido a preguntarle es si al jefe ejecutivo del banco le han hecho un favor o una faena de gran calibre al ponerle a otro mandamás como mano derecha, que es lo que nos querían contar en la convocatoria. ¡Vamos, que no sé si le han amputado la suya porque no se fiaban de él o si los Albertos se han limitado a comprarle un bastón! Casi mejor le paso lo que tengo a José Luis y él mismo, que para eso dirige El Ebro Económico.

Y lo dicho. Las prisas por pasar el artículo que me tecléa un sufrido compañero, la carrera hacia el andén, el señor de RENFE que responde a mi apresurada pregunta sobre el tren a Zaragoza y me señala el de la izquierda -que tiene, por cierto, un vagón con el mismo número y un asiento que coincide con mi billete-, las zancadas que me permiten abordarlo casi en el último momento... Y ya me puedo sentar, leer un rato, sestear o lo que se tercié hasta Zaragoza. "Pues no ha sido tan duro esto de la economía, mira", me sorprende.

Y en estas llegó el revisor y me sacó de mi error, de mi libro y de mi asiento, que correspondía a una sonriente señora que me miraba como suele hacerse con los cachorros sin collar; al menos no me sacudió el pelo, algo es algo.

Llegué a Ávila (ni rastro del Duque ni del brazo incorrupto de Santa Teresa) y encontré un enlace de vuelta a Madrid que me permitiría llegar a una hora tan sólo ligera-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mente impresentable a Zaragoza; sobre las diez de la noche, cuatro horas después de lo previsto. De lo acontecido cuando avisé telefónicamente del retraso ni me acuerdo, una piadosa neblina cubre mi memoria.

¡Pero fui capaz de conseguirlo! Sólo me faltó contar el número de ruedas de cada tren para asegurarme de cuál era el mío. Llegué a Zaragoza y me fui al Polígono El Portazgo. En la redacción de El Día -eran las 23:30 h., porque una cosa es acertar el tren y otra que RENFE no sufra retrasos- ya sólo quedaba la gente de cierre, algún despistado preparando reportajes para el fin de semana y un estupefacto José Luis Andrés que, nada más verme cruzar la puerta de entrada, levantó la mirada, cabeceó significativamente y me mandó a por un café -para él- a la máquina de la entrada. Alberto Ruiz, siempre compasivo con los primerizos, me echó un cable invitando a todo bicho viviente, gesto muy de agradecer cuando eres novato, sabes que has metido la patita y te ha caído un chorreo, por amable que sea. Y yo, para colmo, anticipando lo que me iba a oír a la mañana siguiente: El "¡Joder, Tommy! No hará falta que te explique por qué eres un inútil, ¿verdad?" de Manolo Gracia, que quizá recordase que, dado que es el director, le tocaba pontificar de vez en cuando. Y, mientras me miraba de arriba abajo como si intentase adivinar la medida de la caja de pino que merezco, intervendría Concha Monserrat, toda amorosa: "O.T. es un ciudadano fantástico, que sólo pretende eliminar por su cuenta los números rojos de RENFE. Lo que pasa es que necesitaba ese tiempo para pensar en el magnífico temazo que nos trae hoy para abrir... A ver, Tomasito, ¿la página cinco, quizá?". Así aprendí que nunca te puedes fiar de un redactor jefe cuando te tiene pillado por los meñiques...

Pero -cosas de El Día- no escarmentaron y continuaron permitiéndome salir de tournées informativas. Eso sí, se aseguraron de que siempre fuese acompañado de un fotógrafo para que no acabase en Vladivostok, camino de Tarazona. ¡Que se lo pregunten al pobre Xavi Buil!

iY un jamón!

La culpa fue de "Poli", ese impagable corrector de estilo que se esforzaba en desasnar a los redactores de El Día. Eso sí, siempre desde un respeto exquisito y decimonónico; no tuteaba ni a los porteros automáticos.

- Don Óscar -te decía desde el parapeto de sus gafas-, ¿está usted seguro de que esto no va con mayúscula? Mire que he consultado en el diccionario de la Real Academia y dice que...

- Mira, "Poli": por mí, como si le pones una capitular de a palmo. Son las tantas, aún he de entregar una página y me espera un reportaje ganso para el fin de semana

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sobre la cría en cautividad de la chinchilla marrullera, así queeee... ¿Y cuándo dejarás de tratarnos de usted, de una puñetera vez?

Ni caso, por supuesto. Romanceaba por lo bajinis mientras miraba el papelote y se encaminaba de nuevo a su mesa, dispuesto a emprender alguna otra cruzada en defensa de la lengua española y a convertir a esa fe estilística a la banda de sarracenos y descreídos que aporreaba los teclados de la redacción.

Pues bien, este prohombre de las letras también se había apuntado a la celebración de la Cincomarzada. Iba la redacción casi al completo, además de muchos maqueta-dores, personal de talleres, algún distribuidor... Entre lo que traían unos y otros, había material más que suficiente para elaborar un rancho que para sí quería cualquier cuartel. Decidimos apuntarnos al concurso de calderetas populares que se había convocado.

Lo malo fue que "Poli" se adjudicó la tarea de proveernos de vino. Y a fe que lo hizo. Trajo al parque del Tío Jorge unos garrafones plásticos de no sé cuántos litros que, sólo con destaparlos, ya dejaron claro que contenían un bebedizo peleón (e incluso faltón e insultador). Tenía aquello más grados que un mariscal de campo empapado de alcohol etílico.

-¿A que está bueno? Y me lo han dejado muy bien de precio...

- Siiiiífogg... Ya me lo imagino, ya... Y dime, ¿le habías hecho alguna putada al que te lo ha vendido? ¿Una muy gorda, quizá?

Pero éramos jóvenes y arriesgados, así que nos sobrepusimos al primer vaso y, a partir del segundo, hasta disfrutamos del "bouquet". Nuestro paladar estaba anestesiado y nuestras papilas gustativas habían aprovechado para ir a comprar tabaco a Beluchistán.

Aquel maldito mejunje debió contribuir lo suyo a que el rancho resultase sabroso. El vino... y el hecho de que Urtasun, jefe de la sección de ESPECTÁCULOS y cultura de El Día, formase parte del jurado del concurso. El caso fue que obtuvimos una de las distinciones, que llevaba aparejado el derecho a disfrutar del premio: un lustroso jamón.

Hubo risas, felicitaciones, chafardeo, pusimos verdes a los ausentes... En suma, nos relajamos y disfrutamos de un día de picnic. Pero todo lo bueno se acaba y había que pensar en volver al polígono El Portazgo para cerrar la edición.

Fue llegar y darnos cuenta de un olvido: no teníamos entrevista a un personaje de actualidad para la última página, lo que llamábamos un "Perfil". Estaba ya bastante entrada la tarde y, no lo voy a negar, el vino de "Poli" había corrido con generosidad. Teníamos claro que no íbamos a encontrar a nadie en su casa y andábamos faltos de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

propuestas sensatas. En cambio, no faltó una voz que lanzase una sugerencia de las otras, de las insensatas.

- Estooooo... Si queréis, podemos entrevistar al jamón que nos han dao, que es muy majo. Mira, lo puedo escribir yo mismo, que me da mucha risa...

- Vale, Tommy. Lo escribes pero ya y te enteras de si tenemos alguna foto del jamón o hay que hacerla.

- ¡Como para una boda, jefe!

No sé qué fue peor. ¿Que se me ocurriese tan peregrina idea?¿que la aceptasen? Al día siguiente apareció publicada en la contraportada una entrevista de 1.800 caracteres con el dichoso jamón como protagonista, firmada con pseudónimo. Recuerdo el titular: "Todos los jamones somos mahometanos convencidos". Afortunadamente, no me lo tuvieron en cuenta.

Ruido de sables

¿Cuál es el olor de un sable? ¿o su sabor? En cuanto a su sonido, el tiqui-tiqui de la vaina metálica se acompasa con la consabida andadura castrense: Un-dossss-eeep-aaaaaroooo... Pero ese repiqueteo palidece ante el chirrido de la hoja deslizándose fuera de la funda y el zumbido que corta el aire. Sssrink, zis-zas y ya está, han rodado cabezas. No es algo que se pueda aprender en los libros o escarmentando en cabeza -cortada- ajena. El tan renombrado "ruido de sables" fue una realidad en nuestra sociedad que resultaba ajena a quienes habíamos tirado nuestros primeros tejos en democracia, con Suárez en La Moncloa y erigido en ejemplo de demócrata de toda la vida.

Así que, aquel día, justo el de la moción de censura en La Aljafería, la cañita perdió su frescor y hasta la espuma parecía restos de detergente. Para mi sorpresa, en horas de vermú civil, me encontraba yo en el bar del Gobierno Militar de Zaragoza, la antigua Capitanía, en compañía de tres coroneles y un general ya en la reserva -jubilados, vaya-, dispuestos a explicarme todos los detalles de la inminente celebración del cincuentenario de su promoción.

En aquella época, me había salido un bolo peculiar: trabajar para una publicación semanal de la Academia General Militar dirigida a los cadetes-alumnos. Pese a mi condición de objetor -algo que no pregonaba, por cierto-, se me facilitó el acceso a todas las instalaciones y pude observar cómo trabajaban el profesorado y los alumnos. Lo cierto es que me encontré con más vocación que en tres universidades juntas, algo que siempre reconforta. Y me quedé casi estupefacto con las ganas de actualizar la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

imagen social del Ejército que mostraba buena parte de los cuadros de mando. Corrían vientos de renovación en la milicia.

En estas andaba, aprendiendo el significado de estrellas de seis u ocho puntas y sonriendo por lo bajinis cada vez que algún cadete despistado me saludaba marcialmente –llevaba yo el pelo cortísimo-, cuando llegó el momento de dedicarle un par de páginas a la celebración de las Bodas de Oro de una promoción de oficiales de la Academia. Basta hacer las cuentas para comprender que correspondía a la década de los cuarenta; puro progresismo, como se puede imaginar.

Puestos a quedar en un lugar adecuado para aleccionar debidamente al plumilla –esto es, servidor-, optaron por citarme al final de la mañana en la antigua Capitanía; en el bar, of course. Y allí estaba yo, tomando nota de los chascarrillos propios de quienes no se han visto en años y años –“calvo estás”, “¿qué haces con gafas?”, “Miguel, a ése sí que se lo rifaban las chicas...”- y apurando a sorbitos una caña subvencionada (a 35 pesetas, tenía que ser subvencionada).

La radio sonaba de fondo y un chaval atendía la barra, enfundado en una chaquetilla blanca y con pajarita. Dado lo vetusto del local y la compañía, lo mismo podía haber viajado en el tiempo y encontrarme en los años 50. Pero no, la emisora transmitía una sesión decisiva en las Cortes de Aragón; nada menos que la votación de la moción de censura.

El general –que para eso llegó a semejante rango- demostró ser capaz de estar controlando la conversación y permanecer atento a la retransmisión. Así que, cuando ya estaba avanzada la votación nominal, se puso de pie y detuvo el flujo de preguntas y respuestas con un simple gesto.

- ¡Niño, sube esa radio!

Y la voz del locutor dominó la estancia: “Fulanito de Tal, Zutanito de Cuál, Mengano Mengáñez...”. Los votos iban desgranándose hasta llegar al crucial, al que iba a cambiar la realidad aragonesa. Gomáriz se retrató y en el bar de la antigua Capitanía el ambiente se tornó opresivo en décimas de segundo.

El general no se sentó. Su rostro se había puesto rojo, la ira rezumaba en su mirada y los tendones de su cuello resaltaban como maromas capaces de amarrar transatlánticos. Tieso como una vara, espetó con voz airada: “¡Mañana, Aragón no se levantará católica!”. El “niño” y yo nos miramos espantados y pretendimos no haber oído nada.

A los cinco minutos, el general volvió a la mesa y remató la faena de pormenorizar el programa conmemorativo de su promoción, pero a mí me daba igual. Ni la camisa me llegaba al cuerpo ni el mochuelo parecía capaz de encontrar su olivo. Había descubierto el verdadero significado del dichoso “ruido de sables”.

Camina o revienta

Corría la década de los 90. Y corría tanto, la muy puñetera, que me faltaba resuello para mantenerme a su altura con la debida dignidad.

-...

-Estooooooo... ¿Cómo dices? ¿Trabajar? ¿Yo? ¿iPara los militares de la Academia General Militar!? A ver si nos entendemos, Tachún1 ¿Manolo y tú me estáis preguntando si quiero trabajar para ADICO en eso? ¿Y me lo sueltas así, sin anestesia?

- ...

-¿Cómo que en El Día ya escribí del asunto durante un par de años? ¿Y qué? Ya me conformo con que entonces no me fusilasen al amanecer por confundir a un capitán general (de los que ya no quedan, rey aparte) con un cabo gastador. ¡Y no me recuerdes aquellos aciagos días de la Guerra del Golfo. ¿Serás capaz de recordarme aquella noche, cacho caaaa... caaaaaribú?

Fue una jornada de trabajo intensivo la que vivimos a principios de los 90, preñada –por una vez- de incertidumbres sobre el futuro de la civilización y no del periódico. En especial de la civilización musulmana ubicada en Iraq, que tenía todos los números para recibir un misil teledirigido del Tío Sam, decididamente explosivo y con cámara incorporada para que los espectadores de CNN no perdiesen detalle del mal gusto de los diseñadores de despachos de la corte de Sadam Hussein.

Había arrancado la madre de todas las batallas y la regla estaba clara: Hoy, bombardeo; mañana, también. Y a deshoras, aunque sólo fuera para despistar a los enturbantados que se encargaban de amontonar los escombros, a los que ofrecían así, generosamente, la posibilidad de pasar a disfrutar de las habilidades de las huríes del paraíso mahometano, concedidas a los que mueren combatiendo al infiel, aunque sea escoba en ristre, en nombre del profeta.

¡Ah, si se hubieran mostrado un poquito más civilizados y hubiesen ojeado la programación de CNN! Pero no había presupuesto para semejante dispendio, por mucho que sirviese para prever lo que les iba a caer encima... Disponían de más dolores que dólares.

La madre de todas las batallas estaba servida y, pocas horas después de su comienzo, el operativo yankee ya había garantizado la seguridad del avance de sus blindados con un despliegue de cazabombarderos cazacarros A-110 Thunderbolt (léase "jabalí" o "cerdo verrugoso") que, operando junto a helicópteros de combate, habían dejado las fuerzas acorazadas al descubierto de Sadam reducidas a poco más de media docena de orinales con ruedas, pilotados por otros tantos destalentados provistos de tirachinas.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Claro que, ¿cuáles eran esos aviones milagrosos? ¿Se sustentaban en dos o en siete alas? ¿Perteneían al mundo mítico o a ese más terrenal mercadeo de armas al que EE.UU. nos tiene acostumbrados?

Lo cierto es que la segunda opción era la certera, y resultaba enteramente lógico que los redactores de El Día de aquella época difícilmente pudieran reconocer la silueta del volátil en cuestión. El más "aguerrido" podía alardear, como mucho, del ardor guerrero demostrado al machacar las teclas de la máquina de escribir: En la mili, oficinista rebajado del servicio de armas.

- ¿Pero no vais a ser capaces –clamaba a coro la Oficialidad al mando de El Día- de encontrar un avión, con lo grandes que son? Y mira que será porque los americanos no tengan aviones...

Afrontábamos un asunto serio: El cierre de un periódico modesto en uno de esos momentos en que lo comprarían, si salía a tiempo, hasta los que se acobardan ante la lectura de la programación de televisión. No quitarme las gafas a tiempo y mirar el enorme montón de telefotos remitidas por Efe fue mi gran error.

De joven, me había entrado el venenillo de las maquetas. Aviones, carros de combate, barcos, naves espaciales, soldaditos de la batalla de Waterloo... Supongo que salí tan harto que –icaramba, qué coincidencia- me hice objetor. Mi experiencia adolescente me había vacunado. El caso es que, en mi candidez, deslicé una miradita por el montón de imágenes que cubrían un par de mesas de buen tamaño y aparté las correspondientes a soldaditos, barcos, explosiones, barcos, aviones bombarderos demasiado grandes, cazas interceptores... ¡Ah, le voilà! Allí estaba: Rollizo, alicorto y con más armas en sus planos de combate que púas un erizo...

- ¿Pero qué pasa? Si lo tenéis aquí. Mira, mira cuántas bombas y cohetes lleva bajo las alas... ¡Lo que me costó que quedasen bien alineadas en la maqueta! Porque era una maqueta de las baratas, ¿sabéis? Escala 1/72 y de plástico un poco cutre.

Se hizo un silencio sospechoso. De repente, noté en mi nuca la presión de unas sonrisas lobunas que encontraban su reflejo en las caras de los compañeros más cercanos. Casi no me atrevía a volverme y ya estaba valorando si no resultaría más aconsejable salir por piernas de la redacción antes de que alguien me explicase el motivo, cuando la ya mencionada Oficialidad al mando de El Día puso las cartas sobre la mesa.

- ¡Hombre, Tommy! ¿Pero tú sabes de esto?

- ¿¡Quién!?! ¿Yoooooouooooo? Maquetas, ya sabéis. Su aquel de cúter para separar las piezas del bastidor y de pegamento para unirlas. Todo plástico. Y llevo gafas, como podréis observar.

- ...

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

- ¡Vaaaaaale! También las pintaba y les ponía las insiiiiignias...

- ...

- ¡Ah, no! ¡Pero si no sé ni cuadrarme! Con decirte que, como no he ido a la mili, ni a barrer he aprendido...

Pero no había defensa posible. Estaba decidido: Óscar Tomás acababa de ser nombrado flamante redactor de Asuntos Bélicos.

El Día era así, como el Lute: Camina o revienta. Pero salimos antes que la mayoría y -imenuda noticia!- agotamos la edición.

(1) Aún recuerdo aquella ocasión en que José Miguel Martínez Urtasun llamó a casa de mi madre -aún no me había sugerido que me casase y la dejase en paz de una puñetera vez- y se identificó como acostumbraba:

- ¿De parte de quién?

- De Urtasun

Así que mi madre, que jamás ha destacado por la finura de su oído, me transmitió el mensaje literalmente.

- Hijo, ponte al teléfono. Te llama un tal Tachún.

Y desde entonces.

El abuelo Cebolleta y la Operación Galaxia

Tan entrañable abuelo avinagrado, el de las viñetas, encarnaba una costumbre tan extendida como la de contar "batallitas". En esta nuestra bendita profesión, el primer síntoma es contar historietas de la mili o, en su defecto, de la época de becario, al primero que se ponga a tiro. Mal asunto. Lo siguiente es pedir bicarbonato para aguantar la comida oficial que nos han adjudicado en representación del medio, síntoma inequívoco de que uno ya peina canas, teñidas o no, según el gusto de cada cuál.

Como no he sido becario sino meritorio, difícilmente podría caer en semejante tentación. En cambio -y muy a mi pesar- me he descubierto soltando interminables peroratas a la gente que destroza su primera estilográfica, regalo de tía Puri, a la que le hace mucha ilusión presumir de un pariente periodista... ¡y taaaan joooooveeeen!

Ésta historieta no es de las que más repito, pero es cierta. Como ya sabrán si han leído las páginas anteriores, uno no hizo la mili. Lo mío no era tanto un problema de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

conciencia como de coherencia: "Vamos a ver, Tomasito. Si no te querían para oficial porque, sin gafas, no acertarías al enemigo ni aunque se detuviese a hacer poses de culturista, ¿por qué vas a ejercer de carne de cañón dando barrigazos en cualquier secarral reconvertido en campo de prácticas castrense?". Nones nonaes.

Por eso resultó especialmente chusco que, embarcado en el Departamento de Asuntos de la Defensa de El Día, compuesto por un servidor y su alter ego -para eso soy Géminis-, recibiese en 1991 un premio del Ejército del Aire que, por cierto, todavía agradezco. Fue uno de esos que se conceden ex aequo, en este caso con otro compañero de Zaragoza, Mario Ortiz, a quien imagino -como es mi caso- preguntándose a santo de qué no se lo habían otorgado exclusivamente a él.

Fue por un reportaje sobre los famosos Hércules, aviones que operan desde la Base Aérea de Zaragoza y que han conseguido justa fama gracias a sus repetidas intervenciones en misiones humanitarias de la ONU. Ya ven qué paradoja: Máquinas concebidas para la guerra que consiguen el aplauso de la ciudadanía por justamente lo contrario. De eso trataba lo que escribí y debió parecer una idea digna de mención.

No vean la cara que puse cuando me enteré. Ni lo que se chotearon de mí mis compañeros; lo que quisieron y más. Y yo haciéndome el interesante, como podrán imaginar. Bueno será que Manuel Lorenzo y Óscar Gálvez no se encuentren conmigo en un callejón oscuro, los muy bandidos.

Y todavía era peor lo del desplazamiento a Madrid, que era donde se entregaban los premios; al Cuartel General del Ejército del Aire, nada menos. El viaje de ida, en un bimotor de hélice que había sido el avión del rey. Mario y señora, muy sueltos, y el que suscribe buscando con ojos desesperados una azafata para que me pusiera al tanto de la etiqueta debida. Así que me relajé un poco, descubrí que era el único que no iba vestido de riguroso azul marino, uniforme o no. ¿Estaría dando la nota?

Eeeeeeeeh... Creo que no lo he mencionado. Para la ocasión, vestía americana, sí; pero no corbata -ahora casi todos los días-, antes me ponía un calcetín en la pechera. La solución de compromiso fue recurrir al cajón superior de mi mesilla de noche, del que había extraído el más primoroso de mis corbatines toledanos. Ya saben, los de cordoncillo con una trama de hilo dorado que se estilan entre la tribu de los rockabilly (así era en ese momento), de la que yo no andaba muy lejano. Pero acudí con el pelo cortado a cepillo, ¡ojo! No era cuestión de provocar con un tupé.

El acto se desarrolló dentro de lo previsto, como dicta la disciplina castrense. Si acaso, el premio que recogió una redactora de El Mundo marcó lo único reseñable. Estaba tremenda la ciudadana y se había desvestido para la ocasión. Hasta yo, que no sabía dónde meterme, me fijé en su presencia. El coronel Laguna, un tipo bueno donde los haya, me salvó de hacer el ridículo más espantoso. Y es que las gentes de la profe-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sión de Zaragoza nos creíamos lo que este hombre nos contaba a pies juntillas. Nunca salió de sus labios ni una media verdad. Contaba lo que había y hasta donde podía llegar, y de ahí no salía. Ni más, ni menos; todo un lujo.

Y después, el vino español, los parabienes y agradecimientos privados, el lento desfile hacia la salida, en mi caso más bien temprana. Había quedado con un par de amiguetes para pasar un fin de semana de picos pardos en Madrid, aprovechando la coyuntura. Pues bien, como faltaba un ratito hasta que apareciese, no se me ocurrió otra cosa que entrar en la primera cafetería que encontré nada más salir del Cuartel General. Ya notaba yo un noséqué en el ambiente del garito, ya... La parroquia no llevaría encima menos de tres kilos de gomina ni de kilo y medio -de los de 1991- en ropa de marca.

Discreto en lo posible -alguna mirada de desdén provocó el dichoso corbatín toledano tan fardón-, apuré la cañita y salí dispuesto a esperar la llegada de mis colegas. Se me ocurrió mirar el nombre de la cafetería, por aquello de no repetir (para colmo, clavaban). Y lo entendí todo. "Galaxia", se llamaba. Que no sé si se acordarán, porque esa sí que -por fortuna- es una historia propia de un legítimo abuelo Cebolleta.

Antonio Postigo

*Autor de la tira diaria de El Periódico de Aragón. Ilustrador y dibujante.
eparagon@elperiodico.com*

A vueltas con el chino

Es curioso las diferentes interpretaciones que puede llegar a tener una tira de humor. Yo cuando la dibujo tengo muy claro lo que quiero decir, pero no siempre me expreso con suficiente claridad. Lo mejor es cuando alguien no entiende la tira y además se parte de risa. Y es que en ocasiones lo que adivina el lector buscando dobles sentidos supera con creces la idea del autor.

Hace algunos años dibujé en una tira a un chino. No recuerdo ni el tema ni por qué dibujé aquel chino, pero lo que sí recuerdo es que era una de esas tiras que se hacen a última hora con cierta desesperación por no haber dado con una idea mejor. Para entendernos, hice una tirica de las flojas.

Bueno, pues al día siguiente recibí varias felicitaciones. Y todos los que me felicitaban me decían lo mismo: "¡Muy buena la tira de Martínez Candial!".

Roberto Miranda

El Periódico de Aragón.

Ha escrito "Aragón tal como viene. Artículos, reportajes y crónicas, 1985 - 1998".

Asociación de la Prensa de Aragón. 1998.

Fragmentos de diario

26 de julio de 1984

En el sótano de esta clínica está naciendo mi hija. Mientras espero que me llamen escribo a bolígrafo para El Día la historia de los músicos de Aniñón, que riñeron en los años 50 y aún mantienen dos bandas escindidas que se transmiten de padres a hijos los instrumentos, las partituras y el rencor mutuo. No sé si eso es o no una noticia. Pero es una historia que me gustaría que todos la conocieran. (Se publicó con el mismo titular : Aniñón: El pueblo en el que riñeron los músicos. Aún no se había enterado Pablo Larrañeta que yo no sabía escribir a máquina).

Jesús Fraile

Pilar de 1985

Larrañeta nos anuncia que acaba de despedir a Jesús Fraile. Sólo llevo un año de periodista sin carrera, pero me atrevo a decir claramente en la reunión que el despido me parece injusto. La quema del periodista no debe achacársela a la víctima, sino a la máquina que le quema: la empresa, o a los responsables de la Redacción. Una tarde, yendo juntos al Actur, donde volaban las piedras, Jesús Fraile me enseñó la regla de oro para escribir: Empieza con lo que más te haya impresionado.

La autopista eléctrica

Mayo de 1985

Entrevista al presidente Marraco en su despacho. Tema: la autopista eléctrica. Primera pregunta: ¿Qué contrapartida va a darle el Gobierno central por apoyar un proyecto que puede destrozarse el paisaje del Valle de Gistaín? (la pregunta me la había sugerido José Ramón Marcuello, subdirector de El Día y antiguo miembro del gabinete de prensa de la DGA).

Marraco se indigna. Suelta un discurso sin tregua del que no entiendo nada. Está congestionado. Yo no le veía a esa pregunta nada ofensivo. En esas, se levanta del sillón,

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

también yo lo hago, y entonces me va echando de su despacho, su frente contra la mía, sin parar de hablar, empujándome físicamente hacia la puerta, en la que los consejeros esperan, atónitos. No le bajo la mirada ni un segundo. Cuando regreso al periódico, Pablo Larrañeta me recibe de uñas. Le acababa de llamar Marraco. El propio Larrañeta escribiría un apoyo a mi reportaje sobre la línea Aragón Cazaril, extrayendo la tesis del presidente aragonés que yo no había entendido. El reportaje también está en mi libro.

Noviembre de 1986

El semen dado por la DGA no ha preñado ni una vaca.

Abre una saga de titulares divertidos:

La almendra del Bajo Aragón este año no vale ni para cascarla

Ricla: Llega el AVE y nadie se aparta

Conserva un gol en casa / y verás lo que te pasa (Zaragoza, 1- Betis, 1)

Caspe: La nostalgia es lo último que se pierde

Tauste: El alcalde deja el sillón porque no tiene respaldo

España, floja de remos (sólo bronce en el mundial de 4 con timonel)

Mec, Mec, empieza el curso escolar

Gabriel Riera

10 de mayo del 1987

Una tarde de domingo Gabriel Riera se queja de que le duele el antebrazo. Ha pasado la tarde, junto a Antonio Ballesteros, en La Romareda, para hacer la crónica de un partido del Zaragoza B. No ha sido para él un buen día y se ha llevado una fuerte bronca de sobremesa por no haber cubierto unas regatas de remo en Mequinzenza. Al atardecer, le digo que coja un taxi y que vaya a Urgencias, por si aquello fuera un aviso cardíaco. Lo hace. Me quedo un poco dolido por no poder llevarle con mi coche, pero hay un tremendo trabajo de redacción a esa hora. Al menos, le he dado el consejo, pienso. A la mañana siguiente recojo El Punto Deportivo del buzón y leo en la esquina superior que Gabriel murió aquella noche pasada. Le encontraron tirado en la calle. Había pasado por Urgencias, pero no le habían visto nada grave. Conservaré el recuerdo de aquella penosa tarde (mi hijo cumplía un mes justo de vida) para siempre.

El badajo de Escatrón

18 de abril 1990

Ha caído el badajo de Escatrón sobre la plaza llena de gente. El cura empieza negando el suceso y acaba con que fue un milagro que no pillara a nadie. Hago una ronda telefónica por los casinos de los pueblos y resulta que van apareciendo víctimas de las campanas por todos los sitios. Quedan algunos supervivientes aún tullidos de sucesos sucedidos en tiempo de Maricastaña. Se publica el reportaje en Los Aragoneses (El Día) con el título A quién doblan las campanas.

La mula más vieja del mundo

Octubre 89— junio 90

Los Aragoneses, suplemento dominical de El Día. En el primer número sale Joaquín Carbonell con la mula más vieja del mundo, que está en Alloza, su pueblo. El se encarga de la parte descriptiva del suceso y me encomienda la elaboración de un apoyo científico que contrapeso lo destartalado del tema. Llamo a los veterinarios de los pueblos valiéndome de las Páginas amarillas y me cuentan otros casos de mulas que llegaron al cuarto de siglo, pero se maravillaban que la de Alloza hubiera llegado a los 38. Pronto llegaría el alcalde más alto de Europa a las mismas páginas, que comenzaron delirantes y terminaron cada vez más integradas, a pesar nuestro. Nos achacaban que no sacáramos ni un módulo de publicidad. Y terminamos en conflicto con la nueva dirección de El Día y con el consejero delegado cuando comenzaron a encargarnos publireportajes encubiertos.

Haciendo caminos

Diciembre del 90

Con los vecinos de Tobed, Alpartir y Almonacid de la Sierra recorro los caminos vecinales que quiere apropiarse un particular, dueño de una finca cinegética, llamado Joé María Benedí. Reivindicación popular de la mano de los alcaldes. Se pone en medio la Guardia Civil para que no pasemos. Decidimos seguir adelante, pase lo que pase. Nos piden los DNI. Interesantes debates en pleno campo. Terminaron ganando los vecinos el litigio. Siempre recordarán aquella batalla valiente. El dueño de la finca me llamó traidor y más tarde me envió a los tribunales por lo que había escrito. No acepté rectificar una información, como reclamaba. El juez falló a favor del periódico.

La rabia de Marco

Navidad 1990

Cena navideña de la Diputación Provincial de Zaragoza con los periodistas. José Marco, infatuado tras el reciente triunfo en la ejecutiva regional del PSOE tiene ganas de exhibirlo y tintinea en una copa para que todo el mundo calle. Comienza un discurso prepotente e inaceptable, buscando la risa cómplice de la prensa. En uno de sus gags, le corto para decirle que el tema de su victoria política no interesa a la gente de la calle y que los problemas de Aragón no son quién manda en el PSOE. Marco se revuelve contra mí con rabia, y trata de aislar mi opinión de la del resto de los periodistas, pero entonces sale José Luis Valero, del Heraldo, para darme la razón. Apela Marco a su carta marcada de la guerra civil para legitimarse y le replico que todo el mundo en España fue víctima de aquella guerra. Y que resulta una patraña que él intente plantarse la pegatina de los socialistas que en toda la ribera del Ebro fueron fusilados en la guerra (yo había sido cura en Mallén y conocía los casos). Él también había sido cura, a salvo de cualquier represalia. Marco no está acostumbrado a la réplica y se sintió débil. Acabó la cena cortado y abatido, como si su triunfo le pesara ahora ante una prensa que le mostraba (al menos en un sector) que no formaba parte de su séquito.

Cuando mes y medio después de aquella cena casi nos matamos en un accidente en un coche de la Diputación Provincial, Marco no apareció por el hospital, ni me llamó. Tampoco Pascual Marco, el vicepresidente, que había estado en aquella cena.

Detenidos en Francia

Marzo de 1992

Parte francesa del túnel de Somport. Pablo Segura y yo acabamos de recoger datos sobre la oposición francesa al túnel en la estación La goutte d'eau, en Urdos. Cuando nos dirigimos al coche aparecen diez o doce furgones blindados. La explanada tras la estación se llena de antidisturbios. Cuando les decimos que somos periodistas españoles se repliegan y cambian de estrategia. Exigen mil pruebas de que trabajamos para El Periódico. Ese día salía una foto mía en un billete que había escrito sobre (contra) Elías Yanes. La muestro. Pero nos retienen, junto a todos los que hay en la estación. Traen detenido a Eric Petetin, que, esposado y todo, se para, se abre la bragueta y se pone a orinar desafiante. Mientras unos policías van cacheando a la gente en los vagones parados del tren que sirven de albergue, otros buscan drogas y papeles que impliquen a los residentes de cooperar con el terrorismo. Sentados en una explanada, junto a las vías muertas del Canfranco, cantamos canciones de resistencia. Es

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

muy tarde cuando se largan. Podemos entonces entrevistar a Petetin. Esa tarde está reportajeada en el libro Aragón tal como viene.

Aparición en Roma

Roma 16 de mayo del 92

José Luis Andrés me presta una corbata para asistir, juntos, a la recepción que da el Opus en la sede central tras la beatificación de Escrivá por la mañana. Estamos en un jardín con varios ex ministros de Franco (Navarro Rubio nos preguntaba si seguía la fuente en Daroca a su nombre), cuando apareció un personaje pequeño y anciano que era el vivo retrato de Franco. Todo el mundo calló de repente en aquel recinto. Era García Moncó, ex ministro de la Vivienda. Todos tuvimos una sensación de susto

La conciencia de Gomáriz

23 de septiembre de 1993

Día de la moción de censura. Sale Gomáriz a fumar. Le abordo

—¿Qué va a votar usted?

—Lo que me diga la conciencia

—Pero se da el caso de la conciencia perpleja

—¿Cómo?

—Que en teología moral se explica el fenómeno de la conciencia perpleja, que suspende el juicio

—No le entiendo. Déjeme

Problemas con la libreta (1994)

Otoño 1994

Me llama Rosa Pellicero para que cubra una jornada del PSOE aragonés en la Ciudad Pignatelli. Preside José Marco. Habla contra la prensa (la mala prensa que tiene) y explica su proyecto de hacer una red de televisión por cable en los diferentes ayuntamientos socialistas de la comunidad que suplante a una eventual cadena autonómica. Tomo apuntes. Al terminar, aparecen unos tíos que me piden que les entregue la libreta. Resulta que la reunión era a puerta cerrada. Yo no lo sabía. Me niego a dár-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

sela. Les digo que vayamos a ver a Marco. Le cuentan que he estado tomando apuntes. Marco me amenaza con llevarme a los tribunales si sale publicada cualquier cosa de las expuestas. Mantenemos un pulso de miradas sin decir nada. Llega Fernando Gimeno y me lleva aparte. Dice que le dé la libreta. Yo le digo que llame al director del periódico para que sea él quien me lo indique. No acepta y apela a mi conciencia. Le digo que debo consultar con mi periódico y me marchó con la libreta. Por la tarde ya lo estoy escribiendo todo. Aún hay llamadas de Fernando Gimeno tratando de paralizar aquello. Al día siguiente sale publicada la confirmación de lo que todos sospechaban: la red de televisión de Marco no era una conjetura.

Otro caso similar con la libreta me había ocurrido diez años antes con el cierre de la azucarera de Santa Eulalia del Campo, en Teruel. En el casino local entrevisto al alcalde (del PSOE) y me indican que quiere hacer declaraciones también un diputado nacional del PP por Teruel llamado Felipe Benítez. Le atiendo, y él, ante un grupo de militantes de su partido, muy crispados, pretende hacerme copiar sus frases textuales, como si yo fuera un secretario suyo o un notario de su puesta en escena. Me niego a escribir al dictado y se lo digo. Le indico una frase que había escuchado a César Giménez: "El periodista es el dueño de la noticia". Felipe Benítez se enfada muchísimo, me dice que quién me creo que soy y azuza a sus hombres contra mí. Uno me da un manotazo y me tira la libreta al suelo. Los otros me sujetan para que no pueda recogerla. Pido gritando que alguien llame a la Guardia Civil. Aparece el alcalde preguntando qué pasa. Benítez aparta entonces a los sicarios, que me sueltan y me devuelven la libreta. Con el apoyo del alcalde consigo coger el coche y salir del pueblo a toda velocidad. Días más tarde supe que los hombres del PP de Santa Eulalia me habían seguido con sus coches hasta Calamochoa.

El archiduque

26 febrero 95

Un archiduque de Austria californiano se niega a recibirme en el pueblo abandonado de Pardos y azuza al forestal de Acered contra mí para que me vaya del pueblo. Hugo von Habsburgo está dolido porque cuando ese forestal me llamó al periódico dándome la primicia de su presencia, me limité a preguntarle por su lugar de nacimiento. Le fastidiaba decir que era californiano y respondía con evasivas panteístas. Terminé robando la exclusiva que me negaban y al final ese personaje se exhibió en el Herald y en un programa televisivo de Rafaella Carrá. No olvidaré nunca su mirada de ira detrás de la fachada de santurrón vestido de tirolés y que desde una estancia en el hotel del Monasterio de Piedra supo que el mundo recomenzaba su historia natural desde el principio en Pardos, un pueblo que se quedó sepultado en la despoblación absoluta en los años 60 al no tener carretera.

La asamblea

Julio del 99

Lleva seis meses el director sin dirigirme la palabra ni el saludo. Se cumple medio año desde aquella asamblea.

Biscarrués

Primavera del 2001

Los de Biscarrués protagonizan un encadenamiento en el antedespacho del presidente de la CHE. Anuncian los funcionarios que han llamado a la Policía, pero transcurre la mañana, llegan las teles y radios y allí no pasa nada. Al filo de las dos de la tarde comienzan a pulular por los pasillos y escaleras unos raros tipos de paisano, que forman corros, pero no actúan para disolver a los encerrados. Esperan a que se marchen los medios de comunicación para actuar. Van marchando poco a poco los periodistas, pero me quedo yo con una cámara de fotos para recoger la actuación policial. Me miran los agentes camuflados con caras aviesas. Se dilata la espera hasta que los mismos encadenados abandonan, para ir a comer. La única opción que le queda a la policía es pedir los carnés a los manifestantes. Saco fotos. Si me hubiera marchado antes que ellos estoy casi seguro de que hubieran empleado la fuerza. La CHE se queja a El Periódico de mi actitud enemiga, según me explica el director. Tomás Sancho [presidente de CHE] lleva el asunto contra los de Biscarrués a los juzgados. Comparezco como testigo y al final queda sobreseído el caso.

Rosa María Artal
TVE
contacto@rosartal.com

La caída del Muro

8 de noviembre de 1989, llegó a Berlín al frente de un equipo de Informe Semanal. Todos los países del Este están convulsos y tratamos de pulsar el estado de Alemania del Este. Nos hemos puesto en contacto con el Embajador de España, Alonso Álvarez de Toledo y nos ayuda en todas las gestiones. Viene incluso a buscarnos al aeropuerto de Berlín occidental y cruzamos con él el Muro. Por el mítico Check Point. La visión nos regresa a las películas de la guerra fría: nocturnidad, niebla, uniformes y metralletas amenazadoras.

El día transcurre en la realización del reportaje. La ciudad se detuvo 40 años atrás y se refleja en sus casas, sus fábricas, sus gentes, su forma de vivir. En las fruterías solo hay coles, mientras el hotel exclusivo da a los turistas el buffet más surtido que recuerde. A las 7 de la tarde acudimos a cenar a casa del Embajador. Conecta la televisión. Y hay una declaración ambigua que alerta su fino olfato. "Nos bajamos al Muro, podría suceder algo", nos dice. Algunos curiosos merodean. No hay noticias claras, solo rumores. Decido hacer entrevistas y mis compañeros encienden la cámara ¡y la luz!. Creo que ese punto es decisivo porque los guardias parecen entenderlo como una señal y abren la puerta.

Jamás olvidaré los rostros de estupor en los germanorientales, la alegría soterrada de los policías, cómo una mujer incrédula se decide a pasar y nadie se lo impide, cómo todos se agolpan para seguirla. Hago una "entradilla" -la información en imagen que acompañará el reportaje- y casi no me salen las palabras.

Luego cruzamos con Alvarez de Toledo en coche. La intérprete tiene miedo a lo desconocido, no lo cree, y al otro lado van saliendo los alemanes del este a la luz de una ciudad que ha estado pegada a ellos durante años.

Nos abrieron la puerta a nosotros, los únicos periodistas occidentales que nos hallábamos en Berlín Este aquel histórico día. Fue el piquete que derribó un muro vergonzoso, un imperio y un estilo de vivir. Soy consciente de que ese día fui testigo directo de un resorte que barrió las trabas para que -aún trabajosamente- volara la libertad.

Tres días en Carabanchel

Reportaje de Informe Semanal en la cárcel de Carabanchel en Madrid. Vamos a hablar de Rafael Escobedo, convicto del asesinato de sus suegros, los Marqueses de Urquijo. Pasamos allí la jornada laboral de tres días. Rafi está en la enfermería donde se encuentran los reclusos enfermos... o "distinguidos" por alguna razón: Un exgeneral nazi, unos chicos que mataron "sin querer" -en realidad dicen que se murió solo del susto- a un hombre para robarle, asesinos varios, Rafi -un chico nervioso y amable líder en la cárcel-, y un encantador caballero, de unos 35 años, que, a diferencia de los demás, conserva con pulcro cuidado su habitáculo. Profusa colección de libros, un ordenador, orden milimétrico. Ninguno de los otros "ha hecho nada" por supuesto, pero este, que no confiesa su delito, afirma que debe pagar su deuda a la sociedad.

Durante los tres días se erige en mi protector. Los guardias nos han soltado solos por la enfermería y los pabellones porque allí no hay quien se meta con una cierta seguridad. Sí creo necesitar un protector. "Ahora no te separes de mí, vamos a entrar en un pabellón muy peligroso", me dice e incluso me da la mano por los pasillos.

Al concluir nuestro trabajo, sin lograr saber porqué cumple condena mi paladín, me da recuerdos para el director de Informe, Ramón Colón. Llegados a Torrespaña se aclara la incógnita: era el violador de Azca que había atacado a más de 40 mujeres.

Víctor Pardo Lancina
Redactor jefe Trébede
trebede@retemail.es

Gobernador... y torero

Corría el año 1990, primero de Vicente Valero i Costa al frente del Gobierno Civil de Huesca. Vicente Valero, para los curiosos y la extensa fauna adoradora de la estadística, fue también el último gobernador civil de esta provincia, dado que su sucesor, Eduardo Ameijide y Montenegro, fue entronizado como Subdelegado del Gobierno en Huesca. Pero volvamos a la historia de aquel inicio de la década de los noventa. La escena que vamos a presenciar tuvo lugar una noche laurentina en la céntrica plaza de San Antonio.

El colega y amigo Jorge Naya, y el que suscribe, dábamos cuenta de una noche de jolgorio. Jorge, no obstante, iba pertrechado con una libreta, ya que tenía encomendada la tarea de redactar una crónica canalla de la fiesta ambientada en los bares de las peñas, mientras yo, franco de servicio, contribuía a alimentar sus notas, haciéndole, sin duda, santa compañía. Pasada la medianoche vimos un cortejo de cargos electos, socialistas para más señas, que escribían su propia página de gloria nocher-niega: concejales, ciertos diputados y el mismísimo gobernador civil buscaban el amparo de alguna barra de bar para integrarse decididos en el ambiente: la noticia estaba servida.

Era la primera fiesta que Vicente Valero celebraba en Huesca. Luego de saludar a unos y otros, el gobernador, Jorge y yo, charlamos brevemente. Naya aprovechó para, entre bromas y veras, preguntar al poncio por sus impresiones en medio del bullicio oscense, y de este modo, allegar unas líneas -todo vale para rellenar las tres columnas festivas de marras- a la información que debía redactar en plena resaca del día siguiente. No nos habíamos dado cuenta, pero el corresponsal de Diario 16 se encontraba por allí cerca. Discreto al tiempo que atento, no se involucró en el corro pero tampoco quitó oreja en la media distancia. Por si acaso, lógicamente.

Valero se explayó. Adjetivos que hablaban de la benéfica celebración, ponderaciones sin límite y buenos deseos a raudales para toda la población, componían un discurso de circunstancias que bien podía dar para escribir una antropológica tesis sobre la fiesta, sus pasiones y pulsiones. Finalmente enfatizó un original deseo para cumplir durante su estancia oficial, en la mejor tradición del gobernante democrático y filantrópico: «¿Cómo encara usted su mandato en Huesca?», podría ser el tenor de la pregunta. -«Lo que yo pretendo -vino a responder- es ser el gobernador de todos». El corresponsal de Diario 16 también escuchaba con atención, aunque a la misma pru-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

dente distancia del principio y con la idéntica carga de responsabilidad por cubrir la crónica noctámbula de San Lorenzo. Y no lo dudó un instante: tenía el titular de la última del Diario para la información laurentina regional: Antetítulo: «El nuevo gobernador civil se confiesa»; título: «Vicente Valero: "Quiero ser domador de toros"».

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Sergio Sánchez
Prineum Multimedia
sergio@jaca.com

Vicente Valero toma posesión del cargo de gobernador civil en medio de los prelaurentis o de los sanlorenzos, no recuerdo. Valero dice: "he venido a Huesca a ser gobernador de todos" y XX transcribe: "He venido a Huesca a ser domador de toros". Lo mete en la última línea de su información, pero lo llaman de Zaragoza y le dicen, no, hombre, no, esto a titular. El titular fue: "Vengo a Huesca a ser domador de toros".

Juanjo Francisco
Redactor jefe de Diario de Teruel
redaccion@diariodeteruel.net

“¿Por hacer esto le pagan?”

En un caluroso verano de principios de la década de los noventa, en un pueblo del Jiloca se reunieron centenares de mujeres para celebrar una jornada festiva sin que recuerde especialmente el motivo. El periodista encargado de cubrir aquel evento – un servidor- llega al pueblo, armado con la cámara, la grabadora y preguntándose qué diablos podría contar de aquella masiva reunión de mujeres, todas ellas entradas en edad, que se estaban empezando a poner moradas de tortas y mistela en la plaza del pueblo, esperando que el alcalde les dirigiera unas palabras. Por grupos, todas ellas miraban pasar al tipo cargado con la cámara y otros enseres. El periodista iba francamente despistado. Allí no había por dónde meter mano a la información. Ante la falta de perspectivas, el reportero decide tomarse una cerveza fresca en el bar del pueblo y pensar un enfoque original para iniciar una historia que iba a página nada menos.

En el local, una docenas de jubilados atentos a las ventanas (en la plaza había trescientas mujeres, no nos olvidemos del dato) deciden dedicar unos segundos al tipo que entra y va directamente a la barra. Mientras doy un sorbo a la cerveza, un hombre, ya mayor y con la típica pinta del abuelete de pueblo, con rostro que irradiaba simpatía, se me acerca y pregunta:

- ¿Usted qué, ha venido a hacer fotos a las mujeres o qué?”. El periodista, sin poder ocultar su sorpresa ante el comentario, espeta: “Digamos que sí. Pero es que soy periodista del DIARIO DE TERUEL y vengo a cubrir esta reunión de mujeres del mundo rural”.

- “Ah, periodista...”

- Me pareció que no le convenía mucho la explicación, pero opté por no dar más explicaciones. La cerveza esperaba y, de un momento a otro, el alcalde saldría al balcón del Ayuntamiento para dirigir unas palabras a las allí congregadas, que para entonces ya llevaban unas cuantas copas de mistela en el cuerpo. Decidí apurar el trago y salir. Pero, de golpe, cuatro señores más, del mismo corte que mi interlocutor, hacen grupo junto a mí.

- “Oiga, y eso de periodista...qué carrera es?”

- No supe que contestar, la verdad.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

- "¿Pero hay que estudiar para hacer eso?", dijo uno de los parroquianos congregados en el grupo.

- "Sí, algo hay que estudiar", supe decir.

- "Pero –insistió otro de los congregados- ¿por ser periodista y por hacer esto le pagan a uno?"

Aquel día lo acabé en medio de profundas reflexiones de índole personal.

Postal navideña

Era un mes de julio caluroso. Teruel vivía los preliminares de las fiestas de la Vaquilla y la ciudad estaba plena de actividad callejera. En aquellos días, la asociación de periodistas taurinos de Zaragoza tenía previsto un viaje hasta Teruel para participar en unos actos previos a la corrida de la Asociación de la Prensa de Aragón, que ese año tendría lugar el coso turolense. Los taurinos llegaron en un autobús, en una mañana de sábado, con considerable retraso. El Ovalo era el punto de reunión. Allí esperaba yo para indicarles el programa del día que contemplaba el descubrimiento de una placa de homenaje al torero Nicanor Villalta en los pasillos de la plaza.

Los periodistas taurinos llegaron de Zaragoza con ganas de almorzar y el Ovalo ofrece varios bares con ricas tapas. Del autobús salieron disparados hacia la barra más cercana. El madrugón había hecho mella en los estómagos.

Mientras pedían al camarero yo estaba en animada conversación con un grupo de los viajeros. De golpe, noté que todas las miradas se volvían hacia mi persona. Por el rabillo del ojo observé que estaban ojeando un ejemplar del Diario de Teruel. Intenté pensar qué diablos les llamaba la atención de aquella manera. No lo adiviné. Tras alguna sonrisa mal disimulada alguien me pregunta: ¿Has visto esto?. Miré. La atención de todos los que allí estaban reunidos se centraba en una página de información nacional en la que se daba cuenta de la detención por agentes de la Guardia Civil de un comando etarra. Hasta ahí todo normal. El problema, y lo que me hizo pensar la consabida frase de *¡¡¡tierra, trágame!!!*, era que la citada información, a cuatro columnas, estaba ilustrada con una felicitación navideña, con estrella incluida, enviada por la Guardia Civil y en la que se podía observar cómo una pareja de la Benemérita caminaba por un sendero nevado...No supe qué decir. Para mí, que aquel día no hubo manera de encontrar una foto adecuada. La precariedad de medios de un periodico humilde, no sé, a veces, entre compañeros de profesion sobran las palabras.

En busca de la cosechadora perdida

Dos pueblos de las estribaciones del Maestrazgo turolense vivían hace unos años una disputa por un monte que ya tenía antecedentes de dos siglos de contenciosos. Era un tema apetitoso para el periódico. La mejor época para el reportaje era el verano, cuando los dos pueblos en litigio estaban repletos de veraneantes, ansiosos todos de recuperar, vía judicial, la propiedad de aquel monte. El problema es que en ninguna de las dos localidades encontraba lo que llamamos "portavoces autorizados". Nadie quería dar la cara en un tema que había costado disgustos, peleas y rencores entre familias a lo largo de varias generaciones.

Llegué a uno de los pueblos. El contacto era un veraneante valenciano que tenía amplia información sobre el contencioso y hacía gala de poseer conocimientos de legislación en la materia. Un chollo, vamos. Aquella fuente informativa fue una gozada. Explicó y explicó todo, enseñó documentos, legajos, me invitó a una cerveza, me animó a ir hasta el fondo de la cuestión y dio por hecho que no me inclinaría por ninguna de las dos partes. Era un hombre acostumbrado a leer la prensa y eso se acaba notando.

Pero, también había que visitar al pueblo "rival". Allí el contacto no era valenciano. Era un vecino del pueblo que contaba con documentación que, a su juicio, demostraba que el dicho monte pertenecía, desde tiempos inmemoriales a su localidad natal.

Llegué al segundo pueblo al mediodía de un día de agosto con calor excesivo para la climatología de aquellas sierras. Las calles y plazas, vacías. El bar, cerrado. Supe que era el día después de una intensa noche de fiestas y la gente no estaba para más. Logré que alguien me indicara dónde vivía mi contacto y me dirigí a su casa. Su mujer explicó que el marido estaba cosechando.

Pues bien, tras unas indicaciones, me adentré con el coche por una pista forestal. Recordé que una vez, en la mili, viví una situación similar en el campo de maniobras de San Gregorio y acabe perdido... pero quise alejar ese recuerdo de mal augurio. Intentando respetar las indicaciones recibidas seguí camino hasta que me harté de tanto pino, campos de cereales y de todo el paisaje allí puesto. Todo estaba en su sitio menos la cosechadora verde que iba buscando. Entre bache y bache miré el reloj: íbamos camino de las cinco de la tarde, sin comer, con sed y hasta las narices de monte. Al final estaba asumiendo que, de nuevo, me había perdido. En un intento por salvar dignamente el día me dije que la cosechadora o yo. Tomé la decisión de cruzar el cauce seco de un torrente ya que estaba convencido de que la máquina aparecería al otro lado de la loma.

Inicié la maniobra y cuando me dí cuenta de que había tomado una decisión equivocada ya era tarde: el coche quedó atrapado entre unas piedras más grandes de lo pre-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

visto y yo con él. Pasaron las horas (el móvil era un artilugio desconocido en 1990) y pensé de todo. Rozando el crepúsculo - ¡albricias!- apareció la cosechadora dichosa con su conductor dentro porque ya había terminado la tarea y regresaba al pueblo. El reportaje tuvo que esperar una semana más. No tenía muchas ganas yo de hablar de montes y de sus propietarios... pero el camino adecuado estaba, tal y como yo pensé, al otro lado del torrente.

*Javier Romero
COPE Zaragoza
informativos.zaragoza@cadenacope.net*

Algunas anécdotas vividas desde COPE Zaragoza.

Discos dedicados y sacos de fertilizantes

Desde hace algún tiempo venimos recibiendo unas llamadas sorprendentes y misteriosas en la centralita de COPE Zaragoza. Por su interés humano y periodístico reproduzco uno de los "diálogos de besugos" típicos que se producen cuando recibimos una de estas llamadas:

- Cadena COPE, dígame...
- Hola buenos días, que quería que me mandéis cuatro sacos de fertilizantes y semillas de trigo duro.
- Oiga, que esto es la COPE.
- ¡Pues ya lo sé que es la coope, la cooperativa!

Realizadas las comprobaciones oportunas, comprobamos que estas llamadas perdidas no iban dirigidas a la COPE sino a la Cooperativa Virgen de la Corona de Almodévar, que tiene el mismo teléfono que COPE Zaragoza pero con el prefijo de Huesca 974 delante.

Recientemente hablando con el presidente de esta Cooperativa, D. Antonio Garín, me confesó que a ellos les ocurre al contrario, que les llaman para pedirles dedicatorias de discos.

El peor trago

Una de las experiencias profesionales más duras que nos ha tocado vivir a los periodistas aragoneses ha sido la tragedia del camping Las Nieves de Biescas, en el verano de 1997.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Cómo en todos los órdenes de la vida, en este tipo de situaciones aflora la calidad de las personas y, por supuesto, también de los profesionales de la información.

Allí pude ver lo mejor y lo peor. A cierto compañero desplazado desde la central de un medio de comunicación nacional le tuvieron que dar un "toque" desde su propia empresa por el regodeo morboso de sus crónicas. En el extremo opuesto, me conmovió profundamente un compañero fotógrafo Javier Volver (Ojo Mariano, no sé si él querrá que lo cite mos. Tampoco sé si su apellido se escribe así), que a eso de las cuatro de la tarde, cuando ya había pasado lo más crudo de aquella dura jornada, ya habían sacado del barrizal casi todos los cadáveres, se derrumbó y apoyado en la pared del Ayuntamiento de Biescas, se puso a llorar.

Una vez más, pude comprobar que lo duro no es asistir al trabajo aséptico de los profesionales del rescate, lo duro no es ver sacar los cadáveres, sino estar junto a los familiares supervivientes, rotos por el dolor que les ha causado la pérdida de un ser querido.

Recuerdo que al año siguiente de la tragedia de Biescas, me tocó hacer un reportaje sobre este suceso. Localicé el teléfono de un abogado de Sevilla, ya jubilado, que había perdido en aquella catástrofe a su hijo, a su nuera y a sus dos nietos. Para mí fue la entrevista más dura que he tenido que realizar. Tenía delante a un hombre destrozado por el dolor, un hombre preparado desde el punto de vista intelectual, que me llegó a decir que mi emisora, la COPE, no se atrevería a reproducir sus palabras porque "Dios había cometido un delito de negligencia imperdonable al consentir aquel segundo diluvio universal sobre sus hijos". Todavía me estremezco al recordar su desesperación.

Se las lleva todas

Reconozco que ha sido una de las pocas ocasiones en las que he sentido miedo al cubrir una información. Se trataba del entierro del padre del entonces presidente del Gobierno de Aragón, José Marco. Nuestra Comunidad se encontraba en uno de los momentos de mayor crispación tras la moción de censura que llevó a la presidencia a Marco gracias a I.U. y el voto del célebre tráfuga del PP, Emilio Gomáriz.

En algunos sectores de Pedrola, feudo de José Marco, se interpretó que el mortal accidente de circulación en el que falleció el padre del presidente de Gobierno aragonés, había sido propiciado de algún modo por la preocupación que sentía ante el acoso periodístico a que los medios sometían a su hijo.

Con ese ambiente, acudimos a Pedrola los periodistas encargados de cubrir la información. Como el horno no estaba para bollos, desde el primer momento nos muestra-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

mos sumamente respetuosos con el dolor del Presidente y de su familia. Tanto redactores como fotógrafos y cámaras de televisión nos colocamos en el lugar en nos indicaron desde el entorno del presidente Marco.

No obstante, cuando el féretro pasaba ante nosotros, un joven y una mujer, salieron de la comitiva y la emprendieron a puñetazos con Oliver Duch. Hasta entonces siempre pensé que le había tocado a Oliver como le podía haber tocado a cualquier otro, pero después de conocer que también recibió otra "yoya" en los incidentes que se produjeron en Villareal cuando se consumó el descenso del Real Zaragoza a segunda división, creo que debemos concluir que Oliver "se las lleva todas".

Malas pulgas en la cárcel de Daroca

Arrancaba la década de los 90, creo que era 1991, cuando "El Zamoro", que me disculpe por no recordar más que su apodo, decidió encabezar un motín en la cárcel de Daroca.

Para las emisoras de radio, dar cobertura informativa a aquel acontecimiento era todo un reto tecnológico. Por supuesto que los enlaces de las unidades móviles no se podían utilizar por la lejanía a Zaragoza. Así es que nos fuimos para allá mi entonces compañera Isabel González y yo, ufanos porque íbamos a estrenar nuestro primer teléfono móvil. Huelga decir que los teléfonos móviles de 1991 no tenían nada que ver con los que usamos ahora. Aquello era una especie de maleta Sansonite que pesaba más que un muerto.

A la hora de llegar a la cárcel y después de patearnos en una y otra dirección un cerro cercano buscando la onda, llegamos a la conclusión de que en aquel punto de Daroca no había cobertura para nuestro flamante teléfono móvil.

Nos tuvimos que pasar toda la noche viajando desde la cárcel hasta un bar que había en Daroca para mandar nuestras crónicas desde el teléfono público.

A parte de los viajecitos, fue una noche de gran tensión. El Zamoro no hacía nada más que gritar por la ventana que había matado a alguno de los rehenes.

En un momento de la noche vimos llegar un autocar negro con unas luces destellantes azules. No se trataba de ninguna excursión, eran los comandos de operaciones especiales, que empezaron a descargar del maletero sofisticado material para lo que parecía que era una inminente "toma" de la prisión.

Así lo contamos las emisoras en nuestro siguiente boletín. El problema era que también los amotinados tenían radios y que cuando escucharon el boletín se desató la histeria entre ellos y estuvieron a punto de iniciar una escabechina con los rehenes.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Recuerdo que salió un teniente coronel de la Guardia Civil hecho un basilisco preguntando por uno de los compañeros de una de las emisoras de radio. Se lo llevó a una habitación aparte y le echó una bronca monumental.

No obstante, lo peor de todo fue que después de pasar toda la tarde y la madrugada en los alrededores de la cárcel, fue nuestra directora de informativos, María José Cabrera, la que remató la faena ya que nada más darnos el relevo para que fuéramos a descansar, los comandos especiales tomaron la cárcel al asalto y resolvieron el motín.

Por cierto, las malas pulgas del teniente coronel no fueron las únicas que salieron a pasear aquella noche en la cárcel de Daroca. Al día siguiente, varios de los periodistas que cubrimos la noticia del motín descubrimos que teníamos las pantorrillas llenas de abones. No sé si las pulgas nos atacaron mientras buscábamos cobertura por el cerro o ya en la salita que nos permitieron usar dentro de la prisión.

Psicosis terrorista

Cuando se producen atentados terroristas que, por una u otra razón, afectan más de cerca de los aragoneses, suelen desencadenarse situaciones de psicosis con algunos efectos curiosos.

Cierto día, de no hace mucho tiempo, una de nuestras compañeras de Administración miró por la ventana y vio que alguien había dejado una mochila abandonada en una de las papeleras del Paseo de Sagasta de Zaragoza, justo enfrente de nuestra emisora.

Rápidamente pensamos que lo mejor era avisar de inmediato a la policía por si acaso se trataba de un artefacto explosivo. Ni que decir tiene que toda la plantilla se situó estratégicamente en las ventanas que dan a la calle porque intuíamos que de un momento a otro llegaría la policía, acordonaría la zona, cortarían el tráfico, llamaría a los TEDAX, que vendrían con sus robots para detectar explosivos... ¡bien! Llegó a los 5 minutos un coche patrulla del que salió cachazudo un primo de Torrente. Llegó a la papelera, cogió sin ninguna delicadeza la mochila, la abrió, miró dentro y se la llevó.

Pasada la sorpresa y sin hacer muchos comentarios volvimos cada uno a nuestras tareas.

Claro que si los usos de la Policía a veces nos parecen a veces poco sofisticados, los de algún conocido compañero periodista del Alto Aragón, no se quedan atrás. En plena psicosis de los ataques terroristas con cartas que contenían polvos de Antrax llegó a su emisora un sobre sospechoso.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Como no era cosa de pillar la temida infección, decidió abrir la carta protegiendo sus manos con unas bolsas del Carrefour que encontró por la redacción. Por supuesto, nadie en la emisora resultó infectado por el Antrax, pero a alguno casi le da un ataque de risa ante los métodos profilácticos de nuestro compañero.

Miguel Asensio Guajardo
rodigon@wanadoo.es

El que tomió el tejado

A principios de los años noventa, como ocurre ahora, alcaldes y vecinos arriesgados aragoneses lanzaban imaginativas ideas a los cuatro vientos para conseguir frenar la despoblación. Antonio Catalán, alcalde de Alforque, una pequeña localidad de la ribera del Ebro, fue uno de ellos y propuso suelo gratis –sí, como el que anuncia la DGA- para todo aquel que quisiera construirse una vivienda de fin de semana en su pueblo. Era sabedor de que así sólo paliaba el problema, pero el éxito de su iniciativa le convenció plenamente de lo acertado que estaba al proponerla. Poco después de dar fe brevemente de la noticia me acerqué a Alforque a ampliar y “reportajear” -iqué feos son los verbos que nos inventamos a veces!- la noticia. Como es de imaginar todo eran facilidades por parte del alcalde y los vecinos. Incluso a la hora de hacer fotografías –uno no siempre ha tenido la suerte de viajar con reporteros gráficos-, el alcalde me insistió en llevarme al lugar desde el que existían las mejores vistas del pueblo: el tejado de la casa consistorial. Y allí que me planté ... por unos breves segundos. Apenas puse mis dos pies sobre el tejado, tejas y cañizos se hundieron y yo quedé colgado literalmente del tejado con medio cuerpo fuera. No hubo heridas que lamentar ni tampoco fotografías que publicar. Y desde entonces Antonio, mi ya viejo amigo el alcalde, cada vez que me ve insiste en presentarme ante propios y extraños: “Este es el que nos rompió el tejado del Ayuntamiento”.

Controlado en la marcocárcel

Nos hemos de remontar a los años noventa, cuando la controversia sobre la macrocárcel de Zuera estaba en todo su apogeo. Junto a mi nunca bien ponderado jefe por aquel entonces, Rafael Bardají, ideé un reportaje que podría arrojar algo de luz sobre un asunto tan enrevesado y tan fácilmente sujeto a demagogias como es la construcción de una cárcel y sus efectos sobre las poblaciones cercanas. Y en Aragón algo se sabía de ello, puesto que en Daroca, a finales de los años setenta, hubo una manifestación incluso para reclamar la construcción del centro penitenciario. Y, por lo que parecía, todos tan contentos. Bueno, pues hacia allí que se fue Miguel a hacer un reportaje a pie de tajo hablando con tirios y troyanos. Y para ello me presenté en Daroca junto a un periodista que por aquel entonces se iniciaba prácticamente en esto del fotoperiodismo. Como lo mejor es ir por estos lugares de la mano de alguien que se conozca el territorio llamé a un buen amigo daroncense, aunque sus orígenes estén en Mainar, Luis Majarena. Junto a él recorrimos durante todo el día todo el pueblo de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

arriba a abajo, hablé con un buen puñado de darocenses, incluso nos adentramos en la urbanización donde residen los funcionarios de prisiones y hablé con algunos de ellos. Vamos que sólo me faltó hablar con algún preso.

Cuando se hacía ya hora de volver me dirigí a una cabina –los móviles/portátiles eran entonces casi inexistentes- para hacer una llamada a casa y saber de mi familia. La sorpresa fue bastante grande. Mi mujer me dijo que se había presentado la Policía en casa de mi madre preguntando quien conducía un Opel Corsa –mi coche- que se encontraba a nombre de mi padre, fallecido unos meses antes. Lo de que yo era periodista de Heraldo y rondaba de vez en cuando por algún que otro territorio no parece que convenciera mucho a los agentes. Por si acaso, de inmediato llamé a Heraldo, donde un bromista jefe me recibió entre risas preguntándome “¿qué has hecho en Daroca?”. Y casi sin tiempo a responder añadió: “Pues te anda buscando la Guardia Civil”. De inmediato dejó las coñas y me explicó que le había llamado un mando de la Guardia Civil pidiéndole “información” sobre mi persona y mis viajes. Vamos, que Santiago Cabello y yo mismo –ambos por aquel entonces jovencicos y con barbas- nos habíamos paseado durante todo el día por Daroca, habíamos entrado en unas cuantas casas e incluso en las de funcionarios de prisiones. Y, mira por donde, habíamos levantado sospechas aunque nada ni nadie nos hiciera pensar en ello. En conclusión: el firmante regresó a Zaragoza con cierto canguelo porque, pese a todo, no las tenía todas conmigo y quien me decía a mí que no me paraban en un control y me mareaban hasta que todo se aclarara. Y, por supuesto, las sonrisas y bromas aquella tarde-noche fueron generalizadas en la redacción de Heraldo cuando regresé.

Por cierto, el titular final hablaba de que la cárcel era considerada el maná en Daroca.

Pepa Bueno

*Subdirectora y presentadora del programa Gente de TVE
PEPATXIMI@terra.es*

Rojos en Teruel

En 1989, Instituciones Penitenciarias cesa al director de la cárcel de Teruel. Se llamaba Julián Pérez de Gracia y su talante y gestión habían sido siempre polémicos. La guinda fue su procesamiento, junto a cinco funcionarios, por la muerte violenta de un recluso. Naturalmente los medios estábamos siempre detrás de él. Y aunque despotricaba, nos atendía. Eso sí, a su manera. En días diferentes Teresa García de RNE- Zaragoza y yo, que entonces estaba en Teruel, le hicimos dos entrevistas telefónicas que tuvieron resultados parecidos.

La mía discurrió más o menos así:

PREGUNTA.- ¿ Se considera responsable, directa o indirectamente de la muerte de.....?

RESPUESTA.- Niet, niet

P. La acusación particular opina que...

R.- Niet, niet,

P.-Cuenta usted con el apoyo de...

R.- Niet, niet

P.-Pero oiga, qué es lo que dice usted

R. Le hablo en ruso señorita, porque como ahora son todos rojos...

Un obispo de armas tomar y otros

Fue una sorpresa descubrir la personalidad del Obispo de la Diócesis, Antonio Algora. En entrevistas sucesivas, le escuché cosas como estas: "Industrialización de Teruel sí, pero no a cualquier precio, que no traigan aquí, las industrias que no quieren en Barcelona". "No sé como no les da vergüenza a los políticos, inaugurar a estas alturas del siglo la llegada del agua corriente a los pueblos".

No menos peculiar era el forense que por entonces – últimos años ochenta - trabajaba en los juzgados de Teruel. Se llamaba José Luis Cervera y era tan simpático que cada vez que se encontraba por la noche, de copas, con la tropa de periodistas jóve-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

nes – casi todas chicas – que habíamos llegado a la ciudad, se ofrecía para hacernos la “autopsia”.

O Rafael García de la Riva, ex director del Insalud en Valencia, que “tuvo que” casarse con la mujer con la que llevaba once años conviviendo tras convertirse en Gobernador Civil de Teruel en el año....iiiiiii88!!!!!!

O el comisario Pepe García, recién llegado de la Brigada de Interior del Ministerio en Madrid, un hombre curtido en mil investigaciones, entre ellas la del caso Nani. A Pepe le costó acostumbrarse al “parte de sucesos” que cada lunes ofrecía a los periodistas locales sobre las incidencias del fin de semana. Recuerdo este : “Se han sustraído un ciclomotor, y dos sábanas de un tendedero”.

O Tomás Daudén, aquel precursor de los movimientos de repoblación de los pueblos que ofreció sus propiedades a un matrimonio con hijos que impidiera el cierre de la escuela del suyo :Monteagudo del Castillo. El quería “gente de desarrollo”. Y lo que desarrolló rápidamente la pareja que se instaló con él fue la capacidad de vender sus propiedades. Tomás tragó con todo hasta que vendieron a la Gitana, una vaca por la que tenía predilección. El experimento saltó por aires y Tomás se convirtió en una sombra que vagaba de redacción en redacción por Teruel, buscando el calor de los periodistas que acabamos siendo su única familia.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Manuel Lorenzo

Servicio de Documentación y Comunicación de las Cortes de Aragón

MLorenzo@cortesaragon.es

Aquellas famosas portadas del suplemento de El Día titulado La Noche: “M’hirven los pies” y “Otra semana sin hacer el amor”.

Florencio Nogués

La primera de ellas tiene como protagonista a ese pedazo de hombre llamado Florencio Nogués. Una noche se produjo un accidente de tráfico en la Autovía de Logroño, del que conseguimos foto en exclusiva (alguna ventaja deberíamos tener los de EL DÍA) por proximidad al lugar de los hechos. El accidente debió de ser de cierta envergadura, así que incluso metimos foto en primera, con el camión siniestrado ruedas arriba. Bien. El caso es que redacté el texto de primera, marqué la foto y me fui tranquilamente (aquella noche cerraba yo). Al día siguiente, antes de subir a EL PORTAZGO, le eche un vistazo al periódico y me quedé de piedra al ver el camión de la foto de primera en su posición normal, es decir, como si estuviese circulando. Al llegar a la redacción, me encontré sobre mi mesa la foto original de marras, con un post-it, en el que ponía: “A ver si aprendemos a marcar los fotos”.

Periodista, persona, periodista, persona...

La otra anécdota recuerda a un empresario aragonés que ya murió, del que creo que el nombre poco importa. Montó una comida con periodistas a la que asistía parte de su staff. Cuando fuimos a sentarnos en la mesa, el personaje en cuestión comentó que sería mejor mezclarnos, así que, ni corto ni perezoso, dijo: “Vamos a sentarnos mezclados: periodista, persona, periodista, persona, periodista, persona...”.

Competencias

Hay otra muy buena, que es el envío de una nota de prensa desde el Departamento de Comunicación de la DGA cuando Marco era presidente en la que se anunciaba la asunción por parte del Gobierno de Aragón de las competencias en materia de Costas.

Luis del Val
Cadena Ser
luisdelval@lycos.com

“Sé que estás ahí” (1990)

Durante un tiempo, en la cadena COPE, llevé un programa que se titulaba “Sé que estás ahí”. Era un programa que comenzaba a las 12 y media de la noche y concluía a las 3 de la madrugada. Se trataba de un programa intimista, que tuvo la suerte de recibir el Premio Ondas al mejor programa nacional de radio en 1990. De vez en cuando, entre párrafo y párrafo, antes o después de una canción, yo solía decir “Sé que estás ahí”. Una noche, cenando con Pedro Ruiz, me dijo que su madre se dormía con la radio puesta y que escuchaba el programa, pero que muchas noches se asustaba, porque medio adormilada, se desvelaba un poco y, de pronto, escuchaba “Sé que estás ahí”, y se desasosegaba, pensando que era una voz de ultratumba o de alguien que había entrado en la habitación. Luego, me volvieron a contar algo parecido en San Sebastián, dos hermanas que eran noctívagas de la radio.

Retratos a la basura

Los retratos, una vez que he leído el folio manuscrito, si el invitado no lo pide de manera inmediata, lo tiro a la papelera. A veces, sucede que el personaje solicita el retrato, cuando ya está a punto de marcharse. Recuerdo que José Saramago y su mujer, volvieron sobre sus pasos, después de estar a punto de salir de la emisora, para reclamar el retrato que le había hecho. Es de agradecer en estos casos el despliegue de solidaridad de todos los compañeros. Mientras unos entretienen al o a los invitados, los otros y yo mismo, como basureros entusiastas, vamos hurgando en las papeleras hasta encontrar el dichoso papel. Hay que reconocer que la mayoría de las veces lo logramos.

Bromas en Localia

Cuando concluimos de grabar las entrevistas de Localia, que duran 58 minutos con una pausa, pero en tiempo real, suelo preguntar, en broma, al equipo si ha quedado bien, y entonces, ante su asentimiento, digo en tono grave: “Perfecto. Si ha quedado bien el ensayo, vamos, pues, a grabar en serio”. Juro que algunos de los entrevistados se quedan patidifusos creyendo de verdad que volvemos a repetir.

Vanidades

Prueba subjetiva de que nada es verdad ni es mentira, sino que todo es según el color que con que se mira. Hace años, el hijo de un vecino, catedrático de Literatura, el padre, claro, fan y seguidor de los 40 Principales, me preguntó si trabajaba en la radio. Cuando yo le contesté que sí, con mi porcentaje de vanidad reconfortada, me propuso el niño: "¿Y por qué no te pasas a los 40 principales y así te escucharía todo el mundo?".

"Te conozco y no sé de qué"

Durante cuatro años estuve haciendo un comentario en el Telenoticias de Telemadrid, a las 21 horas. Esas apariciones de lunes a viernes proporcionan esa calderilla de la popularidad, que consiste en que la gente asocia tu rostro con el de alguien a quien creen conocer. Un porcentaje pequeño te identifica, pero la mayoría te coloca en ese inmenso saco en el que lo mismo cabe el intérprete de una serie, un concursante o un líder sindical, o sea, alguien que sale en la televisión. Como eran muchas las personas que se acercaban y me decían lo de "le conozco y no sé de qué", yo me inventé una contrarréplica que consistía en decir lo siguiente: "Mire, soy Leticia Sabater, pero es que no me ha dado tiempo a maquillarme".

Un día, en la Gran Vía, ante un semáforo, una señora, después de responderle de esa manera, se me quedó mirando cuidadosamente la barba y dijo con mucha perspicacia: "No, usted no es Leticia Sabater".

Rosa Pellicero
Jefe de Prensa del Gobierno de Aragón
rpellicero@aragob.es

El rap del jefe de la Policía

Cuando trabajé en el Periódico de Aragón me encontré con gente verdaderamente entrañable sin la que esa redacción y ese medio no serían ni históricamente hubieran sido lo mismo. Recuerdo que, como es habitual en los periódicos, a partir de una cierta hora nocturna, y conforme avanzaba la hora del cierre, el ambiente se iba calentando o, dicho de otra manera, ganaba intensidad, de tal manera que o bien nos callábamos todos, concentrados en la misión posible, aunque pareciera mentira, de llegar a tiempo pese a las remaquetaciones, o nos dedicábamos a “exortizar” la tensión a base de comentarios en voz alta, cancioncillas y demás tics. El caso es que el primer día que trabajé en esa redacción sentía verdadera curiosidad por conocer cómo, en ese medio en concreto, se vivían las horas críticas del cierre. Mi curiosidad quedó bien satisfecha. De hecho, nunca he olvidado ese día ni la canción que le acompaña —como ocurre con momentos “señalados” en la vida— porque, de repente, el compañero Teo Lozano empezó a cantar un rap de producción propia cuya letra compuso con el argumento de dos sucesos que le tocó escribir para el periódico, uno como noticia y otro como reportaje.

Aludía al nombre de un famoso jefe de policía, cuyos agentes protagonizaron una no menos famosa persecución en Zaragoza, y renglón seguido decía “Creo en dios a to meter” (Si se piensa a ritmo de rap, tiene bastante gancho). Pero Teo no se quedó solo con el rap. Cuando él empezó a cantar, toda la sección le seguía! y claro, aprendí rápidamente la letra, tanto, que han pasado unos cuantos años y todavía la tarareo cuando tengo prisa por algo. Por cierto... como no entendía nada de la letra, rápidamente se me explicó que el “creo en Dios a to meter” tiene que ver con una entrevista que Teo le hizo a una señora que acudió a unas supuestas apariciones de la virgen en un pueblo de Teruel.

La pregunta fue ¿Señora, usted cree en dios? y la respuesta “Hijo mío, a to meter”. Bonito ¿verdad”. Todos ponemos música a determinados momentos, mi música del cierre en El Periódico era el Rap del jefe de policía.

Elecciones a la APA

La primera vez que acudí a una reunión del Consejo Directivo de la Federación de Asociaciones de la Prensa de España acababa de ser nombrada presidenta de la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Asociación de la Prensa de Aragón. Sólo habían pasado 24 horas desde ese nombramiento, después de unas elecciones que, sinceramente, dudábamos en ganar, dada la envergadura de la candidatura contrincante, encabezada por la excelente amiga y profesional Encarna Samitier, y dada nuestra inexperiencia en este tipo de lides. El caso es que en cuatro días habían pasado las elecciones, nos habíamos llevado la sorpresa, nos habíamos puesto al día y podíamos hacer lo que habíamos perseguido como propósito: participar y hacer participativa la gestión de una asociación centenaria que, por cierto, era la primera vez que presidía una mujer. Éramos todo ganas y mucha impericia, y así nos fuimos a Cádiz la tesorera Mercedes Ventura y yo para asistir a la Asamblea de la FAPE, a la que precedería ese consejo directivo. Llegamos tarde, pero no por nuestra culpa, sino por los condicionantes del viaje, y entramos, literalmente, como un toro en una cacharrería en esa reunión... Allí estaba el consejo directivo en pleno, formado por personas muy respetadas y, sobre todo, presidido por Jesús de la Serna, alguien a quien siempre he admirado mucho y cuya trayectoria y papel como defensor del lector despertaba en mí un extraordinario respeto.

Pero la entrada en esa reunión, la situación que rodeaba a esa "presentación" ante el Consejo y el hecho de ser, literalmente, las "nuevas" en ese ámbito no generó —pese a lo que me temí en un principio— más que consecuencias positivas a lo largo de todo el periodo en el que permanecí en la Junta Directiva. El consejo se volcó con nosotras y, de hecho, en esa misma reunión ya se gestó el encuentro que medio año después se produciría en Zaragoza, en pleno "Año Goya".

Pero, sobre todo, y como se dijo en Casablanca, ese accidentado comienzo fue el principio de una extraordinaria relación con alguien muy admirado para mí como persona y como periodista. Por cierto, a esa reunión de Cádiz llegamos tarde y generamos una cierta sorpresa (quizá por razones de edad, quizá por razones de sexo) Mercedes Ventura y yo misma. Lo que luego supimos es que al mismo tiempo que entrábamos nosotras, también lo hacía, y en las mismas condiciones, la recién nombrada presidente de la Asociación de la Prensa de Navarra, Aldegunda Peña. Luego vinieron otras asambleas y reuniones del consejo, aunque quizá la más productiva e insospechada fue la primera.

Nicolás Espada

*Subdirector de El Periódico de Aragón
nespada@aragon.elperiodico.com*

Visita del Príncipe

Un buen día me entero que el Príncipe Felipe va a visitar el Ayuntamiento de Zaragoza. Estaba estudiando en la Academia e iba de tour por todas las instituciones. Iba a ir un sábado, creo, para no entorpecer sus estudios, y cayó en mis manos un papel de la Casa Real con el programa. Lo conté en El Día y a la semana siguiente se adelantó la visita un día, al viernes, por aquello de la seguridad...

La subasta de "la salchicha" del Actur

Lo de Arturo Beltrán fue un poco peor. Yo era un novato en estas cosas y sale a subasta una parte de la salchicha del Actur, donde ahora está el Carrefour, y entre los que optan a la compra está Arturo Beltrán que tenía muchos números para quedarse el terreno. El día de antes conté que él pujaba por tantos millones, no recuerdo cuantos y, naturalmente, se mosqueó mucho porque tenía que subir su precio ya que si no, se lo subían los demás.

Se acordó de toda mi familia, me puso verde, me llamó irresponsable y esas cosas, y tuvo que pagar no se cuántos millones más. Eso sí, lo ganó él.

Una de Radio Nacional

Manuel Cortijo, de Radio Nacional de España, se dispone a entrevistar a la consejera de Educación de la DGA, Eva Almunia, en directo, en el informativo del mediodía. Y le pregunta, directamente: "¿Qué le parece que algún colegio no quiera entregar las solicitudes para plazas escolares?", más o menos. Y la supuesta consejera responde: "Pues el caso es que yo no he solicitado nada...". Cortijo, atónito, pregunta: "Pero no es usted Eva Almunia?". "No", dice la otra.

Sale como puede y a los pocos minutos vuelve a entrevistar a Eva Almunia, esta vez, sí. Esto ocurrió el sábado, 4 de mayo del 2002.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Concha Roldán

Miembro del Seminario de Investigación para la Paz (SIP)

Ha escrito "Los americanos en Zaragoza. La presencia de las fuerzas aéreas de Estados Unidos en la base". Ibercaja, 1998.

concharoldan@hotmail.com

Manuela Carmena

Hace bastantes años le hice una entrevista para el Semanal que entonces publicaba Heraldo de Aragón y que se hacía en Zaragoza. El responsable entonces del Semanal era Ricardo Gil.

Manuela Carmena, entonces jueza de vigilancia penitenciaria, llegó a la cita en el Hotel Don Yo con casi una hora de retraso. La esperaba en el hall. Al final llegó corriendo, se disculpó y se acomodó en el sillón mientras decía que estaba muy cansada. Se quitó los pendientes y estiró las piernas para depositarlas ligeramente encima de una mesita. Comencé pronto a preguntarle por si luego no iba a tener tiempo (mis entrevistas eran muy largas) y a la segunda o tercera pregunta no contestó. Levanté la vista pues estaba mirando mis notas y sorprendentemente ví que había cerrado los ojos y se quedó dormida. Pasó más de un minuto, para mí eterno, y sin saber muy bien qué hacer decidí elevar algo la voz para llamarla. Se despertó, y no daba crédito de haberse ausentado de esa manera. Me volvió a pedir disculpas y me confesó que esa noche apenas había dormido. El resto fue lo normal de cualquier otra entrevista. Nunca más se me durmió un entrevistado.

Arzobispo de Zaragoza, Elías Yanes

También hace años. Fue la primera entrevista que se le hacía en Zaragoza, que conseguí con recomendación. Nunca antes tuve que ir y venir al entrevistado tantas veces. Fue la primera vez que daba el cuestionario de preguntas con antelación y que recibía las respuestas casi de su puño y letra. Me pidió el resultado de la entrevista antes de ser publicada, y en dos ocasiones más quiso hacer rectificaciones a sus propias respuestas, la última cuando estaba en el taller para salir al día siguiente. Fue la entrevista que más trabajo me dio y no sentí la compensación de ser la primera periodista con tantos inconvenientes y celos que dijo los tenía de otras experiencias. La entrevista se publicó en el Semanal del Heraldo.

Antonio Gala

Todavía hace más años que las anteriores. Vino a Zaragoza para presentar una de sus obras de teatro, quizá Petra Regalada, pero no lo recuerdo bien. Se publicó en el diario, no en el Semanal.

Un compañero del Heraldo le había hecho ya una entrevista, yo no lo sabía y el subdirector de entonces (José María Doñate), tampoco. Le llamé para quedar y me respondió que encantado, a pesar de que otro compañero del mismo diario le había hecho ya una entrevista, que no era para el día siguiente.

La conversación, dijo, no le había gustado y le parecía bien quedar conmigo para hacer el tipo de preguntas que yo le adelanté. Hablamos mucho de la amistad, del amor, de la muerte, de la vida, de los sueños y de su perro Troylo. Fue todo muy espontáneo y de una gran profundidad.

Salí encantada de la conversación con Gala, escribí la entrevista al día siguiente, ya estaba lista para su publicación, cuando de repente se muere Troylo. Llegué a tiempo para decirlo, aunque tuve que cambiar el titular, los ladillos y algo de texto.

Teo Lozano

*Director de Programas de Talent Televisión
tlozano2001@hotmail.com*

El Milagro de Andorra la de Teruel: "creo en Dios a to meter"

Primavera de 1990. RNE en Alcañiz dio la noticia. La exclusiva era de Eva Ron, una periodista madrileña de buena pluma y mejor olfato. Mi colega y amiga, terminó aquella pieza diciendo algo así como " lo que se conoce ya como El Milagro de Andorra".

Yo era entonces el corresponsal de TVE en la provincia de Teruel, y el único milagro que me sonaba era el de Calanda. Allí participé, profesionalmente hablando, en una procesión, a la que asistió Pipita Ridruejo. Era tanto el fervor con el que contaba el Milagro calandino que parecía una testigo presencial de la aparición declarando ante la autoridad judicial de la época.

El de Calanda, fue como refiere la señora Ridruejo, un milagro ocurrido en 1640 cuando la rueda de una carreta le amputó una pierna a Miguel Juan Pellicer. Este hombre, muy devoto, iba a diario a la iglesia y se frotaba el muñón con aceite de la lamparilla de la Virgen. Un día, siempre según Pitita, bajó la Virgen con los ángeles, y le puso una pierna nueva. Algo similar a lo que por aquellos años hizo con una pastor de la sierra del Albarracín al que le faltaba un brazo. El pastor vio crecer su miembro superior, pero tuvo que construir una gran ermita en el lugar del milagro, un monte de Orihuela del Tremedal (Teruel), situado a 1.800 metros de altitud. Ante tanta clonación a uno le flaquea el ateísmo y hasta el agnosticismo, y se pregunta si puesto en la situación del pastor estaría dispuesto, hoy en día, primero a perder la paga por invalidez y segundo a emprender semejante hazaña inmobiliaria. He subido al cerro del Tremedal en bicicleta y no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Mis amigos cicloturistas, simplemente, no se lo creyeron. Después volví a mi casa de Bronchales y me acosté con los calentapiernas, los manguitos y los calapiés de la bici. Tenía 40 de fiebre y una imagen congelada en mi retina: Ermita del Tremedal, 1.800 metros.

Volvamos al Milagro de Andorra. Después de escuchar aquella información de Eva Ron sobre un neomilagro en Andorra, Ernesto Fortuño, el cámara, Fernando Fabregat -ayudante entonces- y yo, nos fuimos a cubrir la noticia. Los tres formábamos equipo y delegación de TVE en Teruel. Fueron unos años estupendos donde trabajamos muy duro y aprendimos la profesión con Pepe Quílez, Sagrario Saiz, Miguel Bayón, Natalia Martínez, Nuria Gonzalo, Pedro Fondevila, María Jesús, y muchos otros. El director del centro era Pepe Royo. Royo, Quílez y Sagrario, eran el triunvirato que mandaba en

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Zaragoza, eran los jefes. Ellos se ilusionaban tanto como nosotros después de ver el material que enviábamos a diario. Fue la primera vez que oía que una primicia puede provocar una erección "Este material me la pone dura, me la poner dura", yo me tocaba el paquete y decía para mis adentros, ¿qué seré impotente?

Pepe Royo, me recordaba a menudo que habíamos vendido 30 noticias de Teruel al telediario, en tan sólo un año. Me di cuenta enseguida de que a los editores de Madrid les gustaba mucho la antropología, la arqueología, la etnografía, y la etología y si me apuras en cuestión de líquidos estaban dispuesta a llegar hasta la enología. El agua es otra guerra.

Yo barruntaba que si nos salía bien lo del milagro de Andorra podría comprarlo Madrid. La noticia en cuestión se refería a una señora que aseguraba ver a la Virgen María en la inmediaciones de la central térmica. Para mí, la culpa de todo la tenía Endesa. Día y noche echando monóxido de carbono por sus gigantescas chimeneas, y eso no tiene que ser bueno.

No lo entendía, Sanidad criminalizando el tabaco y a fumadores y Endesa tan a gusto con sus chimeneas, pero menos mal que luego instalaron un tren de lavado.

Localizamos a la vidente. La señora, entrada en años y en carnes, muy amablemente aceptó concedernos una entrevista en su casa. Recuerdo que vivía en un piso modesto en el que había una cierta dificultad para entrar porque los vecinos se arremolinaban dándonos todo tipo de opiniones y aclaraciones. Más bien parecía aquello, un velatorio.

Descansillo del piso. Vecina nº 1:

"Si no se lo creen peor para ustedes, pero yo le digo una cosa que ella ve a la virgen eso lo sabe todo el mundo. Se lo juro por Dios", decía y decía.

Sala de estar vivienda vidente. Vecina nº 2:

"El cura de Andorra no se lo acaba de creer. El cura de Andorra, no se lo acaba del creer".

Sala de estar vivienda vidente: Vecina nº 3:

"El cura no se lo cree Carmen, pero qué me dices del obispo, que me dices del obispo?"

La vecina número dos no le dijo nada del obispo a la número 3. Nos quedamos sin saber que opinaban de aquellas pariciones el obispo de Teruel-Albarracín, monseñor Antonio Algora.

Llegó el momento de la entrevista y la señora estaba y no estaba. Me explico: no la

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

entendíamos, esa mujer quería ajustar cuentas con la racionalidad.

Los bártulos, propios del medio televisivo estaban instalados y el cámara nos hizo la señal de que ya estaba grabando:

Pregunta Teo.- ¿Cuándo se le aparece la virgen, (como se tal hecho fuese algo objetivo que ni siquiera yo me atreviera poner en duda)

Respuesta Vidente.- : "La virgen se me aparece todos los días. La gente que sale por la televisión también me hablan a diario."

Pregunta Teo.-: "Perdone, señora pero en el telediario las noticias las dan para todo el mundo"

Respuesta Vidente: "No señor, no señor, las particularizan en mi. Me hablan a mí, la gente que sale en la tele se dirige a mí".

Yo me preguntaba en ese instante y otros efectos colaterales de la térmica sería el privilegio de disponer únicamente en esa casa de televisión interactiva.

Respuesta Vidente: "Y le voy a decir una cosa me da igual que me crean o no pero, la Virgen me ha dicho que le construyamos una ermita en el pueblo. En el mismo lugar donde se me apareció la primera vez. Y le voy a decir otra cosa vamos a construir esa ermita porque YO CREO EN DIOS A TO METER, CREO EN DIOS A TO METER. "

Aquello me estremeció, deberían incorporar esta expresión en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. Fue algo supino, sublime, alguien que cree en Dios de esa manera no se le puede llevar la contraria. Claro que veía a la virgen, cómo que la veía.

La entrevista fue a primera hora de la mañana y la anunciada aparición de la Virgen estaba prevista para las cinco de la tarde. Llegamos al lugar previsto media hora antes, y aquello parecía el Rocío. Las piezas de Eva Ron en Radio Nacional, con el dichoso Milagro de Andorra, habían provocado que gentes de todos los lugares de España se acercaran a presenciar en vivo y en directo la aparición de la Virgen en Andorra. Un descampado donde la térmica estaba a tiro de piedra. Con sus chimeneas humeantes, con poca vegetación, más bien ninguna, a excepción de unos cuantos árboles. La verdad el lugar tenía poco encanto, pero doctores tiene la iglesia.

La Guardia Civil controlaba los accesos polvorientos, monegrinos, con el objeto de ordenar el tráfico y que los devotos pudiesen acceder al lugar sin incrementar las estadísticas de víctimas por Dios. Por fin logramos aparcar, le dije a Ernesto, nuestro cámara: graba unos minutos de imágenes de recurso por si nos hacen falta para montar la pieza.

La Vidente no había llegado todavía, pero allí se habían concentrado cerca de 5.000 personas. Empezó a grabar un árbol elegido al azar, que estaba más cerca de donde

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

dejamos el coche. El gentío esperaba a la vidente desde hacía horas y ya estaban impacientes, tenían ganas de milagros. Cuando vieron que grabábamos un árbol creyeron que eran el lugar sagrado donde se aparecía la virgen.

El lugar elegido por ella para que le construyeran una ermita. Estalló la devoción, estalló el fervor, estalló no se qué. El efecto que provocó el trípode, la cámara y árbol no se lo explica nadie. Los feligreses comenzaron a rezar, a tiempo que le arrancaban hojas al árbol, las ramas, y no se si algunos consiguieron llevarse la savia. Interés ponían.

Gritábamos intentando explicar el error, pero ellos sólo debían de escuchar otras voces, seguro que de otro mundo. Aquello parecía una procesión de Domingo de Ramos.

El clímax. Un cura ofició una misa al aire libre, la señora vidente no defraudó: entró en trance; vio a la Virgen; habló con ella, , se desmayó, y le vimos la inmensa faja color carne. Que la señora llevara aquello puesto era el milagro para mí. Muchos de los asistente también vieron a la Virgen. A nosotros tres no se nos concedió ese don.

Las imágenes se emitieron en el informativo Telearagón y yo termine aquella pieza plagiando a mi compañera Eva Ron "5.000 personas asistieron a lo que se conoce ya como el Milagro de Andorra."

Ignoro que habrá sido de la vidente y si con la entrada en funcionamiento del tren de lavado de carbón, las chimeneas de Endesa las emisiones ya no son de monóxido sino de oxígeno. Si es así ha privado también a Aragón de tener una ermita para que los que quieran, vean gratis a la Virgen, como otros van a Terra Mítica o al parque de Warner.

Por cierto, un amigo turolense, arqueólogo y antropólogo, me dijo un día que el Milagro de Calanda había sido un error, una lamentable confusión histórica.

Teo.- "¿Un error", le dije, "pero si me lo ha confirmado a mi hasta Pitita, le conteste."

Arqueólogo-Antropólogo: "Si, un error Teo, el que volvió al pueblo con las dos piernas fue el hermano gemelo de Miguel Juan Pellicer, pero la gente prefirió creer que le había crecido".

Yo entonces pensé para mis adentro, hay que ver la ciencia siempre tan envidiosa, si es que la Santa Inquisición no tenía que haber apagado la hoguera. Empiezan desmintiendo el milagro de Calanda y luego dirán que lo de Atapuerca era una antigua fábrica de efectos especiales pal cine.

Barrio del Arrabal. Teruel. Lunes 9 de la mañana. Principios de los 90.

Rin, Rin, Rin,

-¿Diga?

-Teo, Teo, Teo.

-¿Quién eres?

-Soy El Fabre

-¿Fernando qué pasa?.

Qué qué pasa, que una chica ha desaparecido en Villarquemao. Villarquemado es uno de los pueblos de la ribera del Jiloca que ha sufrido como toda la zona el cierre de la Azucarera de Santa Eulalia del Campo. Por cierto, cuando llegué a Teruel compré una enciclopedia que recogía, diez años después del cierre de esta empresa, que todavía seguía siendo el motor de la comarca del Jiloca. Aún nos regalaba otro dato igual de actualizado: que las minas de Ojos Negros seguían en plena producción. Sin embargo, no le guardo rencor a la editorial. Ésta tuvo la gran idea de regalarme con el tocho de tomos una televisión de 14 pulgadas y un mando a distancia con el que pillo 14 canales. Aún conservo la enciclopedia. Si me deprimo frente a una noticia sobre Teruel que le perjudica, —noticia, Teruel y perjudica son términos sinónimos— me voy al tomo del Jiloca, cierro los ojos y leo: a la azucarera no la mueve ni la globalización y las minas de Ojos Negros bombeando carbón a los altos hornos del Puerto de Sagunto.

Tiene el mismo efecto que un lextatín.

Dejemos el tranquilizante porque me despertó Fernando Fabregat, el cámara de TVE en la corresponsalía de Teruel, que en unos minutos estaba en la Delegación, es decir mi casa. Nos preocupaba la desaparición de la chica de Villarquemado. Fuimos al Gobierno Civil que estaba a tiro de piedra, y hablé con el Gobernador Rafael García de la Riva.

-Gobernador hay alguna noticia sobre la desaparición de la chica de Villarquemado. ¿Hay alguna novedad?

-Pero vamos a ver, la noticia sería que no se hubiese ido viviendo en Villarquemado, contestó.

El gobernador no lo decía porque tuviese algo en contra el ese pueblo, todo lo contrario estaba enamorado de la provincia y de sus gentes, pero él hablaba de otra cosa.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Yo pensé "este hombre no tiembla ante la adversidad. Tiene los nervios de acero, por eso lo han enviado a una provincia con temperaturas de postguerra".

Rafael tenía razón, fue una desaparición voluntaria y la chica volvió a casa sin ningún problema. Desaparecer en Teruel es difícil. Un conocido mío cogió su coche y se marchó a Valencia sin avisar a su familia. A las pocas horas llamaron a Radio Nacional a un Quién Sabe dónde, como el de mi amigo Lobatón, y la policía lo localizó cuando circulaba con su coche por Sagunto.

"Oiga que lo busca Lobatón. Documentación".

Volvió tranquilamente a casa como si nada. Lo vi meses después en una boda y le dije: "Vete cuando quieras, pero avisa que tu madre sufre". Me lo prometió, entonces el chaval tenía 30 años, pero yo ya no puedo evitar que me conmocionen los partes de socorro de RNE.

Unos días después me entere que había un conflicto en un pueblo de la sierra de Albarracín, no me acuerdo muy bien pero creo recordar que era Torres de Albarracín. Había pleno extraordinario y una crisis gravísima que enfrentaba medio pueblo contra el otro. Otra vez el fantasma de la guerra civil.

Estaba el Gobernador García de la Riva, el presidente de la Diputación de la Diputación Teruel, Isidoro Esteban y el ayuntamiento en pleno. En la puerta del consistorio, un cabo y tres números de la Benemérita. Eso en Teruel equivale a una compañía de reserva.

-Aquí pasa algo grave, le dije a Fernando.

Empieza la asamblea e interviene el Gobernador: El vertedero de basuras hay que construirlo, lo manda la ley.

Uno de los vecinos intervino, no se si vendría del bar porque le hablaba a la autoridad como queriéndola tutear y eso puede tener consecuencias. ¿Quién no tiene algo que ocultar?, pensaba yo para mis adentros.

-"Nunca ha habido aquí vertedero de basuras y no lo va haber". Lo decía en un tono tan alto que pensé: si la cámara no registra el sonido, no importa porque esto se está oyendo en Canarias.

Ese hombre tenía madera de líder y arrastró a otro paisano que apoyaba con sólidos argumentos los suyos. Habría leído a Wittgenstein o quizá Los lógicos de Jesús Mosterín. Lanzó su tesis: "siempre hemos quemado las basuras en nuestro huertos y no hemos tenido ningún problema. Cada uno se quema sus propias basuras."

¿De qué habla, qué metalenguaje emplea?. Si de A que es quemar basuras en huertos se infiere B que significa carencia de problemas. Estaba claro que no quería que

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

la autoridad modificara ni el antecedente ni el consecuente.

Más argumentos:

“Si construimos un basurero en el pueblo, quién paga las tasas”.

Cuando se habla de dinero ya se sabe: se hizo un silencio incómodo en la sala. Yo miraba a la puerta y rogaba a Dios que semejante alegato no lo hubiera oído el cabo. Ya no había aire en la sala. Que no se acabe la cinta, que aquí siento a tragedia.

Nadie sujetaba ya a los vecinos:

- “¿Eso, quién paga las tasas, QUIEN PAGA LAS TASAS, me cago en ...”

“No levante la voz, aténganse a las consecuencias”

Que dimita, que dimita, que dimita

¿“Que dimita quién” le pregunté con ansiedad”, y me contestó:

“He dicho que dimita”.

Como era nuevo en la tele no quise empeorar la situación porque era evidente que yo no entendía el método axiomático tradicional que dominaba aquel hombre.

Fue un debate binario, o ceros o unos. Un lenguaje que he escuchado, desde la tribuna de periodistas, en el Congreso de los Diputados, entonces comprendí que era un lenguaje universal.

Años después de aquel agrio enfrentamiento se impuso la autoridad y la Ley, se construyó el vertedero, no se con qué consecuencias para futuras generaciones. No sé si los lógicos que intervinieron esa aciaga noche han renovado su licencia de caza o han tenido otros problemas colaterales al pasar la ITV, al roturar las tierras o quizá por recoger de caracoles.

Lo ignoro, pero deseo una pronta reconciliación y vuelta a la cordura. Si la ropa sucia se lava en casa, no entiendo porqué no puede ocurrir lo mismo con la basura. Los vecinos sólo querían quemarla en casa, como toda la vida. Y con las tradiciones no se juega.

Otro pleno en Albarracín, cabecera de la comarca.

Moción de censura al alcalde del CDS Ricardo Doñate.

Uno de los motivos que se argumentó allí fue éste:

“Ricardo tú quieres construir una plaza de toros nueva en el pueblo”

Alcalde.- “¿Qué yo quiero construir una plaza de toros?”

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Candidato". "Ricardo te voy a leer los acuerdos del pleno de la semana pasada. Algo así "El pleno aprueba por mayoría la construcción de una plaza de toros en el término municipal de Albarracín."

Alcalde":

"¿Bueno, no me acordaba -dijo-, qué más motivos tenéis para echarme?"

Al bueno de Doñate lo echaron esa noche, pero a mi no me parecieron motivos, ¿que más da una plaza de toros de más con la afición que hay allí?

A Doñate lo sustituyó Octavio Collado, pero Albarracín ya no fue lo mismo.

La Audiencia de Zaragoza

La Audiencia Provincial de Zaragoza es uno de los principales graneros que da información a los periodistas de sucesos y tribunales aragoneses. La visita diaria es obligatoria y el seguimiento de algunos los juicios un alimento intelectual de primer orden.

Recuerdo la intervención de Luis Saldaña, un prestigioso abogado penalista zaragozano, que ejercía la acusación particular en un caso de asesinato. Se trataba de un crimen rural. Un hombre mató con su escopeta al que él pensaba que era el amante de su mujer. El hombre estaba mal de la cabeza y sufría unos desmedidos celos.

El caso, por lo demás, tenía poco desarrollo porque el autor se presentó en el cuartelillo de la Guardia Civil y entregó el arma homicida. El debate estaba en si era responsable de sus actos o estaba loco. Es decir o lo enviaban a la cárcel o a un centro psiquiátrico penitenciario.

Sin embargo, el abogado Saldaña no quería dejar pasar este caso. En las calificaciones definitivas se ensañó con el acusado:

"Usted; le dije mirándolo fijamente— . ia traición, agazapado detrás de unos arbustos, a distancia, para evitar asumir algún riesgo, como un vil depredador, a traición, por la espalda, y cuando la víctima se disponía a arar sus tierras con su tractor, disparó. Es usted peor que una alimaña...!

El público que abarrotaba la sala de lo penal enloqueció. Aplausos, gritos de asesino, asesino, asesino... La gente se puso en pie, unos aplaudían, otros lloraban, aquello era un caos. Entonces, el presidente del Tribunal intervino: "Señor letrado, señores del público, o se guarda silencio y se comportan todos ustedes o mando desalojar la sala."

Finalizado el juicio, en los pasillos de la audiencia, le pregunté a Saldaña el por qué de su agresividad con aquel pobre hombre que se había sentado en el banquillo con la condena grabada en su rostro. El abogado, con la retranca típica aragonesa me contestó: "Hombre Teo, han venido todos los del pueblo para apoyar a los familiares de la víctima, han estado varias horas en la carretera, y había que darles un poco de alegría". El letrado había interpretado muy bien su papel y salió del tribunal como si fuera uno de los ganadores de Operación Triunfo.

El caso del Möet Chandon

De los muchos juicios que me tocó cubrir para El Periódico de Aragón hay uno inolvidable, porque tratándose de una estafa, el delito parecía sacado de un guión de Berlanga.

El estafador fue un día a Teruel y compró en una bodega una botella de vino espumoso que le costó 200 pesetas. El paisano tenía mejor ojo que paladar. No se fijó en la calidad del espumoso sino en la forma de la botella. Era idéntica a la botella del selecto champagne francés Möet Chandon. Cada botella tenía un precio en el mercado de 14.000 pesetas. El hombre ni corto ni perezoso encargó a la bodega turolense decenas de cajas de vino espumoso y a una imprenta de Zaragoza etiquetas de Möet Chadón Brut imperial de las bodegas fundadas en 1743.

Convirtió la bañera de su casa en el lugar del crimen. Se dedicó con esmero a despegar las etiquetas del vino espumoso de Teruel y a sustituirlas por las del Möet Chandon. Se hizo el milagro. El espumoso de Teruel con aquella etiqueta empezó a ser un champagne con carácter, completo, generoso y dinámico.

Este gran enólogo precursor de la globalización se dedicó a exportar centenares de cajas por medio mundo. En el juicio dijo en su defensa que había recibido una felicitación de Teodoro Obiang, presidente de Guinea Ecuatorial, por la gran calidad de lo que él había convertido en un cosecha propia de Möet Chandon. Su empresa familiar iba viento en popa, aunque había sacrificado su bañera. La tragedia vino de la mano de un funcionario de aduanas del puerto de Amberes, (Bélgica). Examinó uno de los contenedores que guardaban las cajas de botellas y se dio cuenta de que el envase era idéntico al de Möet Chandón, pero el tapón, no. Tirando del ovillo hizo que este enólogo revolucionario terminara sentado en el banquillo de la Audiencia, y condenado por estafa.

Dos años después, yo seguía en la sección de sucesos y tribunales de El Periódico de Aragón. Me llamó un amigo abogado y me dijo que habían denunciado a una tienda de venta de perros. Me puse en contacto con los denunciantes y les dije que vinieran

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

al periódico con los animales para fotografiarlos. Llegaron al Paseo Pamplona, donde estaba entonces la sede del diario. El grupo de afectados traía varios perros de distintas razas: Samoyedos, Husky siberiano, Pastores alemanes, y alguna más. Estaban indignados porque habían pagado entre 150.000 y 250.000 pesetas por cada perro. El de la tienda les había dado la documentación que acreditaba que todos ellos tenían pedigree. Sin embargo, los que eran de pelo corto lo tenían largo, los que debían tener por su raza las orejas pequeñas, las tenían como conejos, La verdad es que no eran ni galgos ni podencos.

Varios veterinarios habían certificado que esos perros no eran de ninguna raza pura concreta, pero tenían un poquito de todas . A mi me parecían, a pesar de todo, unos animales preciosos, pero a los dueños no. Se sentían estafados, indignados, y con un grave problema: ya se habían encariñado de aquellos chuchos con papeles falsos.

Para contrastar la noticia llamé a la tienda que los había vendido. El dueño lo negó todo y acusó a los compradores de no tener ni idea de lo que eran perros de pura raza. Me habló de los papeles y de sociedades internacionales. Yo me perdía, me costaba seguir las explicaciones de aquel experto canino, pero en un momento determinado cuando le pregunté su nombre resultó que era la misma persona que fue condenada por la Audiencia en el caso del Möt Chandon.

El enólogo era ahora un experto veterinario. Este hombre tenía un perfil que haría las delicias de cualquier director de Recursos Humanos. . Entonces entendí que nuestro amigo al que hundió la carrera el funcionario de Amberes no tenía un problema jurídico, sino de carácter.

La familia (1993)

1993.- Han secuestrado a una niña en Zaragoza. Los raptores se la llevaron mientras jugaba en un parque del Actur. La han soltado 48 horas después y previa exigencia a la familia de un rescate. No son profesionales y no saben que hacer con la pequeña.

La muñeca de trapo que los raptores le compraron para que no llorara, ha sido la pista que ha llevado a la Policía a reconstruir el secuestro. Los investigadores afirman que han localizado la tienda donde se ha comprado la muñeca y también la casa donde pasó la noche y estuvo retenida la niña.

Me llega un soplo al periódico, el equipo de Homicidios de Zaragoza que dirige el inspector jefe Junquera ha detenido al presunto secuestrador.

El fotógrafo Juan Carlos Arcos y yo, vamos como una moto a los juzgados. Van a

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

someter al sospechoso a una rueda de reconocimiento. Llegamos y besamos el santo. Tenemos la foto del presunto secuestrador. Ningún otro colega ha llegado a tiempo. Suerte.

No contábamos con una cosa la familia del secuestrado, un camionero de Cartagena, estaba allí. Se nos tiraron como lobos. "El carrete o te rajo aquí mismo" decía uno con patillas a lo Curro Jiménez. Lo dijo a voces, en los pasillos de los juzgados, y en medio de una maraña de policías. El de las patillas era el único del núcleo familiar que mostraba un control sobre si mismo.

Yo, que en aquella época volvía al periódico corriendo cuando pillaba una buena noticia, sólo quería que el fotógrafo se tragara el carrete para preservar el derecho a la información. Aunque esa familia estaba dispuesta a operar a Juan Carlos allí mismo.

Una gitana con pañuelo negro a la cabeza me cogió del brazo y me separó del grupo que estaba a punto de lincharnos: "Mira chaval hazme caso: no te metas en problemas porque Zaragoza es muy pequeña"

La duda sobre si el detenido era el autor del secuestro o no estaba en el ambiente. Todo dependía de la diligencia judicial, es decir la rueda de reconocimiento. La familia del camionero mantenía que se trataba de un error de la Policía, pero uno de los agentes que participó en el traslado del detenido me dijo: "iun error, un error, como va a ser un error si ése es irreconfundible".

El irreconfundible se fue de rositas porque en la rueda de reconocimiento nadie lo reconoció o nadie quiso reconocerlo. Es una duda irresoluble.

Como el juez puso en libertad al detenido, no quisimos cargarle a un inocente un delito tan grave como es el secuestro de una niña.. La instantánea se quedó en el archivo.

De todo esto saque en claro una cosa: Si me detienen algún día, independientemente de la tipología del delito, por favor, que alguien llame a la familia del camionero de Cartagena.

*Redacción de Onda Cero en Zaragoza
El director es Fernando Bermúdez
abermudez@ondacero.es*

Surtido colectivo de anécdotas y gazapos

En 1992 un locutor de Onda Cero Zaragoza tuvo que entrevistar al entonces Consejero del Gobierno de Aragón Rafael Zapatero con tan mala suerte que no lograba pronunciar correctamente su apellido: ZAFÁ..., ZAFAT..., ZAFATER..., ZAFFFA... ZAFFFATERO..., y así unas cuantas veces más, hasta dejarlo por imposible.

Semanas más tarde, en una nueva entrevista con el mismo locutor y con el mismo Consejero, la escena volvió a repetirse de nuevo.

Pero algo debió quedar en el ambiente de la redacción, porque un año después, una locutora que nada sabía de aquello, volvió a entrevistar a Rafael Zapatero. Y a pesar de que dicen que a la tercera va la vencida tropezó en la misma piedra: Está con nosotros el Sr. ZAFÁ..., ZAFÁ..., ZAFFFFATERO.

Un conocido artista de la copla fue invitado en una ocasión a un programa de Onda Cero Zaragoza. Estaba invitado a las tres y media de la tarde.

Aunque con un poco de retraso llegó. Entró al estudio y comenzó la entrevista. José Antonio Alaya, que hacía la entrevista y llevaba el control técnico, notaba que su invitado, al otro lado del cristal, no estaba cómodo. Respondía con frases muy cortas y no dejaba de mirar a su acompañante.

La preocupación del locutor iba en aumento. ¿Le estaré haciendo una mala entrevista? ¿Le habré preguntado alguna impertinencia?

El coplero no dejaba de mirar al representante de su discográfica.

Cinco minutos antes de terminar el programa el representante pide hablar con el locutor mientras suena una canción de su nuevo disco:

-Hay que terminar la entrevista ya- le dice apurado al presentador.

-Pero qué me dices. Estamos a punto de acabar el programa. Espera un poco qué pasa?- responde sorprendido

-Que se tiene que ir, por favor-

El locutor mira cómo el artista se va poniendo blanco por momentos, aprieta los labios, se quita los auriculares y se levanta de la silla.

-Pero ¿a dónde vas? Acaba la entrevista, por lo menos- le dice desesperado el locu-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

tor sin saber qué está pasando, mientras en antena continúa sonando una canción.

-No puedo -dice el artista. Lo siento.

Abre la puerta se vuelve al locutor y le dice:

-Es que me estoy cagando. ¿Dónde está el váter?

-En la salida. Pero aguanta a que por lo menos te diga adiós.

-Que me cago, coño, que me cago encima.

El pobre hombre salió corriendo por el pasillo como alma que se lleva el diablo.

Con una rapidez extraordinaria regresa al estudio y pide perdón al locutor que sigue presentando canciones mientras el ataque de risa nerviosa que sufre se lo va permitiendo.

Queda el tiempo justo para dar las gracias al cantante y felicitarle por su último disco.

Al acabar la entrevista el artista pide perdón por el apretón y se despide del presentador:

-Gracias, chaval. Y, oye, que lo siento. Es que llevo mal cuerpo. Uy.....uy, uy, uy, que me voy otra vez, adiós. La última vez que se le vio por los estudios de Onda Cero, corría por segunda vez por su largo pasillo, buscando la taza del váter.

En muchas ocasiones la hora a la que se realiza una entrevista conlleva riesgos. Es lo que ocurre cuando un locutor realiza una entrevista telefónica a las tres y media de la tarde. En plena sobremesa, con los vapores de la comida y la cabezada en el sofá el entrevistado se desorienta y no llega a tener muy claro con quién está hablando.

Esto es lo que le ocurrió a Ana Victoria Ubeda en el programa de sobremesa de Onda Cero Lo que hay que oír. Después de más de diez minutos de entrevista con la portavoz de una Asociación Solidaria, en el momento de la despedida la entrevistada hace un breve inciso de agradecimiento:

-....muchas gracias a ti, Ana Victoria, y una vez más quiero agradecer la atención que en Radio Nacional de España tenéis siempre con nosotros.

Pase lo que pase en la radio, la técnica tiene la culpa. Siempre. Y la técnica tuvo la culpa el día que Ricardo Martín Tezanos estuvo durante unos tres minutos hablando de una canción que estaba sonando y que él escuchaba... aunque no los oyentes. Estaba aprovechando la canción para enlazar con la actualidad deportiva, así que hizo

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

partícipe al redactor de deportes con el que hacía comentarios como, "escucha, escucha que bonito es esto", y la canción que sólo se escuchaba en el estudio subía, mientras en antena se oía a Ricardo tararear el tema: "hay que ver qué recuerdos me trae. ¿Y a ti? Escucha, escucha, que esto es lo mejor"... de nuevo silencio.

Y así durante una larga canción que los oyentes jamás escucharon, mientras una compañera que se percató del desastre desde la redacción trataba de decir por gestos, desde detrás del cristal, que le dieran al botón, que la música no se oía.

Mientras, algunos oyentes estaban esperando que se diera el banderazo de salida a algún tipo de concurso en el que el locutor daba pistas y cantaba para que adivinaran el título de la canción.

Expresar una cantidad, sea de agua, de personas o de kilos no siempre es fácil para los redactores de informativos.

Así en Onda Cero hemos oído noticias como estas:

".....una mujer da a luz en un taxi y es auxiliada por el propio taxista". En un principio parecería que ésta es la noticia. Pues no. Al escuchar el desarrollo de la misma nos damos cuenta de que la auténtica noticia es ".....una mujer da a luz en un taxi y es auxiliada por el propio taxista. Una vez asistidos por la ambulancia de bomberos y trasladados al Hospital Miguel Servet madre e hijo se encuentran perfectamente. El niño ha pesado TRES MIL DOSCIENTOS KILOS".

¿No les parece que importa muy poco dónde nazca un niño si tiene el peso de un elefante adulto y, encima, su madre se encuentra en perfecto estado?

Y en cuanto a noticias con números y cantidades en Onda Cero también hemos acudido a manifestaciones en las que han participado unas cincuenta mil pesetas o adjudicado partidas presupuestarias de tres mil quinientos millones de personas. ¿Y qué me dicen de la hora? El recurso radiofónico por excelencia. En una ocasión una locutora de Onda Cero en Zaragoza fue así de original "Bien, señores, faltan sólo quince kilómetros para llegar a las dos de la tarde".

Dar una noticia en la que hay muertos nunca es tarea agradable para un periodista. Y esto ocurre cualquier lunes. Regresas del fin de semana y te toca contar en tu informativo el balance del fin de semana en las carreteras. Y como, desgraciadamente, es un tipo de noticia muy común intentas cambiarla. Un fin de semana dices que ha habido dos muertos, otro que un hombre ha perdido la vida en la carretera. Pero lo malo

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

es cuando, rizando el rizo, unes los dos recursos y te queda esto:

“Señoras y señores, buenas tardes: Cuatro muertos han perdido la vida en las carreteras aragonesas este fin de semana”. O se trata de un expediente X, o los muertos conducen los fines de semana.

Las retransmisiones deportivas en directo suponen todo un espectáculo del dinamismo de la Radio, pero suponen también un banco inagotable de curiosidades.

Sucedió en ONDA CERO RADIO, el pasado año cuando en plena retransmisión ciclista, que correspondía a un final de etapa de la Vuelta Ciclista a Aragón, el control central de la Emisora, se pone en contacto con un comentarista que ayudaba con su sabiduría del mundo del pedal, a la narración en directo desde la línea de meta.

Todo esta planificado, con el locutor contando que estaban a punto de llegar los corredores, cuando se llamó al comentarista para advertirle que, como se dice en el “argot”, se le ponía en antena.

El citado protagonista sabía que aquella llamada sería para largo y cuando el narrador de la etapa le dio paso por primera vez, advirtiéndole sus cualidades como experto en la materia del pedal, lo primero que se le escuchó, en directo, fue esto:

- ¡¡¡¡ PILI, TRAEME UNA SILLA !!!!!!!

En defensa del protagonista de la anécdota hay que decir que estaba lesionado en su casa, que llamaba a su hermana y que su objetivo no era otro que acomodarse lo mejor posible.

Más del mundo de las dos ruedas.

Final de etapa de la Vuelta Ciclista a Aragón, a principios de la década de los 90.

La llegada prevista en Calatayud en lo que era la primera etapa de la ronda aragonesa.

Entre los favoritos de aquella etapa estaban evidentemente una serie de corredores, la gran mayoría centroeuropeos, especialistas en llegadas al sprint.

La retransmisión radiofónica ya estaba preparada y sólo faltaba saber quien iba a ser el ganador.

En la radio se preparó un despliegue de medios, en el que un reportero estaba dispuesto para tomar las primeras palabras del vencedor nada más llegar a la línea de meta.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Hay que saber que los ciclistas, por aquello de correr un día aquí y otro allá, balbucean palabras en varios idiomas, así que no parecía difícil pensar que aunque fuera un extranjero el ganador de la etapa, las declaraciones sonarán en directo en la radio.

Pero como lo que está mal es susceptible de empeorar, todo salió de la siguiente manera.

El pelotón asoma por las calles bilbilitanas y el narrador lo cuenta así:

- ATENCION QUE YA LLEGA EL PELOTON. ULTIMOS METROS. PELOTON AGRUPADO, LANZADO EL SPIRINT Y VICTORIA PARA

Efectivamente. la victoria correspondió a un ciclista. Su nombre: Djialmuolidine. El apellido: Abdoujaparov. Su país: Uzbekistan. Y así todo un rosario de curiosidades.

El caso es que lo previsto es lo que se hace y el reportero se lanza a por el vencedor. La cosa suena así:

- AQUÍ ESTAMOS CON EL VENCEDOR. LO PRIMERO QUE LE PREGUNTAMOS ¿MUY CONTENTO CON ESTA VICTORIA?.

El ciclista se queda mirando y observa los primeros sudores del periodista, que rápidamente se da cuenta que no entiende la lengua de Cervantes. Es igual, salimos por los Pirineos:

- PARLE FRANCAIS. ¿TU EST TRÈS CONTENT?.

El ciclista que tampoco parece haber estudiado en el Liceo Francés de su ciudad niega con la cabeza. El periodista empieza a comprender que la cosa se va a poner difícil.

- TU PARLAS ITALIANO?

Nueva negativa. Intento en balde, porque el sujeto en cuestión tampoco "capicchi". En un derroche de profesionalidad, el periodista demuestra ser un políglota:

- DOU YOU SPEAK ENGLISH?.

El ciclista sigue sin balbucear palabra y llega el momento en que el periodista supera la prueba y observa que a su lado pasa un ciclista español. Da igual el puesto, el caso es que este entiende perfectamente nuestro idioma.

Así solventó, con profesionalidad una situación que no se volvió a repetir, porque el vencedor de la etapa no volvió a hablar en la radio. Más que nada porque el tal Djialmuolidine Abdoujaparov, ganó otras dos etapas de dicha Vuelta Ciclista a Aragón

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El fútbol es así. Así, como aquel día en que un periodista deportivo se disponía a contar desde su cabina de radio, en el campo del Vicente Calderón, el partido que iban a jugar el equipo colchonero de Gil y Gil contra el Real Zaragoza.

Normalmente en cada estadio, tienen a bien aportar un documento con las alineaciones oficiales del partido. Pero ese día la fotocopidora no debió funcionar.

No parecía problema para un redactor acostumbrado a viajar a cada campo, con cantidad de datos del equipo rival del real Zaragoza. Lo sabía todo de todos, pero por lo visto, le faltaba llevarse la foto de familia del equipo rival.

Como cada maestrillo tiene su librillo el narrador en cuestión se había preparado el partido con una alineación madrileña en la que iba a jugar un jugador determinado, en la defensa del Atlético de Madrid, que iba a ocupar su puesto en el lateral izquierdo y que iba a ser Toni.

El tal Toni, era y es, un cordobés cuyo parecido físico con otro compañero del equipo hizo que el susodicho narrador, lo pusiera cuan entrenador en potencia, en una alineación titular en la que no sólo no estaba sino que ni siquiera calentaba banquillo.

¿Que pasó?. Pues que como el partido lo dominó el equipo aragonés, este defensa, que no llegó a jugar, fue nombrado innumerablemente por el periodista, que además lo destacó por su innegable tarea.

El caso es que al día siguiente y comprobando las crónicas de los periódicos pudo comprobar que además de no distinguir a dos futbolistas, le iba a resultar bastante eficiente una visita al oftalmólogo.

Pero sin embargo la anécdota de las anécdotas, en el género periodístico de la radio, sobre todo tras la aparición de los teléfonos móviles es aquella en la que cualquier entrevistador nota como la conversación que se está emitiendo, empieza a padecer problemas de sonido, que la convierten en inadmisibile y además incomprendible.

Se suele acusar rápidamente a algo que la gran mayoría pierde sin saber si alguna vez lo tuvo y el periodista empieza a mascullar frases como:

- CREO QUE LA COBERTURA CON EL TELEFONO DE FULANITO NO ES LA MAS IDONEA PERO ESPERAMOS PODER ACABAR LA CONVERSACION CON EL.

Se suceden las onomatopeyas y lo único que el oyente consigue adivinar, es que el entrevistador realiza una larga pregunta para ver si el técnico puede solucionar el desaguisado.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

El periodista, si es deportivo pregunta algo así:

- OYE ERES UN JUGADOR IDOLATRADO POR LA GRADA. ¿A QUE CREES QUE SE DEBE ESE AMOR QUE TE PROFESAN LOS SEGUIDORES?.

La pregunta, que no tiene ninguna malicia, acaba por resultar extraña para alguien que pone la radio y lo primero que oye es a La estrella del equipo de sus amores decir esto:

- BUE... YO YA DIJEQUEPOR ELCULOHAGO TODO. OJALA PODAMOS METERNOS NUESTRA AFICION TODO EL AÑO QUE VIENE.

Escuchado así suena fatal. Lo que ocurre es que la famosa cobertura no ha dejado escuchar la verdad de sus declaraciones que no eran ni mucho menos suspicaces.

El futbolista el cuestión quiso decir:

- BUENO. YO YA DIJE CUANDO VINE, QUE POR EL BIEN DEL ESPECTACULO LO HAGO TODO. OJALA JUGANDO MEJOR QUE ESTE AÑO, PODAMOS METERNOS, PARA DISFRUTE DE NUESTRA AFICION Y ESTAR EN LAS FINALES Y GANAR TODO EL AÑO QUE VIENE.

La cosa cambia y mucho. Mayormente porque la afición no tendrá que ejercer las veces de diurético del mejor jugador de cada equipo. Y todo por culpa de algo intangible, como la famosa cobertura que siempre falla, como los delanteros, cuando más falta hacen.

De todos es sabido que algunas de las cosas que suenan en antena parecen directo pero no lo son. El conductor del programa da paso a la siguiente crónica con un "Buenos días Fulanito" y a continuación lo que suena es una grabación hecha con anterioridad que comienza con "Hola buenos días Menganito" tras un aviso de tres, dos, uno y un segundo de silencio para situar la cinta.

Si a esto unimos que son abundantes las bromas que se cruzan en la radio entre sus realizadores en circuito cerrado y sin salir, por supuesto, en antena, podemos deducir que alguna vez sucede lo que tiene que suceder.

Una mañana, en el primer informativo del día de Onda Cero Zaragoza, sonó lo siguiente:

Y ahora, nos acercamos a la información deportiva del día. Buenos días XX.

Y sonó (para sorpresa de los oyentes): Esto es para el imbécil de AA. Tres, dos, uno... Buenos días AA.La información deportiva pasa una vez más por el Real Zaragoza.....

Rosa Ballarín

*Redactora jefe de Diez Minutos
rballarin@hachette.es*

Entrevista a los Grapos en huelga de hambre

“Zaragoza vivía con incertidumbre la huelga de hambre que dos presos del GRAPO, Cela Seoane y otro habían iniciado para protestar por la dispersión de sus presos y sus condiciones penitenciarias. Yo entonces me ocupaba de cubrir información sanitaria en Diario 16 de Aragón, desde luego, nada que ver con el asunto de los Grapo, un suceso social de enorme trascendencia política. El caso es que buscando no se qué extraña relación entre mi negociado y los grapos huelgistas, me vi un día atendiendo la llamada de un médico (de cuyo nombre no me quiero acordar, que ya bastante tuvo que tragar el hombre en su día) que me ofrecía la posibilidad de entrar en el hospital para que comprobara “in situ” que los enfermos no estaban tan enfermos y que su precaria situación estaba más motivada por intereses políticos que por razones médicas. Allí estaba yo a la mañana siguiente, con el pulso tembloroso y la grabadora latiendo en mi bata verde, que me hacía parecer una enfermera de chiste más que una profesional autorizada. Mi contacto me llevó a la UVI a ver al grapo que se encontraba peor, X. Yo, desde mi óptica profana lo encontré bastante mal. Al que encontré bien fue a Cela Seoane. Custodiado por dos policías disfrutaba en la cama de un buen aspecto. Yo, presentada como una enfermera, comencé mi interrogatorio camuflado. Él, amable, me contestaba. Aún recuerdo el título “Sueño con un bocadillo de jamón”. El reportaje, publicado al día siguiente, tuvo mucho impacto. Social, político (expedientaron a todos los policías que se ocupaban de su custodia) y personal. El hermano de Cela Seoane me amenazó (nunca he pasado más miedo), él se ocupó de identificar mi foto como la intrusa y la Guardia Civil me abrió un expediente. Mis compañeros decían que tenía “la grapa”, en lugar de la gripe, porque durante días fui vagando por la redacción como alma en pena. En mi periódico me felicitaron y la competencia, que todo hay que contarle, también”.

Luis Alegre

Profesor de la Universidad de Zaragoza

Radio Zaragoza, Heraldo de Aragón.

Su último libro es Besos robados, Editorial Xordica, 1994.

luisalegre@airtel.net

Mercedes Gracia suplanta a Ariadna Gil en Café con Pólvora

En abril de 1992 se estrenó en Zaragoza "Amo tu cama rica". A la presentación acudieron Emilio Martínez Lázaro, David Trueba y Pere Ponce. Estaba previsto que estuviera también Ari pero a última hora no pudo venir. Yo había avisado a Plácido Serrano que iría con todos- incluida Ari- a su programa de radio, Café con Pólvora. Como en ese momento Ari aún no era conocida, se me ocurrió la siguiente travesura: proponerle a la periodista Mercedes Gracia que nos acompañara al programa, suplantando en todo momento a Ari. Así lo hicimos. Y, por supuesto, coló. Le di cuatro datos a Mercedes sobre Ari, su carrera y su personaje en la película y ella-sin ver la película-se desenvolvió en todo momento con gran convicción durante la entrevista con Plácido. Logramos reprimir varios ataques de risa. En ningún momento le desvelé a Plácido la impostura. Varios meses después, Ari vino a Zaragoza a un concierto de Paco Ibáñez. En ese concierto se encontraba también Plácido Serrano. Cuando les "volví a presentar", yo noté que Plácido miraba a Ari de una forma un tanto extraña.

Chorizos de Lechago en Hollywood

Lo de los chorizos y longanizas de Hollywood no sé si da para anécdota periodística. Pero bueno. Ya sabes que mi madre me escondió en la maleta el material de mi prima Maribel de Lechago sin que yo lo supiera. Cuando Gabino y yo llegamos a la habitación del hotel de Hollywood que compartíamos y yo abrí la maleta me encontré con los embutidos. Al verlos, Gabino me dijo que estaba loco, que si nos llegan a descubrir en la aduana nos hubieran metido en la cárcel, que ese tipo de productos estaban prohibidísimos en Estados Unidos. El caso es que cuando, dos días después, Belle Epoque ganó el Oscar, los chorizos y las longanizas de Lechago nos ayudaron a pasar aquella cojonuda noche.

Ramón J. Campo

Heraldo de Aragón. Ha escrito "El oro de Canfranc". Biblioteca Aragonesa de Cultura, 2002. Por sus reportajes sobre ese tema obtuvo el Premio de la APA 2001.
rjcampo@heraldo.es

"Vacaciones" en Belgrado

El verano de 1992, me fui solo de "vacaciones" a ver en directo lo que era la guerra de Bosnia, aunque fuera de refilón. Estuve en Belgrado con un conocido serbio al que había conocido en Zaragoza. Después de comprobar que Milosevic tenía una oposición fuerte dentro de su propia tierra, pero que no llegaba nunca a salir en los medios occidentales. Mi amigo me recomendó que visitase Kosovo. Y así lo hice, con tan mala suerte que en medio de mis andanzas, con una agenda con albaneses a los que iba a entrevistar, me detuvo la Policía serbia por hacer fotos a unos borrachos delante de un estadio de fútbol (que años después sirvió de campo de concentración). Estuve varias horas arrestado respondiendo preguntas absurdas sobre mi presencia en Kosovo y los albaneses con lo que había concertado una cita, se quedaron muy preocupados. Los policías serbios me registraron la mochila entera y sobre todo mi agenda, apuntando todos los contactos. Cuando me soltaron, los policías amablemente me recomendaron que me marchara de Kosovo. Pero yo, terco como soy, me quedé. Volví a contactar con los albaneses, les expliqué lo sucedido y el portavoz de prensa me acogió en su propia casa. Pude entrevistar, entre otras personas, al número 2 de la Liga Democrática de Kosovo, Fani Agani, porque esos días Ibrahim Rugova estaba recabando apoyos en Europa para su causa. Los albaneses me pidieron permiso para contar mi detención en un servicio de noticias que ellos tenían para sus compatriotas en todo el mundo y accedí, sin saber lo que aquello iba a provocar. El corresponsal de Efe en Belgrado, Juan F. Elorriaga, vio la noticia y la envió a España al día siguiente. En mi casa había dicho que me iba a Estambul, sin especificar el camino y lógicamente no sabían ni donde estaba Kosovo en el mapa. Al ver la noticia en Efe, llamaron del Heraldo a mi casa para intentar localizarme y a mi hermana Esther casi le da un síncope al recibir la noticia. Tuvo que marcharse al parque, en Huesca, para disimular la "buena nueva". Por suerte, yo aguanté dos días en Pristina y luego me marché a Macedonia en autobús y a Atenas en tren. Sin darle ninguna importancia, llamé como para disimular a mi casa y les dije que estaba en Grecia y aquello era muy bonito. Mi hermana casi me mata por teléfono y me contó que hacía dos horas la habían llamado del Heraldo con lo de la detención. Aunque me empeñé en decirle que estaba en Grecia, ella no se lo creía, pero al final pudo comprobarlo. Luego me llamaron del Heraldo para que les contara la historia, pero le quité importancia. Lo peor fue al volver, que traía mucho material para publicar y alguna persona me dijo que "si tenía

algo más que contar que mi peripecia personal...". Toda aquella aventura se quedó sin contar. Siete años después, cuando las amenazas que yo viví que hicieron realidad con la invasión de Kosovo, publiqué la entrevista póstuma con Fani Agani, una de las víctimas de aquel pogromo serbio en Kosovo. Al final, la historia se publicó.

Sobre el oro de Canfranc

Cuando contacté en agosto de 2001 con Jonathan Díaz, el ciudadano francés que había encontrado los documentos del oro, él me contó que había peregrinado por diversos medios de comunicación españoles, franceses y suizos en busca de alguien que le hiciera caso. Tan sólo un periodista suizo de "Le Temps" y otro francés de "La Republique des Pyrénées" se hicieron eco de una manera parcial del asunto. En España no tuvo tanta suerte hasta que contactamos y publicamos los primeros esos papeles tan importantes de nuestra historia. Meses después, él está sorprendido de que no le hicieran caso antes, pero a veces la vida es así. Pudieron tomarlo por un iluminado o un plasta que no tenía nada que ofrecer, o simplemente no tuvieron tiempo, como me pasó a mí, para atenderlo.

Miguel Ángel Liso

*Director de El Periódico de Aragón
maliso@aragon.elperiodico.com*

Camilo José Cela al teléfono

Ocurrió a mediados de 1994. El Periódico había dedicado una de esas semanas su suplemento de Libros a Camilo José Cela y en la portada iba un extraordinario retrato elaborado por nuestro dibujante Póstigo. A los pocos días, una persona que se identifica como Cela llama al periódico y pide hablar conmigo. Me lo comenta mi secretaria y como tengo algunos amigos a los que de vez en cuando les gusta gastar este tipo de bromas, en concreto Daniel Llagüerri, Ignacio Fernández o Javier Torrónategui, le digo que pase la llamada esperando identificar la voz de algunos de ellos. Pero no. La voz era grave y efectivamente me recordaba a Cela, pero se me hacía raro que un personaje como él llamara directamente a un periódico regional y además ¿para qué?. En tono de broma le dije que si me hacía el favor de decirme quién era en realidad. Se lo tomó a broma, se echó a reír e insistió que Camilo José Cela, pero como entendía mi recelo me daba su teléfono particular de Guadalajara para que le llamara. Con el teléfono en la mano y ante el temor de hacer el ridículo, realicé una comprobación con un par de amigos muy relacionados con el mundo de la literatura y, efectivamente, era el número del premio Nobel. Le llamé, le pedí disculpas, y comentó que era normal porque no era la primera vez que le ocurría, lo que le hacía mucha gracia y le divertía. A continuación me comentó que la razón de la llamada era pedirme el retrato suyo que había aparecido en el suplemento, ya que algunos amigos de Zaragoza le habían llamado para avisarle de su publicación y le gustaría tenerlo en el museo que estaba montando. Y así lo hicimos. Para Guadalajara voló el retrato de Postigo con una cariñosa dedicatoria para nuestro premio Nobel.

Marga Valiente

*Asesora de Prensa del Departamento de Agricultura del Gobierno de Aragón
mvaliente@aragob.es*

Desembarco de becarios

-Verano de 1995, los becarios toman la redacción de El Periódico de Aragón. No se pierde ni un minuto de tiempo y ese mismo día se encargan artículos. Al día siguiente, en la sección de cultura, una de las becarias —Mercedes García Ucelay— escribe por primera vez en un periódico. En lugar de escribir “El contrabajista yugoslavo” aparece en grandes caracteres “El contrabandista yugoslavo...” Los jefes no se dieron cuenta —menos mal que no apareció en la sección de local porque la becaria hubiera sido desintegrada profesionalmente.

Cadáver cambiado

- Invierno de 1995, otra becaria —en este caso la que suscribe—está de guardia en la redacción de El Periódico de Aragón en fin de semana. Llega una persona a la entrada del diario para decir que quiere denunciar un suceso acaecido en el cementerio de Torrero. “Qué suba la becaria!!!!” —se oye desde el zulo del paseo Pamplona—. Allí me ves a mí atendiendo a un abogado y su cliente contándome un domingo a las 8 de la tarde que querían denunciar que en Torrero habían confundido el cadáver del padre del cliente y que quieren que salga en la prensa. Se habían dado cuenta porque habían dado sepultura cristiana a un hebreo. Yo estaba convencida de que me estaban grabando para un programa de estos televisivos —en aquella época estaban muy de moda programas como “Inocente, inocente” en los que gastaban bromas a gente—. Bajé a la redacción y le conté a Jaime Armengol lo sucedido. Los ojos le hacían chirivitas. Fue la portada del día siguiente. El maestro Roberto Miranda no se lo creía al día siguiente cuando lo leía. En otro conocido medio zaragozano no lo publicaron porque realmente creyeron que era una broma. Menos mal que hay jefes con cabeza y más experiencia que una y me convencieron de la veracidad de la historia. La cosa acabó en los tribunales. Un inexplicable error en cadena en el mortuorio del hospital Miguel Servet acabó con el entierro de un hombre por otro. “Han enterrado a alguien que ni siquiera ha estado 24 horas muerto. No quiero ni imaginarme que al abrir el ataúd me hubiera encontrado a mi padre con las uñas clavadas en la caja”, me contaba el padre del finado. Increíble.

Procesión en Bijuesca

-Otra de las historias más graciosas que recuerdo es el día en que Mariano Gistaín, Roberto Miranda y yo decidimos ir a la procesión de Bijuesca, un pueblín zaragozano en el que sacan a la virgen una vez cada 25 años. Todo era muy entrañable hasta que la solemne procesión llega a la calle principal del pueblo. Nadie había contado con que hace un cuarto de siglo no había luz y que los cables de la acometida obligaron a los que portaban a hombros la imagen de la virgen a agacharse y hacer desfilar la virgen en cuclillas como si de un baile de charanga de pueblo se tratase. Fantástico. Roberto tenía 50 años, yo 25. Mariano, creo que 38. Prometimos volver para ver que sorpresas informativas nos depararía la técnica en Bijuesca.

Crimen sin resolver (1996)

-Una triste que pasó dos semanas después de la del muerto de Torrero cambiado a última hora por otro. Año Nuevo de 1996. Con una resaca de espanto y todavía aire de fiesta en mi cuerpo serrano, acudo a la redacción de El Periódico de Aragón. Nada más llegar, de nuevo una voz dice "Que vaya la becaria". En este caso no era una cuestión de risa. Habían asesinado a Carlos Viscasillas en Aínsa (Huesca) —el crimen sigue sin resolver— y allí que me mandaron a hablar con la familia, amigos y similares. La única declaración que pude arrancar de todos ellos fue "¿Por qué a mi hijo? ¿Por qué a mi hijo?". El caso sigue sin resolver.

Primeros muertos

-Meses antes, el periodismo "me permitió" ver en vivo y en directo los primeros muertos de mi vida. Nada menos que dos mujeres muertas y cuatro heridos graves en un accidente en María de Huerva. Como siempre, la complicidad entre el fotógrafo —ese día Rogelio Allepuz— fue de mucha ayuda. Yo estaba impactada, no podía escribir como si tal cosa.

"Sólo pienso en jugar con el power ranger"

-Por último, solo una pequeña reflexión. Creo que no es cierto ese dicho que dice que "No dejes que la verdad te estropee un buen titular". Al contrario, creo que la gente es la verdadera protagonista de la noticia, la única que la hace llegar al resto. Así, te mando unos cuantos ejemplos de estas cosas que me pasaron a mí:

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

-Abril de 1995. Un niño está hospitalizado grave en el Servet después de que le estallase una carga de dinamita en Ariza. La imagen del niño era patética y cuando consigo hablar con él y le pregunto que cómo está se le ocurre decirme “Sólo pienso en jugar con el power ranger”.

Pelea de película en el restaurante japonés

-Mayo de 1995. Hong Uli Bai y su mujer Qui Xiang Su se encontraban cenando en el restaurante japonés “Bienvenido” de Zaragoza cuando dos encapuchados, con cuchillo y jeringa en mano, se presentaron en el interior del local. Tras varios minutos de lucha intensa, los asaltantes salieron heridos graves del restaurante. “Fue como en las películas. Yo sólo había visto este tipo de cosas en la tele”, contó Hong Uli Bai.

“Guardia Civil por narices”

-Julio de 1995. Cristina Moreno es la primera mujer española que consigue el título de alférez en el Ejército. Ella me cuenta “Soy Guardia Civil por narices”. Este titular se publica a grandes caracteres con un pedazo de foto en el que se ve a la joven saludando a su padre de perfil. Era obvio que era guardia civil por narices —ver recorte—. El artículo suscitó más de una broma por parte de los compañeros de redacción.

El hombre que vivía en un coche aparcado

-Septiembre de 1995. Me mandan a hacer un reportaje a Bautista López, un señor que vivía desde hacía siete meses en un coche aparcado en el barrio Oliver. Bautista va y me cuenta “Vivo solo porque quiero, porque así estoy mejor. No tengo familia ni tengo a nadie, pero estoy bien. Prefiero estar solo que acompañado de mentirosos y cobardes. No me falta de nada. No quiero saber nada de los demás, El día que puedo como y el día que no, me aguanto. A lo mejor mañana desaparezco de aquí sin dejar rastro. Nadie me echará en falta, si acaso se alegrará algún que otro vecino al que debo resultar incómodo”. ¿Qué mejor testimonio que éste?. El resto de la información sólo podía ser paja.

“Sobran padrinos y faltan regalos”

-Octubre de 1995. Nacen trillizos en el Servet. El abuelo de los pequeños va y me cuenta “Sobran padrinos y faltan regalos”. La realidad siempre es mejor que cualquier invención. Estoy convencida de ello.

Dalia Moliné

*Jefa de la sección local de El Periódico de Aragón
nespada@aragon.elperiodico.com*

Me confunden con la alcaldesa

Un día, reinando en la Alcaldía de Zaragoza Luisa Fernanda Rudi, se convocó un acto en el cuartel de la Guardia Civil de Casetas porque iba a tomar posesión un nuevo teniente coronel. La casualidad quiso que algunos de los altos mandos que vinieron de Madrid habían pasado antes por aquí y me conocían. Yo, que para eso de los pikoletos soy muy pulida, me puse de gala y me coloqué un vestido primaveral y tacones.

Cuando empecé a caminar por la alfombra roja me salieron a saludar los generalones y algunos guardias civiles rasos se cuadraron y me saludaron hasta que un mando les dijo que yo no era Luisa Fernanda Rudi. No fue lo peor. En la copa que se ofreció después, le recriminé al director de la cárcel que no me había saludado. Su respuesta. "Te tenía de espaldas y he pensado que eras la alcaldesa". Horror, dos veces en el mismo día!

Otra de Fuerzas y Cuerpos.

Un día estaba en el juzgado esperando para entrar a un juicio y estaba charlando con una pareja de policías que entonces trabajaban de paisano por el Casco Viejo. Pasa un conocido delincuente de la ciudad por delante y me dicen: "Ese es capaz de quitarte el reloj de la muñeca y no enterarte". El susodicho mira hacia donde estábamos y se acerca. Me dice: "No se lo que te estarán diciendo estos, pero te juro que estoy blanco (sin cosas pendientes) que hace mucho que no hago nada". Le aclaro que me da igual y el tío insiste en si estoy en la misma comisaría que los dos policías. Le aclaro que no tengo nada que ver con el Cuerpo y el delincuente no sólo no se lo cree sino que se va diciéndome que tengo pinta de ser una policía dura.

Elena Bandrés y Goldáraz
Antena 3 Aragón
ebandres@antena3tv.es

Un pastor en Trasmoz

Lo más gracioso e imposible de conseguir que me ha ocurrido fue al intentar entrevistar a un pastor de Trasmoz. Fuimos a este precioso lugar del Moncayo mi compañero Juancho García Barrecheguren y yo para hacer un reportaje sobre la comarca. De este pueblo quisimos sacar la leyenda de las brujas, por lo que, después de grabar unos planos al pueblo, fuimos a hacer lo mismo en el derruido castillo que está a las afueras, en la cima de un pequeño monte. Mientras grabábamos los muros, pasó por ahí un pastor con sus ovejas. Llevaba un gorro hecho a ganchillo, un morral de cuero y un enorme cinturón que le sujetaba, a unas más que nutridas caderas, unos desgastados pantalones.

Micrófono en mano intentamos entrevistarle para que nos contara las leyendas que oía él de pequeño (tendría unos sesenta años) pero no hubo manera. En cuanto vió que sacábamos el micrófono empezó a moverse, primero despacio, pero conforme seguíamos insistiéndole para que nos contara él iba andando hacia atrás diciéndonos que él no sabía hablar. Más o menos el diálogo fue el siguiente:

Pregunta: Oiga, somos periodistas de A3 y estamos haciendo un reportaje sobre esta comarca, sus costumbres, sus tradiciones. Aquí se decía que había brujas que las tiraban desde el castillo hasta abajo. ¿A usted le contaban historias de brujas cuando era pequeño?

Respuesta: Síiiiiiiiií. Pero ¿eso qué es? (Refiriéndose al micrófono, y empezando a escabullirse como si fuera la reencarnación de alguna bruja)

P. Venga, cuéntenos. ¿Qué historias escuchaba usted de pequeño?

R. Que yo no sé hablar, me cagüen la leche. Pregúntele usted a la maestra.

P. Ya, pero seguro que a usted le contaban historias de brujas cuando era pequeño, ¿pasaba miedo?

R. Me cagüen la leche jodida, que os tengáis que ganar la vida así?

iiiYa tenéis merito, ya!!! Y el buen hombre empieza ya, junto a sus ovejas, con la desbandada.

P. Nosotros persiguiéndole, partidos de la risa, casi sin argumentos, volvemos a la carga. Pero venga hombre. No nos puede contar ninguna historia, segu-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

ro que usted de chico venía aquí (a la falda del castillo donde estábamos) y contaban historias de brujas?

R. El hombre casi ya corriendo, tronchao de la risa nos dice: mira que soís pesaús. ¡Que yo no os cuento nada, me cagüen las brujas!, que os los diga la maestra, iiiiiimira que soís pesauuuussssss!!!!, (entonces dio un chasquido para llamar al perro y nosotros, desternillados de la risa, pensábamos que nos lo echaba encima, pero no fue así, le adelantó y aceleró la marcha mientras volvía a decir ya a la carrera -¡qué forma de ganarse la vida!

Le despedí diciéndole que era más difícil de entrevistar que Felipe González y entonces levanto el brazo como despedida, riéndose a mandíbula batiente, y nos dice iiiiiiau!!!!!!

Nosotros nos quedamos compuestos y sin saber qué historias de brujas se contaban antaño, pero con las caras desencajadas por las carcajadas. Juancho desde entonces tiene hipo y yo cada vez que paso por ahí me acuerdo de la bruja en forma de pastor que nos toreó todo lo que quiso.

Carmina Puyod
El Periódico de Aragón
cpuyod@aragon.elperiodico.com

Soldados con sarampión

Apenas llevaba una semana haciéndome cargo de la sección de Sanidad y de Educación en El Periódico de Aragón —todo iba en el mismo paquete— cuando tuve que ir a cubrir una campaña de vacunación contra el sarampión a un instituto de Calatayud. Fue en la primavera de 1995. Dos enfermeras comentaban entre pinchazo y pinchazo la cantidad de soldados de la Academia General Militar que se habían contagiado con sarampión. Al día siguiente, ya en la redacción hice varias llamadas hasta que me pasaron con un médico del hospital Militar, quien me contó con pelos y señales el proceso de contagio y de recuperación de 300 soldados. Algo abrumada por la cifra, comenté con mis jefes aquellos datos. Nicolás Espada y Lola Ester me preguntaron varias veces si estaba segura. Al fin y al cabo, yo era una advenediza en aquella sección. Optaron por darme la página tres y abrir el periódico con la noticia. La única fuente era el susodicho médico, porque la DGA aseguraba no tener idea del asunto. “la red sanitaria militar no siempre no comunica todo lo que registran”, argumentaban. Al día siguiente, me pidieron que hiciera un seguimiento.

De repente, todo eran muros. En el estamento militar no querían saber nada. El médico que un día antes había sido tan locuaz había desaparecido. Ningún responsable me quería atender. En el Insalud nada sabían, como casi siempre. Y en la DGA, estaban tan sorprendidos como yo. Para colmo, ni las agencias ni ningún otro medio se hacían eco, porque a su vez no encontraban a nadie que les confirmara la noticia. Un desastre. Cuando los nervios empezaban a cundir entre mis responsables —supongo que alguno pensó que me habían tomado el pelo—, apareció un responsable de Salud Pública, que tras hacer averiguaciones durante toda la mañana nos confirmó en la misma redacción, que todo lo publicado era cierto. Me pareció un héroe, guapísimo, alto, como un ángel justiciero. A partir de ahí, comencé a escribir varios días sobre el sarampión y hasta el director del hospital Militar en aquel entonces, Alejandro Domingo, reconoció los hechos y lo que comenzó con cierta tensión acabó convirtiéndose en respeto.

Una mañana muy torpe

A las ocho y media de la mañana de no recuerdo qué mes del año 1997 había quedado con un fotógrafo en un camino de Miralbueno. El objetivo era comprobar unas

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

denuncias sobre una residencia de ancianos. Fue un desastre, no conseguimos casi nada y nos trataron como a perros. Volvimos a la redacción de El Periódico de Aragón, en paseo Pamplona. A las 11.00 había quedado con un psiquiatra en su domicilio de Tenor Fleta, para hablar sobre el estado de salud de los sin techo. Rogelio Allepuz me acompañó en mi coche. Cuando llegamos a la plaza Aragón, delante de la puerta de Capitania, unos agentes nos echaron el alto. Era un control de alcoholemia. Lo típico: documentación, a soplar. Yo les decía que tenía prisa, que tenía una cita. Y que no había bebido nada. Cuando ya estábamos acabando, a mi querido compañero no se le ocurrió mejor idea que salir del asiento del copiloto, sacar la cámara colocar un teleobjetivo y hacerme unas fotos para archivo mientras soplabla delante de un policía. Varios disparos y ya estaba rodeado de tres agentes. Que qué está haciendo, que quién es usted, que documentación, que para quién trabaja y que ahora también va a soplar. Estaba que me moría. Casi me da un ataque. "Ahora sí que ya no llegamos a la entrevista", pensé. Quince minutos después nos dejaron marchar. 50 metros más allá —rodeando a la fuente de la plaza Paraíso— me dí un golpe con el coche de delante y se me rompió un faro. "Nunca en la vida había tenido un accidente y todo por culpa de la policía", gritaba como una loca. Después de otra parada —esta vez técnica— conseguimos llegar a Tenor Fleta. Aparqué sin problemas, pero cuando Rogelio aún no había dado un paso le oí gritar.

Había pisado una tremenda "caca" de perro. Intentó en vano limpiarse en la acera y hasta en un charco. Algo se fue, pero la peste era horrible. "¿Pero cómo vas a subir así a su casa?, le preguntaba yo, que no sabía ya si llorar o darme bofetadas porque llegábamos con una hora de retraso. Rogelio, que no estaba por la labor de perder más tiempo y volver en otro momento, subió, le hizo dos fotos y salió disparado. Yo estuve una hora, con aquel psiquiatra y a punto estuve de pedirle una sesión de psicoanálisis. Una mañana nefasta.

*Juan Carlos Garza
El Periódico de Aragón*

Una foto profética

Cuando Aznar todavía estaba en la oposición hizo un mítin en Teruel. Nos mandaron a mi y al fotógrafo Juan Carlos Arcos. Teníamos bastante claro que el candidato a las autonómicas iba a ser Santiago Lanzuela, pero también se barajaba José Ignacio Senao, que era presidente de la Diputación Provincial de Zaragoza. Pilar Domínguez, jefa de política, me dice: "creo que va a ser Lanzuela, bájate a Teruel y a ver qué sale, y quiero una foto de Aznar y Lanzuela dándose la mano". Una vez allí hicimos todas las pesquisas para quedar con Aznar, hacerle todas las preguntas... y aparecieron Aznar, Lanzuela y Senao. Entonces va Juan Carlos Arcos y ante el estupor de Senao les dice a Lanzuela y Aznar: "Por favor, ¿se pueden ustedes dar la mano?".

Se dan la mano y en ese momento se vuelve Juan Carlos Arcos y, lo típico: "¡Un momento, que no llevo carrete!".

Y se quedan los dos con la mano dada, y el fotógrafo cargando la cámara, y yo: tierra trágame. Y el otro mirando. Los tuvo casi un minuto, buscando el carrete. Y en lugar de soltarse aguantaron allí dándose la mano. Por fin tiró la foto, y salieron Aznar y Lanzuela dándose la mano y Senao detrás mirando... profética.

Katia Aznar

Responsable de Comunicación de Jaca 2010, candidatura para Juegos Olímpicos de invierno.

katiaaznar@hotmail.com

Rosas amarillas

Era 14 de febrero, San Valentín. El año no lo recuerdo, pero pudo ser el 96 ó 97, más bien 97. (¡Qué extraño esto de 1997, el siglo pasado!). Trabajaba en El Periódico de Aragón, por aquel entonces todavía en el Paseo Pamplona... Recibí un precioso ramo de rosas amarillas. San Valentín... rosas. Hubo risas, alguien pensó en algún enamorado, supongo, aunque el desconcierto venía con el color de las flores. Yo misma me emocioné ¡qué ilusión!

Sin embargo, la tarjeta desvelaba el secreto. No era un hombre el que quiso darme una sorpresa en ese Día de los Enamorados. Era sólo una coincidencia. La procedencia del ramo, sin embargo, fue para mí mucho más estimulante, como profesional, y más bonita, como persona. Algo que te hace creer que todavía existe la buena gente.

Yo hacía por aquel entonces El Periódico del Estudiante. Habíamos convocado un concurso de dibujo al que se habían presentado varios cientos de niños. Uno de los premios era un equipo de esquí. Una de las ganadoras era una niña de unos 13 años, de una familia con pocas posibilidades económicas. Su madre me llamó para dar las gracias por el premio, pero también para explicarme que su marido era un obrero con un sueldo pequeño y que aquel equipo de esquí quedaría seguramente en el armario por no poder gastar en forfaits y viajes para subir a la nieve.

De forma humilde, con cariño y sin ninguna exigencia, aquella mujer sugería para su hija un cambio de regalo. Hablé con el Director de El Periódico y con el gerente (aunque seguramente ellos no recuerden aquello) y se decidió cambiar el equipo de esquí por un equipo de música.

La madre emocionada y acompañada por su hija vinieron a recoger el regalo y a darme las gracias a El Periódico. Días después llegaron aquellas preciosas rosas amarillas. No eran una muestra de amor, pero seguramente uno de los ramos de flores más especiales que reciba en esta vida.

Gema Giménez Ascaso
Directora de La Comarca de Alcañiz
periodico@lacomarca.net

'Quinto levanta, tira de la manta'

Viernes 22 de marzo. Muchos teléfonos comienzan a sonar en Ayuntamientos, Policías Locales, Guardia Civil y, por supuesto, en La Comarca. ¿Por qué?. Los lectores querían confirmar la información publicada en portada de nuestro periódico en la que se anunciaba, de forma totalmente errónea, el cambio de hora que tendría que producirse el último domingo de marzo, según directivas europeas, al sábado 23 de marzo, o sea, una semana antes. El error todavía se recuerda y nos hacen bromas alusivas al error. Eso sí: muchos habitantes del Bajo Aragón aprovecharon una hora más de ese fin de semana porque...ya se sabe: a quien madruga Dios le ayuda.

Un comercial en apuros

Verano, cuando la Comarca todavía era distribuida por un repartidor y una camioneta propia del periódico. El comercial Emilio Villa-Ceballos es requerido por alguien de la casa para que recoja algún ejemplar del periódico de esa semana que todavía permanecía en dicha camioneta. Él, solícito, baja presto al garaje donde estaba estacionado el vehículo, se introduce en él, y por cosas del destino, se queda encerrado dentro. Tras varios gritos de socorro que no fueron atendidos y al cabo de un tiempo en la penumbra del furgón se da cuenta de que tenía el móvil en el bolsillo. Pero...cosas de la cobertura...tuvo que buscarla durante un rato moviéndose por el habitáculo de la ya famosa furgoneta hasta que finalmente encontró un lugar donde sí la había y pudo contactar con Belén Bel, quien bajó rauda y veloz, pero muerta de risa, a salvarle.

Si Cervantes levantara la cabeza

El diseñador gráfico Jesús Lasala, muy literario él, tiene como texto de relleno en las maquetas del periódico el primer capítulo del Quijote, una información pertinente para comprender la cara que se le quedó cuando, una vez publicado el periódico con el anuncio de un cliente de una tienda de confección de Alcañiz tenía en su contenido parte de este primer capítulo del Quijote. La historia no acaba allí porque los beneficios que el cliente se encontró en esa publicidad tan innovadora fue más efectiva que los anuncios anteriores. Los lectores de la Comarca querían encontrar entre líneas la oferta del mes de dicha tienda textil.

Camino Ibarz

Directora de Radio La Comarca de Alcañiz

El tiempo, por los suelos

En torno a las 13.30 horas, tramo final del informativo de Radio La Comarca y momento destinado para informar al tiempo de las inclemencias meteorológicas, Camino Ibarz, como acostumbra, sentada sólo en el borde delantero de la silla, ésta le juega una mala pasada ya que las ruedas deslizaron hacia atrás la silla de manera que Camino Ibarz acabó de dar el tiempo de rodillas en el suelo, atrapada entre la silla y la mesa y con el micrófono aguantado entre su 'delantera' y la barbilla. iiiImagínense la temperatura que hacía en el exterior de nuestros estudios!!!.

Esther Esteban Sauras

Redactora jefe de La Comarca de Alcañiz

Una presentación algo improvisada

Como cada año, Calanda celebra sus fiestas con una corrida de toros. Esther Esteban, de La Comarca, fue a cubrir la información. Hacía mucho calor y llevaba un buen rato deseando que por fin salieran los toreros ya que previamente se habían celebrado otros actos que postergaron el comienzo del festejo taurino. Esther sólo deseaba que salieran los toreros para hacer las fotos e irse. Por fin, el alcalde de la localidad anunció el inicio de la corrida taurina. Esther comenzó a alegrarse pero el gesto se le fue torciendo según el alcalde iba hablando a una plétórica plaza de toros: "Y por fin, los toreros. Va a dar comienzo la corrida en honor de nuestras fiestas y para presentar a los toreros está entre el público la periodista de La Comarca Esther Esteban". Imagínense la cara de la redactora, cuando se percató de que era ella la que iba a presentar el festejo, sin saberlo previamente.

Juanjo Barrecheguren
Realizador de Antena 3 Aragón
jgarciaba@antena3tv.es

Antena 3

Cristina Cruz redactora de A3tv y yo, Juancho Barrecheguren, en la actualidad el realizador del centro y antaño chico polivalente para todo, no alcanzábamos las 24 primaveras. Cristina llegaba de becaria de Radio Nacional y yo de pleitear con la DPZ, después de 3 años en el fondo audiovisual de la institución y con un gran proyecto de cientos de millones para un gran centro visual echado al traste por las disputas entre las distintas "cuerdas" del PSOE. Ganas no faltaban; había que comerse el mundo!!! Daniel Llagüerri, director de aquella Antena 3 de Radio y a la par de la gran apuesta de Antena 3 tv por regionalizar sus emisiones en forma de centro territorial, nos había seleccionado de entre mas de 3000 candidatos. El rodaje había sido corto y el 4 de Julio de 2001 iniciábamos la andadura. La precariedad (y los cambios tecnológicos) hacía que nuestro medio de transporte consistiera en el Renault 9 algo destartado de mi querido amigo de juergas, llantos y andaduras visuales Juan Jaria (un beso allí donde estés), que no tuviéramos un teléfono (de aquella, en forma de caja con asa) y sobre todo que anduviéramos escasos de "pasta". (Recuerdo a Daniel Llagüerri con un fajo de billetes en su bolsillo atados con una goma como única referencia de la gestión económica, ahora llamada producción). Presumían nuestros directivos en las entrevistas previas a tan magno acontecimiento de la agilidad que se había conseguido contando con un equipo ENG, dos tipos que podían hacer de todo, grabar, escribir, locutar, realizar "in situs", presentar, realizar operaciones de la maquinaria de los directos y además beberse mas de 15 wiskis diarios, fumarse 28 porros y seguir trem-pados!!!... en fin, a mí lo que más me jodía era que hacían hincapié en nuestras agallas, comentando que el equipo de grabación pesaba 30 kilos... la madre que les parió!!!, dos duros más y hubieran pesado dos veces menos....!!!!!!

El caso es que nuestra primera asignación era la presentación a los medios aragoneses de tan magno y novedoso proyecto que nos iba a sacar de la desinformación...; era la hostia!!!!

Nosotros con los jefes de jefes del quinto poder de Madrid y jefes del martillo de infieles Carrascal. Aquí venían con rutilancia Martín Ferrán (su máxima favorita era "Vamos a hacer la televisión que se pueda ver de

espalda".....o sea.....la radio!!!!, Luis Angel de la Viuda, Pedro Antonio Martín Marín (futuro secretario de Estado para el deporte), Jorge del Corral, Luis Herrero, Esmeralda Velasco, el Conde de Godó, José Luis Balbín, Fernando

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

González Urbaneja... y un largo etc. para acojonar!!! (el tiempo pasa factura).

El lugar, el monasterio de Cogullada, sede de los directivos de Ibercaja que de aquella, como ahora en otros medios, apoquinaban la pasta y se acercaban al calor de la influencia informativa. Montando unos vídeos perdimos bastante rato esa mañana, pero la cosa se complicó a la hora de preparar las cámaras, los treinta kilos de material..., pásame la bolsa, dónde está, la batería está descargada, la cinta se ha quedado enganchada...venga hostias!!!!... El caso, como siempre a partir de este momento, el tiempo justo para llegar a la rueda de prensa!!! Rumbo carretera... pero cielos!!! si estamos en la carretera de Logroño, coño!!!!!!!!!!!!!! Conozco un atajo hasta la de Castellón... cielos!!! nos está costando más que dar la vuelta... El caso es que tres cuartos de hora mas tarde de la convocatoria de rueda de prensa por parte de Antena 3, llegaba el equipo de Antena 3. Cristina no articulaba palabra desde hacía mas de media hora, pese a que yo con risa nerviosa le quitara importancia al asunto y contara anécdotas de mi pasado laboral... La inminencia del despido rondaba por nuestras mentes... El equipo de treinta kilos por el suelo, se me rasga el jersey, la americana de Cristina parecía un trapo del trajín del cinturón de baterías, hacía calor y sudábamos por todos los poros (teníamos que haber ido a la peluquería pero no hubo tiempo... el estres de los números cero). Mientras descargaba el equipo se desataron los nervios acumulados en el interior del coche y le grito a Cristina para que coja la cámara y disimule grabando recursos...!!! No sé grabar aún!!!!... pónstela al hombro y cierra los ojos!!!!... Cuando entro en la sala de prensa con el cable, el micro de mano y el soporte, oigo una frase que se me ha quedado en la cabeza como un martilleo constante....ALGUNA PREGUNTA MAS?????.... Desesperado me lancé a la mesa sin darme cuenta de que tapaba las cámaras de TVE o EFE y la visión de los fotógrafos y redactores... De soslayo percaté una mirada fija salida de la mas péfida película de terror de Daniel Llaguerri... Si su mirada hubiera sido un directo de derecha tendría que estar a estas alturas pagando a un máxilo-facial para la reconstrucción... Aun hay solución pensé... recursos de los grupitos que se forman y entrevistas personalizadas de pie...Venga Cristina!!!!... probando, probando... el micro no va... espero que la paciencia de Martín Ferran sea grande y Llaguerri siga ocupado con Candial... bajo al coche, cojo el otro micro... mientras subo, veo que los invitados van hacia la tele (visita de autoridades)... Bueno a la vuelta le meteré caña al coche y me presento antes... Entrevista... la cordialidad del Director me tranquiliza.

Entramos en el coche resoplando con alivio y chillando ruedas (con eso demostraba a Cristina que la cosa estaba dominada). Ves como no ha pasado nada tonta. La tele es así... si, es un sonido muy raro, pero ya sabes que el coche de Juan es peor que el de los autos locos... si pues es raro... cielos no queda gasolina!!! está dando trompicones!!!aaaahhhgggggaahhhhhhh!!!!!!!!!!!!.....

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Nunca tan difícil ha sido encontrar una lata vacía, ni convencer a nadie que su coche pase de los 180 Km. por hora, ni convencer al gasolinero de que la falta de dinero era un hecho circunstancial, ni convencer al mismo hombrecico (me alegra que creyera que aquello se tratase de un ensayo de AIRBAG para la tv.) para regresar esta vez batiendo el record de su máquina (lo recuerdo, un Ford Taunus).....Tranqui Cristina.....mierda!!!! el viento y la falta de un embudo me ha dejado perdido. Chirrían ruedas... Llegamos al parque de atracciones, se ve movimiento... el guardia de seguridad hace un chiste sobre los canapés- que ya se los han comido todos!!!!!!- el sacerdote sale con el bote de agua bendita. Dejo el coche delante de los Senator, Audi, Mercedes...y entro disparado a la tele. Una mano me agarra de la solapa, que peste a gasolina... Llaguerri... le miro a la cara pero con la tensión sólo puedo ver una de esas escenas de película en las que el audio se corta la imagen se ralentiza y hay un plano contra plano constante.... Sobre esta imagen se escucha una anécdota que me contaron mientras esperaba a ser entrevistado por el director. Cuando Llaguerri estrenaba dirección un empleado locutaba la visita del Papa a Zaragoza. Se encontraba con disminuidos físicos, creo que en la Romareda; en un momento dado el locutor comenta nervioso llega su santidad en helicóptero, besa la hierba del estadio y saluda a unos niños en silla de ruedas.... me voy acercando compañeros... Atención compañero, atención compañero,... parece que se ha cortado volveremos... y nunca volvieron ya que el avisgado redactor creyendo que portaba un micro inalámbrico había desconectado el cable y corriendo se había pegado entrevistando a todo quisqui con su trozo de metal en mano. El despido fue inmediato y se rumoreaba en toda la ciudad que el pobre hombre no había vuelto a pisar locutorio.... vuelvo en mi con la frase graba, graba, graba!!!! Y me encuentro de bruces con De la Viuda... enciendo el foco, parte de los 30 kilos, y cae al suelo pegando un fognazo... el susodicho grita..... Recójalo por favor!!!!!! Sudor, gasolina y 30 kilos... por cierto no he comentado que en esta segunda parte de la historia la cámara no había sido convenientemente cargada con su respectiva cinta...

PD La última imagen que se llevaron de mí los directivos fue la de un hombre desca-
misado, sudoroso y con lamparones de gasolina, que empujaba un Reanult 9 verde
para que sus coches pudieran salir. HAN PASADO ONCE AÑOS, SOY EL REALIZADOR
DEL CENTRO, CRISTINA DESPUES DE NO HABLARME UNA TEMPORADA AHORA COM-
PARTE CONMIGO ALGO MAS QUE EL TRABAJO... PERO LO QUE NO ENTIENDO ES
CÓMO NO NOS DESPIDIERON!!!!!!!!!!

Comida para perros o coche bomba en Delicias

Como ya te he nombrado en la anterior historia, Daniel Llaguerri fue unos años director de Antena 3 de radio y de televisión. Su fama de exigente, agresivo, de poco comprensivo y de no casarse con nadie era comparable al miedo que generaba ante sus explosivas reacciones. Sin embargo su olfato periodístico era innato y sabía encontrar una historia debajo de toneladas de insustancialidad y sacarle los colores a más de un político experimentado. Sólo lo he visto meter la pata en una ocasión en la que desconfió de los redactores que se encontraban en el suceso de la calle Lastanosa, cuando un coche abandonado por ETA sembró el terror de los vecinos. Miguel Ángel Liso, entonces director del Diario 16, había conseguido un soplo de que aquello que portaba el coche era comida para perro y en contacto con Llaguerri habían ridiculizado por teléfono aquella puesta en escena de la policía. Ante la llamada, Daniel no perdió el tiempo en tildar de nervioso a su equipo y jactarse de que había que tener tablas en esta situación y no dejarse llevar por la escena. Minutos más tarde la confianza de un número de la policía a los redactores en la zona de los hechos destacaba una alucinante historia. Un vecino se prestó a ayudar a unas personas que empujaban un coche que minutos antes se había averiado. Éste, horrorizado, comprobó que el vehículo que empujaba tenía la misma matrícula que el suyo. Con sangre fría siguió empujando y después de despedirse de los ocupantes llamó a la policía.

Mis compañeros aun recuerdan a Mario Ortiz, (al que conocí allá por el 83 como un gran reportero de calle) actualmente en el gabinete de prensa de la presidenta del Congreso, caminando de lado a lado con cara de desesperación repitiendo... que no Miguel Ángel, que no, que no puede ser comida para perro...que hay mucha tensión,...hazme caso por favor,...que me he enterado de... que no, que no... Lo mismo ocurría en Antena 3, con Daniel Llaguerri al teléfono... Por Dios, pero que historias me estás contando de porteras... no seáis pardillos, ¿sabes cuantas matrículas hay en Zaragoza? eso es imposible!!! Anda, entrevistar a unos vecinos, basándonos en que pánico se ha montado por un coche cargado de comida para perros...

La versión comida para perros fue mantenida y no enmendada hasta que llegó la nota oficial de la delegación del gobierno. Idoya López Riaño, alias la tigresa, había sido vista y reconocida desde la droguería donde compró una bolsa de tornillería varia, hasta por el último vecino "salido" de la ciudad. Un coche cargado de amosal como para reventar el barrio de Delicias era su tarjeta de visita. Y es que un comando de ETA antes de trabajar deja el perro al vecino más próximo...

(Algo que hay que confirmar, ya que muchos lo aseguran, es si al día siguiente se publicó a modo de breve, el pánico de los vecinos por un coche con comida para perros, ya que ocurrió de madrugada y no se pudo retrasar el cierre.).

Espeleólogos perdidos en Escuaín

Era tanto el pánico que teníamos a fallar en nuestras informaciones que el momento de titular, sintetizar o cerrar era una agonía y más entonces, que realmente éramos algo pardillos (o bastante). Recuerdo que la ansiedad era tal que nuestras ganas de triunfar como equipo era digna de los marines y casi, a veces, ridícula. Merche Julián, la actual documentalista en excedencia maternal, era en esos años una de las pocas cámaras mujer que existían en España y yo el redactor (había que economizar y presumir que podíamos hacer de todo, aunque mis "habilidades" sólo daban para la sección de cultura, deporte y sucesos) pasamos media hora ante una cascada que cortaba una estrecha pista forestal a las 3 de la madrugada en busca de unos espeleólogos perdidos en la garganta de Escuaín. Era noche cerrada, llovía a cántaros, se desprendían rocas de la ladera y conducíamos un Fiat Tempra diesel. Al otro lado, nada. Durante la media hora sopesamos si el caminacho seguía en pie, si había un precipicio, si la cascada y el torrente nos arrastraría, en definitiva, si nos podíamos matar. Y pudo más el miedo a volver sin nada que la posibilidad de despeñarnos, que para mí tenía más del 70% de posibilidades. Nos colocamos los cinturones, apagué la calefacción y besé a Merche en la mejilla diciéndole que no había trabajado con nadie tan valiente y bien preparado como ella. Sonó a despedida y antes de acelerar a tope hubo cinco minutos de silencio que parecieron una eternidad... no hablamos la media hora posterior a pasar por aquella cortina de agua y barro, y fatalmente cuando llegamos a la zona de los accidentados no se podía acceder al lugar y nos habíamos quedado sin baterías para la antorcha autónoma. Aún así realizamos una entrevista con un candil de petróleo a un testigo y regresamos con la escolta de un todoterreno. No pasó nada, pero esto sirve de prólogo a que esa presión autoimpuesta nos llevaba a perder el sentido de lo real muchas veces.

El hombre que sobrevivió a mi exclusiva

Como comentaba, hacía de redactor ENG en los inicios de la instalación de nuestra emisora en Aragón. Un día nos mandaron a cubrir una corrida de toros en Tarazona. Asistía en compañía de Juan Jaria como cámara al que había conocido en un curso que Luis Mariñas había impartido en el año 84 (aquel curso tenía el revolucionario nombre de "periodismo electrónico" y acudían profesionales que luego de una manera u otra nos hemos dedicado al medio, como Pepe Quilez, Nacho Paris, Rosa M^o Artal, Jesus Bueno, Margarita Barbáchano...

Fue curioso, ya que al cabo de unos años me enteré que el propósito del Director de informativos de TVE, era el de buscar rostros y profesionales nuevos para renovar su casa. Era Juan el realizador, pero tenía una gran habilidad y creatividad a través del

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

objetivo-y un corazón mas grande que a cámara-, algo que hacia que nos gustara trabajar juntos y sentirnos los Bonnie and Clyde de la tele local. Como mi conocimiento de los toros era rudimentario me dedicaba a entrevistar al final de la corrida a los entendidos del tendido mas reconocido por su dureza crítica, a lo que luego le pasaba el filtro de la media y un par de subordinadas y un cierre irónico para el profano. Es curioso pero pude aprender en esa época que un toro alfombrado era el que tenía los huevos en dos tonos. Lo cierto es que fuí uno de esos jóvenes impresionado por la fuerza de las imágenes que un cámara de TVE había conseguido en su día de fiesta entrando a filmar el final de un torero que marco una época, Paquirri. Las últimas palabras del torero en la enfermeria son una de esas imágenes que quedarán como un importante legado visual en los archivos de la tele pública, la única de entonces que nos lo narró.

Y ese fue mi primer flash en la memoria cuando Emilio Muñoz, topó con "hueso" al entrar a matar y la espada salió disparada al público turiasonense entre gritos y remolinos de la grada. Cinco o seis mozos llevan a hombros a un tipo, alguien grita "es tu tío Emilio, es tu tío" (o primo, no lo recuerdo con claridad), el torero se echa la mano a la frente y los subalternos se quedan paralizados. Al girarme a la derecha, veo que Juan ha saltado al foso y se dirige a la enfermeria. Salto entre el público con el micro en mano y con el tumulto que se origina en la puerta de la enfermería nos colamos de rondón mientras el médico y unos empleados de la plaza despachaban a los curiosos. Nosotros nos quedamos en un rincón, mientras Juan grababa unos recursos del médico examinando la herida. Poco a poco tomamos la sala ante la permisividad del doctor.

La espada se ha clavado en el torax a la altura de la clavícula. El gime, Dios mío, me muero, porqué??!!!!, con lo que yo quería a mi sobrino.....!!!! Ante la ansiedad, mi torpeza periodística (por eso me dedico exclusivamente a la imagen y abandoné la posibilidad de las letras- pese a mi cabezonería-) y el miedo a volver sin la gran exclusiva, enchufé el micro, me abalancé sobre la camilla y ametrallé a preguntas a aquel pobre señor de aspecto afable y pelo cano. Me recuerda a la costumbre que hay ahora por parte de los periodistas del corazón de golpear micro en mano con la misma pregunta hasta que el entrevistado grita un vete a la mierda o como Sabina estoy enfermo en la punta de la polla o directamente como Ramoncín, con un castañazo a la misma (reconozco que además, en la actualidad, no puedo soportar a estos profesionales). El caso es que mi torpeza y felonía debió ser tanta que el aficionado herido acertó a susurrar.. "me permite un momento..." momento en que el hombre se giró y vomitó profusamente. Aguantando su cabeza lo tranquilicé... gracias, gracias... momento que aproveché para enchufarle el micro de nuevo y seguir con el trabajito...y dice que es un familiar.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Quizas ahora leyéndolo parece una barbaridad (que sólo el tiempo, que al hombre no le pasara nada y mis disculpas telefónicas han hecho que la historia sea mas benigna), pero recuerdo que en ese momento estaba muy orgulloso de tener todo el material, corrida, accidente, herido, enfermeria, declaraciones, ambulancia, torero... era perfecto. Tanto que entré en el despacho de Daniel Llaguerri ufano. "Baja y mira una exclusiva", le dije. Todo iba bien hasta que durante el visionado de la entrevista amarilla Daniel se volvió enrojecido y me miró gritando... ANIMALLLLLLLLL!!!!!!! PERO A QUIEN SE LE OCURRE!!!

Una bonita lección de los límites, que ahora comentamos alguna vez muertos de risa cada vez que visitamos Tarazona o que vemos a Ramón el hombre que sobrevivió a mi exclusiva.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Inmaculada Ota
Antena Aragón Televisión
dumicas@yahoo.es

Ofertas de trabajo desde Radio Cinco Villas

Una vez en Radio Cinco Villas muy "juvenica" yo multipliqué los ceros (a lo bestia) en el plan de inversiones para la comarca en materia de empleo y los cincovillese colapsaron la centralita de la radio pidiendo trabajo...

Saludos en Antena Aragón

En Antena Aragón Michel Fernández me dio paso una vez en el informativo con un "Inma buenas tardes" y yo contesté "Buenas tardes, Inma".

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Luis Negro Marco

Escribe y colabora en las revistas «Trébede» y «Viajar por Aragón», «Turia», «Siete de Aragón» y «El Iris de Menorca».
trebede@retemail.es

Como el fraile, que antes fue cocinero, soy -además de periodista- historiador y arqueólogo en activo. En el ejercicio de ambas profesiones, he podido constatar que las relaciones entre las dos, no son ni mucho menos excelentes. Pienso que hay un desconocimiento y recelo mutuos, acuciado por los estereotipos que -«Indiana´s Jones», «Lara Croft´s», «The Body´s» o «Retornos de la momia» aparte- tiene la prensa respecto a esta casi desconocida profesión de arqueólogo. Mucho menos romántica y más dura de lo que se pudiera pensar. También con un valor añadido muchísimo más beneficioso socialmente de lo que las directrices políticas -por lo general- le han asignado hasta ahora. Hay muchas historias divertidas, pero también lacerantes y truculentas que se podrían contar acerca de este difícil binomio entre «arqueología y prensa». Pero requerirían una amplia contextualización que nada tendría que ver con la aragonesa y graciana brevedad que lo bueno exige. De modo que aquí van algunas presuntamente graciosas y -espero que aunque levemente sea- curiosas anécdotas que me han acontecido como periodista de arqueología.

Borde, que no «borde»

En agosto de 1999 fui a Uncastillo, a realizar un artículo sobre las excavaciones que se realizaban al lado del palacio gótico de Pedro IV, mandado construir por el monarca aragonés en el siglo XIV.

En éstas andaba cuando uno de los peones sacó a la luz una ficha cerámica recortada en forma de círculo.

- Seguramente es un tape de olla. -le dije-. Parece que fue recortado en su día de un fragmento de cerámica del XVII, seguramente de un borde de olla.

-¿De qué? -dijo él-.

- De un borde -le respondí yo con toda tranquilidad-.

- ¿El qué me has llamao? ¿borde?.

- No, hombre, que te digo que ese tape fue recortado, seguramente, del borde de una olla del XVII.

Todo podía haber acabado ahí, sin más, pero aquel peón no las tenía todas consigo,

y hube de explicarle que en ningún momento había querido insultarle llamándole «borde». Como ocurre casi siempre en estos casos, al finalizar él su trabajo y yo el mío de documentación, acabamos tomándonos una cerveza tranquilamente en el bar de la plaza del pueblo.

Ambidiestro, que no anticristo

Se realizaban trabajos de excavación urbana en un solar del casco antiguo de Zaragoza, y fui a elaborar un artículo para la revista «Siete de Aragón». Después de que la directora de los trabajos me diera detallada información acerca de los hallazgos (pertenecientes a un arrabal musulmán del siglo XI), empecé a hacer unas fotos de los trabajos. Subí sobre un talud de tierra para hacer una foto cenital a un joven peón que perfilaba con pericia un muro de tapial. Observé que -indistintamente- según le convenía, alternaba la mano izquierda y derecha en el uso del paletín.

-Veo que eres ambidiestro, una cualidad que pocas personas poseen.

Quizás fue el ruido de la «botcat» que maniobraba cerca, o que suelo hablar muy bajo; o quizás, tal vez, que el casco que cubría su cabeza le impidió escucharme correctamente; el caso es que pronto me di cuenta, por la forma en que el joven me miraba, de que algo había debido de decirle que le había mosqueado.

Nos quedamos unos segundos mudos, intercambiando miradas de sorpresa recíproca, hasta que por fin se decidió a responder:

- ¿Qué quieres decir con que soy anticristo?

A diferencia del caso del «borde» anterior, en esta ocasión la carcajada me salió espontánea y creo que sana, porque también el joven peón se echó a reír, seguro de que él no era ningún anticristo.

-Quería decir «ambidiestro». Es decir, que trabajas con ambas manos.

Me dijo que había nacido y se había criado en el barrio del Gancho. Se notaba que, a pesar de sus escasos 20 años, había acumulado una gran sabiduría, aunque nunca hubiera oído la palabra «ambidiestro». Al despedirme me dijo:

- Oye, y gracias por explicarme lo que quiere decir «ambidiestro». Mi anterior jefe de la construcción siempre me decía que me fijara mucho en las cosas y pusiese siempre mucho interés en lo que hiciera, porque así podría aprender y realizar cualquier trabajo.

Me alegré de su razonamiento porque venía a confirmar lo que siempre he pensado: que en la vida, la auténtica sabiduría reside sólo en las personas que están siempre dispuestas a aprender.

¿Tienen papeles? (1999)

En diciembre de 1999, volví de nuevo a Uncastillo para hacer otro artículo sobre el patrimonio arqueológico aragonés. Un grupo de arqueólogos trabajaba en la excavación de un asentamiento medieval en los alrededores del municipio.

El guarda de monumentos local me estaba informando acerca del conjunto de trámites y permisos pertinentes, emanados de la Consejería de Cultura de la DGA, que a toda intervención arqueológica debe avalar.

Hacía frío, y era de buena mañana, así que estábamos al resguardo de un pequeño alto del cabezo en el que el yacimiento está localizado. Mi coche y la furgoneta de los arqueólogos estaban aparcados junto a la carretera.

En mitad de la entrevista, oímos:

-Buenos días, señores-

El que nos saludaba era un joven guardia civil. Junto con su compañero, estaban de patrulla y les llamó la atención la presencia de los vehículos estacionados al lado de la carretera; así que, mientras uno de los agentes esperaba en el «Patrol», el otro subió a investigar.

-Buenos días, somos arqueólogos -le respondió el director de la excavación-.

-Entonces tendrán los permisos correspondientes. Por favor ¿tendría la amabilidad de mostrármelos?

-Por supuesto.

Al comprobar el guardia civil que todo estaba en orden, dimos paso al turno de presentaciones. Por mi parte, le dije que estaba haciendo un artículo, en el que -precisamente- uno de los asuntos que iba a tratar era el de la salvaguarda del patrimonio. Y es que, a veces, los acontecimientos se desarrollan por esa misteriosa fuerza del destino que propicia un curso imprevisto pero perfecto a nuestros intereses. Pedí al agente de la benemérita si no le importaba que le hiciese unas fotos inspeccionando los permisos de excavación, ya que ilustrarían a la perfección mi artículo. Accedió sin reparos. Así que nos hicimos unas fotos juntos (arqueólogos, agente y periodista), con la firme promesa -como así hice a los pocos días- de remitirle copia de las mismas y un ejemplar de la revista, una vez saliese publicado el reportaje.

De muertos, moros y oro

En muchas ocasiones me ha sucedido que, haciendo artículos por los pueblos de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Aragón, me he interesado por conocer la antigüedad de tal o cual castillo, cueva, o yacimiento arqueológico. Pues bien, en más de un 90% de los casos, la respuesta que he obtenido al preguntar a los más ancianos del lugar ha sido siempre la misma: « Esto es muy antiguo, por lo menos, del tiempo de los moros». Y es que para las gentes de los pueblos, si algo es muy antiguo, es que «es de cuando los moros». Apunten los sociólogos este dato; indaguen los etnólogos el porqué de esta creencia tan arraigada. Tomemos nota también arqueólogos e historiadores. Quizás descubramos que es cierto. Que aquel pueblo supo absorber lo mejor de sus antecesores iberos, romanos y visigodos de Hispania. Y que a esa sabiduría unieron la suya para labrar una cultura nueva en nuestro solar. Por eso quizás tengan razón los ancianos: «No hay nada que pueda ser más antiguo que cuando los moros». Su crisol de culturas, supo resumir pasado y presente en un futuro que aún continúa.

Por otro lado, otro axioma de la arqueología, es que la importancia de un yacimiento arqueológico, se mide siempre -ya en zona urbana o rural- por el oro que en él se encuentra. Basta para darnos cuenta de ello leer la hermosa novela «El Tesoro», que Miguel Delibes escribió y dedicó a su hijo, Germán Delibes de Castro, arqueólogo de profesión.

Preguntéle a los arqueólogos la frase que más hartos están de oír, e invariablemente responderán: «¿Qué, habéis encontrado oro o qué?».

Pero además, otro indicador popular de que un yacimiento arqueológico es de interés, es el de los muertos que en él han aparecido. Recientemente, en un céntrico bar de Zaragoza, oía que una emperifollada señora decía a su interlocutor respecto a las excavaciones de Independencia: «Fíjate si deben de ser importantes esos restos que dicen que hasta han encontrado un muerto y todo».

Un centón para terminar

Como centón de cierre a este breve «anécdotas de prensa y arqueología», pienso que, desgraciadamente, existe un gran desconocimiento social del importante patrimonio arqueológico que atesora nuestra tierra. Me enternece y aprecio la casi infantil actitud de la gente, en general, respecto a la arqueología. Pero echo en falta en Aragón una mayor sensibilidad, que sí existe en comunidades españolas como Vascongadas, Cataluña, Galicia, Extremadura, o Andalucía. Quizás el problema es que en Aragón no se ha trabajado lo suficiente en el plano institucional para la concienciación por la necesidad de conocer, apreciar y salvaguardar el patrimonio. Por tanto, los medios de comunicación tienen el importante reto (ahora que la arqueología está en "el candelabro" - Sofía Mazagatos dixit-) de transmitir a la opinión pública una información asequible, veraz y contrastada sobre esta ciencia, que es -a su vez- una digna, útil

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

y necesaria profesión. Porque el fundamental interés de la arqueología radica en intentar saber un poco más acerca de nuestro pasado con la finalidad de planificar un poco mejor nuestro futuro. Que nadie lo decida por nosotros.

Ana Aínsa
Antena 3 Televisión Aragón
aainsamo@antena3tv.es

Historias de mancos

Dicen que un buen periodista debe ser intuitivo, sagaz, observador... yo añado algo más: debe fijarse SIEMPRE en las extremidades de los demás sino corre el riesgo de que le ocurra lo mismo que a mí.

Érase una vez una reportera de televisión que grababa un reportaje en la puerta del Mercado Central. Teníamos que hacer las compras para las cenas de Nochebuena y Navidad. Mi compañero Roberto y yo habíamos pasado por la frutería, la carnicería, la pescadería... lo teníamos todo y nos faltaba un cierre para el vídeo. Al salir a la calle, un señor se me acercó y, muy ilusionado, me pidió que lo "sacásemos por la tele". "Por supuesto, señor, no faltaría más", le contesté. Para la secuencia final, me dejaban un carro de la compra y yo le pedía que me ayudase a bajarlo por las escaleras.

Él me aseguró que le había quedado muy claro. Roberto, detrás de la cámara, yo bien maquillada y micro en mano me acerco al señor y digo lo convenido: "ya tenemos el carrito lleno. Por favor, señor, ¿podría ayudarme a bajarlo?" Y él, con un marcado acento aragonés, me contesta: "¡pero si no tengo mano!" mientras levanta su brazo para constatarlo. Roberto temblaba, mis colores sobresalían sobre el marrón del maquillaje. No pudimos evitar soltar una carcajada mientras él nos miraba con total naturalidad. Por supuesto, tuvimos que inventar otro final.

Otro día, en un pueblo, teníamos que entrevistar a un miembro de la corporación municipal. Era diciembre y hacía un frío que pelaba. Esta vez, mi compañero era Fernando, una de esas personas que dice las cosas como las piensa y cuya cara refleja en todo momento lo que piensa. Le hicimos una rapidísima entrevista porque teníamos el tiempo justo para volver a Zaragoza y llegar al informativo. Yo estaba pasmada de frío, tenía las manos heladas. Recogimos todo corriendo y mientras salíamos él nos preguntó: "¿sale hoy, verdad?" No sé si yo hubiese necesitado unos guantes o un esparadrapo en la boca pero le respondí: "si no se nos congelan las manos..." Nos despedimos y, cuando bajábamos por las escaleras, Fernando, mezclando un tono de burla e incredulidad, me dice: "si no se nos congelan las manos, si no se nos congelan las manos... ¿no has visto que era manco, o qué?".

Fiestas de Teruel

Fiestas de Teruel, a punto de la puesta del pañuelico, Juan Jaria, al

Que nunca olvidaré, y yo dispuestos a hacer un plató, in situ o como quieran llamarlo. Sólo tenía que decir: "quedan unos minutos para la puesta del pañuelico y la plaza del Torico está ya a punto de estallar de alegría", algo así. Los espontáneos se empezaban a agolpar a mi alrededor, imagínense, una reportera vestida para la ocasión con pañuelo rojo y camiseta blanca inmaculada. Empezaba a hablar y ellos disparaban un líquido naranja con una pistola de plástico. Yo paraba y pedía, por favor, que me dejaran continuar. Segundo intento y me pasaban un pañuelo por la cabeza.

Me volvía a peinar y lo intentaba por tercera y cuarta vez. Uno puede ser muy pesado cuando está de marcha, créanme. La quinta vez que abrí la boca, con ellos detrás y delante Juan con la cámara, exploté. Tiré el micrófono y la carátula al chocar con el suelo sonó "clinclanclinclan". Yo grité: "basta ya, por favor, treinta segundos de silencio". Todos se sobresaltaron, se quedaron blancos y yo lo conseguí. Claro que luego, en la imagen, mis palabras sobre la alegría y el jolgorio contrastaban con las caras largas de los espontáneos. Es para estar ahí pero fue divertidísimo.

José Antonio Lavado Bueno
Becario en Telemadrid
niunpaloalagua@terra.es

Becario en San Lorenzo

Bueno, a lo que iba. Resulta que currando en El Periódico, un buen día me llega José Luis Ainoza y me dice que si quiero acercarme a Huesca de "envío especial" para hacer las fiestas de San Lorenzo. Te pongo en antecedentes: eso era un martes y yo me había pasado la mitad del domingo y todo el lunes en la cama cagándome (mismamente) la pata abajo. El fin de semana anterior hice una visita de cortesía a mi compañero de piso, que mora en Tarazona; y su madre nos había obsequiado (a mi chica y a mí) con una sopa asesina que me había reventado por siete sitios. Pues eso, que yo tambaleándome todavía le digo que sí. ¿Qué le vas a decir? Tras las habituales peleas con administración me dan veinticinco mil pelas por junto y allá que me voy, jueves por la mañana, inicio de fiestas, autobús desde Ágreda, reportero total. Llego a Huesca, dejo las cosas en el Hotel y salgo a toda hostia camino del ayuntamiento, que van a dar el pregón el alcalde del Huesca y el de una ciudad francesa de la que nunca logré retener el nombre (no sé ni si apareció en la crónica). Más perdido que Mimosín en Tora-Bora me planto frente al ayuntamiento a pillar algo de ambiente. El ambiente: doscientos milicos-guardiasciviles-policíasvarios formando, impasible el además, en espera de que aparecieran los alcaldes mientras dos mil tíos se emborrachaban al lado. Mi ambiente personal: pantalones flojos, camiseta arrugada por el viaje (y por mi escasa afición a la plancha) y ya manchada de vino por el jolgorio general, sin afeitarse desde el infausto día de la sopa, despeinado del viaje y sin ganas de peinarme. Con un bloc de notas pintarrajeado y tomando apuntes de lo que veía por allí. Todo inocente.

A esto, cuando por el murmullo general de los uniformados parecía que iban a aparecer los alcaldes, veo que se me acerca una sombra de un ser humano enorme. Con uniforme y bigote (que no sé qué acojona más). Sin saludar siquiera me dice que qué coño hago yo allí, que me identifique inmediatamente y que yo qué sé que más, que a mí me sonó a "te vas a tirar toa la puta vida en Chafarinas". Balbucí un buenos días y le mascullé mi nombre como si eso fuera a arreglar algo. El policía (nacional, creo) cada vez me parecía más grande, y yo cada vez más pichón. Me miró con cara de que Chafarinas iba a ser el Caribe comparado con mi destino y entonces se me encendió la bombillita y se me ocurrió decirle que era periodista.

A ver, documentación.

Y yo con menos menos papeles que una burra robá.

Pues tío, te lo vas a tener que creer, porque documentación, documentación, como no te dé el carné de socio del Atleti... (obviamente este fugaz pensamiento fue reprimido por un tembloroso "tome el carné de identidad, no tengo acreditación porque soy becario"). El tío pidió por radio una cosa que a mi me pareció oír como "filiación" y le dijeron que no, que yo no había matao a nadie. En estas que a lo lejos veo al jefe de prensa del ayuntamiento de Huesca (¡bendita la hora en la que lo encontré diez minutos antes y pude retener su nombre!) y me puse a pegarle voces desesperado perdido. Bueno, el caballero se acercó y le dijo al poli que sí, que yo era de prensa y algo más (intuyo que solicitó el perdón de mi vida). Al final, pude entrar en el ayuntamiento y todo, e incluso entrevisté a gente.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Fernando García Mongay

Ciberpaís, Muy Interesante, Diario del Altoaragón...

Su último libro: "Internet para niños", Plaza & Janés, 1998.

fgarciam@infonegocio.com

Un matiz

Un periodista me presenta a otra periodista en la celebración del primer año de vida de una publicación digital. "Fernando", dijo el periodista, "escribe unas entrevistas en el Ciberpaís muy interesantes y muy bien escritas, aunque no sea periodista, las hace como si lo fuera".

La verdad es que no recuerdo la cara que puso la periodista y tengo que reconocer que tampoco recuerdo su nombre. Además, tampoco en mi memoria ha quedado el recuerdo de que dijera nada. Pero, lo cierto es que, con toda seguridad, el periodista pretendía elogiarme ante su colega. Aunque yo no había pasado por una facultad de periodismo, mi trabajo era comparable a las personas que han dedicado 5 años (o más) a aprender en la universidad.

Al día siguiente, compré un libro con 25 entrevistas publicadas en El País Semanal. El actual director de El País las introduce como trabajos de periodismo de autor. De los 25 autores, cuando menos de los que conozco alguna parte de su biografía, más de la mitad no han asistido a clases de periodismo en las universidades españolas, ni tampoco en las de otros países.

El mismo día en el que el periodista 'elogió' mi trabajo, estuve hablando a una decena de personas sobre la historia de Internet y cómo la tecnología está cambiando nuestras vidas sin que nos demos cuenta. Hablando de abogados, me dirigí a una de las asistentes y le pregunté algo. Le dije que como ella era abogado... "Licenciada en derecho", respondió. Una diferencia importante. No es lo mismo haber estudiado derecho que ejercer de abogado. Y a mí me da la impresión que no es lo mismo estudiar periodismo que escribir en los periódicos. No sé, serán cosas mías.

iCongreso bomba!

Las noticias que ha producido el III Congreso de Periodismo Digital, que se celebró en Huesca han aparecido en la mayoría de los medios de comunicación españoles y también en algunos extranjeros.

La Vanguardia, por ejemplo, en su edición digital, ha dedicado un monográfico al Congreso de Huesca. Además de realizar unas magníficas crónicas de lo sucedido en

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

las distintas ponencias, la periodista Eva Rosado incluye una serie de píldoras que no tienen desperdicio. En una de ellas, Rosado cuenta lo que le sucedió a algunos periodistas a su llegada al hotel Pedro I. "Álvaro González-Alorda, periodista de EresMas comentó, antes de su intervención en la mesa redonda "De la euforia a la crisis" un incidente que por unas horas quitó protagonismo al Congreso. Frente al hotel Pedro I de Aragón se había encontrado enterrado un obús de la Guerra Civil. González-Alorda, que se hospedaba allí, no se atrevía a entrar al edificio. "Pase, pase" -le dijeron- "pero pase con cuidado". La bomba fue desactivada posteriormente sin incidentes".

Aunque un susto mayor se llevaron los directores de CadenaSer.es y el de deportes de Prisacom cuando cruzaban el Parque y comenzaron a oír disparos. Al parecer, los cazadores de estorninos estaban realizando su trabajo, pero los periodistas se llevaron un buen susto.

Después del acto de clausura, unos cuantos congresistas y algún miembro de la organización subieron a un piso de la calle Almogávares. Una mujer pedía ayuda desde un balcón porque un hombre se estaba ahogando. Entre los miembros de la expedición se encontraba Pedro de Alzaga, periodista de El País. Mientras tanto, desde la calle, Fernando Jáuregui y otros periodistas emplearon sus teléfonos móviles para llamar a una ambulancia (Después me enteré que el pobre hombre murió en el hospital).

El periódico argentino Clarín dedicaba una extensa crónica al congreso de periodistas digitales de Huesca. En la entradilla que resume la noticia aseguraban que se había celebrado en "Huelva". Después, en el texto se podía leer: "La semana pasada, la ciudad española de Huesca volvió a ser sede del Congreso de Periodismo Digital". Y al final del artículo de nuevo aparecía Huelva a la hora de hablar de la sede de la cuarta edición del congreso. Esperemos que no sea un presagio.

Alberto Cortés
Director de la revista Ciclo
alberto@ciclo.net

Ciclo, una revista apátrida

A las personas le cuesta en numerosas ocasiones entender que una revista gratuita realizada desde Zaragoza se distribuya en toda España. Concretamente hay una compañía discográfica de Barcelona, que por más que se lo expliquemos siempre en sus envíos de discos pone: "Ciclo-Heraldo de Aragón". El único motivo por el cual han asociado Heraldo de Aragón a nuestra revista, Ciclo, es que en el apartado "Imprime" del staff pone el nombre del impresor (como la ley indica). Dentro de esa compañía da igual quién sea el que llame, siempre tiene que nombrar a Heraldo de Aragón y nosotros siempre desmintiéndolo. Pero en numerosas ocasiones distintas compañías nos preguntan si Ciclo es propiedad de este periódico. ¡Dios nos libre de perder nuestra independencia!

Pero esto no es nuevo, nadie de estamentos supuestamente con algún poder en Zaragoza se cree que Ciclo sea una publicación que se distribuya en toda España, y en Madrid en numerosas ocasiones hemos sido confundidos con publicaciones barcelonesas. ¿De verdad no se puede editar a nivel estatal una publicación desde las provincias? País...

Roberto García y Santiago Martín

Directores de Aragón Digital

rgarcia@aragondigital.es

smartin@aragondigital.es

Problemas digitales: periodistas y electricistas

Aragón Digital, joven empresa de comunicación editora de la agencia de noticias Aragón Press y del diario electrónico www.aragondigital.es, tuvo su prueba de fuego en el II Congreso de Periodismo Digital celebrado en Huesca en febrero de 2001. La sociedad laboral encabezada por Roberto García y Santiago Martín, que da empleo a una veintena de periodistas, hizo una exhaustiva cobertura on line de todas las ponencias desarrolladas, sirviendo información y fotografías a más de 60 medios nacionales y extranjeros, y contribuyendo a difundir los interesantes contenidos del Congreso.

Sin embargo, hay que reconocer que Internet no está todavía lo suficientemente desarrollado e implantado, y los imponderables pueden surgir en cualquier momento. Así, una vez abandonada la sede del Congreso, un medio solicitó por teléfono unas fotografías "de última hora". "No hay problema", se dijeron los periodistas de Aragón Digital. "Os la mandamos enseguida", aseguraron pensando utilizar el correo electrónico del hotel en el que estaban alojados.

La sorpresa fue saber que en el hotel –que tenía una impresionante pantalla plana en su ordenador cuando en ese momento costaban un dineral- no conocían todavía esta útil herramienta. Como la Ley de Murphy, si se pone en marcha, se aplica sin piedad, fue imposible conectar los portátiles a las cajas de teléfono de las habitaciones. Por supuesto la transmisión vía teléfono móvil no terminó de funcionar, pese a que las habían utilizado durante el día.

A la desesperada, lo intentaron de nuevo en el restaurante donde a esa hora cenaban todos los congresistas. "Sí tenemos correo electrónico", oyeron mientras respiraban hondo. Pero la llegada al ordenador fue toda una aventura, sorteando a los camareros que en ese momento servían la cena, aterrizando en la cocina y subiendo hasta una falsa buhardilla donde estaba el mágico ordenador conectado a Internet. Desde allí, rodeados de suculentos platos y olores, fue posible por fin enviar las fotos a su destino. Por supuesto, el equipo de Aragón Digital cenó; eso sí, su primer plato coincidió con el postre del resto de los comensales.

En otros casos, es la propia organización la que pone las trabas a la comunicación digital. Fue el caso del XI Congreso Nacional del PP, impecablemente organizado y con todo tipo de medios y facilidades para los periodistas desplazados, entre ellos tres de

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

la agencia Aragón Press. Con esta situación, una petición de última hora no es ningún obstáculo, pensaron los ingenuos. Y así lo parecía el envío de otras fotografías solicitadas por un periódico cliente de la agencia.

Las imágenes estaban ya a punto de pasar a la carpeta de "Elementos enviados" de Outlook cuando la organización decidió desconectar todas las líneas telefónicas instaladas en el Palacio de Congresos, teniendo en cuenta que la sala de Prensa estaba ya prácticamente vacía.

Tras una rápida exploración por todos y cada uno de los rincones del Palacio de Congresos, la única línea telefónica existente en las instalaciones se encontraba en la cafetería: la utilizada para el pago de tarjetas. Al asalto fue tomada por los enviados especiales de Aragón Press, superando incluso las pegas del guardia jurado apostado en la entrada.

Pero una vez encendido el ordenador y con las fotos a punto de enviarse, el jefe de seguridad del edificio, puesto al corriente del caso, abortó la operación sin contemplaciones, alegando que la cafetería nada tenía que ver con el congreso celebrado. Al parecer no tenía mucha simpatía con el PP.

Nueva peregrinación en busca de otra conexión con la red de redes porque las fotos solicitadas eran demasiado pesadas para transmitir las vía móvil y con el riesgo de perder el tren de vuelta a Zaragoza, ya que el reloj había avanzado inexorablemente. Precisamente en la estación de Chamartín encontraron la solución. Los periodistas de la Agencia Aragonesa de Noticias recordaban haber visto un cibercentro en la estación ferroviaria y desde allí transmitieron las imágenes, previa descarga a disquetes, e incluso pudieron coger el tren previsto.

En su primer año de vida Aragón Digital ha desplegado una división ONG "Ordenadores sin Fronteras" para superar las limitaciones que todavía tienen algunas instituciones y empresas con las modernas tecnologías. ¿Que no hay máquinas o conexión a Internet para poder acceder a nuestros servicios? "No hay problemas, nosotros los aportamos e instalamos". Y así, la empresa especializada en la producción de contenidos para la red tiene repartidos varios ordenadores por el territorio aragonés, en su afán de difundir el mayor número de contenidos de la Comunidad dentro y fuera de nuestras fronteras, con el apoyo de los más modernos soportes tecnológicos. Escrito así suena bien, aunque en la práctica hemos tenido que acarrear equipos, configurar ordenadores, dar lecciones de Internet, de correo electrónico e incluso instalar cables, enchufes... en ocasiones hemos sido más una empresa de electricistas que una empresa de contenidos para Internet.

Aragón Digital ha querido ser pionera a la de utilizar modernas tecnologías, como GPRS para la transmisión de datos por móvil. Nos aseguraron desde Telefónica que

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

funcionaría y que podríamos enviar imágenes en directo de la gran manifestación contra el PHN celebrada en Madrid el 10 de marzo de 2001.

Pues bien, con uno de los primeros teléfonos habilitados para GPRS –hoy de uso habitual, pero entonces casi desconocidos- enviamos unas imágenes que se colgaron en www.aragondigital.es y que traspasaron océanos, ya que se recibieron en Redacción correos de felicitación de aragoneses residentes en países hispanoamericanos. Uno de ellos, un misionero de origen vasco que vivió en Teruel antes de marchar a Brasil nos escribió: “Desde Brasil quiero sumarme a la manifestación ocurrida el 11 de marzo en Madrid. Sentí, vía Internet, una emoción enorme. Vi un Aragón sin miedo de ser feliz, siendo del contra, que merece ser oído y llevado en consideración. Yo quería ser uno de aquellos 400.000 (y no 50.000, es mal de la “mayoría”. Soy vasco con un cariño enorme por Teruel, mi tierra por adopción. Cuenten con mi entusiasmo y pido a Dios que os proteja”. El mail, firmado: “Padre Javier Mateo Arana (Santos, Sao Paulo, Brasil)” fue una de las alegrías que recibimos tras una dura jornada de trabajo en la que una docena de periodistas y técnicos fuimos a Madrid para demostrar que esto del Periodismo Digital funciona y puede poner realmente a Aragón en el mapa.

Goya Ruiz
Antena 3
gruizgar@antena3tv.es

Sor Isabel Guerra: Dios entre los pinceles

A una, siempre le han gustado las historias de gente poco corriente. La de Sor Isabel Guerra llegó a mis oídos por casualidad. Un amigo me habló de esta monja de clausura, que vivía y pintaba en un convento de Zaragoza, y que exponía su obra en Madrid, con notable éxito. Le pedí que me enseñara algún catálogo. Enseguida me interesó aquella religiosa que había reinterpretado el tenebrismo de Zurbarán, llenándolo de luz.

Yo, trabajaba entonces en la delegación de Antena 3 TV, en Zaragoza. Como era preceptivo, propuse el tema al jefe de redacción y, una vez aceptado, inicié mis pesquisas para localizar a la singular religiosa. Después de varios intentos, conseguí, por fin, hablar con sor Isabel, a quien expuse mi interés por su labor artística y por realizar un reportaje para dar a conocer su obra. Respondió a mi solicitud con amabilidad, pero el mensaje también fue muy claro: nunca habían entrado periodistas en el convento y, menos todavía, una cámara. Además, las decisiones de la congregación, pasaban por la madre abadesa y a ella me remitió.

En mi primera conversación telefónica con la priora supe que conseguir la entrevista no iba a resultar tarea fácil. La religiosa me hizo saber que no querían dar publicidad a la labor de Sor Isabel y que la entrada de cámaras rompía la norma de clausura y recogimiento del convento.

Mi insistencia consiguió, finalmente, ablandar su corazón o su curiosidad y me citó para hablar.

El Monasterio de Santa Lucía está situado en el barrio de Casablanca, cerca del Canal Imperial. No recuerdo bien los pormenores del extravío en el que me ví inmersa, pero sí ha quedado grabado en mi memoria que dar con la puerta de acceso al edificio resultó bastante complicado. El caso es que me ví dando vueltas, canal arriba, canal abajo, sin encontrar la dichosa cancela. Cuando, por fin, la localicé, una novicia me franqueó la entrada.

Tras unos minutos de espera, me condujo a la sala en la que me aguardaba la superiora, semioculata tras una celosía. Sor Milagros era una mujer gruesa, de cara redonda y aspecto bonachón. Pero, tras su apariencia de apacible religiosa, palpitaba una rectora que gobernaba el convento con mano firme.

Después de escuchar los motivos de mi interés por sor Isabel Guerra, volvió a repe-

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

tir parecidos argumentos a los que había esgrimido, por teléfono, la monja pintora: que su opción religiosa las obligaba al aislamiento y la humildad; que la labor artística de sor Isabel formaba parte del "ora et labora" de la regla cisterciense y otras explicaciones que me hicieron pensar que había llegado el momento de plegar velas y archivar el tema.

Cuando ya estaba a punto de despedirme, sor Milagros dió un giro a la conversación para indagar en mi hipotética vinculación con los asuntos religiosos. Y una, que siempre ha intentado que nada de lo humano ni de lo divino le sea ajeno y que, además, hizo sus pinitos en el teatro, aprovechó el interrogatorio para sacar del repertorio de su memoria hasta los años de cantora en el coro parroquial del parvulario.

Con el diálogo metido de lleno en el terreno de lo divino, fue surgiendo una complicidad entre la Abadesa y yo, que casi me hizo olvidar ésa molesta reja que, al principio, me había hecho sentir como en un locutorio carcelario. A pesar del aparente entendimiento, sólo me llevé del convento la promesa de la Superiora de considerar mi propuesta.

Días después me convocó para una segunda cita. Al otro lado de la rejilla de madera, la religiosa escuchó mis explicaciones sobre el programa al que iba destinado el reportaje y se interesó por otros detalles del quehacer periodístico. La conversación se fue deslizando al terreno de lo personal. Y, tal vez al calor de ése escenario, con aires de confesionario, se dió a las confidencias y me habló de su amor por el estudio, que la había llevado a licenciarse en Derecho. De las leyes humanas, pronto pasamos a las divinas. Mi interlocutora comenzó a glosar las bondades de la vida retirada y se interesó, de nuevo, por mis supuestas inclinaciones místicas. En aquél brete, vinieron a mi memoria y a mi discurso unos días de vacaciones vividos en un monasterio catalán. Después de escucharme referir lo agradable de la experiencia, la priora esbozó una sonrisa y preguntó:

-¿Estás casada, hija?

-Pues no, Madre. No estoy casada. -Respondí-

-¿Y nunca has sentido la llamada?

-¿La llamada? -pregunté, intentando ganar tiempo, mientras buscaba una respuesta que no diera al garete con mi ansiado reportaje.

-Sí, hija, la llamada del Señor. -Insistió-

Y, como eso de mentir no me gusta nada y tampoco estaba por la labor de tomar los hábitos, ni aunque me fueran a dar el Pulitzer, respondí con la verdad.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

-Pues no, Madre. Por ahora, no.

Nos miramos unos segundos en silencio y, por un momento, temí que, en vista de que conmigo no iba a ampliar -al menos, en breve-, la nómina de novicias, mi anhelada entrevista se podía ir a negro. Sin embargo, respondió, comprensiva:

-Bueno, hija, nunca se sabe. Los caminos del Señor son inescrutables.

-Sí, Madre. -Asentí-. Y respiré tranquila.

Nos despedimos y quedamos en llamarnos para concretar la fecha de la grabación. Fue un 30 de enero. El compañero Juancho Barrecheguren -brillante cámara y ahora realizador de Antena 3 TV Aragón- me acompañaba. Nos recibió la superiora, por primera vez sin la mediación de la cancela, y nos presentó a Sor Isabel Guerra. La religiosa había dispuesto en una gran sala un buen número de cuadros, un caballete con un boceto y su paleta de colores. Su obra todavía me impresionó más al natural. Eran, sobre todo, bodegones y retratos de niños y de religiosas, envueltos en una luz que, en ése entorno, se me antojaba de otro mundo. Una pintura hiperrealista, que destilaba espiritualidad y sosiego.

Pero, tanto como la obra, me impresionó la artista: una mujer lúcida y culta, admiradora de Velázquez y Zurbarán, que había aprendido a pintar antes que a leer y a escribir.

Era el día de después de San Valero y, al terminar la grabación, la superiora nos invitó, a Juancho y a mí, a degustar un roscón que habían hecho ellas mismas para festejar al patrono de Zaragoza. Tras un rato de tertulia, nos despedimos de las religiosas, con el compromiso de avisarlas cuando se emitiera el reportaje. Fue unos días después, en el informativo de mediodía de Antena 3 TV Aragón. El tema interesó en Madrid e hicimos un video para la edición nacional. También se difundió a través del Canal Internacional de la cadena. El caso es que a raíz de la emisión, se recibió un buen número de llamadas, incluso de Latinoamérica, interesándose por la monja pintora.

Algunos meses después, Sor Isabel Guerra inauguró exposición en una prestigiosa galería madrileña. Antes de la apertura de la muestra, estaban vendidos todos los cuadros. El más barato costaba un millón de pesetas. Los avatares de la profesión me llevaron, al año siguiente, a trasladar mi residencia a Madrid. En una de mis visitas a Zaragoza me enteré de que la obra de Sor Isabel se iba a exponer en La Lonja. La iniciativa había suscitado las críticas de algunos grupos políticos que consideraban que la calidad pictórica de la obra de la monja artista no merecía tan magno escenario.

Pese a ello, los cuadros se colgaron, finalmente, en el antiguo palacio zaragozano y la exposición cosechó una impresionante afluencia de público. Una vez más, los criterios de la clase política parecían estar a años luz de los intereses de los ciudadanos de a pie. Pero ésa es otra historia.

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Yo, aproveché otro viaje a mi ciudad, para visitar la muestra. Tuve que hacer cola durante más de media hora. En la espera, escuchaba los elogios de la gente que abandonaba la sala, y la curiosidad que alimentaba a los que no habían entrado todavía. Sonreía para mis adentros, recordando mi paseo errante por los alrededores del Canal, en busca del convento, y aquéllas charlas con la superiora, con la cancela de la clausura como testigo. En ése momento, sentí una llamada. Era una amiga preguntándome si tenía entradas para la exposición. La otra llamada -aquélla por la que me preguntó sor Milagros- no la he recibido todavía. Pero, nunca se sabe.

Miguel Ángel Fernández
Onda Cero
mafernandez@ondacero.es

En una noche electoral:

Sede de Chunta Aragonesista: Los presentadores del espacio dan paso a la redactora desplazada a la fiesta de Chunta. En ese momento el ruido era ensordecedor y la susodicha redactora respondió saltando cual ranita y diciendo "¡Ayyy, que no oigo nada!

Sede del PSOE: Los presentadores del especial noche electoral dan paso al redactor desplazado a la sede socialista. En ese momento el mencionado periodista asegura que tiene con él a Juan Alberto Belloch. Pero Belloch se había ido. Así que, ni corto ni perezoso, estira el brazo disimuladamente hasta que logra coger (y nunca mejor dicho) al candidato.

Dar paso al que no está

En un informativo vespertino la presentadora, Carmen Rivas, más pendiente del auto-cue que de lo que está ocurriendo a su alrededor da paso al deporte con Pedro Hernández. Pero ¿dónde estaba Pedro Hernández? Su silla, ante la cara de asombro de la presentadora, estaba vacía.

Antonio Ibáñez Izquierdo

Tiempo

antoine161@hotmail.com

La nevera

Cerca de Teruel hay uno de los mejores prostíbulos de España. La revista en la que colaboro me encargó un reportaje sobre una asociación empresarial que promueve la legalización de la prostitución y posee unos doscientos burdeles en toda España que son auténticos hoteles. Las prostitutas residen allí por un alquiler diario. Estos puti-clubs funcionan como un complejo recreativo. Este tenía incluso un restaurante de primera categoría.

Fueron muy amables conmigo. Me enseñaron todas las dependencias. Hablaban de aquel lugar como si fuera el Gran Hotel de Zaragoza. Parecía que querían dar la impresión que lo del sexo era algo anecdótico. Como si pasara de casualidad, como si el que fuera allí conquistara realmente a las prostitutas. En un momento determinado, el jefe de prensa, porque estos lugares tienen hasta gabinete de comunicación, me enseñaban las cámaras frigoríficas donde guardaban los productos del restaurante. Estaba empeñado en enseñarme los jamones de Calamocha y los embutidos de Vic. Cuando íbamos a entrar en una de esas cámaras, de unos diez metros cuadrados cada una, lo avisaron para que fuera un momento a la barra, en el piso de abajo de donde estábamos. Me quedé sólo diez minutos. Eran las tres de la mañana, y como ya me quería marchar (el tío aquel era un pesado), eché un vistazo a ese gigantesco frigorífico. Lo que no conté es que la puerta se cerró tras de mí y sólo se podía abrir por fuera. Ahí me quedé encerrado. Por mucho que grité para que me abrieran, nadie me escuchaba.

Lo mejor fue que, rodeado de salchichones y varios jamones, pelado de frío y cabreado con aquel particular jefe de prensa, los conductos de ventilación, que daban a esa cámara, me ofrecieron una sinfonía de gemidos, peticiones escabrosas, chillidos y comentarios dignos de una peli de Rocco Sigfredi, rey del porno. Yo escuchaba todo lo que allí dentro pasaba, pero a mí nadie me podía oír.

Así estuve hasta las siete de la mañana, cuando un pinche de cocina abrió la puerta de la cámara para coger un paquete de pan Bimbo. ¡¡¡El jefe de prensa de los puti-clubs se había olvidado de mí, se había ido a La Coruña y por su culpa casi pillo una pulmonía!!!.

La llegada de Esquerdinha

Agosto de 2001, intermediaciones de La Romareda. El Real Zaragoza va a presentar a Esquerdinha, un gran lateral del Oporto. Yo nunca he cubierto deportes, pero aquel día estaba allí porque en el Auditorio se presentaba algo que ahora no recuerdo. Como había muchos compañeros en la puerta del vestuario del campo, me acerqué hasta allí para saludarlos. Todos hablaban maravillas de Esquerdinha. Que si se había salido en la Champions, que si la banda del Zaragoza iba a salir reforzada, que si iba a dar buenas tardes de fútbol... La mayoría parecía que había seguido su carrera deportiva. En estas, un chaval con aires de deportista apareció por ahí. Algún aficionado gritó ¡¡¡Ya ha llegado Esquerdinha!!! y todos los compañeros se abalanzaron por él. Flashes, micros, peticiones de autógrafos... El chaval, encantado, posaba para las fotos y firmaba camisetas a la chiquillería. Pero no era Esquerdinha. El auténtico Esquerdinha apareció dos minutos más tarde acompañado de Jerónimo Suárez e Iñigo Ruiz Capillas. Se deshizo el entuerto y los flashes cambiaron de dirección. El chaval aquel, que había tocado la fama por unos minutos, era en realidad un muchacho francés de origen magrebí que estaba probando con el Zaragoza B. Sus cinco minutos warholianos se esfumaron en cuanto el verdadero futbolista, el que tiene cara de joker y que tan poco resultado ha dado en el equipo, apareció por La Romareda.

A veces, los malentendidos provocan situaciones así incluso entre los entendidos en un aspecto de la prensa tan especializado como el deportivo.

Raquel Machín
zgoza81@hotmail.com

Traduciendo a Drulic

La verdad es que, debido a mi corta experiencia profesional, me han ocurrido pocas anécdotas, pero te contare un par de cosillas. Una ocurrió en la presentación de Goran Drulic, la megaestrella del Zaragoza para esta funesta temporada. Tuvo lugar en julio y al acto acudieron el presidente, el futbolista, y una interprete, puesto que Drulic es yugoslavo, aunque jugo en los juveniles del Barcelona y chapurrea un poco de español.

La primera pregunta es: ¿Esta contento de volver a España?, a lo que el yugoslavo responde: "Si, claro" y la interprete traduce inmediatamente: "Dice que si, que esta muy contento".

El menú secreto

La otra tambien tiene que ver con el mundo del futbol. Durante el verano, el Periodico de Aragón publica el plan diario de trabajo del Zaragoza, así como el menú que toman los futbolistas. Pues bien, esta ultima informacion tenia muy mosqueado al doctor zaragocista, Jesus Villanueva, que andaba muy enfadado preguntando por quien filtraba esa informacion que el consideraba alto secreto. Pues bien, en medio de su enfado, los futbolistas llegan al hotel despues de entrenar y en recepcion piden El Periodico... para saber que tenían de cena.

José Luis Cano

Humorista, pintor e ilustrador. Autor de la tira diaria en Heraldo de Aragón.

Ilustra y escribe la serie de libros Aragoneses ilustres (Xordica/Ibercaja)

jlcanoro@yahoo.es

“El de la tira”

A mí me da mucho corte que me reconozcan como “el de la tira”. Procuero pasar desapercibido.

Un día bajaba de una imprenta en el coche de un empleado al que acababa de conocer. Se ofreció a dejarme lo más cerca posible de mi destino.

- Voy al centro.

Insistió y acabé confesando:

- Al Heraldo.

-¿Eres periodista?

- No, no...

- ¿Trabajas en talleres?

Aquello empezaba a ser ridículo.

- Soy el de la tira.

- ¿Qué tira?

- La de Cano.

- No sé. Sólo leo la de Fred Basset.

Carmen Martínez Alfonso
El Periódico de Aragón

Buscando arqueólogos

El Ayuntamiento de Zaragoza no se caracteriza por su transparencia informativa. A algunos jerifaltes les da por empeñarse en no contar las cosas. En el caso de las obras del Paseo Independencia, el alcalde llama a una serie de expertos de dentro y de fuera de la ciudad. Con los de dentro no hubo problema, nos facilitaron los nombres y hasta algún teléfono. Pero con los de fuera -según el jefe del gabinete de prensa del ayuntamiento- el teniente de alcalde y portavoz Antonio Suárez, se empeñó en que no había que decir quiénes eran. Además, en contra de lo que pensaba el propio jefe de prensa. ¿Cuál es mi obligación? Buscar a los expertos.

Con alguna ligera pista, empecé a buscar a un experto en Murcia. Me dijeron que en Murcia sólo hay uno, Julio Navarro Palazón. Al final lo encuentro en Granada, que ha ganado la única plaza de arquitectura islámica en el CSIC. Hablo con él, le digo que creo que es uno de los expertos convocados por el Ayuntamiento de Zaragoza para ver qué hacemos con el arrabal musulmán. Dice que no le han avisado, pero que puede tener la carta en Murcia, ya que le siguen llegando allí porque lleva poco tiempo en Granada. Le doy el número del Ayuntamiento de Zaragoza para que llame porque me han dicho que hay uno de Murcia y debe de ser él. Después de todo esto resultó que ese señor no era. Podía haber sido, porque es una de las mayores autoridades, pero la pista de Murcia la dijeron para despistar. Tanto se empeñó el ayuntamiento en que no los encontráramos, que les encontré el experto que no era. Le llamé para disculparme, pero como nos someten a este terror informativo... o desinformativo. De los otros cuatro expertos localicé a dos que sí eran. El día que los tenía localizados -dos días buscándolos- el ayuntamiento decidió pasar los currículums a todo el mundo.

Entre los expertos estaba el profesor Manuel Ación, de la universidad de Málaga. Él recomendó a un alumno suyo que estaba especializado en consolidar tapial musulmán, el único en España. El ayuntamiento va a hablar con este experto que se llama Salado y les dice que ha montado una empresa con un arquitecto especializada en estos temas. El ayuntamiento encarga a esta empresa, que se llama Almulk, que haga un estudio de la consolidación de los restos del Paseo Independencia.

Cuál es mi sorpresa que a los dos o tres días de publicarlo me llaman de Teruel y me dicen: "oiga, que la empresa Almulk es mía, está registradísima y no puede haber ninguna otra que se llame igual. Además, nosotros somos especialistas en arquitectura y conservación de restos musulmanes".

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Resulta que en Teruel existe esta empresa que se dedica a lo mismo, y para colmo está subcontratada en las obras de Independencia para cambiar de sitio el monumento de la Plaza de España. Esaban hasta el moño de que todos sus conocidos les llamaban para felicitarles porque les habían contratado para preservar los restos. Les tuvieron que decir que no eran ellos, sino unos de Andalucía que les habían copiado el nombre. Esta empresa tiene su sede en Albarracín, y encima su propietario fue alcalde de Albarracín con el PP, y ahora el propio alcalde de su partido le contrata a la competencia.

El acelerador de electrones

La exclusiva del acelerador de electrones del Clínico la dimos en Diario 16 Aragón, y luego todo el equipo pasamos con Liso a El Periódico de Aragón, en donde nos tocó seguir el juicio. Y como había que rematar la faena pues había que dar la sentencia en exclusiva... que por cierto la dimos. Estaba aquello protegidísimo. La juez había dado a mecanografiar un trozo de sentencia a cada funcionario para que ninguno la tuviera entera. La juez dijo que tal día a la una de la tarde daría la sentencia. Y nosotros teníamos que sacarla antes. Y ese día, en efecto, a las nueve de la mañana, El Periódico de Aragón salía con la sentencia.

La proporcionó el que entonces era director adjunto, José Joaquín Berdun -el cómo la consiguió es cuestión suya- y a mi me tocó escribirla. Había tal neurosis tanto dentro como fuera del periódico que tuve que escribirla con unos sudores tremendos sin que se enteraran los compañeros de mesa. Los primeros asombrados al día siguiente fueron ellos.

Miguel Mena

Radio Zaragoza

Su último libro: Una nube de periodistas, Zócalo Editorial, 2002.

miguel@miguelpmena.com

Anécdotas de Estudio de Guardia

Estudio de Guardia es un programa popular, participativo, en donde la actualidad la marcan los oyentes a golpe de teléfono. No siempre es fácil para ellos explicar lo que desean. Saben que disponen de poco tiempo, que los locutores vamos a agobiarles con prisas para que abrevien, y a menudo la responsabilidad de hablar por la radio les acelera el corazón y los aturde un poco. Eso, y a veces también el deseo de ser demasiado precisos, les lleva a utilizar algunos términos no del todo canónicos, que en ocasiones suenan como auténticos disparates y otras veces son geniales hallazgos lingüísticos.

No hemos sido tan crueles como para perpetuar esos deslices en grabaciones, pero sí hemos ido almacenando en la memoria algunos de los momentos más delirantes de la última década. Aquí van algunas de las confusiones que en Estudio de Guardia recordamos con mayor cariño, por no decir regocijo, por no decir despelote, que a veces también.

Un oyente llamó para advertir del mal estado de las aceras de la calle Lorenzo Pardo, en su afán por reflejar gráficamente el peligro de las baldosas sueltas y levantandas, quiso advertir del peligro que corrían especialmente las personas de escasa o nula visibilidad. Quizá le pareció que decir ciegos era poco elegante, con lo cual nos obsequió con la siguiente perla:

-Las aceras están fatal. Todas las baldosas levantadas. Hay mucho peligro, sobre todo para los "evidentes", porque delante de mí tropezó el otro día un "evidente" y el pobre casi se mata.

Una oyente quiso quejarse del poco espacio que quedaba en su calle para aparcar los coches, y lo hizo culpando al ayuntamiento de llenarla con todo tipo de contenedores, sólo que lo dijo de tal manera que convirtió la calle en una especie de restaurante de mucha categoría:

-Nos han llenado la calle de "tenedores". Han puesto "tenedores" para la basura, "tenedores" para las botellas, "tenedores" para el papel... ¡así no hay quien aparque!

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

Un oyente se quejó de los muchos baches que había en su calle con una expresión digna de acudir al desodorantes:

-Tenemos la calle de pena; está toda llena de "sobacones".

Un oyente se lamentó de los excesos que se cometen durante las fiestas del Pilar y en su afán por recriminar a los borrachos acabó censurando a los judíos, convirtiendo a los ebrios en hebreos:

-No se puede salir a la calle porque está llena de gente "ebrea" que vomita por todas partes.

En tiempos del alcalde González Triviño, cuando se reformó la plaza del Pilar, un oyente se quejó del derroche en grandes obras sin sentido y acuñó un término magnífico para describir una mezcla de obras entre lo egipcio y lo enloquecido:

-Este alcalde se gasta todo el dinero en obras "faranoicas".

Una oyente se quejó de las muchas personas que van por las casas vendiendo cosas y molestando a los vecinos, y al concretar con un ejemplo consiguió de paso inventarse una nueva religión:

-Ayer mismo estaba preparando la comida y llamaron dos de esos que van siempre juntos, dos "testigos de Genoveva".

Y como esos muchos más: el hombre que se quejó de los conductores que hacían lo que querían porque parecían tener "gula" del ayuntamiento, la señora que nos habló de los problemas de salud de su marido porque le dolían mucho las "verticales", la mujer que acusó de la suciedad en el río Huerva a la Confederación "Discográfica" del Ebro, el caballero que dijo que el gobierno se preocupaba más de los pensionistas que de los trabajadores "en efectivo" o aquella mujer que, como tantas personas, llamó a la radio sólo por desahogarse, sabiendo que no le podíamos solucionar su problema, y lo describió de tal manera que nos convirtió en parte de la red de vertidos:

-Ya sé que no me váis a solucionar nada, pero por lo menos me servís de "desagüe".

Desde entonces trabajamos con la desazón de saber que somos poco más que una humilde alcantarilla.

Antonio Broto

*Colaborador de la Agencia EFE en Pekín
antoniobroto@hotmail.com*

Con Pelé en la Muralla China

Lo más sonado que ha pasado este año 2002 en Pekín, por ahora, es la irrupción de 25 norcoreanos en la Embajada de España, el pasado mes de marzo, como sabrás. A mí esa noticia casi me joroba una de mis pocas "aventuras" profesionales, ya que un día antes de que pasara el jaleo aquel yo tenía previsto ir a la Gran Muralla para una rueda de prensa a la que iba el mismísimo Pelé. Afortunadamente, y sorprendentemente, los norcoreanos fueron liberados al día siguiente y enviados a las Filipinas, así que al final pude ir a cumplir mi sueño. Y es que unos pocos podrán presumir de haber entrevistado a Pelé, alguno más de haber visto la Gran Muralla, pero pocos, muy pocos, podrán presumir de haber entrevistado a Pelé en lo alto de la Gran Muralla.

Pelé en realidad iba a promocionar la tarjeta MasterCard, pero a nosotros nos dio igual. Llegó, jugó a la pelota y les hizo la idem diciendo que China (que por primera vez se ha clasificado en un Mundial) iba a triunfar en Japón y Corea. Bueno, el caso es que en su honor se había organizado un partido de "zuqiu", un milenario deporte chino que algunos consideran el primer antepasado del fútbol, y unos cuantos chavales vestidos de la época imperial se dedicaron a jugarlo. Es en realidad una especie de voleibol, en el que sólo se puede usar los pies y la cabeza, y hay que meter el balón por un agujero que hay en una red colocada muy alta, algo difícilísimo. Pelé se puso en un bando, y en el otro Milutinovic (el seleccionador de China, también presente en la rueda de prensa), y no lo hicieron mal.

Luego llegó la hora de intentar hablar con Milutinovic y Pelé, mientras se daban un paseo por la Muralla rodeados de unos policías chinos con muy malas pulgas. A mí no me dejaban pasar porque el pase que me habían dado era de color azul y el bueno era uno verde, pero en fin, afortunadamente le caí bien a Milutinovic y se dejó entrevistar. "Milu", como lo llaman en China, vive desde hace años en México, así que aquí en China habla a sus jugadores en español (con un intérprete al lado) y también se expresa en nuestro idioma en las ruedas de prensa. Es al único que entiendo de la tele china, no sabes cuánto me alegro de oírle hablar cuando enciendo la televisión. Él también se debió de alegrar de oírme -debe estar un poco cansado de oír sólo chino-, así que me atendió gustosamente.

Milu tiene muchas ganas de entrenar a un equipo español, así que habló lo mejor que pudo de la selección, la liga, etc, para ver si alguien en España se acordaba de él. Sin embargo, tuvo un patinazo que no dudé en escribir más tarde en la noticia: cuando

LOS CABALLOS NO COMPRAN PERIÓDICOS

le pregunte qué pensaba de la selección y el papel que hará en el Mundial, me dijo: "Espero que triunfe, pero siento mucho que se os haya lesionado Figo, espero que se recupere pronto".

Luego llegó el apoteósico momento de entrevistar a O Rei. Pelé, apoyado en mi hombro en plan coleguilla, me dijo que la selección española tenía un problema psicológico, así que ese fue mi titular: "Pelé dijo hoy en la Muralla China que España tiene un problema psicológico". Sonaba algo delirante, pero se publicó bien en España.

Cuando Pelé me comentaba en un aceptable portuñol lo que pensaba de la liga española, los policías chinos me agarraron de la chaqueta y me empujaron sin miramientos a un lado, de poco me tiran Muralla China abajo. Después, la relaciones públicas, una norteamericana con un espanglish espantoso, me pidió que les perdonara porque no sabían lo que hacían, cosa que no hice. Los policías aún tuvieron luego el morro de hacerse una foto con Pelé, en plan equipo de fútbol (seis de pie, cinco sentados, O Rei en el centro).

En fin, esa es una de las pocas anécdotas que he tenido trabajando como periodista en China. Cosas curiosas he visto muchas, pero casi todas fuera del trabajo, en la vida cotidiana, cosas que veo, leo o me cuentan mis compañeros y amigos. Aprovecho para decir que China es un lugar fascinante, con una gente muy diferente a nosotros –a veces para bien, otras para mal- y sobre todo muy interesadas en aprender cosas del mundo, tras tantos años de aislamiento. Por eso, a mis compañeros de la redacción les he grabado una cinta con canciones de La Ronda de Boltaña.